

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

HISTORIA

DE

MARIA ANTONIETA

REINA DE FRANCIA

POR

EDMUNDO Y JULIO DE GONCOURT

Precio: SIETE pesetas.

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
LÓPEZ DE HOYOS, 6
(esquina á Serrano, 114)

DR
430

HISTORIA DE MARÍA ANTONIETA

1163440

DR

430

OBRAS DE HISTORIA

publicadas por LA ESPAÑA MODERNA, que se hallan de venta en su Administración, López de Hoyos, 6, Madrid, y que recomendamos especialmente á nuestros favorecedores.

- Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 pesetas.
- Bolssier.**—Cicerón y sus amigos.—*Estudio de la sociedad romana del tiempo del César*, 8 pesetas.
- Campe.**—Historia de América (dos tomos), 6 pesetas.
- Carlyle.**—La Revolución francesa (3 volúmenes), 24 pesetas.
- Colomby.**—Historia anecdótica del duelo, 6 pesetas.
- Dowden.**—Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.
- Fitzmaurice-Kelly.**—Historia de la Literatura española, 10 pesetas.
- Foullée.**—Historia de la Filosofía (dos tomos), 12 pesetas.
- Fournier.**—El Ingenio en la Historia, 3 pesetas.
- Garnet.**—Historia de la Literatura italiana, 9 pesetas.
- Goncourt.**—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pesetas.—Las Favoritas de Luis XV, 6 pesetas.—La Du Barry.
- Heine.**—Alemania, 6 pesetas.
- Hume.**—Historia del pueblo español, 9 pesetas.—Historia de la España Contemporánea, 8 pesetas.
- Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.
- Prévost-Paradol.**—Historia Universal tomo I, 6 pesetas.
- Renán.**—Estudios de Historia religiosa, 6 pesetas.—Las Vidas de los Santos, 6 pesetas.
- Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Taine.**—Historia de la Literatura inglesa (cinco volúmenes), 34 pesetas.—Los Orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.
- Tolstoy.**—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.
- Uriel.**—Historia de Chile, 8 pesetas.
- Waliszewsky.**—Historia de la Literatura rusa, 9 pesetas.
- Westermarck.**—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.
- Witt.**—Historia de Washington, 7 pesetas.
- Wolf.**—Historia de la Literatura castellana y portuguesa, con notas de M. Menéndez y Pelayo (dos volúmenes), 15 pesetas
-

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

HISTORIA

DE

MARIA ANTONIETA

POR

EDMUNDO Y JULIO DE GONCOURT

TRADUCCIÓN DE

LA ESPAÑA MODERNA



MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
López de Hoyos, 6.
Teléf. 2767.

Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

430

ALICIA S. BARRERA - FOTOGRAFIA - 1922

ES PROPIEDAD

PRÓLOGO

Los autores de este libro han tenido la suerte de hacer un retrato de cuerpo entero de María Antonieta, que las recientes publicaciones de los *archivos* de Viena apenas modificaron.

No pintan, por cierto, á la reina del modo convencional y tal como una falsa duquesa de Angulema, según la Restauración, la inventó. Presentan una dama del siglo XVIII que gusta de la vida, del placer y de las distracciones que siempre agradaron á la juventud y á la hermosura, algo vivaracha, juguetona, burlona y aturdida, pero honrada y pura, que jamás ha tenido, según expresa el príncipe de Ligne, «sino una coquetería de reina para agradar á todo el mundo».

No hay que echar en olvido que María Antonieta tenía quince años y medio cuando entró en Francia, y se vió en medio de ese reinado *del mariposeo* y del placer, entre esa generación de francesas que parecen representar el Desatino en la febril agitación de sus vanas y fútiles existencias. Exigir de esta jovencita que se librase en absoluto del ambiente que respiraba, que no se contagiase en nada con los errores de su nueva patria, es pedir á la Naturaleza que hiciese un milagro, y no lo hizo.

Mas tomemos datos de los informes de Mercy-Argenteau, y rebusquemos en las cartas de María Teresa, que en manos de los enemigos de la memoria de la reina se han convertido en armas contra ella. ¿Qué es lo que hallamos? En una, la severa madre reconviene á su hija porque monta á caballo, en otra la censura porque va al baile, en alguna porque se adorna con plumas extravagantes, en la de más allá porque compra diamantes. Le riñe por «tener curiosidad, por conversar y tener únicamente amistad con las señoras jóvenes, por charlar en vano, por no tomar afición á las ocupaciones serias...» Que me digan en conciencia los lectores, sin pasión política, si á cada mujer bonita, la más perfecta del mundo por todas sus cualidades, se le hiciese un proceso verbal, día por día, desde la edad de diez y seis años á la de veinticinco, con los regaños y *refunfuños* de los padres viejos acerca de su atavío, afición al baile y deseo natural de divertirse y agradar, el legajo acusador de tan linda mujer ¿no sería tan voluminoso como el de María Antonieta?

HISTORIA DE MARÍA ANTONIETA

LIBRO PRIMERO

(1755-1774)

I

Decadencia de Francia á la mitad del siglo XVIII.—La política de Inglaterra.—Tratado de París — Nueva política francesa de M. Choiseul.—Alianza de Francia con la casa de Austria.—Nacimiento de María Antonieta.—Su educación francesa.—Correspondencias diplomáticas y negociaciones matrimoniales — Audiencia solemne del embajador de Francia.—Partida de Viena de la archiduquesa Antonieta.

Al promedio del siglo XVIII, Francia había perdido la herencia gloriosa de Luis XIV, la flor de su juventud, la mitad de su riqueza, y aun la audacia y fortuna del arrojo desesperado. Sus ejércitos retrocedían derrotados, sus banderas huían, la marina arrasada se guarecía en los puertos sin atreverse á cruzar el Mediterráneo; con su comercio aniquilado y el cabotaje arruinado, Francia, agotada y avergonzada, veía

á Inglaterra arrebatarle un día á Luisburgo, otro día el Senegal, la Gorea, Pondichery, y el Coromandel y Malabar; ayer la Guadalupe, hoy Santo Domingo, mañana Cayenne. Francia, al apartar los ojos de su imperio allende los mares, jirón de la patria, si escuchaba en sus fronteras, oía el paso de las tropas prusónicas. Su juventud había quedado en los campos de batalla de Dettingen y Rosbach; apresados sus veintisiete barcos de guerra y presos seis mil de sus marineros; Inglaterra, dueña de Belle-Isle, podía pasear impunemente el incendio y el terror por todas sus costas, desde Cherburgo á Tolón. El deshonor y humillación de Francia acababan de ser autorizados por el tratado de París, que cedía en toda propiedad al rey de Inglaterra el Canadá y Luisburgo, que tantos hombres y dinero habían costado á Francia, la isla del Cabo-Bretón y todas las del golfo y del río de San Lorenzo. Del banco de Terranova, el tratado de París sólo dejaba á Francia, para la pesca del bacalao, los islotes de San Pedro y de Miquelón, con una guarnición que no podía exceder de cincuenta hombres. En su posesión de la Luisiana, Francia quedaba estrechada y encerrada por una línea trazada por medio del Mississipi. La echaba de sus establecimientos industriales del Ganges. Le arrebatava las Antillas más fértiles y ricas, la parte más ventajosa del Senegal, la más saludable de la isla de Gorea. Por haber ayudado á Francia, castigaba á España arrebatándole la Florida. Pero Inglaterra aún no estaba satisfecha con la imposición de esas condiciones, que le daban casi todo el continente americano, desde el 25 grado de latitud hasta el Polo. Quiso y obtuvo una postrera humillación de Francia. Por el tratado de París, las fortificaciones de Dunkerque no podían ser reparadas, y

la ciudad y el puerto debían quedar indefinidamente bajo la vigilancia de comisarios ingleses establecidos á distancia fija y pagados por Francia. Hubo momentos en que Francia temió que la humillación fuese todavía mayor: que Inglaterra le exigiese la completa demolición del puerto.

Inglaterra es, pues, el enemigo y el peligro para que Francia pueda sostener su rango entre las potencias, como lo es también para la casa de Borbón y el honor de la monarquía. Ante este pueblo, que ha logrado el dominio del mar por su comercio, su marina, y los nuevos resortes de la prosperidad de los imperios modernos; ante este orgullo, que ya quiere exigir el saludo de toda la marina en todos los océanos del mundo, y que pretende á las claras en el Parlamento «que no se dispare en toda Europa ningún cañonazo sin permiso de Inglaterra»; ante este antiguo odio contra Francia, esta envidia implacable y sin remordimiento, que, después de haber usado contra ella sorpresas y traiciones, abusa de sus desgracias; ante esta política inglesa, que por boca de milord Rochefort declarará, que, «cualquier arreglo ó suceso que contrarie el sistema político de Francia, será agradable á S. M. Británica»; y por medio de Pitt declarará también, «que nunca le parecerá bastante grande la humillación de los Borbones»; ante este crecimiento enorme, esta pretensión insolente y enemistad implacable, que alarman aún más su impotencia y sus desastres, Francia debía olvidar otras cosas para defenderse contra tantas amenazas. Necesitaba abandonar la antigua política de Enrique IV hasta el cardenal de Fleury, desde el tratado de Vervins á la colocación de un Borbón en el trono de Nápoles; abandonar la idea de los Richelieu, Davaux, Mazarin, Servien y Belle-Isle,

la tradición de Luis XIV, esta prolongada persecución del Austria alemana y el Austria española, contra las que el gran rey había impulsado toda la vida sus generales y sus victorias. Los azares de la suerte le mandaban dejar estos recelos y lucha, para dirigir contra Inglaterra su diplomacia y sus armas, las tentativas de su valor y los esfuerzos de su talento.

El ministro francés que en 1772 escribió al duque de Nivernois acerca de los rumores de arrasar á Dunkerque: «Jamás, señor duque, daré yo mi consentimiento á semejante destrucción, aunque tenga que morir», ese ministro, M. de Choiseul, obedeció á la necesidad y razón de las cosas al entrar por completo en la política de M. Bernis, yendo hasta el extremo de sus consecuencias, y adquiriendo la alianza para la casa de Borbón de su antigua enemiga la casa de Austria. Los peligros del momento, así como los temores del futuro, la evolución de las potencias europeas, su desequilibrio, la tiranía de sus resoluciones usurpada por Inglaterra, la disminución del imperio, obligaron á M. de Choiseul á desechar una política que sólo era ya una preocupación, y á formar contra Inglaterra lo que él llamaba «una alianza del Mediodía», es decir, de Francia, España y Austria. Mas esta alianza, ó bien esta liga, de la que esperaba la restauración del rango y el honor de Francia, M. de Choiseul no la consideró suficientemente afianzada por los tratados. La quería sin reservas, íntima y familiar. A los lazos de un contrato de pueblo á pueblo, quiso unir lazos de sangre, de corte á corte. El medio más seguro de hacer efectiva la reconciliación, y engrandecer y eternizar la acción de su ministerio, le pareció ser el lisonjear el orgullo maternal de María Teresa, llamar á la esperanza y sucesión del trono de Francia á una archi-

duquesa austriaca, unir en un matrimonio los futuros intereses de las dos monarquías. El corazón de la emperatriz acogió el proyecto de M. de Choiseul. Madame Geoffrin, cuando su viaje á Polonia en 1766, á su paso por Viena, acariciando á la encantadora archiduquesita María Antonieta, dijo que era «hermosa como un ángel», y que deseaba llevársela á París: «¡Llevala! ¡Llevala!», exclamó María Teresa.

María Antonieta-Josefa-Juana de Lorena, archiduquesa de Austria, hija de Francisco I, emperador de Alemania, y de María Teresa, emperatriz de Alemania, reina de Hungría y de Bohemia, había nacido el 2 de Noviembre de 1755.

Durante el embarazo, María Teresa apostó con el duque de Farouka, que le anunciaba un archiduque. El nacimiento de María Antonieta hizo perder la apuesta al duque, y para satisfacerla llevó á la emperatriz una figurita de porcelana, con una rodilla en tierra, presentando la hoja de pergamino en que Metastasio había escrito:

*Io perdei: l' augusta figlia
a pagar m' a condannato;
ma s' e ver che a voi somiglia,
tutto il mondo ha guadagnato.*

Yo perdí: la niña augusta
á pagar me ha sentenciado;
mas, semejándose á vos,
todo el mundo ha ganado.

La archiduquesa creció al lado de sus hermanas, asociando á Mozart en sus juegos. María Teresa no abandonó su educación á los cuidados de ilustres profesoras, ni confió á su indulgencia la capacidad y prendas de la niña: guiaba y vigilaba sus lecciones, llegando hasta ocuparse de la escritura de su hija y elo-

giar sus progresos. Pronto le procuró todos los profesores hábiles para dar á sus dones y gracias el estilo francés. Dos cómicos franceses, Aufresne y Sainville, se encargaron de que la archiduquesa olvidase á Metastasio y la viva afición que tenía al idioma y canto italianos, haciéndola aprender las delicadezas de pronunciación de la declamación y canto franceses. María Teresa rodeó á su hija de todo lo que podía hablarle de Francia y llevarle el ambiente de Versalles, desde libros y figurines de París á un peluquero francés y un preceptor, el abate Vermond. Su constante preocupación era que los franceses viesan su belleza y talentos nacientes, que llegase el rumor al Ciel-de-Bœuf y fijase la curiosidad ociosa de Luis XV. Y cuando la emperatriz logre su ambición, serán tales sus cuidados por dar á Francia una Delfina digna de ella, que hará dormir en su cámara á su hija los dos meses anteriores al casamiento, y, aprovechando el silencio é intimidad de las noches, le dará sus últimos consejos y postreras lecciones, que harán de la archiduquesa austriaca esta princesa francesa que sorprenderá y encantará á Versalles.

Desde los comienzos del año 1769, las correspondencias diplomáticas y los despachos del embajador de Francia hablan de la archiduquesa Antonieta, de sus encantos, del atractivo con que baila en los bailes de la corte, y del buen resultado de las lecciones del francés Noverre. Se envía de Francia al pintor Ducreux para retratarla, y comienza el retrato el 18 de Febrero. El rey hace que se dé prisa á Ducreux, que adelanta poco, y demuestra tanta impaciencia que, así que está concluido, el embajador de Francia, M. de Durfort, se lo envía por su hijo. Una fiesta que la emperatriz da en el Luxemburgo, para celebrar el ani-

versario del natalicio de la archiduquesa Antonieta, revela á todos cuán digna es ella del amor de un Delfín de Francia; y el 1.º de Julio el marqués de Durfort, en una larga conversación con M. de Kaunitz, arregla y determina, excepto algunas condiciones, el matrimonio del Delfín, el contrato, la entrada pública y el ceremonial que ha de seguir el embajador extraordinario del rey. El 16 del mismo mes, Luis XV ordena desde Compiègne á M. Durfort que acelere el convenio del casamiento del Delfín. El proyecto del contrato matrimonial, inspeccionado por la emperatriz, fué presentado á la aprobación del rey á su regreso de Compiègne. El 13 de Enero de 1770 se envía á Francia la última nota de la corte de Viena, después de algunas variaciones propuestas por M. de Durfort á M. de Kaunitz. En el mes de Octubre de 1769, la *Gaceta de Francia* ya anunciaba que se habían dado órdenes en Viena para componer los caminos por donde debía pasar la archiduquesa, futura esposa de Mons. el Delfín, al venir á Francia. Cinco meses después, más de cien obreros trabajaban en el Pabellón, en esta sala de cuatrocientos pies cuadrados, donde iba á darse la cena y el baile de disfraces del casamiento.

El 16 de Abril de 1770, á eso de las seis de la tarde, vistiendo la corte de gala, el embajador de Francia fué recibido por los altos dignatarios de la casa de Austria, formando en hilera los guardias de palacio por toda la magnífica escalera, y la guardia noble y alemana en dos filas en las antecámaras. Se dirigió á la audiencia del emperador, después á la de la emperatriz reina, á la que pidió en nombre del rey Cristianísimo la mano de la archiduquesa Antonieta. Su majestad imperial y real dió su consentimiento, y llamada

su alteza real, la archiduquesa, á la sala de audiencia, recibió pruebas de la concesión de la emperatriz y tomó de manos del embajador de Francia una carta de Mons. el Delfín y el retrato de este príncipe, que enseguida le colocó y prendió en el pecho su aya principal, la condesa de Trautmansdorf. La corte dirigióse al instante á la sala de festejos, donde se representaron *La Madre confidente*, de Marivaux, y un nuevo baile de Noverre, *Los Pastores de Tempé*.

El 17, la archiduquesa, que iba á ser Delfina, según la costumbre observada en tales circunstancias por la casa de Austria, hizo renuncia solemne á la sucesión hereditaria, tanto paterna como materna, en la sala del Consejo, delante de todos los ministros y consejeros de Estado de la corte imperial y real. Leída la renuncia por el príncipe de Kaunitz, la archiduquesa la firmó y la juró delante de un altar, sobre el Evangelio, presentado por el conde Herberstein.

Entonces comenzaron las fiestas en la marquesina, que duraron hasta el 26, día en que partió la archiduquesa.

La archiduquesa llegó á la frontera de Francia el 7 de Mayo, llevando de Viena esta instrucción escrita por María Teresa para sus hijos, en que el porvenir ya parece advertir y amenazar á la joven Delfina en estas líneas: «... Os recomiendo, queridos hijos míos, que todos los años dediquéis dos días á prepararos para la muerte, como si tuvieseis la certeza de que son los dos postreros días de vuestra vida...»

II

El pabellón de entrega en una isla del Rin.—Retrato de la Delfina.—Fiestas en Strasburgo, en Nancy, Chalons y Soissons.—Llegada á Compiègne.—Recibimiento hecho á la Delfina por el rey, el Delfín y la corte.—La Delfina en la Muette.—Ceremonias de casamiento en Versalles.—Acontecimiento en la plaza de Luis XV.

En una isla del Rin, cerca de Strasburgo, había sido construido un pabellón amueblado por el tapicero del rey y decorado con tapices que representaban ¡funesto presagio! el trágico himeneo de Jasón y Medea. Este pabellón iba á ser la casa de entrega. La Delfina se apeó en la parte del pabellón reservado á la corte austriaca. Allí se la desnudó por completo, según la etiqueta, para que no le quedase nada de un país que ya no era el suyo. Vestida de nuevo, se dirigió á la sala destinada á la ceremonia de la entrega. La esperaba el conde de Noailles, embajador extraordinario del rey para el recibimiento de la Delfina, el secretario particular del rey y el oficial primero de Negocios extranjeros.

Hecha la lectura de plenos poderes, firmadas por los comisarios las actas de entrega y recepción de la Delfina, se abrió la puerta del lado en que estaba la corte francesa que iba á acompañarla. María Antonieta se presenta á su nueva patria: dirige el paso á Francia, conmovida, temblorosa, con los ojos húme-

dos y brillantes de lágrimas. Triunfa en cuanto aparece.

La Delfina es bonita, casi hermosa ya. Asoma la majestad en ese cuerpo de quince años. Su talle largo, bien proporcionado y esbelto, aunque todavía poco formado, promete una presencia de reina. Sus cabellos de niña, abundantísimos, son de ese color rubio poco común y encantador, más claro que el castaño ceniciento. El rostro forma un óvalo prolongado; la frente es noble y recta; los ojos, de un azul vivo, son expresivos, hablan y ríen bajo unas cejas muy espesas; la nariz, aguileña y fina; la boca, pequeña, bonita y bien arqueada; el labio inferior desarrollado á la austriaca. Su color deslumbra, desvanece sus facciones por la más delicada blancura, por la vida y el brillo de colores naturales que sonrosean sus mejillas y hubieran podido suplir al colorete. Mas lo que sobre todo encanta en la Delfina, es el aire de juventud que se esparce en todo su exterior. Esta candidez de la mirada, esta timidez de la actitud, la turbación y pudores en que tantas cosas se mezclan, confusión, modestia, felicidad, gratitud; la ingenuidad de toda su persona atrae todas las miradas y gana todos los corazones á esta joven Gracia, que lleva el amor púdico á la corte de Luis XV y de la Du Barry.

Todas las personas de la comitiva austriaca de la Delfina vinieron á besarle la mano, y después se retiraron. El conde de Noailles presenta á la Delfina su caballero de honor, el conde de Saulex Tavannes; á su dama de honor ó camarera mayor, la condesa de Noailles. A su vez, Mad. de Noailles le presenta sus damas, la duquesa de Picquigny, la marquesa de Duras, la condesa de Mailly y la condesa de Tavannes; el conde de Tessé, primer escudero; el marqués Des-

granges, maestro de ceremonias; el comandante del destacamento de guardias de corps, el intendente de Alsacia, el corregidor real de la ciudad de Strasburgo, y los principales oficiales de su alta servidumbre.

La Delfina sube á las carrozas del rey para entrar en la ciudad. Los regimientos de caballería del Comisario general y de Royal Etranger, formando en batalla en la llanura, la saludan. La triple descarga de la artillería en la muralla fortificada, y el toque de todas las campanas echadas á vuelo, anuncian su entrada en la ciudad. El mariscal de Contades recibe á la Delfina á la puerta de la ciudad, bajo un magnífico arco de triunfo. Al pasar por delante de la casa del ayuntamiento, la Delfina ve correr las fuentes de vino para el pueblo. Se apea en el palacio episcopal, donde la recibe el cardenal de Rohán con el alto cabildo, las dignidades de la catedral; el príncipe Fernando de Rohán, arzobispo de Burdeos, gran decano; el príncipe de Lorena, gran dean; el conde de Trucksès; el obispo de Tournay; los condes de Salm y de Mandrechied; el príncipe Luis de Rohán, coadjutor; los tres príncipes de Hohenlohe; los dos condes de Kœnigsec; el príncipe Guillermo de Salm, y el joven conde de Trucksès. La Delfina abraza al cardenal de Rohán, al príncipe de Lorena y á los príncipes Fernando y Luis de Rohán; después le son presentadas todas las corporaciones. Las damas de la nobleza de la provincia tienen el honor de serle nombradas. La Delfina come en la mesa de etiqueta, y permite al alcalde que le presente los vinos de la ciudad, mientras que los toneleros representan la fiesta de Baco, formando al bailar figuras con los arcos. Por la tarde, la Delfina va á la Comedia francesa, y á la vuelta encuentra todas las calles iluminadas, y enfrente del

palacio episcopal una columnata y jardines de fuego artificial. A media noche va al baile dado por el mariscal de Contades en la sala de la Comedia á todo el pueblo, á la nobleza, á los extranjeros, á los oficiales de la guarnición y á los burgueses y burguesas, vestidos á usanza del país y adornados de cintas de los colores de la Delfina.

El 8 la Delfina recibió á las personas presentadas admitidas á su besamano, á las diputaciones de la comarca y del obispo de Basilea, de la ciudad de Mulhausen, del consejo superior de la Alsacia, de la nobleza y de las universidades luterana y católica. Se dirigió á la catedral, á cuya puerta vino á cumplimentarla el príncipe Luis de Rohán, acompañado de las dignidades de la catedral y de todo el clero. Pronunciando de antemano la promesa de una unión tan bella, dijo: «¡Es el alma de María Teresa que va á unirse á la de los Borbones!»

Después de la misa con orquesta y del gran concierto en el palacio episcopal, la Delfina dejó á Strasburgo y fué recibida en Saverne por el cardenal de Rohán, á las siete de la tarde. Un batallón del regimiento del Delfin, mandado por el duque de Saint-Mégrin, un destacamento de la caballería real, mandado por el marqués de Serent, formaban una doble hilera en la avenida del Castillo. Hubo allí un baile en el que la Delfina bailó hasta las nueve; después hubo fuegos artificiales, y luego la cena, que reunió alrededor de la Delfina las damas de su servidumbre y las damas austriacas. El 9 la Delfina almorzó, oyó misa y se despidió de las señoras y caballeros austriacos que la habían acompañado.

Llegó á Nancy el mismo día 9. Recibida en la puerta de San Nicolás por el comandante de la Lorena y

el marqués de Choiseul la Baume, durmió en casa del gobernador. Al día siguiente recibió los respetos del Tribunal soberano, de la Cámara de cuentas, de la corporación municipal, y de la universidad. Después de haber comido en público, la Delfina fué al convento de los franciscanos á visitar las tumbas de su familia. Volvió á partir y pernoctó en Bar, recibió en Luneville los honores militares de la gendarmería, del marqués de Castries, y del marqués de Autichamp. En Commercy, una niña de diez años presentó á la Delfina un ramo de flores dándole el parabién.

El 11 se apeó en Châlons, en la casa de la Intendencia. Seis jóvenes dotadas por la ciudad en celebración del matrimonio del Delfin de Francia, le recitaron versos. Los actores de los tres teatros principales, venidos de París, representaron delante de la Delfina *La partida de caza de Enrique IV* y la comedia *Lucila*. Antes de la cena hubo fuegos artificiales, y después iluminación figurando el templo de Himeno.

El 12 la Delfina continuó su viaje por Reims. En Soissons, la burguesía y la compañía de Arcabuceros la esperaban en las puertas. Las tres calles que conducían al obispado estaban engalanadas con árboles frutales de veinticinco pies de altura, entrelazados con hiedra, flores, gasas de oro y de plata y guirnaldas de farolillos. Recibida por el obispo al pie de la escalinata del palacio episcopal, la Delfina se dirigió á sus habitaciones por una galería magníficamente alumbrada. Después de la cena, en tanto que el pueblo se regalaba en dos mesas de seiscientos cubiertos, fué conducida á un salón edificado expresamente para ella, desde donde vió, entre el deslumbrador fuego de artificio, el templo elevado por el obispo en el fondo de su jardín sobre una montaña, de la que brotaba un manantial.

Un grupo la coronaba: era la Fama anunciando la Delfina á Francia, y un genio llevando su retrato. A la mañana siguiente comulgó en la capilla del obispo, recibió los presentes de la ciudad, del cabildo, y de las corporaciones, y por la tarde asistió á un *Te Deum* con orquesta. Al salir de la catedral se mostró al pueblo que la vitoreaba. El 14, á las dos de la tarde, partió para Compiègne.

El viaje había sido para la Delfina un largo y fatigoso honor, pero también una dulce y continuada ovación. «¡Qué linda es nuestra Delfina!» decían en las aldeas enteras, que corrían á verla pasar, los campesinos vestidos con sus mejores trajes, extendidos á lo largo del camino, los ancianos curas, las jóvenes, las madres y los niños. «¡Viva la Delfina!» era el grito que resonaba de campo en campo, de campanario en campanario. No olvidándose nunca de sonreír y dar las gracias, con las ventanas del carruaje abiertas para dejarse ver, la Delfina, ruborizada y encantada de todas estas alabanzas que la seguían, tenía una sonrisa para cada uno, una respuesta para todo, y á algunas leguas de Soissons, hasta recordó algunas palabras del poco latín que había aprendido para contestar á la felicitación ciceroniana de los jóvenes estudiantes.

El rey había enviado al marqués de Chauvelin á Châlons, á hacer los honores á la Delfina, y al duque de Aumont, primer gentilhombre, á darle la bienvenida en Soissons. El domingo 13 de Mayo después de oír misa, partió de Versalles con el Delfín, Mad. Adelaide y Mesdames Victoria y Sofía; durmió en la Muette y al día siguiente fué á Compiègne á esperar á la Delfina.

El duque de Choiseul, el amigo de María Teresa, fué

algunas leguas más allá de Compiègne á esperar y recibir á María Antonieta, que en el bosque, en el puente de Berne, se encontró con el rey, el Delfín, Mesdames y la corte con gran séquito. La alta servidumbre precedía á la carroza del rey en sus puestos de costumbre. La Delfina se apea de la carroza. El conde de Saulx-Tavannes y el conde de Tessé la llevan de la mano hasta el rey. Todas sus damas la acompañan. Al llegar junto al rey, dobla la rodilla: Luis XV la levanta, le da un abrazo con bondad paternal y le presenta al Delfín, que también la abraza.

Al llegar al castillo, el rey y el Delfín dan la mano á la Delfina hasta su habitación. El rey le presenta al duque de Orleans, al duque y la duquesa de Chartres, al príncipe de Condé, el duque y la duquesa de Borbón, el príncipe de Conti, el conde y la condesa de la Marche, el duque de Penthièvre y la princesa de Lamballe.

El martes 15 de Mayo, la Delfina deja á Compiègne, se detiene en Saint-Denis, en las Carmelitas, para visitar á Mad. Luisa, y llega á las siete de la tarde al castillo de la Muette, donde le presentan el magnífico aderezo de diamantes que le regala el rey. Mad. Du Barry obtiene del indigno amor del rey el permiso de sentarse á la mesa de María Antonieta, á la cena. La Delfina se conduce de modo que no falta al rey, y cuando después de la cena algún indiscreto le pregunta cómo le ha parecido Mad. Du Barry: *Encantadora*, contesta sencillamente.

El miércoles 16 de Mayo, á eso de las nueve, María Antonieta, peinada y vestida á la ligera, va á Versalles á ataviarse para la ceremonia. El rey y el Delfín, después de cenar, habían partido de la Muette á las dos de la madrugada, á fin de recibir á la Delfina. Así que llega, el rey va á su cuarto, conversa largo tiempo con

ella, y le presenta á Mad. Isabel, al conde de Clermont y á la princesa de Conti. A la una la Delfina se dirige á las habitaciones del rey. Desde allí la comitiva se encamina á la capilla.

Alrededor del presbiterio y en las tribunas se habían colocado seis hileras de gradas, á fin de que el público pudiese ver la ceremonia. En la tribuna del rey se formó un anfiteatro para los grandes dignatarios de Versalles; en el salón de la capilla, frente á la tribuna del rey, se alzó otro anfiteatro de gradas, cerrado por delante, desde donde se veía pasar á la corte.

Precedidos del gran maestro de ceremonias y del ayudante, y seguidos del rey, el Delfín y la Delfina se adelantaron hasta el altar. El arzobispo de Reims bendijo primero trece monedas de oro, y un anillo del mismo metal; los presentó al Delfín, que puso el anillo en el cuarto dedo de la mano izquierda de la Delfina, y le dió las trece monedas de oro. A la conclusión del *Pater*, el yugo de brocado de plata fué sostenido por el obispo de Senlis del lado del Delfín, y por el obispo de Chartres del de la Delfina.

Nunca había atraído tanta gente á Versalles una bendición nupcial. En Paris, la oficina de los carruajes de la corte estaba cercada. Las carrozas de alquiler se pagaban hasta á tres luises al día, y los caballos á dos luises. Las calles quedaban desiertas.

María Antonieta ya era Delfina de Francia. Recibió el juramento de los principales oficiales de su casa, y M. d'Aumont le entregó la llave de un cofre lleno de joyas, traído por orden del rey. Mad. de Noailles le presentó los embajadores y ministros de las cortes extranjeras.

Por la tarde hubo una mesa de veintidós cubier-

tos para la familia real, los príncipes y princesas de la sangre. La cena se sirvió en la sala de espectáculos, cuyo suelo se levantó á la altura del escenario del teatro. Una balaustrada de mármol, con adornos de oro, rodeaba á alguna distancia la mesa y separaba á los espectadores de las personas que la servían. Se había levantado un tablado en forma de arcada, en los proscenios, donde tocaban sesenta músicos. La arcada reposaba en columnas de mármol serancolin, con rosetas de oro en las basas y los capiteles, y en los espacios de las columnas había grandes espejos, contra los que se apoyaban mesas de mármol cubiertas de trofeos de música dorados. En los centros de las archivoltas, grupo de geniecillos sostenían las cifras del Delfín y la Delfina.

El arzobispo de Reims bendijo el lecho. El rey dió la camisa al Delfín, la duquesa de Chartres á la Delfina. Al día siguiente comenzaron en Versalles las fiestas. Solemnes recepciones, bailes de etiqueta en la nueva sala de espectáculos, bailes de máscara, fuegos de artificio durando una media hora, iluminación del gran canal y de todos los jardines, llenos de bateleros, músicas y danzas. En París se dieron al pueblo escudos de seis francos, se distribuyeron raciones de pan, vino y carne, y el regalo de ferias en las murallas.

Estos goces repetidos no borraron de la imaginación de la joven esposa la emoción y el recuerdo de la tempestad que estalló en Versalles después del casamiento, de los truenos que hacían retemblar el castillo el mismo día en que ella entró en él. Muy pronto una catástrofe la alarmó con presentimientos más siniestros.

El 30 de Mayo, último día de las fiestas, Ruggieri

quemaba fuegos artificiales en la plaza de Luis XV. La falta de orden, y el no haber bastantes guardias, dejaron que la multitud se agolpase cerca de los fuegos. Hubo apreturas, tropel, matanza espantosa. En la calle Real se recogieron heridos á cientos. Se contaron ciento treinta y dos muertos, y estas víctimas del casamiento de los Delfines fueron enterradas en el cementerio de la Magdalena. ¿Quién hubiera dicho entonces que allí quedaban otras víctimas esperando turno?

III

La Delfina en Versalles.—Carta de la Delfina.—Pugilato del Delfín y de Monsi-ur.—El rey encantado con la Delfina.—Celos é intrigas de Mad Du Barry.—Disposición de es frito de la familia real para con la Delfina: Mesdames tías, Mad. Isabel, el conde de Artois, el conde de Provence.—El Delfín.—Su avo M. de la Vauguyón.—Su educación.—M. de la Vauguyón despedido por la Delfina.—Retrato moral de la Delfina.—Su preceptor, el abate de Vermond.—El clero y las mujeres del siglo XVIII.—Mad. de Noailles y Mad. de Marsán.

El tiempo desvaneció los presentimientos y las tristezas. La Delfina acomodó su vida, felicidad y porvenir, acostumbrándose á su nueva patria, á su marido y á su puesto. Hizo conocimiento con la corte, aprendiendo los nombres de los nuevos personajes, y olvidó á Viena y su idioma. Se instaló en sus habitaciones, é intimó con Versalles y con Choisy. Una carta de María Antonieta, dirigida á María Teresa y fechada el 12 de Julio, nos contará en detalle la vida diaria de la Delfina en los primeros meses de su instalación en la corte de Francia:

«Vuestra Majestad es muy bondadosa manifestándose su interés y queriendo saber cómo empleo los días. Le diré, pues, que me levanto á las nueve y media ó diez, y después de vestida rezo mis oraciones matinales; en seguida tomo el desayuno, y voy á la habitación de mis tías, donde casi siempre encuentro al rey. Esto me

ocupa hasta las diez y media; á las once voy á peinarme. A las doce se da permiso para entrar á todas las personas de calidad, y delante de todo el mundo me doy el colorete y lavo las manos. En seguida se marchan los hombres, y quedan las señoras, y me visto delante de ellas. A las doce es la misa; si el rey está en Versalles voy con él, mi marido y las tías, á oirla; si no está, voy sola con M. el Delfin, pero siempre á la misma hora. Después de la misa, comemos los dos solos, delante de todo el mundo, pero concluimos á la una y media, por que comemos muy aprisa. Luego voy al cuarto del Delfin, y si tiene que acuparse de algún asunto, vuelvo al mio, leo, escribo ó trabajo, pues estoy haciendo una chupa para el rey que apenas adelanta; mas confio que, Dios mediante, se conc'uirá dentro de algunos años. A las tres vuelvo junto á mis tías, y allí va el rey á esa hora; á las cuatro viene el abate á mi cuarto, y todos los dias á las cinco viene el profesor de clavicordio para tocar y cantar hasta las seis. A las seis y media voy por lo regular junto á mis tías cuando no salgo á paseo; hay que tener en cuenta que mi marido casi siempre va conmigo á pasar el rato con ellas. Desde las siete hasta las nueve se juega, pero cuando hace buen tiempo voy á pasear, y entonces el juego, en vez de ser en mi habitación es en la de las tías. A las nueve cenamos, y cuando el rey no está vienen las tías á cenar con nosotros; pero cuando está vamos á cenar con ellas y aguardamos por el rey, que generalmente llega á las once menos cuarto, mas yo, mientras lo espero, me acomodo en un gran canapé y duermo hasta que viene. Cuando el rey no está en Versalles nos acostamos á las once. Esta es nuestra vida diaria.»

Como Luis XV observa, la Delfina todavía es una niña. Su mayor placer es jugar y enredar con los ni-

ños de su primera camarera, estropeando sus trajes, rompiendo los muebles y revolviéndolo todo en sus habitaciones; sus alocadas travesuras son dar largas carreras en asnos. Y excusado es decir que, niña como era, encontraba otros niños en su marido y cuñados. Nos cuenta acerca de eso Mercy-Argenteau esta curiosa anécdota: «Sobre la meseta de la chimenea del cuarto de M. el conde de Provence había una figura de porcelana artísticamente hecha. Cuando M. el Delfín iba á este cuarto tenía por costumbre examinar y manosear dicha porcelana. Eso parecía inquietar al conde de Provence; y, en un momento en que Mad. la Delfina le embromaba por ese temor, M. el Delfín, que tenía en sus manos la figura en cuestión, la dejó caer, y se hizo pedazos. En el primer ímpetu de cólera, M. el conde de Provence se lanza sobre el Delfín, se agarran y se dan algunos puñetazos. Mad. la Delfina, turbada con esta escena, tuvo, no obstante, la serenidad de separar á los combatientes, y aun recibió en esta ocasión un arañazo en la mano.»

Intentemos describir la familia en que ha entrado la joven archiduquesa austriaca. Tratemos de mostrar el nuevo centro de sus afecciones, los caracteres, la manera de ser y hábitos morales de los príncipes y princesas con quienes tiene que vivir, las simpatías y antipatías con que de necesidad ha de rozarse. Este cuadro tiene importancia para la justicia de la historia y para formar juicio sobre la Delfina.

Luis XV se había dejado hechizar por la mujer de su nieto. Esta muchacha, esta niña rejuvenecía su alma. Sus ojos, cansados de trajes de etiqueta, reposaban en los vestidos de vaporosa y ligera gasa, que hacían se pareciese la Delfina «á la Atalanta de los jardines de Marly». Las desazones de una vergonzosa

vejez, el incurable aburrimiento de los excesos, hufan de su corazón y se inclinaba al lado de la Delfina. Le parecía respirar cerca de ella un aire más puro, como la frescura de un hermoso amanecer después de una noche de orgía. Quiso llevarla él mismo de paseo por los jardines de Versalles, y se sorprendió de las ruinas que encontraba: más le hubieran asombrado las de su reino. Ayudándola á saltar un montón de piedras, le dijo: «Os ruego, hija mía, que dispenséis: en mi tiempo había aquí una hermosa escalinata de mármol; no sé lo que han hecho de ella...» A todos preguntaba: «¿Qué os parece la Delfina?» Ella, agradecida y dichosa, hacía al rey mil caricias; cada día iba en aumento su favor. Pero la favorita se receló de esta jovencita, que, al reconciliar al rey consigo mismo, amenazaba el influjo de su amor, y puso en obra todas las malignidades de la mujer y de la corte contra la *rojita*, que así llamaba Mad. Du Barry á la Delfina. Criticaba su cara, su juventud, sus acciones y palabras, su ingenuidad y todas sus gracias. Enteraba al rey de que la Delfina se había quejado á María Teresa de la presencia de la favorita en la Muette. Luis XV fué apartándose poco á poco de María Antonieta, y Mad. Du Barry ya no tuvo que temer, cuando un día se le escapó al rey, en frase amarga, como un recordimiento: «Bien sé que Mad. la Delfina no me quiere.»

Las hijas de Luis XV, las tías del Delfín, que por su edad, posición en la corte y cariño hacia él, debían ser las tutoras de la inexperiencia y juventud de la Delfina, ¿cómo eran y cómo iban á conducirse con ella? Mesdames eran solteronas, en cuyo fondo habían quedado reminiscencias de su educación conventual y de la inepta dirección de esa Mad. d'Andlau, de la

que la carta del Delfin da tan míseros informes. En vez de la bondadosa indulgencia de las abuelas, tenían la rigidez de la edad y la acidez del celibato. Mesdames vivían en el frío ambiente de la etiqueta, en el culto de su rango, en el aburrimiento y tirantez de una pequeña corte calcada en la de la difunta Delfina, la princesa de Sajonia, su cuñada, que con la severidad de todo lo que la rodeaba había hecho como una reconvencción á Luis XV. En este interior devoto y sin solaz, no había otra flaqueza humana que el melífluo esmero monjil de las comodidades de la vida, los primores succulentos de la mesa, los esfuerzos y éxitos de un artista en comidas de vigilia, cocinero reputado en todo París por hacer carne con el pescado. Las cuatro princesas hacían una vida oscura en palacio, sin ver al rey más que por instantes, al recogerse, encerradas y sepultadas en los principios y rencores de su hermano, profesándolos ó más bien confesándolos, con el rigor de criterios limitados y la tenacidad de imaginaciones sin distracción.

Las cuatro princesas no tenían más voluntad que la de Mad. Adelaida, que por su carácter varonil y tono imperioso mandaba y dirigía á sus hermanas. Después que Mad. Luisa se retiró al convento de las Carmelitas, Mad. Adelaida dominó en absoluto la buena pero débil naturaleza de Mad. Victoria, y á la dócil y hueraña Mad. Sofia.

Ya pudieron adivinarse desde el primer día las relaciones futuras que habría entre Mad. Adelaida y María Antonieta. En el momento en que M. Campán iba á partir para ir á la frontera á recibir á la Delfina, fué á tomar órdenes de las princesas, y madame Adelaida le contestó «que ella nada tenía que ordenar para enviar á buscar á una princesa austriaca».

¿Qué podía esperar María Antonieta contra tales prevenciones? Su alegría, su sensibilidad y todos sus amables dones, ¿de qué servirían sobre este corazón duro, seco y altanero? ¿Qué lazo de amistad podía haber entre la mujer del Delfín y su tía? El talento natural y la escasa erudición de la Delfina tropezaba contra esa enciclopedia de conocimientos adquiridos, con una voluntad firme, al salir del convento. La expresión animada, los rasgos felices, de ingenio, las graciosas ignorancias y candidas audacias, chocaban á cada instante con esta ciencia helada, esta religión pedantesca y gruñona experiencia de Mad. Adelaida. Si se quisiese demostrar la diferencia de gustos de las dos princesas en menores detalles, las Memorias contemporáneas nos harían saber que ni las aficiones de la buena mesa las avenían, pues la Delfina satisfacía su apetito con una friolera y la sed con un vaso de agua.

Mad. Victoria, que sería indulgente y suave si hubiera tenido ánimo para seguir sus impulsos, apenada por la desdeñosa acogida que su hermana hacía á tan amables atractivos, intentó por un momento ser el consuelo y consejera de la joven recién casada. La llamó y autorizó á su lado. Con la atracción de algunas fiestas en las habitaciones de Mad. Durfort, trató de captarse la confianza de la Delfina y unirla á su sociedad; pero Mad. de Noailles por una parte, y madame Adelaida por otra, no tardaron en dar cuenta de esas buenas disposiciones de Mad. Victoria.

Lo que á Luis XV gustaban la ingenuidad y angelical buen humor de la Delfina, aumentó la antipatía de Mad. Adelaida. Antes de estar en favor Mad. Du Barry, había gobernado ella en Versalles. Su conversación nutrida de lectura, su ingenio suavizado y plegado á la amabilidad, habían agradado al rey. Lison-

jeando sus afecciones, Mad. Adelaida montaba á caballo con él, y, á la vuelta, hacía los honores en las cenas de buena sociedad, donde Luis XV no se aburría demasiado. Así que no perdonaba á la Delfina su favor por tener que renunciar á la esperanza del sueño ambicioso que pensaba reanudar al caer en desgracia Mad. Du Barry.

No obstante, hay que declarar que, según nos informa la correspondencia de Mercy-Argenteau, la diferencia de ideas y las antipatías de carácter no produjeron inmediatamente el desvío y tibieza entre Mesdames de Francia y la Delfina. A su llegada á Francia, sobre todo antes del casamiento del conde de Provence, encontrándose la Delfina sin un círculo de mujeres, se entregó á sus tías, confiése á ellas sin reserva, adoptó con un poco de aturdimiento los rencores de ese centro, repitió las frases indiscretas, y á veces algo picantes, de las cuatro hermanas contra la favorita, perdiendo con eso el cariño del rey. No fué hasta el año 1773 cuando María Antonieta, advertida y puesta en guardia contra las imprudencias que Mesdames tías le habían impulsado á hacer, se sustrajo á su tiranía y mezquino despotismo: resistencia de la que se vengaron las solteras tratando de crear una gran posición á la condesa de Provence.

María Antonieta ¿tenía que esperar mejores disposiciones de las demás mujeres de la familia? Mad. Isabel todavía era una niña. Mad. Clotilde estaba atraída por una amiga de su edad. Se inclinaba á la Delfina por esa ley de contrastes que suele formar las simpatías. Apacible, indolente y perezosa, se acercaba impulsivamente á este buen humor, cuya graciosa vivacidad incitante le gustaban. Por desgracia, Mad. de Marsán mediaba entre ellas y la retenía.

El triunfo de María Antonieta había sido completo, á primera vista, sobre el conde de Artois, el más joven de sus cuñados. Con menos años aún que la Delfina, entre la infancia y la pubertad, el conde de Artois anunciaba ya ser el verdadero modo de un príncipe francés. Realizaba los rasgos de un héroe de caballería andante, y pronto le dará la gente el sobrenombre de Galaor. Tenía la amabilidad y gracia de su cuñada, sus mismos gustos y aspiraciones. Principiaba á vivir, corría como ella al placer, y desde que llegó la mujer de su hermano, ¡qué fraternidad en las diversiones, qué ilusiones, confianzas y chanzas tienen los dos niños, que parecen los príncipes de la juventud! ¡Y qué fiestas más tarde! ¡Qué dos niños grandes! ¡Cómo desarrollará la reina sus inventivas y sus risas de Delfina para trazar, en colaboración con el príncipe de Ligne, el programa de regocijos que celebran la convalecencia del conde de Artois! Ved el pasatiempo, niñería y travesura de esos juegos: el duque de Polignac y Esternazy disfrazados de Cupidos, tienen agarrado á la fuerza sobre un trono al convaleciente, y le enseñan su retrato hecho á la diablo con este lema: «¡Viva monseñor el conde de Artois!» El duque de Guiche, disfrazado de genio, sostiene la cabeza del príncipe; el duque de Coigny canta: «¡He ahí el placer! ¡He ahí el placer!», seguido del príncipe de Ligne, que lleva dos grandes alas como las de los angelotes de parroquia. Todos cantan con mil contorsiones grotescas de respeto y amor, pero coplas tan insulsas, tan bobas, que el pobre príncipe desternillase de risa en el trono en que está sujeto, mientras que rodeada de los pastores Polignac, Guiche y Polastrón, y del caballero de l'Isle, que lleva zalsa, María Antonieta, la reina disfrada de pastora, alima á los cantantes á la ovación y al suplicio.

El conde de Provence, menos joven que el conde de Artois, sobre todo en corazón y genio, de temperamento más frío, de carácter menos franco y gustos más serios cedió al encanto de su cuñada hasta el punto de ser su galanteador y su poeta. Sin embargo, después de los primeros tiempos volvió á su manera de ser y á su máscara, á la melíflua cortesía y ambición solapada. El matrimonio lo entibió más. La condesa de Provence, esa altiva princesa de Saboya, esa Juno de negras y arqueadas cejas, mujer «de carácter italiano», según expresa María Teresa, pronto aborreció á la mujer que agradaba á todos y que le había quitado el puesto de Delfina de Francia. En seguida se formó el salón del conde de Provence, este salón de Monsieur, enfadoso, pedantesco y rutinario, y esta academia de letras, ciencias y derecho político, que iba cada día separándose más de la corte de María Antonieta.

Estos son los deudos de la Delfina, sus nuevas tías, hermanas y hermanos. Su marido ¿reemplazará todos los afectos que le faltan? ¿Indemnizará á la princesa de las animosidades que la rodean? ¿Demostrará amor á la esposa? No.

Al concluir una dinastía se encuentran á veces razones pusilánimes, temperamentos tardíos, en que la naturaleza parece mostrar cansancio. El Delfín era de esos hombres cuyo temperamento tarda largo tiempo en sentir las necesidades y tormentos de la pasión, y que, como avergonzados de esa lentitud, se sustraen bruscamente al amor humillando á la mujer. Quizá en ese defecto del Delfín influía más la educación que la injusticia de la naturaleza.

Esta frialdad y falta de pasiones, de juventud y sexo, esta imaginación limitada, estas desazones y desfallecimientos de un Borbón de diez y ocho años, este

marido, este hombre, ¿no eran, en realidad, la obra, el crimen de un ayo escogido por la imprevisora piedad del Delfín, padre de Luis XVI?

Ese ayo era Mons. Antonio Pablo Jaime de Quélen, jefe de los apellidos y blasones de los antiguos señores del territorio y castillo de Quélen, en la alta Bretaña: descendiente de los condes de Porhoët, par de Francia, príncipe de Carency, conde de Quélen y del Broutay, marqués de Saint-Mégrin, de Callonges y de Archiac, vizconde de Calvinac, barón de las antiguas baronías de Tonneins, Gratteloup, Villeton, la Gruère y Picornet, señor de Larnagol y Talcoimur, vidame, caballero y patrono de Sarlac, alto barón de Guienne, segundo barón de Quercy, en una palabra, y por cima de todo, duque de la Vauguyón, hidalgo algo moderno á pesar de todos sus títulos, al que el orgullo de una alianza con los Sain-Mégrin había ofuscado. Sus mezquinas facultades se abismaron en la etiqueta; sin comprender de la grandeza más que la importancia, y de la altivez la sequedad, tomando las cosas por el lado material y desagradable, había educado al joven príncipe á su manera, con las lecciones de su dignidad áspera y tosquedad avinagrada. Por lo demás, cuanto á la amplia enseñanza que forma un rey y prepara un reinado, cuanto al estudio de las necesidades modernas, para nivelar las ideas del príncipe con las de Francia, que renueva la nación á cada medio siglo, ¿qué podía esperarse de un hombre cuya ocupación más importante era la de discutir con su mayordomo la lista de platos de la comida? Nada había que esperar en M. de la Vauguyón de la juiciosa enseñanza de los preceptores eclesiásticos del siglo de Luis XVI, nada de su prudente conducta cuanto á la humanidad de los príncipes, nada de ese aprendizaje

social, de ese fondo de cualidades amables, de ese desarrollo y fomento de las facultades sensibles, de esa educación de la gracia y el ingenio. M. de la Vauguyón no estaba á la altura de semejante tarea: era un devoto, pero de la más estrecha y apocada devoción, de la que es funesta para las monarquías que, dispensando al rey de sus deberes y al marido de sus derechos, forma los Luis XIII y Luis XVI. Vivezas de genio, rebeliones, dichos agudos y expansiones, primeras y vigorosas promesas del carácter y del temperamento, anuncios de virilidad, que los padres reprenden sonriendo para sí, todo había sido dominado, reprimido con amenazas por el implacable ayo. M. de la Vauguyón no había permitido nada propio de la infancia á este niño. Por la disciplina, las prácticas y los libros ascéticos, lo había guiado casi sin esfuerzo á esa renunciación y pasividad, á esas cualidades de anadamiento y de muerte que el siglo tiene en cuenta á los santos; y de esta disciplina, de este rigor con sus ideas y su carne, de esta educación de penitencia, de manos de este maestro sin tacto ni mundo, el joven abocó de repente al matrimonio, despavorido, turbado, con repugnancias y como si hubiese hecho votos secretos, incapaz para el amor, casi hostil á la mujer.

M. de la Vauguyón no quiso abandonar su obra: se interponía entre la joven pareja, y su sombra interrumpía la entrevista, impedía la expansión. Incomodado contra M. de Choiseul por haberle negado el empleo de su suegro, el duque de Béthune, jefe del Consejo de Hacienda, luchaba contra los ojos y el corazón del Delfín, retardaba el desahogo y confianza de los esposos. Ballía en esas intrigas y complots vergonzosos, en esos sobornos de los inspectores de obras que en Fontainebleau apartaban las habitaciones del

Delfín de las de la Delfina. Se rebajaba hasta el espionaje, llevando cuentos y chismes, denunciando á Luis XV las lecturas del Delfín; y llegó á tal punto su ruin vigilancia, que la Delfina acabó por decir al antiguo ayo de su marido: «Señor duque, el señor Delfín está en una edad en que ya no necesita ayo, y yo no tengo necesidad de espía; os ruego que no volváis á ponerlos en mi presencia.»

A ese corazón del Delfín, oprimido y habituado á vivir retraído, oponed un corazón franco que se exhiba con los demás, se abandona y prodiga, una muchacha que entra en la vida con los brazos abiertos, ávida de amar y de ser amada, como era la Delfina.

A ella le gustaban todas las cosas que halagan y conmueven la imaginación, los goces que interesan el corazón de las mujeres y distraen á las soberanas jóvenes; las entrevistas á solas en que la amistad se exhiba, las conversaciones íntimas en que las ideas se expresan con confianza, y la naturaleza, que es una amiga del alma, y los bosques, confidentes de los sentimientos, y la campiña y el horizonte, donde la mirada y el pensamiento se pierden, y las flores están en eterna fiesta.

Por un contraste singular, aunque menos raro en su sexo de lo que se cree, la alegría oculta ese fondo conmovido, casi melancólico, de la Delfina. Es una alegría estrepitosa, ligera y petulante, que va y viene y llena á todo Versalles de movimiento y animación. La Delfina esparce á su alrededor la movilidad, la ingenuidad, aturdimiento, expansión y travesura de sus gracias. En ella se mezclan para agradar la juventud y la infancia, todo se coliga contra la etiqueta, todo agrada en esta princesa, la más adorable, la más femenina, si así puede decirse, de todas las mujeres de

la corte. Y siempre saltando y dando vueltas, pasando como una canción, como un relámpago, sin cuidarse de su cola y de sus damas de honor, corre en vez de andar, se abraza á las personas, les salta al cuello; si se ríe en el palco real de la graciosa figura de Preville, es á carcajadas, con gran escándalo de la familia real, que sólo se digna sonreír, y al hablar siempre se ríe.

¡Qué diferencia en la educación de esos dos jóvenes que la política debe unir! M. de la Vauguyón había sido el preceptor del duque de Berry; el abate de Vermond había hecho y continuaba haciendo la educación de María Antonieta. Indudablemente, el abate de Vermond había transformado la archiduquesa de Austria en una francesa; no sólo le había enseñado nuestro idioma con sus finuras de expresión, sino que le había revelado nuestro carácter hasta en sus matices, nuestros usos hasta en sus manías, nuestra manera de pensar y nuestros gustos hasta las más recónditas puerilidades, nuestro ingenio hasta en lo tácito, todas las cualidades de los franceses, en fin, en lo más secreto de su práctica; mas también le había enseñado esa risa.

La Iglesia se había contagiado del mal del siglo. Aparte de algunos nobles y austeros caracteres, erguidos y firmes en medio del contagio y de la corrupción, todas las capacidades y lumbreras, todas las inteligencias del clero estaban tocadas de ese escepticismo, de esos alardes de menosprecio y desdén por lo sublime y respetado, de esa irreverencia é ironía que es el fondo del siglo XVIII, desde Dubois á Figaro. Por cima de las malhadadas costumbres particulares, se había formado en la nación un ambiente moral aún más desdichado, una atmósfera de rechifla, paradoja y su-

perfidia, cuya influencia el clero no fué el último en recibirla. Burlarse de la razón llegó á ser el raciocinio de Francia, como burlarse del Estado fué el signo de los estadistas, y mofarse de la regla el tono de los hombres de iglesia. Impulsado por sus hábitos de sociedad á llevar la palabra, á dirigir la conversación con lucimiento y siendo escuchado atentamente, el clero joven, abandonando el púlpito y la elocuencia por las predicaciones junto á la chimenea, con los codos apoyados en los brazos de dorado sillón, enseñaba á las mujeres inclinadas hacia la arenga á no postrarse ante sublimes proposiciones, á no tomar en serio la mayor parte de las cosas, á desprenderse de preocupaciones, á vengarse de la vida riéndose, á castigar todo con el ridículo, á sobreponerse á todo por el ingenio. ¡El ingenio!, eso es lo que el clero joven aconsejaba y lo que elogiaba en las mujeres, con la unción de eclesiásticos y el saber de hombres de talento. Al ingenio de las mujeres apelaba el clero, animándolas á desatender sus obligaciones y á evitar sus molestias; en una palabra, menguando la teoría del deber. No era por cierto la seducción melindrosa de los abates de Pouponville, sino una seducción más peligrosa, la perversión de lo más recóndito de la imaginación francesa, pero tan bien manejada, que, hecha la herida, apenas se sentía la llaga y la ruina.

Entre estos dueños de la mujer, y de la sociedad por medio de la mujer, en ese numeroso partido del clero que se llamaba á sí mismo el clero *de excelentes costumbres*, el partido de los abates de Balivière, de Espagnac, Delille, de todos esos fundadores de la maledicencia é irreverencia que de puertas adentro del salón comenzaban la obra de los Estados generales, el abate de Vermond figuraba en primera línea. Era un

burlón perfecto, con una sonrisa en sus finos labios que en nada creía, y una mirada escudriñadora y como mordaz, uno de los más perversos y de los más amables entre esos jocosos abates revestidos de filosofía, que, amparados á la sombra de la monarquía, quemaban como fuegos de artificio en torno de ella las convicciones y respetos fundamentales, sin pensar en el incendio.

Semejante preceptor hubiera hecho gran daño á una joven que careciese de las buenas cualidades de la archiduquesa. Podía helar sus ilusiones, pervertir y ajar su corazón. Mas el corazón de María Antonieta se libró de la influencia de M. de Vermont; no así su espíritu. Desarrolló en ella ese germen bur'ón que había en su fondo. Animó á la archiduquesa con el ejemplo y el aplauso á esas definiciones y epítetos, á esas escaramuzas de la palabra, á esa risa que ella no hacía acerba, pero que en Francia, y en una corte en que los necios tienen oídos, debía formarle muchos enemigos. Añadid á eso el horror al aburrimiento, el desprecio á la etiqueta, la negligencia en su papel de princesa, y comprenderéis el mal que hizo á María Antonieta una educación que la preparó más bien para brillar en su sexo que para ocupar su rango.

¡Lo que sufrió la joven pasando de repente de la dirección de M. de Vermont, el escarnecedor implacable de las puerilidades de la grandeza, bajo la férula de Mad. de Noailles, la persona de Francia más preocupada del ceremonial francés! Por más que la joven princesa trató de transformarse, no pudo conseguirlo. Bien es verdad que Mad. de Noailles le ayudó poco en esa lucha contra las enseñanzas y su ídolo. Era una mujer penetrada del respeto de sí misma, un personaje importante, que jamás descendía á ponerse

risueña y á hacer una advertencia sin mal humor. Parecía, en verdad, una de esas malas hadas de los cuentos fantásticos, arisca é intratable, que atormentan siempre á una joven princesa. Así es que la Delfina en seguida le puso el apodo de *Mad. Etiqueta*; y más tarde, un día en que ya era reina, habiendo montado en un asno, y dejándose caer, dijo riéndose: «Id á buscar á Mad de Noailles, para que nos diga lo que manda la etiqueta cuando una reina de Francia no sabe sostenerse sobre un burro.»

La mala voluntad de otra mujer contra la Delfina utilizaba las quejas y descontento de Mad. de Noailles. Mad. de Marsán, á la que el aprecio en que se la tenía en la corte daba gran consideración, era la severa y tiesa personificación de las virtudes del tiempo de Enrique IV. No pudiendo usar la gorguera y el guarda-infante, conservaba el porte rígido de un retrato de Clouet. Todavía quedaba en ella alguna sangre y temperamento de aquella famosa Marsán que, en la época de las dragonadas, se distinguió por el celo de la persecución. ¡Y qué tormentos sufría María Antonieta á todas horas con los eternos sermones de la amiga y aliada de Mad. de Noailles! El paso ligero y airoso de la Delfina era á sus ojos el modo de andar de una artesana; á la moda de las telas vaporosas y aéreas la tenía como propia de trajes para cómicas que tratasen de producir un incitante efecto. Si la Delfina levantaba la vista, Mad. de Marsán veía en eso la mirada estudiada de una coqueta; si llevaba los cabellos un poco sueltos y flotantes, decía en voz baja que era la cabellera de una bacante; si hablaba con su natural viveza, era un afán de hablar sin ton ni son; si en una conversación tomaba su fisonomía una expresión simpática é inteligente, ella la consideraba como un

aire insoportable de comprenderlo todo; si se reía, alegre como una niña, la juzgaba una alegría fingida, explosiones de risa forzadas. Esta vieja sospechaba de todo y lo calumniaba todo; María Antonieta se vengaba de ella igualmente que de Mad. de Noailles, sin reflexionar que Mad. de Marsán era aya de las hermanas del Delfín y amiga de sus tías, sin imaginar cuánta censura y muy pronto cuánta calumnia encontrarían en ese centro, en Versailles y en Marly, sus acciones más insignificantes y sus más indiferentes palabras.

IV

Amistades de la Delfina.—Mad. de Picquigny.—Mad. de Sain-Megrin.—Mad. de Cossé.—Mad. de Lamballe.—Entrada del Delfín y la Delfina en su buena villa de París.—Popularidad de la Delfina.—Intrigas del *partido francés* contra la Delfina y la alianza que representa.—M. de Aiguillón.—La Delfina llamada *la Austriaca*.

Rodeada de tal modo de malevolencias y espionajes, perseguida por esas molestias, sin apoyo, sin amigos ni expansión, aislada de esta corte escandalosa, extraña en medio de su familia, casada y sin marido, esta joven formó amistades que debía creer sin peligro: obligada á distraer el corazón, como Mad. de Motteville dice hablando de otra reina de Francia, lo dedicó á las amigas, como Ana de Austria lo hubo dedicado. María Antonieta buscó compañeras para aturdirse, para no pensar en penas, en lo venidero, ni en sí misma. Se unió como una muchacha, ó más bien como una colegiala castigada, cuyas grandes venganzas—chanceras burlas—necesitan una confidente y una cómplice. La primera amistad de la Delfina fué muy íntima, y la amiga, la cabeza más atolondrada de la corte: la duquesa de Picquigny.

Mad. de Picquigny era la digna nuera de madame la duquesa de Chaulnes. Tenía, como ella, afluencia de ideas y de réplicas, vivezas apasionadas y espirituales. Su talento era como el de su suegra: un talento

maligno y endiablado, «el carro del Sol entregado á su hijo Faetón». Burlándose consolábase de todas las cosas, y de su matrimonio, y de su marido, ese maníático de historia natural que, según ella decía, había querido disecarla para hacer su anatomía. ¡Qué distracciones para la Delfina esta compañía y conversación, que no respetaba nada, ni la insolencia de la suerte, ni aun la corona de la Du Barry! ¡Y qué dafino maestro es esta Mad. de Picquigny, que, detrás de su abanico, anima y emancipa las frases de la Delfina! De ella aprende á devolver burlas por injurias y la mofa por la calumnia. Mad. de Picquigny la induce y lanza á las sutilezas contra las figuras raras, los tocados góticos, las pretensiones, las torpezas, los ridículos y las hipocresías; y en su intimidad se esbozan esos rasgos de ingenio, esas frases, esa clasificación de las damas de la corte en tres clases: las de cierta edad, las gazmoñas y las chismosas; en *siglos*, *circumspectas* y *correos*, apodos inocentes con que se divertía la joven Delfina y que tantos odios preparaban á la reina de Francia.

Pero M. de la Vauguyón todavía tenía al Delfín bajo la tutela de sus advertencias y observaciones. «¿Qué consecuencias resultarán, murmuraba á su oído, si el rey llega á enterarse de esta liga de la Delfina con Mad. de Picquigny, contra la *gran danzarina*?» Hacia además insinuar, por otra parte, á la Delfina que las personas del carácter de Mad. de Picquigny y de su índole burlona hacen mofa de todo; que no perdonan á nadie, aunque sea á una bienhechora, y que les sucede que pagan sus deudas de gratitud con pullas picantes que zahieren á los que les favorecen. De la confianza é intimidad, la Delfina pasó á la reserva con Mad. de Picquigny, y de la reserva á la indiferen-

cia. M. de Vauguyón esperaba esta oportunidad para lanzar una nueva favorita á la intimidad de la Delfina que fuese hechura suya, á su nuera, Mad. de Saint-Mégrin. Esta era casi tan agradable como Mad. de Picquigny, pero sin aturdimiento, con elección, discernimiento y prudencia. También hacía burla, pero en voz baja, y de ciertas personas. Amonestada por su suegro, iba captándose el favor de la Delfina, tratando de agradecerle sin ponerse á mal con nadie, atenta con la corte de Luis XV, hábil en conducirse, comprometiéndose sólo á medias y haciendo su corte sin desairar á nadie. La Delfina pronto comprendió el juego, y cuando Mad. de Saint-Mégrin llegó á solicitar el cargo de azafata suya, apoyándose en los de un partido y otro, sirviéndose en secreto de la influencia de su marido sobre el Delfin y de la benevolencia de Mad. Du Barry, la Delfina fué á rogar al rey que se le negase. El Delfin apoyaba á Mad. de Saint-Mégrin; el rey ya la había indicado; pero la oposición de la Delfina todo lo venció. Se nombró á Mad. de Cossé, y al ocupar su puesto entró en favor. Mad. de Cossé era una compañera más seria, más prudente, y tenía más mundo. No agradaba por hacer frases ingeniosas, sino por una discreción amable y una experiencia indulgente; poseía la paciencia para lo fastidioso y la tolerancia para lo ridículo. Su criterio unía á la perspicacia femenina la solidez inglesa y el talento francés; así nos lo da á conocer una opinión crítica de aquel tiempo.

Para separar á la Delfina de Mad. de Cossé, de una consejera y guía tan excelente, se necesitó nada menos que un sentimiento desconocido hasta entonces para ella, una amistad de nueva especie, de confianza más tierna, de simpatía más cariñosa. La Delfina vió

á Mad. de Lamballe en los bailes de confianza de Mad. de Noailles, y comprendió la verdadera amistad.

Mad. de Lamballe tenía el interés de sus veinte años y de sus desventuras. María Teresa Luisa de Carignán había quedado viuda á los diez y ocho años, de un marido cuyos excesos licenciosos le causaron la muerte: Luis Alejandro José Estanislao de Borbón, príncipe de Lamballe y montero mayor de Francia. El desgraciado padre de aquel miserable joven, M. el duque de Penthièvre, había hecho de su nuera una hija adoptiva. Mad. de Lamballe participó en seguida de todos los placeres de la Delfina, de todos los bailes que daba en sus habitaciones; brilló y se distinguió en ellos de tal modo, que interesó á Luis XV. Por un momento Mad. Du Barry, sus favorecidos, la corte y las imaginaciones novelescas se emocionaron en expectación de importantes cambios y grandes amenazas: la de un casamiento de Luis XV con Mad. de Lamballe; y esas alarmas causadas á Mad. Du Barry fueron también un lazo entre la Delfina y su amiga: todo el ingenio de Mad. de Picquigny no lo había vencido tanto y tan bien.

Tres años habían pasado desde la entrada de la Delfina en Francia, cuando se fijó el día en que ella y el Delfín harían la primera entrada en su leal villa de París. Estas entradas solemnes eran una antigua usanza de la monarquía y una antigua fiesta de la nación, que antes eran cabalgatas armadas, y los tiempos de paz cambiaron en manifestaciones pacíficas. ¡Buenos y felices días, en que los herederos del trono de Francia venían en triunfo á saludar y darse á conocer á su pueblo; en que una joven pareja, porvenir de la dinastía, iba á someterse á la opinión pública en su mismo reino y á estrenar los aplausos de

la multitud al mismo tiempo que la lisonja de la historia!

El 8 de Junio de 1773, el Delfin y la Delfina llegaron de Versalles á las once de la mañana, y se apearon del carruaje á la puerta de la Conferencia. Les aguardaba la compañía de la ronda á caballo. Los recibieron la corporación municipal, con el preboste de los mercaderes á la cabeza; el duque de Brissac, gobernador de París, y M. de Sartines, teniente de policía. El mercado, que en esos días de regocijo componía algo de la familia de los reyes, presentó á la Delfina las hermosas llaves de una ciudad que se ofrece: frutas y flores, rosas y naranjas. Desde allí, y en las carrozas de ceremonia, el Delfin y la Delfina fueron á la iglesia de Nuestra Señora por el muelle de las Tullerías, Puente Real, muelle de los Teatinos, muelle de Conti, donde estaban formados en escuadrón los guardias de la Moneda; el Puente Nuevo, donde estaba armada frente al caballo de bronce la compañía de alguaciles; el muelle de los Plateros, calle de San Luis, el mercado y calle de Nuestra Señora. Recibidos á la puerta por el arzobispo y el cabildo con mantos capitulares, hecha su plegaria en el coro, oyeron una misa rezada en la capilla de la Virgen, dicha por un capellán del rey, y un motete, por el que se pagaron trescientos francos al maestro de capilla de Nuestra Señora. Visitaron el Tesoro, fueron á Santa Genoveva, dieron una vuelta, según el uso, alrededor del camarín de la santa, y volvieron á las Tullerías. Las mujeres de los mercados comían en la sala de conciertos; sólo en la mesa del Delfin había hombres. El palacio estaba abierto para el pueblo: la muchedumbre entraba, miraba y salía; su regocijo circundaba el festín. En los jardines se apiñaba el pueblo. La joven

Delfina quiso bajar allí del brazo de su marido, y confiándose al amor de aquella multitud, ordenó á los guardias que no separasen ni apretasen á nadie. Avanzaba, hechizando á la muchedumbre, encantada ella misma, rodeada de aclamaciones y como llevada por las bendiciones de todos, y las manos aplaudían y los sombreros volaban por el aire... Todas las adulaciones del día, las arengas del preboste, de los mercados, del arzobispo y del abate Coger, y hasta treinta y ocho versos de los estudiantes del Colegio de Montaigu, le parecían á la Delfina mezquinas adulaciones comparadas con ese inmenso pueblo y su estentórea aclamación. Iba saludando y dando gracias, aturrida con el ruido, la alegría y los homenajes. De vuelta en el castillo, todavía quiso dejarse ver y encantar al pueblo; y á pesar del ardoroso sol, María Antonieta permaneció un cuarto de hora asomada á la galería para que la viesen y la vitoreasen, conteniendo apenas las lágrimas de enternecimiento que subían á sus ojos.

Esta fuerte emoción, este goce del alma de una princesa francesa, lo explayó María Antonieta en esta carta á su madre: *«El martes último he disfrutado de una fiesta que no olvidaré en mi vida: hemos hecho nuestra entrada en París. Respecto á honores, hemos recibido todos cuantos se pueden imaginar; todo eso, aunque muy grato, no es lo que más me hubo interesado, sino el cariño y solicitud de aquel pobre pueblo, que, á pesar de los impuestos con que lo abruma, estaba enajenado de alegría al vernos. Cuando bajamos á pasear por los jardines de las Tullerías, había allí una muchedumbre inmensa, que hemos estado tres cuartos de hora sin poder avanzar ni retroceder. M. el Delfin y yo hemos recomendado varias veces á los guardias que*

no apretasen ni lastimasen á nadie, lo cual hizo muy buen efecto. Y hubo tanto orden todo el día, que, no obstante la aglomeración enorme de gentes que nos siguió á todas partes, no hubo ningún herido. A la vuelta del paseo subimos á una terraza descubierta y estuvimos asomados una media hora. No puedo deciros, mi querida mamá, los transportes de alegría y de afecto que nos han prodigado en esos momentos. Antes de retirarnos, hemos saludado al pueblo con la mano, lo que ha causado gran satisfacción. ¡Qué dichosa se es en nuestra posición al obtener la benevolencia del pueblo á tan poca costa! Nada hay, sin embargo, tan precioso: lo he comprendido bien, y jamás lo olvidaré.»

Hay días en que los pueblos tienen veinte años. Francia amaba; y el anciano duque de Brissac, mostrando con la mano á María Antonieta esta multitud, esta mar compuesta de todo París, tenía razón al decirle: «Madame, ¡ahí tenéis, á la vista, doscientos mil apasionados vuestros!»

Las delicias de ese día embriagaron á la Delfina. Al día siguiente trató de renovarlas. ¿Y qué mujer no se hubiera entregado como esta joven á esta adoración de Francia? Acoger todos esos corazones que se le ofrecían, cifrar su dicha en el amor de aquel pueblo, llenar el vacío de su imaginación, ocupar su vida sin empleo, era una ilusión harto hermosa para que á una princesa de diez y ocho años no la impresionase. Y he ahí á la Delfina buscando, días después del 8 de Junio, esas aclamaciones, esos vitores y esa alegría. Va á la Opera, al Teatro Francés. Mas no le basta el teatro, donde el respeto reprime los transportes del público; aspira á descender de su altura, á acercarse más al pueblo, á participar de sus placeres, á exponerse á que la co-dee para sorprender y gozar la popularidad en lo más

vivo y verdadero de la intimidad. Pasea, pues, á pie en el parque de Saint-Cloud, con la familia real, á la que lleva tras sí; se mezcla con el gentío, recorre los jardines, contempla las aguas, se detiene en la cascada perdida, y oculta entre todos, denunciada por su buen humor y su gozo. Con su marido y los niños de la familia anda por todas partes, y va á las tiendas de la feria, riendo donde se ríe, jugando donde se juega, comprando donde se vende; pronto la reconocen, la saludan y la agobian de peticiones. El escudero que la sigue, fatigado de recibirlas, rechaza el memorial de una anciana. La Delfina le reprende en alta voz, ¡y qué de aplausos en la multitud! Siguiendo á los parisienses, entra en la sala de baile del portero Griel, se recrea en ver bailar, y quiere que los bailarines olviden que ella está allí y que prosiga la diversión. ¡Qué novedad, «qué revolución»—esta es la palabra de un espectador de aquel tiempo,—esos príncipes mezclados con el pueblo, distrayéndose con sus juegos mano á mano con él! ¡Y qué alabanzas en todos los labios, qué amor en todo el reino por esta querida Delfina, que hacía el milagro de volver á unir de tal modo á Versalles con Francia!

Francia y el porvenir sonreían á la futura reina; y sin embargo, contra su popularidad, en la sombra, sin ruido, pero sin descanso, continuábase la obra de odio y destrucción comenzada el día mismo en que la Delfina había dejado á Viena. Además de sus enemigos, María Antonieta tenía en contra suya un partido, esa cosa abstracta, ciega é implacable: el partido de la antigua política francesa. Esa política, de la que el padre del duque de Berry había sido el apóstol, era el viejo culto de la diplomacia francesa; era el pretexto y el arma del rencor de M. de Aiguillon contra M. de

Choiseul, á quien él y Mad. Du Barry habían hecho caer en desgracia casi tan pronto como se instaló la joven princesa en la corte de Francia.

Los hombres del partido francés, que así se llamaba á sí mismo, no querían reconocer que las leyes de equilibrio de Europa obedecen á las épocas y se renuevan. No estaban satisfechos de ese prolongado esfuerzo de Francia que sucesivamente había mermado del imperio de Carlos V el Rosellón, la Borgoña, la Alsacia, el Franco-Condado, el Artois, el Hainaut, el Cambresis y España, Nápoles, Sicilia y la Lorena, y el Barrois. Olvidaban el presente de Inglaterra para recordar tan sólo el pasado de Austria. ¿Qué era, á los ojos de este partido, el matrimonio con María Antonieta sino una derrota? ¿Qué era María Antonieta sino una prenda y resguardo de los tratados de la nueva política inaugurada en el favoritismo de Mad. de Pompadour? El jefe de ese partido, segundo sobrino del cardenal Richelieu, M. de Aiguillon, enemigo personal de M. de Choiseul, disponía del clero y del partido de los Jesuitas, hostiles á María Teresa, en cuyas posesiones se había abrigado el jansenismo, contrarios de antemano á la protegida de M. de Choiseul, y agrupados, por odio al ministro filósofo, «ese otro Aman», en torno de la Du Barry, «esta nueva Esther». Los enemigos de la Delfina no se olvidaban de explotar contra ella la repartición de Polonia, «ese reparto que Choiseul jamás hubiera permitido», confesaba el mismo Luis XV. M. de Aiguillon vino á decir al rey, y lo repitió en la corte: «¡Ved la fe que Francia puede tener en la amistad de la casa de Austria, y lo que debemos esperar de una familia que, aliada al rey por el doble lazo de un tratado y un matrimonio, cuando quiere aumentar sus posesiones á expensas del rey de

Prusia, levanta á Francia contra él, y cuando quiere extender sus dominios á costa de Polonia, se une á Prusia, la enemiga del rey!» El golpe parecía dirigido á la madre, pero era á la hija á quien perjudicaba. Y cuando M. de Aiguillón hablaba también del príncipe que iba á ser José II, y le suponía miras lejanas sobre Baviera, la codicia del Frioul veneciano y de la Bosnia, el proyecto de canalizar el Escalda, el pesar de haber perdido la Lorena y la Alsacia, sabía que con eso despertaba alarmas y dudas sobre los sentimientos franceses de la hermana de José sobre la sinceridad de la adhesión de María Antonieta á su nueva patria.

Las intrigas eran hábiles, atrevidas y continuas. El partido apelaba á todo lo que podía dar razón á su política, sin pararse en barras. ¿No llegó al punto de poner en manos de Mad. Du Barry, al fin de una cena, el despacho funesto del cardenal de Rohán, entregado por M. de Aiguillón á la favorita para que lo leyese en plena mesa... «He visto llorar efectivamente á María Teresa por las desventuras de la oprimida Polonia; mas, ejercitada esta princesa en el arte de dominar sus impresiones, me parecieron lágrimas á la orden: en una mano tiene el pañuelo para enjugar el llanto, y en la otra la espada ó pluma con que negocia el ser la tercera potencia copartícipe?» El partido bien sabía que algo de odiosidad de esta falsedad atribuida á María Teresa redundaría en daño de su hija. Era preciso inspirar en el público la creencia de que el engaño y el fingimiento eran de raza en ella; había que principiar á familiarizar el espíritu del pueblo con la idea de un odio nacional contra su soberana.

Al malhadado reparto de Polonia se había unido contra María Antonieta, desde los primeros días de su matrimonio, una falta de la que podía echarse la

culpa á María Teresa; falta aparentemente ligera, pero de terribles consecuencias en un pueblo susceptible, en una corte ordenada y dispuesta á conservar su puesto. Una parienta de María Teresa, hermana del príncipe de Lambesc, Mlle. de Lorraine, pretendió ocupar un sitio al lado de los príncipes de la sangre en el minué de las fiestas del casamiento; produjo eso mil reclamaciones, mil enojos; los duques y pares se sublevaron, toda la nobleza amenazó muy seriamente con «renunciar á la cadeneta y dejar que los violines tocasen en vano», y todas las damas juraron «estar indispuestas para el baile»...

Caído y desterrado M. de Choiseul, encontrábase María Antonieta entregada sin defensa á todas las miserables animosidades y á todos los grandes odios contra Austria, que las malaventuradas pretensiones del archiduque Maximiliano habían de reavivar más en 1775; y el día en que esta princesa tan adherida á Francia subió al trono, su influencia y popularidad estaban ya minadas; ya se había hallado y corría en los murmullos de la corte ese epíteto de *Austriaca* que iba á acompañarla al cadalso.

LIBRO SEGUNDO

(1774-1789)

I

Muerte de Luis XV.—Valimiento de Mad. Adelaida con Luis XVI.
—Intrigas en el castillo de Choisy.—M. de Maurepas en el ministerio.—Varias tentativas de la reina en favor de M. de Choiseul.—Conducta de M. Maurepas para con la reina.—MM. de Vergennes y de Müy hostiles á la reina.—Influencia de Mad. Adelaida.—Mad. Luisa, la carmelita, y los comités de Saint-Denis.—Cuento de Mad. Adelaida al rey contra la reina.—*La salida de la Aurora*.—M. de Maurepas sepárase de Mesdames tías.—Caridad de la reina.—Las prevenciones del rey contra M. de Choiseul, sostenidas por M. de Maurepas.—Desconfianza del rey.

El 10 de Mayo de 1774, á eso de las cinco de la tarde, Luis XV agonizaba. Formados en hileras en el patio de Versalles, carruajes, guardias y escuderos á caballo, esperaban su muerte. Todas las personas tenían la mirada fija en una bujía encendida en una ventana, cuya llama vacilaba. El Delfín estaba en el cuarto de la Delfina. Mudos los dos, escuchaban los lejanos toques de las cuarenta horas, apagados por ráfagas de viento y lluvia, y pesaban de antemano la carga de la corona que iban á ceñir tan jóvenes. La luz se extinguió, y los jóvenes esposos oyeron acercarse á su

habitación el tumultoso estruendo de una corte que se precipita á adorar nuevos reyes. Mad. de Noailles entra la primera, saluda á María Antonieta con el título de reina, y suplica á Sus Majestades que vengan á recibir los homenajes de los príncipes y de los altos empleados. Entonces, apoyada en el brazo de su marido, con el pañuelo sobre los ojos, con paso lento, y como doblegándose ante el porvenir, María Antonieta pasa por medio de los personajes que los acatan, embellecida con su tristeza, en la actitud resignada y encantadora de las jóvenes princesas de la antigua fábula prometidas á la fatalidad. Después, caballos, carruajes, guardias y escuderos, todo se pone en camino, y la nueva corte se traslada á Choisy.

Reina ya María Antonieta, ¿vencería las influencias que habían turbado su unión y su dicha de Delfina? ¿Triunfaría de la conspiración que en la esposa del Delfín combatía la política de Austria? ¿Obtendría cerca de su marido consejeros, si no partidarios, de la alianza hecha, al menos sin prevenciones, contra la unión que había sido la garantía, sin animosidad contra la hija de María Teresa, que ya era la esposa que iba á dar Delfines á Francia? Su juventud y sus mejores cualidades, ¿continuarían hallando en torno de ella la censura implacable de los enemigos de su familia? ¿No es de creer más bien que la reina va á tomar su parte de legítimo dominio sobre esa voluntad de Luis XVI que á todos se entrega, que también ella va á entrar en su confianza, y conseguirla al fin contra las intrigas que han obligado al Delfín á apartarse de ella como de una enemiga de los Borbones?

Una mujer frustró esas esperanzas de la reina y esa expectación de la opinión pública. Dominando el mal que en sí lleva el germen de las viruelas, que cogió

al lado del lecho mortuario de su padre Luis XV, Mad. Adelaida rodea y envuelve á Luis XVI en los primeros momentos. Entre Luis XVI y Mad. Adelaida, entre el sobrino y la tía, había fuertes lazos: la gratitud siempre viva de la benévola vigilancia y de los tiernos cuidados que fueron los únicos que acariciaron algo su triste y solitaria infancia. ¡Pobre niño, en verdad, que se había criado casi huérfano, sin madre, sin amigos, y que, llorando, se le escapó decir, al jugar con otros niños: «¡Y á quién he de amar aquí si nadie me quiere!» Mad. Adelaida había desempeñado al lado del Delfin el papel de madre, y casi tenía la autoridad de tal con el rey. Despierta en él los recuerdos de familia adormecidos, los resentimientos calmados. Le habla de su padre, alejado de los asuntos, humillado, anonadado en todo el largo tiempo que gobernó M. de Choiseul; le habla de su inmoralidad, de sus prodigalidades é insolencia; de la indignación del Delfin contra ese hombre que le había faltado al respeto, que «había osado declararse enemigo del hijo de su soberano». Después, removiendo cenizas, le hablaba de las muertes repentinas y extraordinarias de su padre y de su madre, de los dichos y murmuraciones de envenenamiento que se dirigían y fijaban en M. de Choiseul. Después de conmover al rey y de borrar las impresiones que la reina ha podido darle, volviéndolas contra ella, como la prueba de una alianza con el enemigo del Delfin, Mad. Adelaida habla al rey, en nombre de su padre, de las memorias que ha dejado, de ese testamento político escrito para instrucción de su hijo y confiado en manos de M. de Nicolai. Se celebra una junta á puertas cerradas. Un día que la reina está en el Bosque de Bolonia con Mad. de Cossé, ó en el balcón de la Muette gozando de las

aclamaciones del gentío, y que M. de Aiguillón y M. de la Vrillière están en la antecámara del rey, se lee al monarca la lista de los hombres que la voluntad del Delfin moribundo destinó á rodear el trono de su hijo cuando llegase á reinar. La elección de Luis XVI, que entonces se llamaba á sí mismo Luis el Severo, se fijó en M. de Machault, y se firmó la carta que le llamaba al ministerio. Mas esa elección no bastó á Mad. Adelaida: quiso un ministro más comprometido en la política antiaustriaca. Entretanto, M. de Aiguillón, que sabía que la reina no le perdonaba el haber entregado á María Teresa á las burlas de Mad. Du Barry, daba pasos, ideaba y trabajaba para sostenerse en el poder. Logró la confianza de Mad. de Narbonne, que gobernaba á su antojo la voluntad de Mad. Adelaida, y amparado y oculto por ella, lanza el nombre de su primo Maurepas, que lo defenderá y salvará. Mad. de Narbonne no tuvo gran dificultad en hacer aceptar á su señora una víctima de la Pompadour, y ganada Mad. Adelaida, se alió en favor de M. de Maurepas, con una de sus influencias ocultas y temibles, secretas y poderosas que á veces gobiernan desde la antecámara la conciencia y el favor de los reyes.

M. de Radonvilliers, el teniente ayo del Delfin, poseía su confianza en mayor grado que el anciano M. de la Vauguyon, ese preceptor Coetlosquet, santo fuera de su lugar en la tarea humana de educar á un rey; ese lector de Argentré, que todo lo más sabía leer. Muerto ya M. de la Vauguyon, M. de Redonvilliers disponía de la voluntad política del rey. Era un jesuita algo reñido con los jesuitas, pero en el fondo adicto á ellos y hechura suya, ascendiendo por medio de humillaciones é intrigas desde el preceptorado de los hijos del duque de Charots á la cátedra de

Filosofía de Luis el Grande, de la cátedra á la secretaría de la embajada de Roma, después á la secretaría de la hoja de beneficios, y luego á ser teniente preceptor del Delfín; hábil, discreto y hasta misterioso, puntual, de fácil pluma, dispuesto á las ideas de otros, y muy versado en las fórmulas; en la actualidad secretario privado del rey, y dirigiéndolo todo sin dar la cara. Por otra parte, imbuído en el espíritu de su clase, y animado en demasía de los rencores de su orden para que perdonase al rígido jansenismo de M. de Machault la prohibición de 1748 de las donaciones de bienes raíces al clero, M. de Radonvilliers aprobó, pues, la elección de Mad. Adelaida, por tratarse de un pariente de M. de Aiguillon, el sostén de los jesuitas. Se cambió el sobre de las cartas, y M. de Maurepas recibió la carta destinada primero á M. de Machault.

Preciso es confesar que la reina no dejaba de tener algo de que reconvenirse á sí misma. En los primeros momentos de emoción permitió que Mesdames se estableciesen en Choisy, en tanto que estaba convenido que se marcharían á Trianón, y quedarían por algún tiempo separadas del rey y de la reina. Había tenido la timidez de no combatir su intervención en la formación de un ministerio, y hasta la debilidad de apoyar con su aprobación algunas de sus elecciones. En toda esta grave evolución de la política, la joven reina parece no haber tenido otra mira que la despedida de Aiguillon, á quien llamaba *el mal hombre*. ¿Y quién sabe? Quizá si ella hubiese medido con valentía, sin dejarse llevar de las mezquinas animosidades de un resentimiento femenino, Mad. Adelaida no hubiera triunfado.

Ausente en los paseos, la reina lo supo todo cuando

estuvo hecho. Comprendió que estaba vencida; y no haciéndose ilusiones, cuando alguien le dijo: «A estas horas entra el rey en consejo con sus ministros...»— «¡Con los del rey difunto!», contestó, dando un suspiro esta reina, cuyo advenimiento al trono no le dió otra influencia que el derecho de escribir á Mad. de Grammont, la hermana de M. de Choiseul, desterrada por la Du Barry: «*En medio de la desgracia que nos aflige, tengo la satisfacción de poderos comunicar de parte del rey que os permite volver á mi lado. Tratad de venir tan pronto os lo permita vuestra salud: tendré sumo gusto en expresaros de palabra la amistad que os profeso.*» Y todavía se vió obligada María Antonieta á añadir en postdata: «*Aguardad á que M. de la Vrillière os lo anuncie.*»

La pérdida de las esperanzas de la reina fué seguida de otro descalabro que le arrebató del todo la ilusión y le reveló cuán ínfimo era su poder y cuán vanas sus más caras voluntades. María Antonieta se había sentado en el trono de Francia acariciando un gran proyecto. ¿Quién sabe hoy, y quién sabía entonces, que la reina quería dejar á Versalles, y hacer que el rey de Francia, siguiendo el ejemplo de todos los soberanos de Europa, fuese á vivir en su capital, trasladar la corte y el gobierno á París, procurando con esto al trono la popularidad que da la residencia, y de la cual los Orleans habían hecho su patrimonio? ¡Proyecto importante en el presente, y todavía más transcendental en lo futuro, y que pudo cambiar la faz de la revolución francesa! En la Muette, á las puertas de París, la reina examinó con M. de Mercy los planos levantados por Soufflot. Los eligió y aprobó; durante seis semanas, Soufflot tuvo orden de prepararlo todo. Esos planos llevaban la administración á París, y po-

nían las oficinas á la mano de los administrados. Las cuatro secretarías de Estado se establecían en los cuatro lados de la plaza Vendôme, y reunían sus archivos de minutas, dispersos entonces. El registro general se levantaba enfrente de la Cancillería. Se abría una calle por medio de los conventos de Capuchinos y Fuldenses, y una gran vía, atravesando las Tullerías, unía el boulevard al Sena. A este plan se unía un proyecto de ensanche de las calles, de aberturas en el arrabal de San Germán, la demolición de las casas situadas en los muelles, formar grandes vías y erigir puentes sobre el Sena, todo un conjunto de grandes obras que coronaba la conclusión del Louvre, instalando en él un Museo que salvaba los cuadros de la humedad de Versalles. Aplicando á este uso el Louvre después de concluído, María Antonieta se veía ya con un encantador cetro de reina, la tutela y dirección de las artes. Mas este proyecto del traslado de la corte á París, que tenía en sí la ventaja inmediata de una economía y reforma de gastos en Versalles, fracasó por la oposición de M. de Maurepas: éste temió que en París una reina se engrandeciese y un primer ministro se achicase.

Al volver á los negocios, después de veinticinco años de estar en desgracia, cuyo tiempo distribuyó entre la Opera, sus carpas y sus lilas, M. de Maurepas no apertaba una hostilidad personal contra la reina; pero era el hombre que el Delfín, padre de Luis XVI, recomendaba de esta manera á aquel de sus hijos llamado á suceder á Luis XV: «M. de Maurepas es un antiguo ministro, que, según mis noticias, ha conservado su adhesión á los verdaderos principios de la política que Mad. de Pompadour ha olvidado y vendido.» Y además, si le importaba un bledo

el importante papel que la Providencia le señalaba de dirigir á un rey, trazando al joven príncipe las sendas de la verdadera gloria, tenía en mucho el gobernar á su antojo á Luis XVI. No ignoraba lo que la reina debía á M. de Choiseul, y hasta qué punto la conducta de los ministros de Luis XV y del partido de la Du Barry para con ella habían exaltado su gratitud. Sobreponiéndose Luis XVI á la influencia de Mesdames y uniéndose á María Antonieta, volvían al poder Choiseul y el partido anti-Delfín, enemigos de M. de Maurepas. Así, pues, las necesidades de su situación le mandaban interponerse entre la reina y el rey como los enemigos de la reina; y absuelto á su entender por la lógica de este manejo obligado, M. de Maurepas puso en planta, para ese alejamiento, todos los medios, sin remordimientos y casi sin conciencia de lo que hacía. Fué un trabajo lento, subterráneo, rodeado de precauciones y matices, muy bien dirigido, con rodeos, suspensiones y concesiones, y hasta sacrificios. Se hacía difícil sostener á M. de Aiguillón contra la antipatía tácita de Luis XVI, contra los desaires que María Antonieta daba en público á Mad. de Aiguillón. M. de Maurepas inmoló á su primo y le obligó á presentar su dimisión. Cedió también á la reina la pequeña victoria de hacer vacunar á su marido, sin intervenir en este ruidoso asunto, sin atender á las reclamaciones del arzobispo contra esta innovación. La reina deseaba vivamente una entrevista del rey con M. de Choiseul, y después de haber tanteado él las disposiciones del rey para con el antiguo ministro, seguro de antemano del resultado de la entrevista, juzgó que era un placer que amenazaba muy poco su favor para rehusárselo á la reina. El 13 de Junio todo París hablaba de la entrevista. La reina había

acogido á M. de Choiseul con su más amable sonrisa: «*M. de Choiseul, celebro mucho el veros aquí. Me alegraría haber contribuido á ello. Habéis hecho mi felicidad, y es muy justo que sedis testigo de vuestra obra.*» Turbado el rey, sólo había podido decirle: «Señor de Choiseul, habéis engruesado bastante..., se os ha caído el cabello..., os vais quedando calvo.» Todo lo que resultó de esta entrevista fué el desengaño de la reina y el enojo de Mad. de Marsán contra Mad. Clotilde, que por complacer á su cuñada había hablado con amabilidad á M. de Choiseul. Menos confiado éste que la reina, á su paso por Blois había encargado de antemano los caballos de posta que volvieron á llevarlo á Chanteloup.

M. de Maurepas ya no tuvo inquietudes, y se reía de las dificultades que le suscitaba *la hermosa dama*. Todo conspiraba para sostenerle, y el rey iba á darle por asociados en su política contra la reina dos personas impulsadas á servirle por todas sus convicciones, sus sistemas y hasta sus agravios.

Uno era M. de Mity, ministro de la Guerra, antiguo confidente del Delfín, padre de Luis XVI, aquel á quien el Delfín llamaba el sucesor de Montausier: hombre atento, pero de extremado celo, recto, pero con rigidez, duro para los demás como para sí mismo, y cuyas cualidades, severas hasta la intolerancia, le habían colocado en primera fila en el partido y merecido toda la consideración de Mesdames.

El otro, M. de Vergennes, ministro de Negocios extranjeros, era para M. de Maurepas un apoyo más activo, más declarado, y al mismo tiempo más flexible y con menos escrúpulos. M. de Vergennes, ministro en Constantinopla, había sido llamado por M. de Choiseul y casi desterrado á Borgoña. Vuelto al candelero

de M. de Aiguillón, había hecho en Suecia la revolución de Gustavo Vasa y del partido francés contra el partido ruso. Era sobrino y discípulo de Chaviny, sostén furibundo y sistemático de la antigua política francesa, ligado por opiniones con los Saint-Aignan, Fernelón, La Chetardie, Saint-Severin y todos los partidarios de la influencia dominante, exclusiva, de Francia en Europa. Diligente, audaz, sin temer las aventuras, deseando con vehemencia resolverlo todo para el triunfo de sus ideas, animado de fuerte ojeriza contra los tratados de 1756 y de 1758, y profundamente contrario á la casa de Austria, M. de Choiseul le había privado de su favor con motivo de su casamiento con una griega de notable belleza que le había dado dos hijos. Cuando se le nombró ministro, disuadieron á la reina de que permitiese que le presentasen á esta mujer, Mad. la condesa de Vergennes. Ella escribió á su madre, y Mad. de Vergennes no fué admitida en la corte hasta que María Teresa contestó. El marido lo supo, y atribuyó á la reina una intención ofensiva. De ahí que M. de Vergennes tenía contra María Antonieta un rencor personal más bien que una oposición de ministro; y era un cómplice apasionado para las perfidias y calumnias á media voz de M. de Maurepas.

En los primeros momentos tuvo M. de Maurepas un auxiliar del que no se deshizo hasta después de haberlo utilizado, el canciller Maupeón, y á espaldas de éste á su partido, que era el del clero, ganado por la devoción de Mesdames tías, contrario á la piedad de la joven reina, sencilla como su corazón, sin tantas prácticas como la del rey, quizá más llena del espíritu de Dios, pero no tan allegada al de la Iglesia, y en la que ésta no esperaba hallar el apoyo de sus planes y esperanzas, de ese restablecimiento de los jesuitas,

cuya causa no estaba entonces tan perdida como á sus enemigos les parecía.

Curada de las viruelas, Mad. Adelaida volvió á la corte y á los consejos del rey, impaciente por reanudar su influencia, disgustada de todo lo que se había hecho sin contar con ella, de todo lo que M. de Maurepas había creído deber conceder, de las mezquinas victorias de la reina, la vacunación y la recepción de M. de Choiseul, ofendida de los pesares y lágrimas que María Antonieta no ocultaba á las personas de su intimidad; y esta princesa, cegada y arrastrada por su odio á la casa de Austria, pronto se midió con la misma reina, con la mujer, con la esposa. El modo de vivir de la reina, independiente y sin trabas; esta juventud que Luis XVI abandonaba á sí misma, sin método ni advertencias; esas muchachadas, diversiones inocentes y travesuras, sin las que María Antonieta no sabía pasarse hasta en las ceremoniosas representaciones de la majestad y en las recepciones de duelo, eran, por desgracia, bastantes armas, y muy terribles, en manos de viejas despiadadas. Así que ¡cuántas murmuraciones y quejas, cuántas amonestaciones y qué malignas palabras salen del nuevo castillo de Choisy, que, aumentándose en todas las reuniones devotas de Versalles y París, intentan hacer tararear á la opinión pública:

*«Petite reine de vingt ans,
Vous repasserez la barrière!...»*

*«Reinita de veinte años,
Volveréis á pasar la frontera...»*

Mad. Adelaida tenía, en realidad, una cartera en el ministerio. Disponía de las mercedes, encadenaba los agradecimientos á sus rencores. Tenía el mando de

esta hueste, de este complot que rodeaba á la reina, que por todas partes la oprimía y la perseguía en todo, y que logró obtener del redactor de la *Gaceta de Francia* una relación falsificada de las respuestas de la reina en el Parlamento y en el Tribunal de Cuentas.

Mad. Adelaida lanzó además contra la reina á su hermana, Mad. Luisa de Francia, la carmelita, que se había entregado á Dios sin romper con las miserias é intereses humanos, y que parecía haberse retirado del mundo para estar más á la mano de la corte. Mad. Luisa era una santa, pero una santa á la que los ministros hábiles no se descuidaban en complacer; una santa á la que el canciller Maupeón hacía la corte, yendo todas las semanas á comulgar con ella. En esas juntas secretas de Saint-Denis, celebradas en la celda de Mad. Luisa, se fraguaban esas intrigas, se inventaban esos dichos que, unidos á las intrigas y murmuraciones de Choisy, hacían olvidar en los salones el respeto á la reina antes de hacer olvidar al pueblo lo que estimaba á la Delfina.

Si tal saña y tan constantes arterías abrían por un momento los ojos del rey y le daban la tentación de gobernar al menos á su familia, Mad. Adelaida amenazaba muy alto con retirarse á Fontevrault y abandonar todo á la voluntad del rey; y resuelta á aventurar los últimos dados, fatigada de las palabras á medias y de los rodeos, el 12 de Julio se atrevió á hacer al rey una especie de acusación solemne contra la reina. Precedida del conde de la Marche, que hizo una crítica violenta de la reina, Mad. Adelaida acriminó y denigró con apasionamiento, casi con ira, la vida de la reina, sus ligerezas é imprudencias, sus correrías y paseos; todo, hasta sus más fútiles diver-

siones y sus recreos más insignificantes. La reina recibió al mismo tiempo una carta de Mad. Luisa, en que los consejos lindaban con la injuria y las reconvencciones con la condenación. Al salir del consejo de familia, intimidado el rey, se quejó á la reina de todo aquello de que acababan de darle tan fuertes quejas; la reina se defendió con los usos de Viena y de su familia. Hubo lágrimas entre el matrimonio, y más que enfados y discusiones, un alejamiento, causa de desunión para lo futuro, ¿quién sabe?, quizá el primer paso para la separación de la reina. Envalentonada por falta de castigo, la maledicencia soltó la máscara y dejó ver la calumnia. El rey oía en torno suyo el murmullo de los acusadores; veía semblantes que parecían condolerse del marido. Porque la reina, por un gusto infantil, y autorizada por el rey, fuese á ver rayar el sol á la altura de los jardines de Marly, ya los cortesanos se pasaban bajo capa, *al despuntar la aurora*, esta calumnia nacida de las murmuraciones de la corte. Otro día llegaba la calumnia hasta deslizar versos indignos debajo de la servilleta del rey. Eso era demasiado: M. de Maurepas comprendió que sus aliados se excedían. Impulsado por él, habló el rey con firmeza á sus tías, y aun corrió el rumor de su alejamiento, de su destierro á Lorena.

Desembarazado del celo comprometedor de Mesdames, apoyándose contra la reina en M. de Vergennes, de retorno de Suecia, seguro de M. Turgot, el nuevo ministro, que traía contra ella las prevenciones de sus costumbres y las antipatías de su espiritual ingenio, M. de Maurepas se fingió sumiso á María Antonieta. «Señora, vino á decirle, si yo desagrado á Vuestra Majestad, no tenéis más que obligar al rey á que me dé la dimisión: tengo los caballos dispuestos para mar-

char.» La reina dejóse desarmar por esta comedia de desprendimiento.

Fué un hábil cambio de escena. No convenía, en efecto, al primer ministro el permitir que exasperasen á la reina. Era peligroso para él dejar que las cosas fuesen tan aprisa, que los odios se levantasen tanto contra una soberana que todavía poseía el amor de los franceses. El entusiasmo, el cariño nacional con que había sido acogida la Delfina, acompañó á María Antonieta sobre el trono. No eran sólo entonces las dotes de su juventud las que ocupaban y encantaban la imaginación popular; era también su bondad, ese deseo de favorecer, de socorrer, de dar; esa caridad innata que hubiera sido una de las mejores cualidades de la reina, si no hubiese sido el más dulce de sus placeres. París y las provincias todavía recordaban el envío de dinero de su caja particular á los heridos de la plaza de Luis XV. Liras, pinceles, buriles y cinceles, todas las artes elogiaban su caridad y repetían esas aventuras que habían hecho rayar en adoración la popularidad de la joven princesa: el paisano herido en Achères por el asta de un ciervo, su mujer y su hijo recogidos en la carroza de María Antonieta, enjugando ella su llanto y aliviando sus necesidades. El público agradecimiento hablaba del hospicio para mujeres ancianas de todas las provincias y de todas las condiciones, fundado por ella al subir al trono. Las personas que tenían intimidad en Versalles mostraban á esta reina pidiendo prestado á sus ayudas de cámara y otros servidores, para dar algunos luises á los desgraciados cuando el dinero de su asignación mensual ya estaba agotado; y las bendiciones del pueblo llovían sobre esta reina que, hasta en los días de odio y de calumnia, continuará con sus bondades y limosnas, y en-

trará á escote con el rey en 1789 para juntar ocho mil francos para los pobres de Fontainebleau: *¡Ojalá este pueblo no sea tan ingrato como algunos otros!*, dijo tristemente.

M. de Maurepas aún tenía que temer que la reina y la opinión pública llegasen á reconocerse y á ligarse. Pues en el fondo de las cosas, ¿qué desea entonces la reina que no desee la opinión del pueblo? ¿No aspira á la caída de los ministros de dilapidación y tiranía de la Du Barry, á la innovación de ideas sobre la libertad civil y la tolerancia religiosa, á la consagración de los derechos del pueblo por los poderes del Parlamento, á un progreso lento, pero seguro y pacífico, hacia las promesas del porvenir, hacia la concordia y el bienestar de Francia? Y aun cuando no fuese ésta la política de M. de Choiseul, hubiera sido el impulso de esta joven reina, embriagada con su popularidad de Delfina, deseosa de los aplausos de Francia, y dispuesta, para merecerlos, á hacerse eco cerca del rey de los sentimientos y aspiraciones de París.

M. de Maurepas conjuró el peligro con la despedida del canciller Maupeón y del abate Terray, con el nombramiento de M. Turgot y el llamamiento de los antiguos Parlamentos, y consiguió con eso dos victorias: la de calmar á la reina y separar la opinión pública del partido de la reina. Y por añadidura, el reemplazo de una capacidad por un ente risible, del canciller Maupeón por M. Hue de Miroménil, que había divertido á Mad. de Maurepas representando un papel de Crispín, tranquilizó por completo á M. de Maurepas.

A pesar de eso, en la sucesión de sus triunfos hubo sus más y sus menos, y hasta algunos descalabros. M. de Maurepas tenía un sobrino comprometedor, que

por poco le hace perder la partida. A este sobrino, el duque de Aiguillón, lo había visto la Delfina dando el brazo á Mad. Du Barry, cruzándose con M. de Choiseul, que daba el brazo á la princesa de Beauvau, en esa noche del 10 al 11 de Mayo de 1770, en que los partidos reunidos se paseaban en las alamedas iluminadas de Versalles. Desde entonces María Antonieta había reconocido la mano de M. de Aiguillón en cada uno de sus disgustos. Privado del favor el 2 de Junio de 1774, el enemigo de la reina había soportado con arrogancia esa caída. Abrumando á su tío de consejos, fatigándole con sus planes y rencores, reprendiendo la suavidad y diplomacia de su política, que él menospreciaba, se decía estar retenido por M. de Maurepas, que le impedía irse á Veret, y ocultándose en París, donde los frecuentes ataques hepáticos de Mad. de Aiguillón, que él gobernaba, servían de ocasión y pretexto de reunión al partido de su marido, M. de Aiguillón aún dejaba ver en Versalles su rostro amarillento, y no soltaba el favor del rey, que proseguía trabajando con él en el asunto de la compañía de caballería ligera. Adulaba todo lo que rodeaba á la reina, le enviaba por segunda mano advertencias y confidencias, tratando de desengañarla de Choiseul y ponerse á sí mismo en buen lugar, dándole seguridades de su deseo y aspiración de ilustrarla sobre sus verdaderos intereses de soberana; en tanto que la declaraba en alta voz como mujer resuelta, inconstante, y dispuesta á tener el peor vicio de su sexo, la infatuación en el dominio; mientras que la pintaba como una *aventurera* en manos de los partidos. En el asunto de Guines, M. de Aiguillón no temió amotinar al Châtelet contra la protección de la reina. Intrigaba, *embrollaba* y *revolvía* contra ella, y su hostilidad, vil é insolente,

mezclada de estampidos y ardides, acabó por fin la prolongada paciencia del rey. Un día de revista de la casa del rey en el Frou d'Enfer, al tender M. de Aiguillon al rey la lista de mercedes, la rechazó y pasó. M. de Aiguillon miró á la reina, que apenas disimuló una sonrisa. Ya el sobrino de M. de Maurepas había enviado á Reims su equipaje y provisiones, cuando recibió la orden de partir para Veret. Y estando este punto demasiado próximo á Pontchartrain, y el sobrino muy vecino del tío, pronto una nueva orden le desterró á Aiguillon. Esta caída era casi la caída de M. de Maurepas. Este paró el golpe con un rasgo de ingenio: se hizo el muerto y el anciano fatigado de los negocios, disgustado de ese poder al que sólo su adhesión lo ligaba. Pretextando su salud y el reposo que necesitaba, y el deseo de volver á ver sus carpas, rehusó ir á Reims, pidiendo únicamente á Luis XVI la gracia de recibir noticias suyas; y abandonó el rey á la reina sin temor alguno: conocía las prevenciones del rey contra los Choiseul, y adivinaba el celo y precipitación de la reina. En esta ocasión María Antonieta parecía deber triunfar. Ya se hablaba de su ascendiente sobre el rey, que aumentaba de día en día. París, á la expectación de las noticias de Reims, repetía con mil comentarios una conferencia íntima entre el rey y el duque de Choiseul en cuanto llegaron los reyes á Reims, el permiso para grandes y pequeñas entradas que le había vuelto á conceder. Los amigos de M. de Choiseul escribían á los de los puertos: «Suspended las expediciones á la India: seremos dueños del campo: M. de Choiseul va á entrar en el ministerio.» Mas esas promesas de la situación sólo eran apariencias; los correos iban y venían todos los días entre Reims y Pontchartrain, entre el joven rey y el viejo mentor, que

no había dejado de contar entre sus principales probabilidades los beneficios de la ausencia. ¿Por qué había de inquietarse M. de Maurepas? ¿No sabía, por Bertin, que la antevíspera del día de la Consagración, cuando M. de Choiseul se presentó en el besamano, el rey había retirado la suya haciendo una mueca descomunal? Y Bertin no le comunicó nada que él no hubiese previsto, al anunciarle que el miércoles de la Consagración, llamado M. de Choiseul, á las dos de la tarde, por la reina triunfante y cierta de obtener del rey la reunión inmediata del consejo en Reims, había sufrido el silencio del rey, retirándose paso á paso de su presencia hasta llegar á la puerta.

M. de Maurepas venció, pues. Dejando que su sobrino se consumiese en Aiguillon, prohibiendo á los enemigos de la reina los arrebatos é imprudencias, volvió á emprender bajo cuerda la obra de M. de Aiguillon y de Mesdames, pero con discreción y paciencia, con embelecocos y chismes. En las últimas frases de una sentimental conversación sobre su padre, deslizaba al oído del rey confidencias, reticencias, calumnias dudosas y que parecían contenidas por el respeto. Otro día hablaba del duque de Choiseul como disipador de las rentas del Estado, que, para formarse un partido, había prodigado más de doce millones en pensiones, y como al descuido, M. de Maurepas sacaba del bolsillo la lista de las mercedes otorgadas á todas las familias que llevaban el apellido de Choiseul, y la prueba de que ninguna familia de Francia costaba al Estado la cuarta parte que aquélla. O bien M. de Maurepas, tanteando el terreno, llegaba á arriesgar una sonrisa sobre el estado interesante de María Teresa, relacionándolo á la fecha de la embajada de M. Choiseul. Apoyado por M. de Vergennes, se animó á soste-

ner cerca de Luis XVI la necesidad de separar á la reina del conocimiento de los negocios públicos, de alejarla del Estado y de la potestad soberana. Suscitó ante él las sospechas de una correspondencia de la reina con M. de Mercy, contraria á los intereses de Francia; volvió á abismarlo en los papeles políticos de ese Delfín, cuyo fantasma y cuyas preocupaciones se alzaron por tanto tiempo entre el rey y la reina. De ahí se originaron tantas suspicacias, esos papeles contra la casa de Austria, esa correspondencia secreta de Vergennes contra la reina, guardados por el rey sin que ella los viese, y conservados por él hasta en los años de desgracia y de unión: Soulavie los verá en las Tullerías el 10 de Agosto.

Por lo demás, nada dará una idea más exacta del trabajo hostil de todos los ministros que se suceden, de la desconfianza política que sostienen cada uno á su vez en el amoroso corazón del marido, que esta curiosa carta de María Antonieta dirigida á su hermano José II:

« El (el rey) es de suyo poco comunicativo, y sucede con frecuencia que no me habla de los asuntos importantes aunque no desee ocultármelos. Me contesta cuando le pregunto, pero no me previene de nada, y cuando llega á mi noticia algo sobre un asunto, necesito emplear maña para que los ministros me digan el resto, haciéndoles creer que el rey me había dicho todo. Cuando reconvengo al rey por no haberme hablado de ciertas cosas, no se incomoda, queda algo turbado y á veces me responde con naturalidad que no se le ha ocurrido. Os confesaré de buena gana que los asuntos políticos es en los que menos participación tengo. La desconfianza innata del rey ha sido fortalecida primero por su ayo, desde antes de nuestro matrimonio. M. de la Vauguyón

lo había asustado con el imperio que su mujer querría tomar sobre él, y su alma perversa gozó en prevenir á su discípulo con todas las visiones inventadas contra la casa de Austria. M. de Maurepas, aunque con menos carácter y maldad, ha creído útil para su influencia alimentar esas mismas ideas en el rey. M. de Vergennes sigue el mismo plan, y quizá se sirve de su correspondencia de negocios extranjeros para emplear la falsedad y la mentira. Yo he hablado con claridad al rey, y más de una vez él me contestó enfadado en algunas ocasiones, y como es incapaz de discutir, no he podido persuadirle de que su ministro está equivocado ó que lo engaña. No estoy ciega sobre mi influencia; sé bien que, sobre todo en cuestiones de política, no tengo gran ascendiente sobre el espíritu del rey... Sin vanagloria ni mentira, dejo creer al público que mi influencia y valimiento son mayores de los que en realidad me conceden. Las confidencias que os hago, mi querido hermano, no son lisonjeras para mi amor propio, pero no quiero ocultaros nada...»

II

La reina y el rey.—El rey da á la reina el pequeño Trianón.—Obras de la reina en el pequeño Trianón: M. de Caraman, el arquitecto Mique, Hubert Robert.—Tiranfa de la etiqueta: una mañana de la reina en Versalles —El libro de los trajes de la reina —Mad. de Lamballe.—Rompimiento de la reina con Mad. de Cossé.—Mad. de Lamballe superintendente de la casa de la reina.—La reina y la moda: tocados, carreras en trineo, bailes.—Animosidades de las mujeres de la antigua corte contra la reina.

¡Fatalidad deplorable! El primer ministro del joven rey vióse obligado, para sostener su influencia, á continuar la obra que el ayo del duque de Berry había comenzado para satisfacción de sus preocupaciones. Entraba en la política de M. de Maurepas tener alejado al rey del amor de la reina, y ésta en seguida notó en su marido secretillos y disimulos, un manejo de precaución y reserva que no se escapa á las mujeres. Había entre ellos mil insignificancias en la conversación, en el silencio mismo, que encerraban en el orgullo esta afeción dispuesta á entregarse, inclinada á mostrarse, pero pidiendo al menos que se alentase y agradeciese con una sonrisa, una acaricia, un deseo. También hay que decirlo: la compatibilidad de simpatías que, en los matrimonios de los particulares, une y acerca á los esposos sin amor en una comunidad de gustos, de hábitos y temperamentos, esos lazos, esas cadenas, faltaban entre Luis XVI y María Anto-

nieta. Pocas alianzas políticas unieron á un hombre y una mujer menos á propósito el uno para el otro por sus temperamentos y la forma de su educación; pocas tuvieron que combatir un antagonismo tan instintivo de las ideas, del alma y aun del cuerpo, y que triunfar por el deber de tan contrarios caracteres, de tal choque diario de los defectos y hasta de las cualidades.

Una fastuosa elegancia y una sencillez rústica, el capricho y el buen sentido, el apasionamiento y la razón; por una parte una viva mocedad, exuberante, presta á desbordarse; por la otra una madurez severa, melancólica, taciturna: ¡cuántos conflictos en ese contacto de los extremos morales del hombre y la mujer! Si la reina tenía en contra suya sus donaires, el rey tenía sus arranques de ira, vivezas de genio que le hacían echar votos y juramentos, una grosería del primer impulso en que el corazón no tomaba parte, pero que llegaba á rebajar la dignidad real. El joven rey no podía agradar á la reina por esa timidez de resolución, esa humildad de voluntad, esa desconfianza de sí mismo y de su edad, en la que lo tenía el viejo Maurepas. Patrimonio de la mujer es amar la audacia, los corazones atrevidos, las tentativas inesperadas: el carácter la atrae y la domina; y la reina no encontraba un carácter en el rey. No podía agradarle por su espíritu de detalle, por su orden llevado hasta lo minucioso, hasta la mezquindad, hasta apuntar algunos céntimos; por esa economía indigna de un rey, que rebajaba la personalidad soberana, considerada hasta entonces como la limosnera de los tesoros de Francia, al punto de ahorrar un escudo. Las mujeres, aunque sean reinas, conservan los cultos y supersticiones de su sexo. ¿Y quién se atreverá á exigir

de ellas que renuncien á la generosidad, al esplendor, á todas las cualidades brillantes, legado de los antiguos caballeros andantes, y que, ateniéndose al criterio del hombre, sean en sus amores y aficiones más prudentes y menos impelidas por la imaginación que los pueblos en sus aplausos? María Antonieta requería en Luis XVI todas las cualidades de la realeza, y éste carecía en absoluto de esas bellas y naturales manifestaciones, de esos rasgos nobles, grandes, oportunos, que seducen á la historia y conquistan á una mujer.

En el talento de Luis XVI tampoco había nada que la halagase: inteligencia vasta, instruida, de gran fondo y extraordinaria memoria, notable cuando se escuchaba á solas en el silencio del gabinete, pero sin atractivo, sin jovialidad, ordenada y estancada. ¡Triste sociedad la de semejante imaginación para una mujer acostumbrada á los rasgos de ingenio, á las delicadezas espirituales y chanceras de la conversación francesa, rodeada del centelleo risueño del fin de ese siglo, que parece el final de una cena, con los oídos llenos de los ecos y zumbidos de la risa de Beaumarchais y de la risa de Chamfort!

Ni aun la bondad de Luis XVI atraía á la reina. Era una bondad estulta y áspera, á la que faltaba el toque de sensibilidad y ese cierto sabor de romanticismo que las mujeres de entonces, guiadas por Rousseau á la novela de la naturaleza, querían ver en las buenas acciones. Le faltaba una poesía que hubiera conmovido á la reina de Francia hasta el fondo de su corazón de alemana.

Así es que todos los defectos del rey desagradaban á la reina, sin que ninguna de sus cualidades la atrajera y complaciese. ¡Si al menos Luis XVI hubiese

tenido la presencia y la majestad agraciada, dote común de los príncipes de la familia de Borbón! ¡Mas la Providencia le había rehusado ese signo y destello, y despojándole de todo prestigio, había dado una vulgar figura al último rey de Francia. La práctica del trabajo manual le había hecho vulgar, y en ese príncipe de manos manchadas por la lima, en ese Vulcano que subía del taller de Gamain, la reina buscaba en vano sus ilusiones de muchacha, el marido soñado, el rey!

Y un día el despecho y la impaciencia de gustos tan singulares en un Borbón le hizo escribir al conde de Rosenberg esta carta en un estilo desconocido hasta entonces:

«Si yo necesitase defensor, confiaría en vos; confesaría en conciencia más de cuanto decís: por ejemplo, que mis gustos no se asemejan á los del rey, que só o tiene los de la caza y trabajos mecánicos. Convendréis conmigo en que yo haría junto á la fragua una figura desairada; no sería Vulcano, y el papel de Venus podría desagradarle mucho más que mis aficiones, que él no desaprueba.»

Haría falta más valor del que da Dios á sus criaturas; le haría falta un heroísmo de paciencia sobrehumana á esta joven, casi una niña, para superar tantas cosas, para no cansarse de impulsar aquel tardo corazón, para contener, delante de las mujeres que la reprendían por montar á caballo, estas palabras de impaciencia: «¡Ea, dejadme por Dios en paz, y sabed que no comprometo la vida de ningún heredero!»

Un día del año de 1784, el rey, galante ese día, había dicho á la reina—acaso para consolarla de no dar el ministerio á M. de Choiseul:—«Puesto que os gustan las flores, voy á daros un ramillete, y es el pequeño Trianón.»

El pequeño Trianón era un pabellón á la romana, de forma cuadrada, que estaba al final del parque del Trianón grande. Este palacio en miniatura, que sólo media ochenta y cuatro pies cuadrados, se componía de un piso bajo y dos altos, montados entre columnas y pilastras de orden corintio, lindamente esculpidas y perfectamente estriadas, y coronadas con los balaustres de un terrado italiano. El arquitecto Gabriel lo había edificado bajo la inspección del marqués de Menars. El escultor Guibert había hecho maravillas con su cincel. El anciano rey Luis XV se aficionó en sus postreros años á ese rinconcito de su magnífico Versalles. Esta morada estaba á su altura y se encontraba á gusto en ella. Se había complacido en rodearla de un jardín botánico; y allí, entre los mil perfumes y colores de la exótica flora, y andando á paso corto las mañanas siguientes á sus excesos, trataba de distraer sus fatigas herborizando en compañía del duque de Ayen.

Ninguna dádiva podía ser más grata á María Antonieta, á esta aficionada al campo y á las flores, á esta reina á quien de los esplendores y magnificencias de Marly sólo le gustaba la sala-glorieta que el conde de Aranda había formado. Y ese presente fué muy oportuno, llegando en el mismo momento en que ella renuncia á la lucha, cede la plaza á las intrigas, abandona sus esperanzas y ambiciones y se retrata de este modo con una persona de su intimidad: *M. de Maurepas es muy abandonado, y M. de Vergennes es menos que mediano; pero el temor de equivocarme al juzgar á gentes que quizá sirven al rey mejor de lo que me figuro, siempre me impedirá hablarle contra sus ministros...* El pequeño Trianón ocupará á esta reina sin asuntos ni acción, á esta mujer sin hijos y sin fa-

milia. Será donde emplee su actividad, será su recreo, su distracción y su labor. Crear innovaciones, hermo-sear, agrandar, tener bajo su varita de hechicera un pueblo de artistas y de jardineros, ¡qué ministerio tan agradable! ¡casi es un reino!, y poseer al cabo del entretenimiento y del esfuerzo de la imaginación una pequeña patria, posesión y obra suya, su *¡Viena en miniatura!*

Las transformaciones de la naturaleza, las reconstituciones de la campiña, que trataban de convertir el parque francés en un paisaje de fantasía, llenándole de cuadros, y transportando todos los cambios de escena de las óperas, estaban á la orden y en el gusto de aquella época. Las *Observaciones sobre el arte de formar los jardines modernos*, publicadas en Inglaterra por sir Tomás Wathely, desarrollaban ese gusto, y toda casa de campo requirió pronto el cuadro de un jardín pintoresco llamado «jardín chino». La reina tenía la gran ambición de hacer contra Le Nôtre más de lo que la moda había hecho hasta entonces, de sobrepujar en atractivos y en verosimilitud de paisaje al Tivoli de M. Boutin, á Ermenonville, y al Moulin Joli, y aun á Monceau: ¡proyecto encantador de una reina, que, huyendo del trono, deseaba rodearse de un mundo sin etiqueta, y que, cediendo el reinado á la humanidad, quería hacer de los jardines paraísos de Dios!

El duque de Caraman, muy aficionado é inteligente en ese género, y que ya casi había realizado las ideas de la reina en su quinta de Roissy, fué llamado por ella para dirigir los trabajos. M. de Caraman, el arquitecto Migne, el dibujante de mitología de los Eliseos del nuevo reinado, y después el encantador pintor de ruinas románticas, Huber-Robert, llamado más tar-

de para la decoración rústica, pronto improvisaron sobre papel, ante la mirada de la reina, la campiña que había ordenado: los árboles, el río, la roca y también la sala para las comedias. Aquí un puente rústico, que deja muy atrás al puente holandés y al puente volante de M. Watelet; allá, dominando el agua y reflejando en ella sus esculturas, un pabellón ó marquesina en que almorzará la reina; más lejos, un molino cuyo tic tac despertará el eco; arbustos y flores por todas partes; y una isla, y un templo del Amor arrullado por el murmullo del agua, y una lechería de la reina, toda de mármol blanco... María Antonieta nunca había dado tantas órdenes; desde Versalles y la Muette envía continuamente recomendaciones y listas de árboles nuevos que habrán de sombrear el paseo, «la labor» de la joven soberana. Todo son cartitas á M. Campan y á M. Bonnefoy, convocatorias á los jardineros «para señalar los sitios de todos los árboles que M. de Jussieu ha hecho elegir». Y acerca de éste, escuchad el final de una de esas amables cartitas que piensan en todo: *Una colación de tente en pie estará dispuesta para M. de Jussieu, que regará en presencia mía el cedro del Líbano.* ¡Cuántas preocupaciones, cuidados y goces! ¡Y cuántas veces los que salen de París á pasear ven pasar á la reina en un ligero birlocho corriendo á escape, para ir á ver en Triánón lo que adelantan las obras, cómo se realiza su sueño!

Este palacio y jardín encantador son en verdad un hermoso ensueño, donde María Antonieta podrá desceñir su corona, descansar de la representación, hacer su voluntad y capricho, escapar á la vigilancia, á la fatiga, al suplicio solemne y á la disciplina invariable de su vida de reina; gozar de la soledad y de la amis-

tad, explayarse, estar en confianza, vivir! Para demostrar toda la dicha que la reina se prometía, para hacer comprender sus impaciencias, contaré una de las mañanas de la reina de Versalles, tal como una de sus camareras nos la ha conservado escrita. Por cuanto quizá bastará esta descripción para hacer perdonar á María Antonieta el capricho de Trianón.

«La reina despertábase á las ocho. Una mujer del guardarropa entraba con una canastilla cubierta, que se llamaba el apresto del día, y contenía camisas, pañuelos y toallas. Mientras que ella disponía esas prendas, la doncella principal presentaba á la reina, que acababa de abrir los ojos, un libro conteniendo el muestrario de doce trajes de etiqueta, doce ricos vestidos de tontillo y doce trajes de fantasía para invierno ó verano. La reina clavaba un alfiler en el traje de etiqueta de ir á misa, otro en el traje de confianza para la tarde, y otro en el de sociedad y de vestir para el juego ó la cena en los pequeños gabinetes. Los archivos nacionales poseen un curioso volumen que dice en una de sus tapas de pergamino verde: *Madame la condesa de Ossun. Guardarropa de los atavíos de la reina. Gaceta para el año de 1782*. Pegadas con obleas encarnadas sobre el papel blanco están las muestras de los trajes usados por la reina desde 1782 á 1784. Forma una paleta de tonos claros y alegres, cuya juvenil frescura aún resalta más al compararlos á los matices de hoja seca y de carmelita, á los colores casi jansenistas de los trajes de Mad. Isabel, que nos muestra otro registro. ¡Reliquias coquetas y que hablan á los ojos, donde un pintor encontraría con que copiar el tocado de la reina en tal día, y casi á tal hora de su vida! No tendría más que recorrer las divisiones del libro. *Trajes de gran tontillo, trajes de*

poco tontillo, vestidos turcos, levitas, vestidos á la inglesa y trajes de etiqueta de tafetán; vastas provincias del reino que se repartían Mad. Bertin, adornando los trajes de ceremonia para las Pascuas, Mad. Lenormand, realzando con guirnaldas de jazmín de España el borde de los trajes á la turca color de lodo de Paris, y la Lévêque, y la Romand, y la Barbier, y la Pompée, adornando y mezclando el blanco, el azul, rosa y gris perla, sembrado á veces de motitas de oro, en los trajes de Versalles y de Marly, hechos de ricas telas, que se entregaban á la reina todas las mañanas.

La reina tomaba un baño casi todos los días en una pila en forma de *zueco* que rodaban hasta su dormitorio. Después de quitarle el corpiño atado con cintas, mangas de encaje y gran fichú ó pañoleta con que se acostaba, se la envolvía en un amplio camisón de franela inglesa. Desayunábase con una taza de chocolate ó de café, que tomaba en la cama cuando no se bañaba. Al salir del baño le ponían sus doncellas chinelas de bombasí guarnecidas de encajes, y echaban sobre sus hombros una capa de lecho de tafetán blanco. Volviendo á acostarse, la reina tomaba un libro ó una labor. Esta era la hora en que, acostada ó levantada, recibía en audiencia á las personas que tenían entradas particulares, y por derecho propio entraban el médico mayor de la reina, su cirujano mayor, su médico ordinario, su lector, el secretario de gabinete, los cuatro primeros ayudas de cámara del rey, sus sucesores y los primeros médicos y cirujanos del rey.

A medio día hacíase el tocado de recibo. El tocador, ese mueble y ese triunfo de la mujer del siglo XVIII, se traía al centro de la cámara. La dama de honor pre-

sentaba el peinador á la reina; dos doncellas engalanadas reemplazaban á las dos que de noche habían estado de servicio. Entonces, al peinarse, comenzaban las visitas generales. Se colocaban sillas de tijera en torno del tocador para la superintendente, las damas de honor, las azafatas y el aya de los hijos de Francia. Entraban los hermanos del rey, los príncipes de la sangre, los capitanes de las guardias, todos los altos cargos de la corona de Francia. Hacían su venia á la reina, que saludaba con la cabeza. Sólo para los príncipes de la sangre real indicaba el movimiento de levantarse, apoyando las manos en el tocador. Después se vestía. La dama de honor pasaba la camisa y la echaba agua para lavarse las manos; la azafata le ponía la saya del vestido, el fichú, y abrochaba el collar.

La reina, después de vestida, iba al medio de la cámara, y rodeada de sus damas de honor y azafatas, de sus damas de palacio, del caballero de honor, del primer escudero, de su clero, de las princesas de la familia real, que llegaban seguidas de su servidumbre, pasaba á la galería para ir á misa, después de haber firmado los ajustes presentados por el secretario de órdenes, y convenido en las presentaciones de los condeces para despedirse.

La reina oía la misa con el rey en la tribuna, frente al altar mayor y la música.

De vuelta de la misa, debía comer todos los días sola con el rey ante el público; pero esta comida en público sólo se hacía el domingo.

El mayordomo de la reina, armado de un largo bastón adornado de flores de lis de oro rematando en una corona de flores de lis, le anunciaba que estaba servida, y le entregaba la lista de platos de la comida, y

mientras ésta duraba, estaba detrás de la reina mandando servir y recoger los platos.

Después de comer, la reina volvía á su habitación, y, quitándose el tontillo y la cola, quedaba tan á gusto como lo permitía la presencia de sus engalanadas camareras, que tenían el derecho de estar siempre presentes y de acompañarla á todas partes.

La reina esperaba librarse de tantas molestias en Trianón. Quería evitar allí ese tocador, las visitas de las mañanas, la comida en público, los juegos en ceremonia de los miércoles y domingos tan aburridos, los martes de los embajadores y extranjeros, y las presentaciones y reverencias, los grandes banquetes, y la cena en los gabinetes los martes y jueves con los fastidiosos y las gazmoñas, y la cena de todos los días en familia en casa de Monsieur.

La reina imaginaba que en Trianón podría comer con otras personas que no fuesen de la familia real, única sociedad de mesa á que toda reina de Francia había estado condenada hasta entonces; que podría invitar á sus amigas á comer, como una particular, sin levantar un rumor en todo Versalles. Pensaba hacerse vestir en su cuarto por Mlle. Bertin, sin tener que refugiarse en un gabinete por la negativa de sus camareras á dejarla entrar á sustituirlas. Recorrería sus dominios del brazo de su marido, sin más comitiva que un lacayo; y hasta, si le venía á las mientes, en la mesa le tiraría al rey bolitas de miga de pan sin escandalizar al servicio. He ahí las esperanzas y ambiciones de esta princesa, educada y criada en las tradiciones patriarcales del gobierno de Lorena, y que contaba con tan dulce emoción la sencilla recaudación de impuestos de sus antiguos duques, agitando el sombrero al aire en la misa después del sermón, y

colectando la suma que necesitaban. La reina tenía el convencimiento de que la gran popularidad de los príncipes de la casa de Austria provenía de las pocas exigencias de etiqueta de la corte de Viena, y el abate Vermond ratificaba sus ideas y deseos. Por otra parte, ¿qué falta hacían los consejos, razonamientos, ni recuerdos de la infancia, para que la joven princesa detestase tal tiranía? ¿Qué paciencia hubiera resistido á tormentos diarios semejantes á éste? Un día de invierno, la camarera dispuesta á mudar la camisa á la reina, tiene que dársela á la dama de honor, que entra y se quita los guantes; la dama de honor tiene que entregarla á la duquesa de Orleans, que ha tocado á la puerta; y ésta tiene que cedérsela á la condesa de Provence, que acaba de entrar, mientras que la reina, transida de frío, con los brazos cruzados sobre el pecho desnudo, no puede menos de decir: *Esto es odioso, ¡qué importunidad!*

En sus paseos y carreras á Trianón, la reina lleva casi siempre en su compañía una amiga que participa de sus gustos, que preferiría los bosques de su suegro, el duque de Ponthièvre, á la estancia en Versalles, y que le costó trabajo aclimatar á la atmósfera de la corte: á la princesa de Lamballe.

La reina, como todas las mujeres, era impresionable. La buena figura y la distinción no dejaban de causarle efecto, y los retratos que nos han quedado de Mad. de Lamballe dicen la razón principal de su favor. El mayor encanto de su belleza consistía en la celestial serenidad de la fisonomía. Hasta el resplandor de sus ojos era tranquilo. A pesar de las agitaciones y fiebre de una enfermedad nerviosa, no había un pliegue ni una sombra en su hermosa frente, acariciada por los largos cabellos rubios, cuyos bucles to-

avía se ensortijarán en la pica de Septiembre. Aunque era italiana, tenía los atractivos del Norte, y nunca estaba más linda que en trineo, envuelta en pieles de marta y armiño, con la tez azotada por un aire de nieve, ó bien cuando, con un sombrero de paja de anchas alas y un vaporoso traje de linó, pasaba, como uno de esos sueños del pintor inglés Lawrence, cuyas figuras ideales arrastran el blanco vestido sobre la hierba húmeda.

El alma de Mad. de Lamballe tenía la serenidad de su rostro. Era tierna, cariñosa, siempre igual, siempre dispuesta á los sacrificios y á la abnegación, aun en las menores cosas, y sobre todo muy desinteresada. Además de no pedir nada para ella, se privaba del placer de obtener para los otros, no queriendo hacer de su adhesión motivo ó excusa para una sola impertinencia. Olvidando su título de princesa, siempre recordaba el rango de la reina. Su espíritu tenía las cualidades de su carácter: nuera de un príncipe devoto, era piadosa, pero con tolerancia; sencillez, amabilidad y buen humor. No comprendiendo el mal, y no queriendo creer en él, Mad. de Lamballe formaba á su imagen las cosas y el mundo, y rechazando con la caridad de sus ilusiones toda ruin idea, su conversación sostenía y mecía á la reina como en la paz y templanza de un buen ambiente. Su beneficencia, esa caridad inagotable de los Penthièvre, que nunca desamparó á los desgraciados, y hasta ese acento y modulaciones italianas en que se habían educado la imaginación y la voz de la reina, eran también lazos de simpatía entre ellas. Se sentían atraídas la una á la otra por mil afinidades que había en su fondo, y estaban predestinadas á una de esas raras y profundas amistades que la Providencia selló con la muerte.

La intimidad de María Antonieta con Mad. de Lamballe, comenzada en tiempo del difunto rey, se hizo más estrecha cuando Mad. de Cossé rompió, por una acción indigna, los últimos lazos de la amistad de la reina. El archiduque Maximiliano, hermano de María Antonieta, había llegado á París, y esperaba la visita de los príncipes de la sangre. La reina, comprometida en las pretensiones de su hermano, escribió á Mad. de Cossé: *«Si los príncipes van á vuestro baile, ni mi hermano ni yo asistiremos á él. Si queréis que vayamos, retiradles la invitación.»* Perpleja Mad. de Cossé, vaciló, y, por último, sacrificó á la reina, enviando la carta á los príncipes.

La reina se dedicó entonces por completo á Mad. de Lamballe. Quiso, no recompensar su amistad, sino ligarla por un cargo en la corte, que la retuviese á su lado y la defendiese contra la tentación de volver junto al duque de Penthièvre. Apropiando el cargo al corazón de la princesa más que á su rango, la reina trató de restablecer en favor suyo la superintendencia, caída en desuso en la corte desde la muerte de Mlle. de Clermont; la superintendencia de la casa de la reina, esa importante autoridad, la dirección del consejo de la reina, el nombramiento y elección de empleados, la destitución y suspensión de servidores, una jurisdicción y un poder tan latos en todo el interior de la casa de la reina, que fué á petición de María Leczinska el haberla suprimido. Luis XVI se resistió largo tiempo al deseo de la reina, disculpándose con la oposición y los proyectos de economía de Turgot. Pero María Antonieta, llevada en esta ocasión por su amistad, puso tal empeño y persistencia en lograr el consentimiento, que el rey acabó por ceder. Este nombramiento, que ni siquiera confió á María Teresa, lo anuncia de

antemano al conde de Rosenberg, con esta frase en que se regocija su tierna amistad: «*Juzgad de mi felicidad; haré dichosa á mi amiga íntima y disfrutaré con eso aún más que ella.*» Hubo casi una sublevación en la corte. Mad. de Cossé dejó su plaza de azafata. La duquesa de Noailles, que era mariscal de Mouchy, tan predispuesta ya contra la reina, abandonó su cargo de dama de honor, ofendida de un poder que le quitaba el nombramiento de empleos, el recibo de prestaciones de juramento, la lista de las presentaciones, el envío de invitaciones en nombre de la reina para las jornadas de Marly, de Choisy y de Fontainebleau, para los bailes, las cenas y las cacerías. Este nombramiento le arrebató además los gajes de su cargo, que á la muerte de María Leczinska le habían valido quedarse con el mobiliario de la cámara de la reina. Por todas partes hubo ruidosas protestas. Hubo momento en que la princesa de Chinay, nombrada dama de honor, y la marquesa de Mailly, se resistían á prestar juramento, no queriendo depender de madama de Lamballe. Desde Versalles, los enojos llegaban á París. Se apoderaban de la opinión pública, que, al saber que la reina restablecía una carga de la monarquía, parecía haber olvidado ya los dispendios de la Du Barry, y comenzaba á hablar de las dilapidaciones de María Antonieta.

¡Ay! Sus gustos, como sus amistades, los placeres de su cetro y edad, todo se le reprocha á esta reina, de quien el príncipe de Ligne ha dicho: «No he visto que pasase un día completo feliz.»

La mujer francesa se entregó aquellos años á una extravagancia de peinados y tocados sin ejemplo, y tan en general, que una declaración, dada el 18 de Agosto de 1777, agregaba seiscientos peluqueros de

mujer al gremio de maestros barberos-peluqueros. La cabeza de las elegantes era un mapamundi, una pradera, un combate naval. De invenciones en invenciones y de rarezas en extravagancias, iban del *puerco espín* al *nido de amor*, de la *escarpela á lo pulga* al *casco inglés*, del *perro acostado* á la *circasiana*, de la *coleta antorcha de amor* al *cuerno de la abundancia*. ¡Y cuántas invenciones de colores para los enormes rosetones de cintas, hasta los matices de *suspiros ahogados* y de *quejas amargas*! La reina adoptó con entusiasmo esta moda, y en seguida las caricaturas y diatribas abandonaron los tocados de todas las cabezas, para dirigir sus tiros al lindo peinado de bucles levantados y ondulados en forma de pavo real, con que se mostró á los parisienses. La sátira, que permite tantas ridiculeces á la moda, es implacable para el *quesaco* que la reina lleva en la carrera de caballos, para las gorras alegóricas que le hace Beaulard, para el tocado de levantarse de cama que corre por París con el nombre de *amanecer de la reina*. Los epigramas de Carlin contra los penachos de la reina, encargados por Luis XVI; la severa devolución de su retrato por María Teresa; los ataques algo rudos de su hermano José, ese emperador del Danubio, contra su colorete y sus plumas, no se juzgaron suficiente expiación de su deseo y afición de agradar. Cuando la moda, tomando la librea de esta reina blonda, bautizó sus mil fruslerías color *cabellos de la reina*, esta lisonja se le imputó como un crimen á María Antonieta. Y otro de sus crímenes fué también la notoriedad de Mlle. Bertin, de esa comercianta de modas que la reina no había hecho más que recibir de manos de la duquesa de Orleans y adaptarla á sus gustos.

En el invierno, después de los almuerzos de confian-

za en que reunía á su mesa las mujeres jóvenes de la corte, la reina arrastraba tras su trineo á la juventud, gozándose en ver volar sobre el hielo mil trineos que la seguían, y las carreras en los trineos son también motivo para la censura.

A la reina le gustaba el baile; organizaba esos bonitos bailes de disfraces, para los que Boquet, el dibujante le los Menus, diseña los trajes al correr de la pluma y el pincel. Ella preside esos bailes con un traje de gran tontillo, fondo blanco, cubierto de una gasa de Italia muy transparente, adornada con draperías de raso azul bordeadas de plumas de pavo real, y en la cabeza un grupo de plumas iguales formando grueso penacho. A su lado la condesa de Provence, su cuñada, con una camiseta de gasa, sobre fondo color de carne, con draperías de raso verde de agua sembrado de escamas en un lado del pecho, la falda recogida con ramitos de algas, conchas, perlas, corales y galones verdemar, parece una náyade de ópera. Sigue después el conde de Provence, en traje de carácter, figurando la sabiduría antigua, con una larga barba, una corona de laurel en la cabeza y un rollo de papeles en la mano; en tanto que el conde de Artois, disfrazado de provenzal, lleva con propiedad los colores de su edad y sus gustos, en calzas y vesta de raso, rayado de rosa y azul, con vueltas de tafetán verde manzana matizado de plata. La reina baila en los bailes de disfraces y en los agradables bailes de confianza en que, desembarazadas las señoras de los pesados tontillos, parecen más esbeltas y ligeras con el dominó de tafetán blanco, de pequeña cola y anchas y flotantes mangas amadis; y he ahí á la reina acusada de las culpas de disfrazarse, de bailar y de preferir por pareja á los que bailan bien en lugar de los que bailan

mal. Pero creo que la posteridad comienza á estar fatigada de reprochar á esta reina de veinte años su petición á un ministro de la Guerra de que le dejase para sus fiestas de Versalles los caballeros que el regimiento reclamaba.

¡Extraña severidad! En ese siglo de la mujer, no se perdonaba á la reina nada propio de su sexo. Y es que á la capa de los partidos, á la sombra de M. de Aiguillón y de Mesdames, una sociedad, un mundo poderoso que agitaba y llenaba los salones, que tenía mano en todo, emparentado con lo principal en grados más ó menos lejanos ó próximos, de nombre ó de vergüenza disgustado de toda virtud y animado contra la reina de enemistades personales, esparcía los dichos, las indiscreciones, las prevenciones y acusaciones, atizaba los libelos y preparaba los ultrajes.

Eran las mujeres de la antigua corte de Luis XV, comprometidas en el favor de Mad. Du Barry, sus amigas, sus imitadoras. La reina, con justa severidad, quiso cerrarles la corte, cuando, negándose á la presentación de Mad. de Mónaco, á pesar de su apellido y del de su amante, el príncipe de Condé, declaró en alta voz *no querer recibir á las mujeres que estaban separadas de sus maridos*. ¡Qué resentimiento en todas esas escandalosas, de que se había burlado otras veces María Antonieta con menosprecio! ¡Esa Mad. de Châtillon, que de los brazos de Luis XV descendió á los de todos; y esa perversa y galantísima condesa de Valentinois; y esa marquesa de Roncé, reina de las noches de Chantilly; y esa jugadora de Roncherolles; y esa condesa de Rosen, que el obispo de Noyón no pudo comprometer más; y esa duquesa de Mazarin, que ya no se ruboriza por nada; y esa marquesa de Fleury, de amores extravagantes; y esa Montmoren-

cy!... Y además, esas otras mujeres que aumentan la hueste de las descontentas y el corrillo de las impúdicas, esas damas borradas de las listas de un baile de la reina después del asunto de M. de Houdetot, madamas de Genlis, de Marigny, de Sparre, de Gouy, Lambert, Puget, y tantas más que la reina habrá de encontrar á ellas ó sus familias en la primera fila de la Revolución! La voz y habladurías de todas esas mujeres es la que aumenta y difama la frivolidad de la reina; la que da á sus gustos placenteros, á sus aturdimientos, las apariencias de una infancia incurable, de un atolondramiento indisciplinable, de una ligereza sin excusa, y que hace que París y las provincias sólo vean en la reina una mujer linda, amable y coqueta. Y sin embargo, la diversión y ostentación de su vida ociosa, peinados raros, bailes y placeres, todo cesará en seguida para la reina: ¡ella será madre!

III

Retrato físico de la reina.—Amor del rey.—La condesa Jules de Polignac.—Comienzos del favor de los Polignac.—Primer embarazo de la reina.—Nacimiento de María Teresa Carlota de Francia.—Los Polignac colmados de mercedes de la reina.—Sucesión de ministros contrarios á la reina: Necker, Turgot, el príncipe de Montbarrey y Sartines.—Supresiones en la servidumbre de la reina.—La reina niegase á la molestia de los asuntos.—La reina amenazada por el partido francés y obligada á defenderse.—Nombramiento de M. de Castries y de Ségur.—Nacimiento del Delfín.—Mad. de Polignac, aya de los hijos de Francia.—Su salón en la gran sala de madera de Versalles.

La reina de Francia no es ya la linda jovencita cándida de la isla del Rhin: es una reina en todo el brillo, en toda la flor del desarrollo, en toda la gloria y resplandor de una belleza de reina. Posee todas las prendas y atractivos que la imaginación de los hombres pide á la majestad de la mujer: una benevolencia serena, casi celeste, anima su fisonomía; tiene un talle que Mad. de Polignac decía ser propio para un trono; la diadema de oro pálido de sus blondos cabellos, la tez más blanca, más rosada y fina que ninguna otra, el cuello más elegante, los más hermosos hombros, brazos y manos admirables, forman un conjunto encantador; á esto une un modo de andar armonioso y cadencioso, ese paso que anuncia á las diosas en los poemas antiguos; una manera majestuosa de llevar erguida la cabeza, que sólo ella tenía; una mirada no-

ble y acariciadora que envolvía un agasajo en el saludo de su bondad, y, en fin, en toda su persona un aire gallardo y amable de protección y buena acogida; tantos dones en su apogeo daban á la reina la dignidad y la gracia, esa sonrisa y grandeza que los extranjeros llevaban en la memoria por toda Europa como una visión encantadora.

Abriéronse los ojos del rey, desvaneciése su frialdad. Poco á poco, y como sin hacerse cargo, dejó las asperezas y arrebatos de sus maneras y de su carácter, y se encontró con deseo de agradar, teniendo atenciones y plegándose á ser galante y obsequioso. Y cuando esta joven reina iba á su taller de cerrajería á participar de sus aficiones y casi de sus trabajos; cuando en el pequeño patio de los Ciervos, donde el rey ayudaba á los albañiles, María Antonieta, fresca y rosada como el rosa claro de su vaporoso vestido, amasaba el yeso junto á él, manchando el traje, los puños y sus lindas manos, vibraban en su ser ternuras de una dulzura que le era desconocida hasta entonces. Una admiración y emoción lo impulsaban al amor. Se sentía joven y transformado. Amaba.

Verificáronse en Luis XVI todas las transformaciones del amor. Ese marido tan reservado, tan prevenido hasta entonces, tan preocupado de tener alejada á su mujer de los consejos, tan cuidadoso de que la hija de María Teresa no se ocupase de las cosas del Estado, abandonó de repente sus desconfianzas. Dominando sus gustos de economía, colmaba á María Antonieta de finezas, de sorpresas y diamantes, y la rodeaba de festejos. Sus labios no volvieron á pronunciar las reconvenciones de sus tías; y ese rey, severo para la juventud como un anciano, no supo ya censurar la jovialidad juvenil de la reina. Todas las vani-

dades de la vida de María Antonieta, que antes censuraba, ¿no le parecían ya la ocupación natural, casi fatal, pero transitoria y momentánea, de una mujer que los deberes y ocupaciones de la maternidad encerrarán muy pronto en su interior, y que la felicidad curará en seguida de sus gustos frívolos?

En ese tiempo de los comienzos de su reinado que amargan ya los sinsabores y las calumnias, fué el día más feliz para María Antonieta aquel en que, por fin, sintió latir el corazón del rey al unisono del suyo; cuando pudo descansar en este amor, en esta confianza, en este marido reconquistado contra todos y contra el mismo rey. Vióselo entonces, enajenada de alegría, gloriosa y radiante, yendo á todas partes para mostrar su victoria, en los bailes de la Opera, en las carreras de caballos, en las reuniones de los sábados de Mad. de Guéménée. No se fatigaba de presentarse en las fiestas y en los espectáculos. Su impaciente gozo corría á todas las diversiones, á los juegos de salón de Mad. de Duras, donde se jugaba al rey como las niñas juegan á las señoras, donde un rey de paja tenía besamano, daba audiencia, administraba justicia sobre quejas cómicas, casaba á sus súbditos y les concedía la libertad con la palabra *Descampativos*. La alegría de ser amada, esta alegría inmensa é inesperada que no podía contener, era en María Antonieta como una alegría infantil; tenía en sí la prodigalidad de ruido, movimiento y aturdimiento de la inocencia.

La amistad de una mujer iba á apoderarse de la reina.

La condesa Diana de Polignac, una de las damas de la condesa de Artois, había traído con ella á Versalles, durante el tiempo de su servicio, á un matrimonio joven, hermano y cuñada suyos: el conde y la condesa

Jules de Polignac. La condesa Jules no tardó en ser distinguida por la reina.

Seduciones diversas se mezclaban y unían en la condesa Jules de Polignac con sus ojos azules y expresivos, su frente algo elevada, pero sombreada por los peinados de moda; la nariz graciosa, sin llegar á ser remangada; una boca encantadora con dientes pequeños, blancos é iguales; magníficos cabellos oscuros; hombros bajos y cuello largo bien destacado, que aumentaba su baja estatura. Era hermosa, con atractivo y donaire. El hechizo singular de su fisonomía consistía en un sello de dulzura agraciada. En ella todo era angelical, mirada, facciones y sonrisa; pero angélico á la manera de esos morenos ángeles de Italia que debe llamárseles cupidos. En Mad. de Polignac encantaban el abandono natural, la indolencia; la negligencia era su coquetería, y el traje de confianza lo que más la favorecía; una rosa en el cabello, un peinador, la *camiseta* que se estilaba, blanca como la nieve; el tocado y traje matinal flojo, aéreo y flotante, que han tratado de reproducir los lápices del conde de Paroy, eran lo que mejor le estaba.

La reina se sintió atraída hacia la condesa Jules. La oyó cantar y aplaudió la frescura de su voz. La invitó á sus conciertos, la admitió en sus minués, acercándola á su lado en todas ocasiones, más interesada á medida que iba conociendo aquel humor apacible, el carácter serio y amable y el espiritual criterio de sus treinta años, que unían la juventud á la experiencia. Entre la reina y su nueva amiga pronto se estableció un trato familiar, un cambio de impresiones y sensaciones ingenuas, una confidencia diaria, en que el corazón de la una hablaba riendo al corazón de la otra, bromas y juegos en que las dos amigas eran como dos

iguales, y enredaban y luchaban como diablillos, despeinándose casi, con mil gracias animadas, disputándose entre ellas quién podría más.

Entretanto, la fortuna del joven matrimonio no bastaba para el tren de la corte. El heredero del antiguo apellido ilustrado por las virtudes y talentos del cardenal de Polignac, apenas tenía más de ocho mil libras de renta para sostenerlo. Habiendo muerto el conde de Andlau antes de recibir el bastón de mariscal prometido á sus servicios, y privada la condesa de Andlau de la pensión de viuda de mariscal, había educado con trabajo á su sobrina, Gabriela Yolanda Martin de Polastron, casándola casi sin dote con el conde de Polignac. El conde y la condesa de Polignac vivían estrechamente, casi miserablemente, con la carga de dos hijos; y lejos entonces de su favoritismo y de una habitación en Versalles en el alto de la gran escalera, se alojaban en un hotel bastante pobre de la calle de Bons-Enfants. Mad. de Polignac confesó su posición á la reina con sencillez. Eso fué un nuevo interés añadido á las simpatías de María Antonieta. Pronto obtuvo del rey la supervivencia del empleo de su primer escudero para M. de Polignac, y casi al mismo tiempo una pensión de seis mil libras para la condesa de Andlau.

Principiaba el favor de los Polignac. Mad. de Polignac era muy á propósito para sostenerlo é impulsarlo, no porque fuese activa, diligente é infatigable en dar pasos y en pretensiones y solicitudes; mas para hacer ascender su familia á la más alta influencia, tenía cosa mejor que el celo de la ambición, es decir, la indiferencia y esa paz de deseos que incita la buena voluntad de la amistad y lleva al extremo los buenos oficios del azar. En efecto, por una de esas rarezas con que parece mofarse una ironía providencial,

esta favorita, extraña y como obligada, no tiene ni la ambición, ni el ardor, ni la ocupación y el contento del valimiento. Al principio de su amistad con la reina, al enterarse de un complot del caballero de Luxemburgo contra ella, dice simplemente y con sinceridad á la que se digna ser amiga suya: «Nosotras no nos queremos aún lo bastante para ser desgraciadas si nos separamos; pero, en mi sentir, va á llegar eso, y muy pronto no podría ya dejaros. Evitadme un sufrimiento más agudo; dejadme marchar de Fontainebleau...» Los caballos estaban enganchados; fué preciso que la reina le echase los brazos al cuello y le rogase encarecidamente que se quedase. Mad. de Polignac tuvo después, en medio de inauditas prosperidades, la calma, el buen sentido y casi las alarmas de una persona juiciosa que gusta del reposo y con pesar se deja someter á la grandeza. Y en eso estribó el secreto de esa fortuna inmensa, de esas elevaciones y honores que fatigaron su reconocimiento sin aturdirlo. Ese precio que Mad. de Polignac pone á las ternezas de la reina, y ese desinterés que muestra de sus mercedes; esta tranquila y sincera declaración de que, «si la reina dejaba de llamarla, lloraría la pérdida de su amiga y no emplearía ningún medio para conservar las bondades particulares de su soberana»; ese desafío al dominio de los beneficios de la reina: he ahí la incitación á las bondades sin cesar renacientes de María Antonieta, á esas larguezas y agasajos magníficos que la reina imaginaba cada día para colmar la suerte de su amiga, y hacerle tantos envidiosos, que, por fin, mide ella su inmensidad.

Pero ¿basta la amistad para ocupar un corazón femenino? Y además de eso, ¿es suficiente el amor de un marido para que ya no esté inquieto ni turbado? ¿No

es el amor maternal el único que, perfeccionando el amor en la mujer, la fija por fin y la llena por completo? No condenemos esas contradicciones, variaciones y vuelos de una amistad á otra, esa vivacidad é inconstancia de María Antonieta, sin hacernos cargo de su causa. Las memorias é historias no han dicho nada de ese tormento suyo que explica tantas cosas y todos sus caprichos: la reina clamaba por un Delfín, la mujer suspiraba por ser madre. Y ¡cuántas lágrimas devoradas á cada alumbramiento de una princesa de la familia real! *Oculté mis lágrimas por no turbar su alegría*, escribía después del parto de Madame. ¡Cuántos sufrimientos en silencio! ¡Cuántas desesperaciones secretas durante esos largos años en que la reina se cree perseguida siempre de los reproches que las verduleras en su lenguaje grosero le han echado en cara, de no dar hijos á Francia! ¡Pobre reina! Trataba de engañarse á si misma dando sus cuidados y cariños al hijo de otra, de ser madre como podía: adoptando á un paisanito de Saint-Michel, que hacía almorzar y comer con ella, se esforzaba en decirle: *Hijo mio...*

En los últimos meses de 1777, la reina hizo llamar á Mad. Campán y á su suegro, y les dijo que «como les consideraba interesados en su dicha, deseaba recibir sus parabienes; que al fin era reina de Francia, pues esperaba tener muy pronto hijos».

La reina estaba en cinta. En una carta fechada el 16 de Mayo de 1778, y dirigida á María Teresa, María Antonieta le da por fin noticia del embarazo, tan largo tiempo deseado por la madre y la hija. «*Esta mañana he hablado con mi comadrón (es Vermond, un hermano del abate)... Según su cálculo y el mio, entro en el tercer mes; ya empiezo á abultar visiblemente... Estuve tanto tiempo sin atreverme á confiar en la felicidad de*

estar alguna vez en cinta, que ahora lo siento más á lo vivo, y hay momentos en que todavía me parece esto un sueño; pero como sigue para delante, creo que ya no hay que dudar.» En otra carta del 14 de Agosto de 1778, María Antonieta dice: «*Mi hijo ha hecho el primer movimiento el viernes 31 de Julio, á las diez y media de la noche; desde entonces se mueve con frecuencia, lo que me causa una gran alegría.»*

Cuando sintió ese primer movimiento, vino á quejarse al rey de uno de sus súbditos bastante audaz para darle puntapiés en el vientre. El rey estaba solícito como un amante, dichoso ya como un padre, tan dichoso, que hallaba palabras amables para todos, y hasta para el viejo duque de Richelieu. El embarazo fué penoso. Los calores estivales de 1778 fatigaban á la reina, que sólo por la noche gozaba alguna frescura y recobraba un poco de fuerza. Vestida con un traje de batista blanco, y un sombrero de paja en la cabeza, pasaba en la terraza de Versalles parte de la noche, en compañía de sus cuñadas y amigos, escuchando las sinfonías de las músicas en medio de toda la gente de Versalles que concurría en masa y casi codeaba á la familia real; noches deliciosas en que los sonidos misteriosos de los instrumentos ocultos entre follaje, el murmullo de las cascadas, la blanca silueta de las estatuas, el brillo de las aguas, lo vago del horizonte, el eco errante, mecían la flojedad de la reina y encantaban su malestar; noches benditas, en que María Antonieta gozaba con las conversaciones cogidas al vuelo, y las equivocaciones que había, y cómo sobrecogía á los que paseaban la aparición de esta reina de Francia, que se divertía con las casualidades y aventuras cómicas del incógnito, bajo el vetusto busto de Luis XIV escondido al extremo de la Oran-

gerie, que el conde de Artois nunca dejaba de saludar con un ¡«¡Buenos días, abuelo!» ¿No tuvo la reina la humorada de hacer poner una escala, para que el príncipe de Ligne, subido detrás de la estatua del gran rey, respondiese al saludo del joven príncipe?

El estado interesante de la reina progresaba. El público se ocupaba temblando de las barbaridades y torpezas del comadrón Vermond. En todas las catedrales y en todas las iglesias tocaban para los rezos de Cuarenta Horas. En toda Francia los cabildos de arzobispado, las abadías, universidades, municipios, prioratos reales, capítulos de la nobleza, compañías de milicia ciudadana, pensiones militares de jóvenes nobles, y hasta los particulares, hacían celebrar misas solemnes, y daban limosnas á los hospitales y á los pobres para que la reina tuviese un feliz alumbramiento.

Al fin, el 19 de Diciembre de 1778, á eso de las doce y media de la noche, la reina, que se había acostado á las once sin novedad, comenzó á sentir los primeros dolores. A la una y media llamó á la campanilla. Fueron á buscar á Mad. de Lamballe y á las damas de honor. A las tres Mad. de Chimay advirtió al rey lo que sucedía, y éste encontró todavía á la reina en su gran lecho. Una media hora después trasladóse á otra cama adecuada al caso. Mad. de Lamballe envió á buscar á la familia real, á los príncipes y princesas que se hallaban en Versalles, y despachó pajes á Saint-Cloud al duque de Orleans, á la duquesa de Borbón y á la princesa de Conti. Monsieur, Madame, el conde de Artois, Mesdames Adelaida, Victoria y Sofia entraron junto á la reina, cuyos dolores disminuyeron, y que se paseó por el cuarto hasta cerca de las ocho. El guardasellos, todos los ministros y secretarios de Estado

aguardaban en el gabinete grande con la servidumbre del rey y la de la reina; el resto de la corte llenaba el salón de juego y la galería. De repente, una voz domina el inmenso cuchicheo. «¡La reina está á punto de dar á luz!», dice el comadrón Vermond. La corte se precipita confundida con la multitud, pues la etiqueta de Francia quiere que todos entren en ese instante, que no se niegue á nadie la entrada, y que el espectáculo de una reina que va á dar un heredero á la corona, ó solamente un hijo al rey, sea público. Entra la gente, y tan tumultuosamente, que el biombo de tapicería que rodea el lecho de la reina hubiera caído si no estuviese sujeto con cuerdas. La plaza pública está en la cámara. Algunos saboyanos súbense á los muebles para ver mejor. No cabe un alfiler. La reina se ahoga. Son las once y treinta y cinco minutos cuando nace la criatura. El calor, el ruido, el gentío, el gesto convenido con Mad. de Lamballe que hace saber á la reina que es una niña, causa un trastorno en María Antonieta. Súbesele la sangre á la cabeza, la boca se turce. «¡Aire—exclama el comadrón;—agua caliente! ¡Hay que hacer una sangría en el pie!» La princesa de Lamballe se desmaya, y se la llevan. El rey se ha lanzado á las ventanas cerradas y las abre con violencia. Los ujieres y ayudas de cámara echan con viveza á los curiosos. No llegando pronto el agua caliente, el cirujano mayor pica en seco el pie de la reina: brota la sangre. Al cabo de tres cuartos de hora, dice la relación del rey, la reina abre los ojos: ¡está salvada!

Dos horas después, la hija de Luis XVI y de María Antonieta fué bautizada en la capilla de Versalles, por Luis de Rohán, cardenal de Guéménée, limosnero mayor de Francia, en presencia del Sr. Broquevielle,

cura de la parroquia de Notre Dame. Fué tenida en la pila bautismal por Monsieur, en nombre del rey de España, y por Madame, en nombre de la emperatriz-reina, y se le pusieron los nombres de María-Teresa-Carlota, titulada Madame, hija del rey.

Distribuyéronse dones por su nacimiento como por el de un Delfín: se dotaron doscientas muchachas y se las casó en Notre Dame, y la madre pronto perdonó á su primogénita el no ser varón.

Pobrecita, le decía besándola, *no eras deseada; mas no por eso serás menos querida.*

Los cuidados que Mad. de Polignac había prodigado á la reina en su alumbramiento avivaron aún más su amistad; y cuando la reina se contagió del sarampión al lado de Mad. de Polignac, y se vió privada por algún tiempo de la sociedad de su amiga, al comunicarle ésta, convaleciente en Clayes, que al día siguiente de su llegada á Paris tendría el honor de ir á visitarla, le respondió, no la reina, sino la amiga: *Sin duda soy yo la que tengo más prisa de que nos abracemos, puesto que desde el domingo iré á comer con vos en Paris.* Y el domingo, á puertas cerradas, y después de despedir á su dama de honor la princesa de Chimay, la reina dió á su amiga la más hermosa sorpresa.

Desde que la hija de la condesa Jules había cumplido once años, la reina decía á la madre: *Pronto pensaréis en casar á vuestra hija; cuando hayáis hecho vuestra elección, acordaos de que el rey y yo nos encargamos del regalo de boda.* También la vieja condesa de Maurepas había pensado en casar á la hija de la favorita; ¿y con quién? con el conde de Agenois, hijo del duque de Aiguillon. Idea extraña, combinación hábil que hubiera asegurado á los Maurepas el apoyo

de la reina y la gratitud del duque. Pero á la reina y á Mad. de Polignac les agradaba y parecía mejor una alianza más natural, una alianza con los Choiseul, y ésta era la buena nueva que la reina llevaba á la condesa Jules. Gozosa y conmovida, y hablando apresuradamente, la informó de que el casamiento de su hija con el joven duque de Gramont estaba concertado. Le hizo saber que el duque tenía la supervivencia del duque de Villeroy, y que sería nombrado por el rey duque de Guiche, mientras no disfrutaba del ducado de Gramont. No teniendo el duque más que veintitrés años, y no poseyendo aún los bienes que debían tocarle, el rey le daba diez mil escudos de renta sobre sus tierras, y la reina señalaba otros tantos á la joven esposa; y para colmar el orgullo y reconocimiento de los Polignac, la reina anunció al conde Jules que el rey, queriendo probar al público la estimación en que tenía á su familia, iba á crearle duque hereditario.

Esas eran las felicidades de María Antonieta. No tenía otro temor que no mostrar su gratitud con pruebas bastante extraordinarias, con recompensas asaz deslumbradoras y favores asaz magníficos. Todo su afán era hacer ascender á Mad. de Polignac hasta la reina y bajar ella hasta su amiga. Sólo pensaba en estrechar sus relaciones llevando su séquito á casa de Mad. de Polignac antes de ir á la Opera, ingeniándose para separarse de ella lo menos posible, solicitando y obteniendo del rey, cuando el alumbramiento de Mad. de Polignac, que se hiciesen pequeñas jornadas antes de la época acostumbrada para ver todos los días á la recién parida, deseando que entre ella y esa querida persona sólo hubiese la distancia de la Muette á Passy, y soñando ya con el ducado de la Meilleraie para el recién nacido.

Así que, á todo momento y por todos los medios que estaban en su mano, y dando al olvido su rango, esta reina, en medio de las amarguras que sufren con frecuencia los soberanos, entregaba su corazón á ese corazón que la comprendía, á esta amiga sincera y sensible afecta á su persona, y que, según ella creía, en nada influía su corona.

El ministerio continuaba siendo contrario á la reina, aunque ya no formaban parte de él Terray, Maupeón y la Vrilliére. Maurepas, queriendo reinar solo, vivía en guardia contra ella, y repetía al rey «que no había daño en que la opinión pública creyese á la reina de carácter frívolo». Necker y Turgot conspiraban con él contra la influencia de la reina. Sus planes económicos, sus creencias en salvar el Estado y restablecer la Hacienda por medio de miserables supresiones en la casa del rey, encontraban en María Antonieta la única oposición temible en la corte, por ser una oposición espiritual y satírica, que se burlaba de sus quimeras, y se burlaba de sus negativas á conceder mercedes poniendo en solfa sus personalidades, llamando á M. Turgot el *ministro negativo* y á M. Necker el *comisionista mercader*. Hay que confesar que á la reina nunca le hizo buen efecto el gran sistema que esperaba hacer renacer la era de oro suprimiendo un teatro y algunos empleados, suprimiendo el cargo de tesorero de la reina y algunos reposteros de su servicio. No se figuraba que Francia sería mucho más dichosa cuando el rey y la reina no tuviesen más que un solo cocinero; no juzgaba que el nuevo reglamento de apurar los cabos de las bujías fuese muy eficaz contra la bancarrota. Si su orgullo de soberana sufría con esas economías que, anunciando otras, según rumores públicos, tan pronto la reducían á cuatro cama-

reras como la convertían en una burguesa de la calle de Saint Denis con las llaves de la despensa colgadas de la cintura, no estaba menos ofendida su beneficencia. Todas las nobles y hermosas cualidades de su fondo que se han desconocido en ella ó pasado en silencio, esa solicitud infatigable, esa facilidad en perdonar, esa caridad ejercida á su alrededor en toda ocasión, habían ligado á la reina con su servidumbre como á una familia. ¿Será necesario recordar los criados heridos á quienes ella misma restañaba la sangre; á las doncellas que volvía á llamar después de un pronto de mal genio, acogéndolas en seguida con bondad; á los sargentos de la guardia á quienes reñía con una palabra y los perdonaba con una sonrisa? Además, aparte de ese olvido de la grandeza y de la severidad, las jóvenes educadas con la amistad maternal de la reina, que aun estando prisionera en el Temple pedirá noticias de ellas, y que con tales cuidados guardaba su inocencia, que leía por la mañana las piezas que iban á representarse de noche, para saber si podía permitirles que fuesen á oirlas; esos pajes, que crecían bajo su tutela, como á la vista de una bondadosa castellana; toda esa vida de ternura en el interior de su casa, esa ocupación de su bondad, cuidados, atenciones, buenas palabras y oficios, socorros pecuniarios, ascensos y nombramientos, únicas cosas en que empleaba su influencia hacía largo tiempo, todo lo desbarataban los proyectos de reforma, obligando á despedir los servidores adictos, lo mismo á los antiguos que á los nuevos, hiriendo á sus amigos en su fortuna, en su bienestar, y haciendo quizá que algunos de ellos supusiesen que su señora no se había tomado el trabajo de defenderlos. Semejantes economías eran harto costosas á la reina para que se sometiese sin resistencia.

Además, era reina; y si la sencillez de sus inclinaciones veía sin amargura arreglos que la acercaban á sus súbditos y tendían á librarla de la etiqueta, el sentido recto de su conciencia monárquica no podía ver sin despecho y sin alarmas las aciagas reformas de M. de Saint-Germain, que no concedían al rey para las sesiones solemnes de justicia de allí en adelante más que la escolta de cuarenta y cuatro gendarmes y cuarenta y cuatro soldados de caballería ligera.

La sucesión de ministros sólo era para la reina un cambio de enemigos. El príncipe de Montbarrey, á cuyas manos pasó la cartera de M. de Saint-Germain, debutó con una descortesía á la reina. Habiendo ella pedido para un Choiseul, casado con la hija mayor del mariscal de Stainville, la supervivencia del gran bai-liazgo de Hagenau, que poseía el duque de Choiseul, hermano del mariscal de Stainville, la princesa de Montbarrey se la ganó á la reina por influencia de Mad. de Maurepas, y la supervivencia se concedió al príncipe de Montbarrey. La reina obtuvo la revocación del nombramiento; mas el barón Spon, por con-graciarse con Mad. de Maurepas, había hecho apresurar el registro de las órdenes de provisión, y la reina sólo pudo poner mala cara al ministro. M. de Montbarrey era un cortesano demasiado astuto para romper de frente, é hizo una guerra embozada á María Antonieta, á la manera y gusto de sus patronos, M. y Mad. de Maurepas. Así que, cuando el desorden de sus amores y la venta de los grados militares hicieron imposible en el ministerio á M. de Montbarrey, la reina tomó su revancha. Se representaba en Marly una pieza á la moda que se titulaba *El Miedo*. Era una caricatura de la figura y zozobras del desgraciado mi-

nistro, con todas las alusiones á su amenazado ministerio, en todas las estaciones del *miedo*, de la *muerte* y de la *resurrección*; y la reina animaba con su sonrisa las malicias de las damas de la corte que rodeaban al trémulo ministro.

Este era el comportamiento ordinario de la reina con los ministros, y de éstos con su soberana. A cada uno que nombraban sucedía lo mismo. Así fué con M. de Sartines, que dió derecho á la reina de que le llamase siempre el *abogado maulero* ó el *empalagoso trapacero*. Así con todos, unos ligados en contra de la reina por las desconfianzas y perfidias de Maurepas, otros por las utopías económicas de Turgot y de Necker. La reina sólo contestaba riéndose de todos y dejando reír á su alrededor, permitiendo á la princesa de Talmont que tomase al ministro Laverdy por el boticario de la corte, y le atormentase largamente sobre operaciones financieras, de las que ella formaba mil drogas malas, descompuestas y falsificadas. ¡Venganzas muy ligeras de hostilidades continuas y perseverantes, que sembraban en la corte y fuera de ella la calumnia y el desapego! Contra los hombres que se servían de otras armas, la reina únicamente usaba su ingenio jovial. No pensaba ni quería pensar en conseguir un cambio, en tomar una iniciativa, en poner mano al ministerio. Aborreía demasiado los asuntos y las molestias que dan. Tenía en mucho la pereza femenina, para llenar el papel, que ya la opinión pública le prestaba, de dirigir al rey y remover tantas intrigas. ¿Qué influencia había ejercido hasta entonces esta reina, que se incomodaba con los amigos que querían impulsarla á las cosas de la política? Una ligera parte para obtener mercedes. Había hecho reconocer algunos derechos, logrado algunos privilegios de teatro, acor-

dado algunas pensiones á literatos. En una palabra, había tratado de hacer dichosos más bien que de nombrar ministros. ¿Cuándo se ocupó de negocios ministeriales? Únicamente en la oportunidad de pagar una deuda de gratitud hacia M. de Choiseul. Había intervenido en el proceso de M. de Bellegarde, pidiendo la revisión, no queriendo permitir que un oficial valiente fuese sacrificado al partido de Aiguillon por haber obedecido al duque de Choiseul. Intervino en el asunto del duque de Guines, perseguido por MM. Turgot y de Vergennes como amigo del duque de Choiseul, y complicado en la causa de un secretario que había jugado sobre fondos públicos de Londres. La reina sólo se había mezclado en los negocios de Estado para arrancar dos víctimas á los resentimientos de un partido que trataba de deshonorar al partido contrario.

Cuando la sociedad Polignac se constituyó alrededor de la reina, no fué únicamente la sed de intriga y la avidez de dominio los que formaron un partido de amigos de la reina; fué también la fatalidad y la necesidad. Aparte de las ambiciones é intereses de cada uno, en oposición á los gustos y al carácter de la reina, había una situación imperiosa que obligaba á la lucha. La reina ya no sólo era atacada, sino también amenazada: era válido, pues, que se defendiese. El partido francés, poderoso, organizado en todas partes, reclutado en la alta esfera y en la baja, exasperado por el amor del rey á la reina, inquieto por el porvenir de ese amor, engañado y alucinado por la fidelidad sin ejemplo de ese Borbón que rechaza el adulterio, se atreve á confesar á medias palabras el objeto de sus pasos, el término de su obra implacable, la audacia de sus esperanzas: *la retirada de la reina al Val-de-Grâce.*

Preciso era, pues, que la reina se resolviese á luchar. Y no obstante, ¡cuántos combates, dudas y terrores de su responsabilidad sintió ella, cuánto echó de menos su tranquilidad y sosiego, el día en que comenzó á hablar á la voluntad del rey y á hacer entrar á sus amigos en el consejo, el día en que un ministro de su mano entró en el ministerio de Marina!

La reina tenía en el ministerio un ministro dispuesto á guardar alguna deferencia á sus deseos. Una victoria más significativa y más decisiva de la reina y su partido fué el nombramiento de M. de Ségur, veterano héroe que aportaba al ministerio de la Guerra su probidad y talentos, y un cuerpo casi sin brazos y glorioso de heridas. La introducción en el consejo de M. de Castries y de M. de Ségur, y la nueva importancia de la reina, parecieron inducir al resto del ministerio á mejores disposiciones y á expresiones más sumisas hacia ella. Entre la reina y M. Necker se había hecho un convenio, una alianza contra M. de Maurepas, en ocasión del nombramiento de M. de Castries, sorpresa precipitada por Necker en ausencia de M. de Maurepas. M. Necker pronto persuadió á la reina de lo que su popularidad hizo creer entonces á Francia: de que él era una especie de providencia y el hombre casi indispensable al bien del Estado; y la reina se inclinó á creerle, como, á excepción de Mad. de Polignac, creían en él todas las señoras de la corte cuya lista de nombres da Carraccioli á D'Alembert: «la imperiosa y dominante duquesa de Gramont, la altiva condesa de Brionne, la princesa de Beauvau, de seductor ingenio; la idolatrada condesa de Chalons, la preciosa princesa d'Henin, la esbelta condesa Simaine, la graciosa marquesa de Coiny, la suave princesa de Poix». Conquistada como todas ésas, la reina llegó á olvidar las re-

formas de M. Necker. Le sostenía y retenía en su puesto, animándole á que no dimitiese, y queriendo que tuviese paciencia hasta que Maurepas muriese. El mismo M. de Vergonnes hacía callar entonces sus rencores personales. Un trato de buenas relaciones, al menos aparentes, se estableció entre la reina y él, á propósito de las disposiciones amistosas con Austria. Y M. de Maurepas falleció.

Un gran pesar hirió á María Antonieta: Europa perdió á María Teresa; la reina de Francia, á su severa amiga. Y cuando la corte creía que se habían agotado sus lágrimas, María Antonieta no pudo contenerlas al ver el príncipe de Ligne, que al llegar de Alemania se presentó de súbito al estar ella comiendo: *Debias haber evitado á mi delicadeza esta escena en público*, le dice riñéndole con dulzura. Pero hasta las lágrimas de una hija tienen consuelo. La reina estaba por segunda vez en estado interesante. Su embarazo había sido declarado desde el mes de Abril de 1871. Siete meses después, el 22 de Octubre, la reina sintió al despertarse algunos dolores, que no le impidieron bañarse como de costumbre. Sale del baño á las diez y media; los dolores todavía son soportables. De doce á doce y media aumentan. En su cámara, ó yendo y viniendo de su cámara al salón de la Paz, que han dejado vacío, están Mad. de Lamballe, M. el conde de Artois, Mesdames tías, Mad. de Chimay, Mad. de Mailly, Mad. de Ossun, Mad. de Tavannes y Mad. de Guéménée. De los príncipes avisados por Mad. de Lamballe á medio día, el único que llega antes de los últimos dolores es monseñor el duque de Orleans, que estaba de caza en Fausse-Repose.

El rey ha dado contraorden del paseo que pensaba dar á Sacle, y está al lado de la reina, ansioso y con-

movido; pero, según su carácter, ha sacado el reloj y cuenta los minutos con la aparente sangre fría de un médico. Cuando el reloj marca la una y cuarto, la reina ha librado. En ese momento de emoción solemne quedan todos en tal silencio, que la reina cree que es otra vez una niña. Mas el guardasellos ha hecho constatar el sexo del recién nacido; el rey entra loco de alegría, llorando de felicidad, dandola mano á todos: Francia tiene un Delfín, la reina tiene un hijo. El rey ordena al príncipe de Tingry, capitán de Guardias de corps, que deje el servicio cerca de su persona para acompañar al Delfín hasta su habitación, donde se hallan para servirle un teniente y un subteniente de los Guardias de corps; después se lleva el niño á la reina; ¡y qué beso le da la madre con todo su corazón y toda su alegría!

La nación participa de la alegría. En París, la buena noticia corre de boca en boca: *¡Un Delfín, un Delfín!* El entusiasmo estalla en la calle, en el teatro, en el fuego artificial, en los *Te Deum*. En Versalles, la multitud apiñada en los patios tiene un grito unánime: «¡Viva el rey, la reina y monseñor el Delfín!» Hay una procesión y embajada continuas de seis corporaciones de artes y oficios, de jueces-cónsules, de compañías de arcabuceros y de los mercados. ¡Todo es alegría, amor de un pueblo, cantos y músicas!

La reina pronto se levantó de la cama. Recibió á sus damas el 29, y á los príncipes y princesas el 30. Los recibimientos de etiqueta volvieron á comenzar el 2 de Noviembre. María Antonieta sólo pensaba en demostrar su gozo á los que la rodeaban, y al pueblo, con beneficios y caridades. Su dicha quería hacer dichosos; y escribió á Mad. de Lamballe esta carta, en que aparece tal como es, donde se ve su corazón de amiga, de reina y de madre feliz:

«A 7 de Noviembre de 1781.

» *Mi querida Lamballe: Veo que seguís queriéndome siempre, y vuestra amable carta me causó un placer indecible. Me alegro mucho de que estéis bien de salud, mas no confío en que la conservéis si continuáis velando á M. de Penthièvre como lo hacéis; su enfermedad aflige mucho al rey, que le envía su médico mayor, con la orden de quedarse á su lado si hay algún peligro; estaré con ansia mientras no sepa que ha pasado la crisis. Cuando estéis aquí de vuelta y hayáis tomado otra vez vuestro cargo terminaremos todo lo que atañe á los actos de beneficencia que habrán de seguir á mi alumbramiento. He leído con interés lo que se ha hecho en las logias masónicas que habéis presitado á principios de año y con lo que tanto me habéis divertido: veo que no sólo se hacen allí graciosas jácaras, sino también beneficios. Vuestras logias nos han tomado la delantera dando libertad á prisioneros y casando muchachas; eso no nos impedirá dotar á las nuestras y colocar las niñas inscritas en nuestra lista; las protegidas del bondadoso M. de Penthièvre serán á las que primero se atienda, y yo quiero ser madrina del primogénito de la pequeña Antonieta. Me ha enternecido una carta de su madre que me dió á leer Isabel, pues Isabel también la protege: no creo posible que se escriba con más sentimiento y religión; hay en esas clases virtudes secretas, almas honradas hasta el más elevado sentimiento cristiano: tratemos de saberlas distinguir; encargaré al abate que ponga empeño en descubrirlas, y con eso pondremos los medios para obtener de Dios la salud de M. de Penthièvre. Adiós, amor mío; esperando otra carta vuestra, os abraza con toda el alma*

» **MARÍA ANTONIETA.** »

La reina juzgaba bien á su amiga. Mad. de Polignac era en realidad sincera, en lo que se vencía logrando las bondades de la reina. Ya lo hemos dicho; indolente y negligente sin apasionamiento, enemiga de mezclarse en los negocios y del bullicio y tramoyas de las altas posiciones, Mad. de Polignac parecía imbuida en la filosofía del hogar y en la egoísta serenidad de las viejas mujeres del siglo XVIII. Cuando está en visperas de ser aya de los hijos de Francia, tampoco es fingido su temor, como se figuran algunos de sus amigos, sino que verdaderamente tiene miedo. Al día siguiente de la entrevista de M. de Besenval con la reina, ¿cómo recibe Mad. de Polignac á M. de Besenval? «¡Os aborrezco á todos de muerte: queréis sacrificarme!... He obtenido de parientes y amigos que hasta dentro de dos días no se me hable de nada y que me dejen entregada á mí misma. Basta, pues, barón; no me tratéis peor que los demás.» Fueron precisos muchos días de insistencia de la reina, muchos días de persecuciones de su sociedad, repitiéndole que una plaza semejante no es de esas cosas que se rehusan, para decidir á Mad. de Polignac á que aceptase la sucesión de madame de Guéméné.

La reina, al nombrar á la duquesa de Polignac aya de los hijos de Francia, quiso que tuviese una posición digna de este elevado cargo. Quiso que toda la nobleza, todos los extranjeros de distinción, fuesen admitidos en su casa, y que reservasen algunos días para una sociedad de confianza. Ella misma iba á comer á casa del duque casi todos los días, unas veces con un corto número de personas designadas de antemano, y otras veces con la corte. Los honorarios de aya no hubieran cubierto los gastos de ese salón, que llegó á ser el salón de la reina de Francia. Se señaló al duque

y á la duquesa una pensión de ochenta mil libras. Poco después, el duque de Polignac fué nombrado director de Correos y postas, excepto las cartas, que Luis XVI dejaba á M. de Oigny, no queriendo confiar este empleo de discreción á un hombre de mundo.

Bien pronto la reina pasó la vida en casa de Mad. de Polignac. ¡Qué horas tan agradables, dedicadas á la intimidad y á la alegría, en la gran sala de madera, al extremo del ala de palacio que da al plantío de naranjos! Al fondo había un billar, á la derecha un piano, á la izquierda una mesa de juego. La música, el juego y la conversación con diez ó doce amigos, entretenían el tiempo. Allí María Antonieta era dichosa: «Aquí, yo soy yo», decía de un modo encantador; y todos los días venía á olvidar su personalidad de reina en la compañía de Mad. de Polignac y de su sociedad, á menos que no llevase á Trianón á M. de Polignac y sus contertulios.

IV

Aburrimiento en Marly.—El pequeño Trianón.—La vida en el pequeño Trianón.—El palacio, las habitaciones, el mobiliario.—El jardín francés, la *sala de refrescos*.—El jardín inglés, el pabellón entoldado, la aldea, etc.—La sociedad de la reina en el pequeño Trianón.—El barón de Besenval, el conde de Vaudreuil, M. de Adhémar.—Las señoras.—Diana de Polignac.—Forma y carácter del talento de la reina.—Su protección á las letras y á las artes.—Su afición á la música y al teatro.—El teatro del pequeño Trianón.

Marly había sido hasta entonces el palacio de verano de la corte de Francia. Pero Marly era un reflejo de Versalles. La soberanía habitaba allí en representación. Hasta la mitad del reinado de Luis XV, las damas llevaban en su equipaje «el traje de corte de Marly». Los diamantes, las plumas, el colorete y las telas bordadas y tejidas con oro eran de uniforme. La sombra de Luis XIV, su grandeza y su tedio llenaban aún los pabellones y jardines. Las construcciones tenían el orden y jerarquía de un Olimpo; hasta la naturaleza tenía un aspecto solemne; el paseo era magnífico y lo resguardaba un toldo de oro. La etiqueta de las jornadas, el modo de vestir, la arquitectura y el paisaje, no agradaban nada á María Antonieta. Todavía le gustaba menos el juego fuerte que se jugaba en Marly, cuyo exceso censuraba el rey, y á ella la disgustaba de esas jornadas. Trianón llegó á ser la casa de campo de María Antonieta, su retiro y sus amores.

¡Qué vida tan diferente en ese sitio! ¡Qué distracciones sin fausto ni sujeciones! ¡Qué temporadas, qué meses demasiado cortos, suprimidos á la etiqueta, otorgados á la confianza y á los goces de la intimidad! ¡Cuántos placeres, á cien leguas de Versalles! Sin más corte que un círculo de amigos, que su vista corta no tenía que reconocer con el anteojó oculto en el centro del abanico; sin molestias, ni corona, ni trajes de etiqueta: la reina no lo era en Trianón; apenas si desempeñaba el papel de señora de la casa. Se hacía vida de campo, con sus usos fáciles y cómodos. Al entrar María Antonieta en un salón, las damas no dejaban el piano ni el bastidor en que bordaban, ni los hombres suspendían la partida de billar ni el juego del chaquete. El rey venía solo á Trianón, á pie, sin capitán de guardias. Los convidados por la reina venían á las dos, para comer, y volvían á dormir á Versalles á las doce de la noche. En esas horas, todas las diversiones y distracciones eran campestres. La reina, con traje de batista blanca, fichú de gasa y sombrero de paja, corría por los jardines, iba de la granja á la lechería, llevaba á los invitados á beber leche y á tomar huevos frescos, obligaba al rey á dejar el bosque en que leía y á merendar sentado en la hierba; tan pronto miraba cómo ordeñaban las vacas, como pescaba en el lago, ó bien, sentada sobre el césped, descansaba del bordado y la malla hilando en una rueca de aldeana. Esos entretenimientos hacían la delicia de María Antonieta. ¡Qué hechizo y qué ilusión tenían para ella ese papel de pastora y esas chanzas de la vida de campo! ¡Agradable reino para esta reina que lloraba á *Nina*, y sólo quería á su alrededor flores, paisajes y cuadros de Watteau! Grato lugar para su alma y aficiones era ese Trianón, donde su sombra todavía anda

errante; donde, á pesar de la insensibilidad de las cosas, el silencio del eco, el descuido de la naturaleza, todo hace el efecto de una escena vacía y recuerda los hermosos días de María Antonieta; donde el paso del curioso visitante vacila y tiembla, pisando quizá donde pisó el pie de la reina.

El sueño de la reina se ha cumplido. El Triunfo de María Antonieta está concluido. Inauguróse y tuvo su apoteosis cuando la iluminación y fuego de artificio en sus bosquecillos en honor del emperador José. He ahí entre el follaje el pequeño palacio blanco. Apresada el botón cincelado de la puerta, y ved la escalera de piedra con ancho rellano. En los enlaces del magnífico pasamano dorado vense las iniciales M. A. en los tarjetones rematados en cabezas de gallo, y los cetros se entrelazan con las liras, armas parlantes del palacio, que se encuentran hasta en las rejillas de las chimeneas. En las desnudas paredes de la escalera sólo hay festones de hojas de roble grabadas en la piedra. En el frente de la escalera amenaza una cabeza de Medusa, que no impedirá que suba la calumnia. Después de una antecámara está el comedor, donde el suelo, vuelto á unir, deja ver todavía la cortadura por donde subía la maravillosa mesa de Lorient con cuatro servidores para las orgías de Luis XV, y allí comenzaban los adornos en los artesonados hechos por orden de María Antonieta, con aljabas en cruz debajo de coronas de rosas y guirnaldas de flores esculpidas en los entrepaños de madera. En el saloncito, al lado del comedor, lucen en relieve en los cuatro lados todos los accesorios é instrumentos de los goces de las vendimias y de la comedia; de las guirnaldas de la vid cuelgan canastillas y cestillos de frutas, caretas y tambores, castañetas, flautas y guita-

rras, y en las barbas de mármol de los chivos también se entrelazan los racimos de uvas. En el gran salón pende la araña de un rosetón de flores. En las cuatro esquinas de la cornisa vuelan grupos de amorcillos. En lo alto de cada entropaño, con los atributos de las artes y de las letras, hay un tallo con tres flores de lis enlazadas con laureles, llevando por encima una corona de rosas abiertas. En el gabinetito que precede á la cámara de la reina, adornan las paredes los más delicados arabescos; son esos grupos fantásticos y encantadores del arte antiguo, Cupidos llevando cuernos de la abundancia rebosando flores, tripodes humeantes, palomas, arcos y flechas cruzadas que penden de cintas. Las paredes del dormitorio están sembradas de ramitos de adormideras mezclados con mil florecillas. El lecho desaparece bajo los encajes de seda blanca. El mueblaje, cubierto de seda labrada azul, está relleno únicamente de plumón de ánade. Bandas con flecos de cuentas y seda de Granada recogen las cortinas. Y este reloj de sobremesa, olvidado hoy en el cuarto de al lado, que tiene marcado el cuadrante con las dos águilas de Austria, y en el zócalo del cual se destacan en medallón el cayado de la Estela de Florián y el capuz de Nemorino, ¿no era el que sonaba las horas en la cámara de María Antonieta?

Del palacio se baja al jardín por la escalinata en forma de terraza. Delante de la fachada principal, decorada por cuatro columnas corintias, se extiende el jardín francés, plantado desde 1750 para hacer juego con el jardín á la italiana, separado del gran Trianón por dos verjas guarnecidas de grandes cortinas de cutí. En ese lado hay hileras de flores en tiestos blancos y azules con asas figurando cabezas. Frente á uno

de los lados del salón se ve una decoración primaveral y galana de los personajes y de las comedias de Lancret. Una de esas arquitecturas caladas que el siglo XVIII unía al follaje con tanta gracia; esas vallas de madera que dejan ver al través de los calados el cielo, las flores, y por las que pasan los céfiros y las miradas, es la *sala de los refrescos*, y sus dos pórticos enverjados, y sus treinta y seis arcos abrigando un naranjo cada uno, y sus pilastras, encima de las cuales hay en cada una un tilo de copa redonda.

Más lejos, á la derecha del palacio, entráis en seguida en la creación de la reina, en el jardín inglés. «El juego de aguas luce para los extraños; aquí el riachuelo corre para nosotros», podría decir la reina, como la Julia de Rousseau. Encuéntranse aquí el capricho y la naturaleza casi al natural. Las aguas bullen, corriendo y serpenteando; los arbustos parecen diseminados á la casualidad. Ochocientas especies de árboles de los más raros: el alerce llorón, el pino de incienso, la encina de la Virginia, el rojo roble de América, la acacia rosa, el espino y el crióforo de la China mezclan su sombra y los matices de las hojas, del verde al púrpura negruzco y al rojo cereza. Las flores crecen al azar, el terreno tiene cuestas y ondulaciones como al natural. Las cuevas y barrancas y los caminos hondos ocultan á cada momento el arte y la mano del hombre; las calles de árboles dan vueltas y recodos y se pierden ensanchándose para no tener el aspecto de *cinta*. Las piedras han formado rocas, los cerritos simulan montañas, y el césped imita la pradera. Sobre la colina, en medio de un macizo de rosas, jazmines y mirtos, se levanta un pabellón, desde donde la reina abarca toda su posesión. Este pabellón octógono, que tiene cuatro puertas y cuatro

ventanas, repite ocho veces en sus hojas ó tableros, en figuras y atributos, la alegoría de las cuatro estaciones, esculpidas por el cincel más delicado y más hábil de aquella época. Ocho esfinges con cabeza de mujer se anidan en los escalones. En el interior, el pavimento de mármol blanco forma elipses variadas y entrecruzadas de mármoles rosa y azul. Hay arabescos en las paredes estucadas, y hasta en los tableros del bajo de las puertas. Un pincel ligero y encantado parece haber salpicado de caprichos y colores esas paredes de porcelana. El pintor ha reproducido el poema de los artesonados del palacio, animándolo de luz y poblándolo de animales; y continúan las aljabas, flechas, guirnaldas de rosas blancas, ramos sueltos y lluvias de flores, zampoñas y pífanos, y camafeos azules, y jaulas abiertas colgadas de cintas, en las que hay titis y ardillas que raspan un vaso de cristal en que juegan los peces. En el centro del pabellón, una mesa, de la que penden tres argollas, descansa sobre tres pies de bronce dorado; es la mesa en que almuerza la reina; el pabellón es su comedor de mañana. Desde allí María Antonieta domina la roca y su gruta, «perfectamente situada», y la cascada, y el puente oscilante echado sobre el pequeño torrente, y el agua, y entre la sombra de los arbustos, los dos puertos de embarque, y la barca flordelisada, y el río. Ved aquí la isla y el templo del Amor, rotonda abierta á todos los vientos, donde el Cupido de Bouchardón trata de «hacerse un arco para sus flechas con la maza de Hércules». He ahí el arroyo y sus puentecillos, cada uno con una compuerta que forma esclusa. Detrás, en ese semicírculo enverjado, y bajo un toldo chino, da vueltas el juego de las argollas, con ocho asientos formados por monstruos fabulosos y por aves-

truces. Al borde del río, las *forests* divididas en campitos y cultivadas como heredades; y, por último, al fondo del jardín está el fondo del cuadro, lo esencial de la decoración: el paraíso de Berquin, la Arcadia de María Antonieta, la *aldeita*; la aldea donde hace que el rey se disfrace de molinero, y Monsieur de maestro de escuela. Aquí están las casitas, reunidas como en familia, teniendo cada una un jardincillo para prestarse á la broma de convertir á las damas de Trianón en paisanas ocupadas en trabajos campesinos. La lechería de mármol blanco está á la orilla del agua. Al lado se refleja en el estanque la torre de Malborough, que una canción ha bautizado, canción que cantaba Mad. Poitrini, la nodriza del Delfin. La cabalía de la reina es la más linda del lugar; tiene tiestos de flores, parras y espalderas. Nada falta al lindo lugarajo de ópera cómica: ni la casa del juez ó baile, ni el molino con su rodezno que da vueltas, ni el pequeño lavadero, ni los techos de bálago, ni las solanas, ni las vidrieras con los pequeños vidrios emplomados en las escaleritas exteriores que suben al patín de las casitas, ni los hórreos donde se guardan los granos... La reina y Hubert Robert en todo han pensado, y hasta en figurar hendeduras en las piedras, faltas del enlucido, vigas y tejas deterioradas, como si el tiempo no arruinase harto pronto los juguetes de una reina.

Los convidados de la reina en Trianón, *su sociedad*, como se decía, eran los tres Coigny; el duque de Coigny, que no había caído en desgracia como el duque de Lauzun, y el caballero de Luxemburgo; el conde de Coigny, robusto muchacho de buena salud y buen humor; y el caballero de Coigny, hombre guapo, y agasajado en Versalles y en París, solicitado por las

princesas y las señoras de la banca, adulator afectado á quien las mujeres llamaban *Mimi*; el príncipe de Hénin, loco encantador, cortesano filántropo; el duque de Guines, gaceta de Versalles, que sabía todas las murmuraciones, y además era excelente músico y tocaba muy bien la flauta; el bailío de Crussol, que se burlaba y chanceaba con tan serio semblante; luego la familia de los Polignac; el conde de Polastrón, que tocaba el violín admirablemente; el conde de Andlau; el duque de Polignac, que la fortuna no había hecho variar, y continuaba siendo un hombre amabilísimo. A esas personas se unían algunos extranjeros que la reina distinguía, como el príncipe de Esterhazy, M. de Fersen, el príncipe de Ligne y el barón de Stedingk. Pero el grupo principal de la sociedad de Trianón, y que la dominaba, lo formaban tres hombres: M. de Besenval, M. de Vaudreuil y M. de Adhémar.

En aquel tiempo nacían franceses en toda Europa. Pedro-Victor, barón de Besenval, era un francés nacido en Suiza. Había servido bajo nuestras banderas. Había hecho nuestra guerra de siete años á nuestra manera, con el ardor y alegría de nuestro valor. Cuando la acción de Ameneburgo enviáronle al campamento con su división destrozada, y él volvió al combate. «Barón, ¿qué hacéis aún aquí?, le dijeron; ya os habéis batido.—Esto es como el baile de la Opera, respondió: se aburre uno, y, no obstante, se permanece mientras se oyen los violines.»

M. de Besenval volvió á la corte con esta frase y su buena presencia. Ved en el grabado de Carmontelle su gallardo porte: alto, la pantorrilla bien formada, el talle airoso con la casaca de faldones, el perfil fino y acentuado, de larga nariz aguileña, mirada inteligente, boca pequeña con gesto burlón y desdeñoso,

las manos en los bolsillos, lleno de gracia insolente y resuelta, satisfecho de sí mismo, y dispuesto á reirse de los demás. M. de Besenval estuvo entregado á los placeres hasta la muerte de Luis XV. Después, habiéndole acercado su grado al conde de Artois, coronel en mando de los suizos, M. de Besenval adquirió su amistad, y por el conde de Artois la de la reina, ganó su confianza, la dirigió, llegó á ser teniente general de los ejércitos del rey, gran cruz, comendador de San Luis, inspector general de los guardias suizas, sin admirarse de su suerte ni agradecerla. «No me atribuyáis mi buena fortuna; la casualidad ha puesto los medios—escribía;—yo no me hube mezclado en nada...»

El individuo en M. de Besenval era un delicado epicúreo y un alegre compañero. Tenía los refinados gustos y nobles aficiones que fueron la despedida de una seriedad que iba á concluir. Rico, colmado de pensiones, soltero, sin cargas de familia ni de presentación, administrando sus rentas con capacidad, predigaba el dinero en objetos de arte, en cuadros, estatuas, bronce, porcelanas, en las bacanales de mármol blanco de Clodión. Como al príncipe de Ligne, le entusiasmaban los jardines, aconsejaba los embellecimientos de Trianón y transportaba allí los invernaáculos de Schœnbrunn. Habiendo visto de cerca la historia y la gloria que no le interesaban. Le gustaba su época, el amor, la corte, el placer y sus amigos, á quienes quizá amaba más de lo que los estimaba. Tenía el corazón y el genio de un niño mimado. Taciturno en el fondo, áspero y gruñón en su interior, duro para sus servidores, en cuanto salía de su casa se transformaba, y era en sociedad el más alegre y amable de los hombres de mundo. Tenía la juventud de la felicidad, y era preciso que enseñase sus arru-

gas y canas para que las echasen de ver. A los sesenta años quiso ser de la sociedad del rey, de la sociedad de cazadores, que era la única de Luis XVI: hácese presentar como si fuese un joven, pónese el traje gris de cazar, toma sus espuelas de caballero, monta en las carrozas, y hételo cazando. Había presenciado la muerte de Berwick, y cuarenta años después asiste á la muerte del ciervo.

M. de Besenval calumniaba el favor en que estaba, al decir á un duque que volvía á Versalles después de seis meses de ausencia: «Voy á ponerlos al corriente: vestíos con una casaca color de pulga, una chupa color de pulga y calzas color de pulga, y presentaos con serenidad: es todo cuanto hace falta en la actualidad para ser bien acogido.» M. de Besenval había caído en gracia por otros atractivos: era un cortesano hábil y audaz, sin igual, sin servilismo ni empalagosa insulsez. Conservaba en la personalidad algo del oficial de fortuna y del suizo. Se abandonaba á vivezas de genio y á imprudencias, que llegaban hasta donde él quería, incomodándose con sangre fría; se insinuaba bruscamente y adulaba con tono áspero. Parecía uno de esos expertos obreros que manejan objetos frágiles con manos toscas, que hacen temblar y no rompen nada. Preciándose de saber de todo, porque su cabeza era una mesa revuelta, hablaba de todo en la corte, después de haber hecho un concienzudo estudio de lo que hay que callar á los soberanos. La excusa de sus temeridades era ese aire gallardo que lo hacía tan agradable. De sus labios no ofendían las franquezas. Sus genialidades y llanezas se tomaban como cosas de su natural sencillo é ingenuo, y sus truhanerías como un germanismo, y no duraba el enfado al ver sus maneras de oficial de los guardias suizos,

que trataba de conservar. «¡Barón! ¡Qué mal tono!—exclamaban las damas.—¡Sois horrendo!» Y quedaba perdonado, pues tenía ese gran hechizo y esa gran ciencia de guardar excelente diapasón en las salidas de tono.

Era natural que semejante cortesano halagase las aficiones de María Antonieta, alentase sus gustos, tranquilizase su conciencia de reina; en una palabra, que la convenciese de su derecho á disfrutar la dicha de los particulares. Y M. de Besenval no dejaba de hacerlo: ¡cuántas exhortaciones y cuánta guerra contra las preocupaciones de la etiqueta! ¿No era una tontería sujetarse y condenarse á las impacencias y aburrimiento, privándose de las delicias de la sociedad, del recreo de estar con sus principales súbditos? En aquella época de franquicias, ¿por qué no eximirse de las tonterías de las costumbres? Y por último, ¿no era ridículo pensar que la obediencia de los pueblos consiste en las más ó menos horas que la familia real pase en un círculo de cortesanos fastidiosos y fastidiados? ¡Agradables lecciones de un filósofo indulgente y franco, aplaudidas por todos los huéspedes de Trianón, y que la reina de Francia escuchaba como la voz de la razón jovial y de la juiciosa amistad!

M. el conde de Vaudreuil era hijo de un gobernador de Santo Domingo enriquecido en su destino. Su tío, sargento mayor de la guardia francesa, había muerto siendo teniente general y gran cruz de San Luis. Rico, bien emparentado, y en vías de buena suerte, había tenido la ambición de permanecer ocioso y dedicar la vida á sus aficiones y gustos.

Era también aficionado á las bellas artes, un curioso, como se decía entonces, pero inteligente y lleno de conocimientos, comprando en persona y disfrután-

do con lo que compraba. En su magnífico hotel de la calle de la Chaise, desembarazado de las escuelas flamenca é italiana, había formado la galería de la escuela francesa del siglo XVIII, el panteón de los pequeños dioses, desde las mitologías de Lagrenée, Subleyras y Natoire á las mitologías de Boucher; desde las santidades de Lemoine á las alegorías de Menageot; de las composiciones de Fragonard á las familias de Greuze; de las Cythereas de Watteau al juramento de Oracio y David.

M. de Vaudreuil adoraba las artes, las letras y á los artistas y autores. Reunía en su mesa todas las semanas á los artistas y á los literatos; y por la noche, en el salón, los instrumentos, los pinceles, lápices, colores y plumas que había en las mesas, invitaban á todos los talentos y tentaban á todos los ingenios.

Introducido desde el principio en la sociedad más escogida y más íntima de Versalles, había tenido ojos, oídos y memoria; de suerte que la humanidad no le parecía ni muy buena ni muy digna. El talento le encantaba, sobre todo el talento de los franceses, el ingenio. Era amigo de todos los hombres de vivo ingenio; le gustaba el talento de Champfort, la alegría vengadora, esa humorada graciosa que es la comedia y consuelo de un hombre cortés sin ilusiones, que muestra riéndose lo poco ó nada que valemos. M. de Vaudreuil tenía una conversación amena, aunque hablaba en pocas palabras, dejando hacer el gasto á los necios, y lanzando de improviso una frase acerada, sin dares y tomares, acertando en el blanco del hecho ó del hombre en cuestión. Sobresalía, además, en las suposiciones tácitas, en la expresión de la fisonomía y del ademán, que dice á veces más que las palabras y tiene mayor alcance. Con su sonrisa maligna

na é implacable ironía, su silencio era una maledicencia.

De joven, M. de Vaudreuil había tenido un rostro encantador. Las viruelas lo habían desfigurado y sólo conservaba hermosos ojos y expresiva fisonomía. Sus nervios, alterados á cada instante, padeciendo vahidos y languideces, y atormentado por continuos ataques de hemoptisis, sacaba de sus sufrimientos la gracia, el interés, y también los beneficios y derechos de un enfermo. La caridad de Mad. de Polignac, la indulgencia de sus amigos, habían acostumbrado á M. de Vaudreuil á una cierta tiranía de caprichos y de arranques de genio, no sin arrepentimientos y excusas que hacían olvidarlos. Vehemente en los elogios y en las censuras, inconstante y desigual, y á veces hosco, su carácter variaba cada día, reflejando el estado de su salud; pero tenía en el fondo las cualidades vigorosas que se encuentran á veces en el carácter de los escépticos, y que redimen con la fe del corazón las dudas del espíritu: era leal y constante en amistad, noble, generoso, bienhechor, franco y adicto. Además, M. de Vaudreuil era el hombre en Francia que mejor conocía el mundo y los usos de sociedad. Había principiado por una imprudencia, y dominaba por la perfección de sus maneras. Nadie en la corte sabía como él emplear cuanto convenía y á punto la expresión precisa y apropiada á la cortesía, ser serio ó jovial, familiar ó respetuoso, contenerse en cierto límite ó mostrar solicitud y diligencia; usar, en fin, sin confundirlos, todos los testimonios de los deberes y consideraciones atentas que forman el buen trato en sociedad y el arte de agradar. Ningún hombre se acercaba á una mujer con el tacto y la manera respetuosa que él lo hacía. «Sólo conozco dos hombres, decía la prin-

cesa de Henin, que sepan hablar á las mujeres: Lekani y M. de Vaudreuil.»

M. de Adhémar había tenido la suerte de M. de Besenval. La casualidad había hecho su carrera, su fortuna y su nombre. Alférez, y después capitán en el regimiento de Rouergue, oscuro y confundido, pobre, y con el apellido de Montfalcón por toda hacienda, encontró en Nimes pergaminos que le dieron el de Adhémar; vino á París: agradó á M. Ségur, que lo había visto combatir y de quien se hizo reconocer; agradó al severo genealogista Cherin, que le entregó un certificado; agradó á Mad. de Ségur; se aprovechó de un error de M. de Choiseul, que le daba el regimiento de Chartres; cautivó á Mad. de Valbelle, casándose con ella por su riqueza, y adquirió el valimiento de Mad. de Polignac.

M. de Adhémar representaba en cierto modo, en esta sociedad regia, el papel del abate en las sociedades burguesas; estaba encargado de las distracciones de la velada, de los intermedios del paseo y de los entre actos de conversación. Sus dones artísticos excedían á los de un aficionado y no llegaban al genio de un artista. Había hecho oír su música y su hermosa voz á M. Lagarde, el maestro de música del rey, que lo había aplaudido. Tenía, aparte de eso, melosidad, carácter suave, mediocre talento y mucha complacencia. Componía versos, canciones, romances, declamaba muy bien, acompañaba en el clavicordio, chanceaba y hacía burla, pero por lo bajo, dejando que llevarsen la voz cantante M. de Vaudreuil y M. de Besenval, adulando á todo el mundo sin obscurecer á nadie, corriendo en Trianón tras la musa del caballero de Boufflers, que se burlaba hasta de sus reumas, ocultando una ambición inmensa bajo la modestia y la hu-

mildad, fraguando proyectos de embajada al componer una redondilla con pie forzado, sin enfadarse por nada, muy alegre, muy agradecido y de muy buen trato: las mujeres hablaban con él cuando no tenían nada que decir; los hombres, cuando no tenían nada que hacer.

Las mujeres de Trianón eran la joven cuñada de la reina, Mad. Isabel, su compañera de siempre; luego la condesa de Châlons, que por su padre era de Andlau y Polastrón por su madre, y de las que se disputaban las sonrisas M. de Vaudreuil y M. de Coigny; la condesa de Polastrón, amable estatua de la Melancolla, pálida y lánguida persona, con la cabeza inclinada sobre el hombro. Mad. de Coigny, esa mujer de veinte años que parece el más lindo muchacho del mundo, buena y sencilla á pesar de su talento natural, elegante sin estudio de serlo, superior, y, sin embargo, no alarmando más que á los necios, honrada porque ella es la que ha dicho: «No serlo, es abdicar»; prodigando su ingenio con los que la comprenden, y reservándolo con los demás. Al lado de la duquesa Jules de Polignac está su hija, la duquesa de Guiche, hermosa como su madre, pero sin tanta naturalidad y sencillez; cerca de la duquesa de Guiche, habla y se mueve la condesa Diana de Polignac.

En Diana de Polignac, la mujer no era nada, el talento lo era todo. No tenía más que hablar para hacer olvidar su talle, su cara y su manera de vestir, lo poco que debía á la naturaleza y lo poco que hacía para estar guapa. La gracia maliciosa con que acogía todo lo que la vengaba de sus enemigos veinte veces al día, su viva imaginación y la ironía delicada que daba al epigrama, la hacían parecer amable y casi seductora á pesar de su figura. Agradaba además por la lucha

entre su cabeza y su corazón, por las variaciones repentinas de la jovialidad á la emoción, por la continua variación de tono del alma, y esta sucesión de ternura y broma, de ironía y sensibilidad. Era un carácter ameno, animado y que no se paraba en barras, que no se intimidaba por nada; un humor alegre, una indiferencia insolente y contagiosa; mujer preciosa en una corte para dar el impulso al aturdimiento y la confianza á la diversión, para animar las conversaciones, hacer olvidar las inquietudes, desvanecer las ideas lúgubres, prometer bienandanzas y burlarse del porvenir.

Y, por último, entre esas damas que la rodeaban, descollaba la reina, que á todas las obscurecía por ese no sé qué de su persona, ese encanto, pues siempre hay que repetir esa palabra al tratar de pintar á esta reina que reinaba sin corona, y hasta en Trianón, por todas las seducciones de la mujer, por todo lo que demuestra el alma y tiene en ella origen, por la voz, por el talento, por ese ingenio que le ha hecho tantos envidiosos, aun entre sus amigos, que ninguno le ha hecho justicia y que todos han procurado aminorar.

El talento de la reina había recibido de la naturaleza, y adquirido también con el ejercicio diario de la benevolencia, el don raro y precioso del halago. ¡Cuántos recursos, qué delicadeza apropiada de lisonja habían añadido á sus felices disposiciones esta costumbre y ambición de María Antonieta de no dejar que se alejase nadie de su lado sin decirle una de esas frases, una de esas palabras que no encuentran ingratos! Desde los primeros días de su reinado, la reina había rehusado ese *murmullo* entre dientes de las princesas de Francia, que las dispensaba de hablar al acoger las presentaciones. A todos hablaba,

procurando hallar el camino del corazón ó de la vanidad de cada uno, y hallándolo siempre con ese acierto, prontitud é inspiración casi providenciales, y que parecían, en esta soberana bien amada, como una gracia inherente de su amabilidad.

¿Qué talento mejor y más á propósito que ése para la vida en confianza? Con él aportaba al círculo familiar, á la conversación íntima, todas las benevolencias de su posición regia, con más libertad y comodidad, la facilidad de dedicarse á los demás, el arte de animarlos, la ciencia de tenerlos satisfechos de sí mismos. Le daba, si así puede decirse, mejor humor, una sencillez que encantaba encontrar en ella, una irreflexiva viveza que se prestaba del modo más agradable á las espirituales malicias de las personas á quienes quería con ligeros enfados si se les daba un giro maligno ó de mal gusto, á la ingenua charla de la confianza, á inquietudes de niña por si se le escapaba alguna leve inconveniencia, ciertos gestecillos que reprendían graciosamente las muestras de alegría algo vivas, enfados olvidados ante un semblante triste, risas que hacían desaparecer el disfavor, y dábale á la vez una indulgencia de reina con tolerancias de mujer. Al contacto del ingenio de sus amigos, en la confianza de las frases delicadas y del espíritu ligero del siglo XVIII, la imaginación de María Antonieta, francesa desde el nacimiento, había tomado todo el vuelo espiritual de Francia, sin perder su ingenuidad, su candidez, iba á decir su infancia. ¡Tiempos dichosos! El talento de la reina estaba en correlación con su época: los libros serios, los asuntos, todo lo que era dominio del cerebro y de la acción del hombre, le disgustaban y aburrían de muerte, sin que su fisonomía tratase de disimularlo. Rodeada de los más agradables

é ilustres hombres de ingeniosa ironía y amena conversación, el talento de la reina cedía al ejemplo; mas la ironía de María Antonieta no tenía filo, semejábbase á la malicia de una muchacha: podía decirse que era una travesura de su genio alegre y de su buen sentido. Era esa sonrisa enseñando los dientes con la que llamaba á los franceses *mis encantadores y picarones súbditos* (*Vilains sujets*, pícaros calaveras). Eran esos juicios hechos con sólo una graciosa frase que la posteridad no ha reformado. María Antonieta dijo leyendo á Florián: *Me parece estar comiendo sopas en leche.* ¿Y qué añadir que mejor dé la medida de la ironía de María Antonieta y el diapasón de ese exquisito ingenio, de ese talento de un hombre de imaginación en los labios y con la delicadeza de una mujer?

La reina era aficionada á las letras. Ella pensionó al amigo de M. de Vaudreuil, dándole de su mano la noticia de su pensión, en términos tan lisonjeros, que Chamfort decía que no podía repetirlos ni olvidarlos. El autor de *Mustapha et Zeangir* no fué el único que recibió sus beneficios. La reina tenía alabanzas y recompensas para todas las cosas del entendimiento que estaban al alcance de su inteligencia y de su sexo. Servía al talento, intercedía en favor del genio. Ella fué la que comenzó la fortuna del abate Delille. Ella fué la que ayudó al retorno de Voltaire, dió la bienvenida á su ancianidad y á su musa, y recordando la presentación de Mad. Geoffrin, patrocinadora de la *Enciclopedia*, hecha por la mariscal de Mouchy, intentó que se recibiese en la corte de Luis XVI al autor de *La Henriada*. La historieta del día, la murmuración cortesana, la anécdota, no eran la única ocupación de la reina, no llenaban ni satisfacían su imaginación y sus ocios. Sus mejores horas estaban dedicadas á tra-

bajos encantadores, á los gratos placeres del arte, especialmente al arte de la mujer: á la música. La reina protegía á los grandes músicos ó más bien se procuraba su amistad y adulaba su orgullo. Les salía al encuentro sin etiqueta, y era un patrocinio nuevo, tierno y adicto, el de esta reina que elogiaba y cumplimentaba á Grétry, y daba á su hija el título de ahijada de la reina de Francia; que sostenía á Gluck con tantos aplausos, que le atraían los de la corte, y lo defendía con muy ardoroso entusiasmo contra la franca censura de M. de Noailles; dábale como fiador á M. el duque de Nivernois en un asunto de honor; alentábale con tantas promesas de buen éxito en las primeras veces que se le oía; rodeaba su vanidad de tanta solicitud, imponiendo silencio en el salón cuando él se ponía á tocar el clavicordio; luchaba, en fin, con su personalidad y su influencia contra el gusto musical de la nación, para que sus óperas tuviesen éxito. Garat y la Saint-Huberty recibieron iguales atenciones y protección de esta reina, que daba á besar su mano á todas las glorías, como Luis XIV hacia sentar á Molière en su presencia. El gusto por la música había dado á la reina la afición al teatro. Este era el mayor placer y la más grata distracción de su espíritu. ¿No la lleva su pasión hasta escuchar la primera lectura de las piezas que los autores destinan al teatro? En una semana oye tres. ¡Pero qué! ¿no es ésa la locura de la época? Francia representa comedias desde Palais Royal hasta la Chevrette, y fué preciso que el ministro de la Guerra diese una orden para reprimir en los regimientos el furor cómico y trágico. ¿A qué reina no le gusta la moda? ¿A qué mujer no le gusta el teatro? ¡Y qué lugar insípido hubiera sido el Trianón de María Antonieta sin un teatro!

El teatro era en Trianón como el templo de aquel dominio. A un lado del jardín francés, esas dos columnas jónicas y ese frontispicio donde un amor toma vuelo blandiendo una lira y una corona de laurel, es la puerta del teatro. La sala es blanco y oro, los asientos de orquesta y los antepechos de los palcos están cubiertos de terciopelo azul. La primera galería está sostenida sobre pilastras, y la segunda sobre muros de león que terminan en pieles y en mantos de Hércules rameados de roble. Arriba, sobre los palcos de abertura redonda, unos amores dejan colgando la guirnalda de alrededor. Lagrenée ha pintado en el techo las nubes y dioses del Olimpo. Dos ninfas doradas se enroscan en candelabros á cada lado del escenario; y por encima del telón de boca otras dos ninfas sostienen el escudo de armas de María Antonieta.

Ese lindo teatrillo, donde han representado verdaderos actores, y en el que se representó la parodia de la ópera *Alceste*, de Gluck, dió á la reina la tentación de volver á sus pasatiempos de Delfina. Después de mil obstáculos y coordinaciones, quedó convenido que, á excepción del conde de Artois, no se admitiría á ningún joven en la compañía, y que no habría más espectadores que el rey, Monsieur y las princesas que no trabajaban. Madama se había negado á tomar parte en la diversión al invitarla su marido, para hacer ver á su cuñada que consideraba aquel entretenimiento inferior á su rango. A este primer público se unieron, para la emulación de los actores, las servidoras de la reina, sus hermanas é hijas. Más tarde, yendo en aumento la curiosidad y el buen resultado, la entrada se extendió á los oficiales de los Guardias de corps, á los escuderos del rey y de sus hermanos, y aun á

algunas personas de la corte que asistían al espectáculo en palcos de celosías. El cantante Caillot fué elegido para ensayar y dirigir las voces en el género fácil de la ópera cómica. Dazincourt fué el encargado de desarrollar las facultades cómicas de la compañía, enseñada y guiada además por M. de Vaudreuil, que pasaba por el mejor actor de sociedad en París.

Preparadas y organizadas así, comenzaron las representaciones regias. Se debutó con *El Rey y el cortijero*, seguido de *La Apuesta inesperada*. La reina, «dotada de todas las gracias y donaires», dice Grimm, hacía los papeles de Jenny y de criadita; el conde de Artois, los de criado y guardabosque. Estaban ayudados por M. de Vaudreuil haciendo de Ricardo, y por la duquesa de Guiche representando á la pequeña Betzi. Mad. de Polignac hacía de madre, y M. de Adhémar desempeñaba el de rey, con la voz temblona que tanto hacía reír á la reina. *Nunca se piensa en todo*, y *Las infidelidades fingidas* siguieron á las primeras piezas.

El conde de Mercy Argenteau, que asistió á una de esas representaciones oculto en un palco de celosías, da cuenta de la función de este modo: «He visto representar las dos óperas cómicas *Rosa y Colás* y *El Adivino de aldea*. Monsieur el conde de Artois, el duque de Guiche, el conde de Adhémar, la duquesa de Polignac y la duquesa de Guiche desempeñaban los papeles de la primera pieza; la reina hacía de Colette en la segunda, el conde de Vaudreuil cantaba la parte de adivino, y el conde de Adhémar la de Colin. La reina tiene una voz muy agradable y bien afinada, y acciona con nobleza y gracia; en general, el espectáculo ha sido tan bien desempeñado como puede ser-

lo por aficionados. Observé que el rey se fijaba con una atención y un placer que se manifestaba en todo su continente; en los entre actos subía entre bastidores, entraba en el tocador de la reina. No había más espectadores en la sala que Monsieur, Mad. la condesa de Artois y Mad. Isabel; los palcos y balcones los ocupaban servidores de segundo orden, sin que hubiese ni un solo cortesano. Vinieron después la ambición, la imprudencia; *El Barbero de Sevilla* no asustó á la compañía. El 19 de Agosto de 1785, la reina hacía de Rosina, el conde de Artois de Figaro, M. de Vaudreuil de Almaviva, el duque de Guiche era Bartolo, y M. de Crussol, Basilio.

El teatro de Trianón era el goce de la reina y su principal ocupación. Todo lo quería hacer, dirigir y ordenar, entendiéndose directamente con los proveedores, llenando de recomendaciones y observaciones el cuaderno de notas del tapicero de la sala. Era un rincón de su reínecito, que se le antojaba administrar por sí misma, y donde le agradaba reinar ella sola. En vano el duque de Fronsac hizo mil diligencias para que el teatro de Trianón entrase bajo su autoridad, bajo la mano que gobernaba todos los teatros de París. María Antonieta daba la misma respuesta á todas sus representaciones y cartas:

Cuando los actores somos nosotros, no podéis ser primer gentilhombre; de todas suertes, ya os comuniqué mis decisiones acerca de Trianón: yo no tengo allí corte; vivo como una particular.

Y la reina impedía toda usurpación y entrometimiento y conservaba sobre sus placeres y teatro la dirección absoluta, con el celo y la clemencia que nos demuestra esta carta de la colección del conde de Esterhazy: *Me parece que mis piecécitas de Trianón de-*

ben quedar «exceptuadas de las reglas del servicio ordinario. Cuanto al hombre que tenéis preso por el perfecto que ha hecho, os pido que lo pongáis en libertad... y puesto que el rey dice que es delincuente para conmigo, yo lo perdono».

V

Exigencias de la sociedad Polignac.—Nombramiento de M. de Calonne impuesto á la reina.—La reina comprometida por sus amigos.—Quejas y tibiezas de los amigos de la reina.—Nacimiento del duque de Normandía.—Muerte del duque de Choiseul.—La reina vuelve á Mad. de Lamballe — Movimiento de la opinión contra la reina. — Compra de Saint-Cloud.—Tristes presentimientos de la reina.

La vida privada con sus atractivos y apegos está prohibida á los soberanos. Prisioneros de Estado en su palacio, no pueden salir de esa atmósfera sin entibiar el culto de los pueblos y el respeto de la opinión. Su recreo debe ser con magnificencia y ostentación, su amistad elevada y sin confianza, su agrado público y repartido entre todos. Ni siquiera les pertenece su corazón, y no se les permite seguir sus impulsos y abandonarse á ellos.

Como los reyes, las reinas tienen que someterse á esta mortificación y expiación de la realeza. Si descienden á goces privados, su sexo y edad, la candidez de su alma, la ingenuidad de sus inclinaciones, la pureza y adhesión de sus cariños, no les ataquieren ni la indulgencia de los cortesanos, ni el silencio de los malévolos, ni la caridad tolerante de la historia.

Esta experiencia fué para María Antonieta larga y dolorosa; pues no sólo tuvo que reconocer un error, sino también que perder una ilusión: su mayor pena

consistió en ver que las reinas no tienen amigos. Tantas amistades que ella había creído sinceras, solamente eran cálculo é interés. La sociedad encantadora de que se había rodeado, esos hombres agradables, esos caracteres joviales, arrancaron las caretas, dieron rienda suelta á sus ambiciones, revelaron sus exigencias. Todos querían que Trianón les llevase á la fortuna, á los empleos, á los honores, al manejo de las cosas importantes de Versalles. Los más aturdidos tenían sus aspiraciones, sus miras, sus impacencias; y en esta corte, que parecía una partida de campo de la majestad en vacaciones, no tardó en dejarse ver la intriga, en revelarse el cortesano y en tener la reina que defenderse.

M. de Besenval, el amable verdugo de aquella sociedad, desdeñando empleos quería únicamente nombrar ministros; M. de Adhémar, el gracioso cantante, exigía dulcemente la embajada de Londres; el mismo M. de Vaudreuil pretendía á la callada el puesto de ayo del Delfín. Diana de Polignac, la cuñada de Mad. de Polignac, era el aguijón y la voluntad de estos tres hombres. Estimulaba sus deseos, avivaba su pereza, los dirigía formándoles planes diarios, proveyéndoles de órdenes y notas; tan audaz y tan segura de su influencia y de su puesto de dama de honor de Madame Isabel, que dejó un día á la joven princesa que huyese á Saint-Cyr, y que Luis XVI se la trajese. Las importunidades sin resultado, y los retardos en conseguir lo que deseaban, enfadaban y agriaban á esas personas. En medio de sus amigos preocupados y descontentos, la duquesa Jules conservaba el mismo humor, la misma serenidad y dureza; seguía siendo tan amiga. Mas la reina bien veía que ella no era más que un instrumento inconsciente y de fácil manejo en ma-

nos y á discreción de la duquesa, de la condesa, de M. de Vaudreuil, de todos los que se le acercaban y á quienes servía sin cansarse. Un día, en una entrevista con Mercy Argenteau, algo avergonzada de su debilidad, después de haber procurado disculparse con el cariño que tenía á su amiga, y de haber hablado largamente de «lo difícil que es resistirse á esta complacencia de la amistad que hace excusar hasta los defectos y faltas de las personas á quienes se quiere», á María Antonieta se le escapó decir en tono triste *que la condesa de Polignac estaba muy cambiada y que ella ya no la reconocía.*

María Antonieta había creído hallar á su alrededor caracteres bastante elevados, afectos asaz nobles, para amarla por ella misma y no pedir nada á la reina; despertóse de ese sueño. Pero estaba ligada y comprometida con las gentes de los Polignac: un rompimiento hubiera hecho ruido. Era preciso esperar. Entretanto, en Versalles, donde las mercedes sólo se obtenían por segunda mano, se hacía el vacío en redor de ella, é iba quedando desierto; las ilustres familias de Francia abandonaban á sí misma á la reina de Trianón.

Mientras le fué posible, María Antonieta había procurado desarmar con concesiones las exigencias de sus amigos. Sin ocultar sus prevenciones contra M. de Calonne, había cedido á las instigaciones en los días de debilidad física que siguieron á un aborto. M. de Calonne, que había vendido sus condescendencias á los Polignac, fué nombrado registrador general de Hacienda, y en la impaciencia de verle con tal empleo, María Antonieta declaró el temor de que la Hacienda del Estado hubiese pasado *de las manos de un hombre honrado, aunque sin talento, á las de un hábil intrigante.*

El empeño de los Polignac y la baja adulación del nuevo ministro no consiguieron atraer á la reina á M. de Calonne, y mientras el público decía que eran aliados y cómplices, María Antonieta continuaba alejada de él como del vivo remordimiento de su poco carácter. Desconfiaba, sospechaba y guardábase de sus buenos oficios, alegrándose de haberse negado á que M. de Calonne distribuyese un millón, en nombre de la reina de Francia, de los tres millones dados por Luis XVI á los pobres en el invierno de 1784. La comedia de Figaro reveló también á la reina el peligro de una sociedad que no temía abusar de su patrocinio. El círculo de Mad. de Polignac había encendido la curiosidad de la reina por esa maravillosa sátira de la corte y del siglo, copiada sin duda del natural, y quizá por las indicaciones del príncipe de Conti. La reina dió á leer al rey el *Diario loco*; y después de haber dicho el rey que no se representase la comedia, después de la carta orden deteniendo su representación en el teatro de Venus, ¿quién se atrevió á contrariar la voluntad del soberano, y hace representar la comedia de Beaumarchais en su casa de campo? M. de Vaudreuil. ¿Quién esparció los rumores de supresiones y correcciones siendo garante de la moralidad de la obra? M. de Vaudreuil. ¿Quién, en fin, cuando el rey quedó vencido por Beaumarchais, habiéndose representado la ópera en público, abogó por la causa y la gloria de Beaumarchais? También M. de Vaudreuil, cegando á la corte y tratando de cegar á la reina. Esta, á pesar del loco entusiasmo que había en París, había dicho al doctor Seyffer, que le anunció delante de Mad. de Lamballe que venía de ver á Beaumarchais: *Aunque le hayáis recetado un purgante, no lo limpiaréis de todas sus desvergüenzas (vilenies, porquerías)*. Habién-

dose desengañado, no pudo dejar de reconvenir á M. de Vaudreuil, quejándose de la indiscreción y temeridad de una amistad que la había comprometido en un escándalo de excesiva transcendencia. Entonces este hombre, viendo que ya no podía contar con el porvenir, no se contuvo; fuera de sí en las más ligeras contrariedades, estalló de cólera, faltó á la cortesía, y resultó que la reina enseñó un día á Mad. Campan su lindo taco de jugar al billar—un diente de rinoceronte con mango de oro—en dos pedazos: M. de Vaudreuil lo había roto de ira empujando con fuerza en una bola.

Había habido motivos aún más graves de enfriamiento entre la reina y la sociedad de Mad. de Polignac: me refiero á las supresiones ministeriales á que la reina se había al fin sometido. Todos los hombres de ese círculo pusieron á temblar por las mercedes que habían logrado. Besenval, tomando la palabra por todos, repitió á la reina con aire incomodado: «Es por cierto horrible vivir en un país en que no se está seguro de poseer al día siguiente lo que se tenía la víspera; ¡eso sólo se veía en Turquía!» Cuando la reunión de la caballeriza grande á la pequeña, M. de Coigny, comiendo y paseándose con la reina en Trianón, no había podido obtener de ella una conversación para disuadirla de consentir. Desahogóse en murmuraciones contra su bienhechora, después de haberse enfadado con el rey casi hasta el punto de injuriarle. M. de Polignac se había ofendido profundamente de la súplica que la reina le había hecho de que presentase su dimisión de director de postas, y, en presencia del arzobispo de Tolosa, ante el que había querido debatir la necesidad y conveniencia de su dimisión, dijo á la reina: «¡Señora, sin aguardar la decisión de vuestra majestad, que no puede ser dudosa, me basta que

manifieste algún deseo de que deponga un empleo que debo á su bondad, para que lo deje; y ahí está mi dimisión!»

La reina aceptó la dimisión de M. de Polignac, y no consintió en hablar al rey sobre las deudas de M. de Vaudreuil. El lazo de amistad iba aflojándose. M. de Mercy ya no aparecía en el salón de Mad. de Polignac sino por cumplir deberes de cortesía. Mad. de Fersen se alejaba. La sociedad de confianza de la reina se componía de algunos extranjeros; y haciéndole ver un amigo los riesgos de esta preferencia harto marcada: «¡Tenéis razón, contestó con tristeza; pero es que esos no me piden nada!» María Antonieta sufrió en ese tiempo la gran pérdida de las esperanzas que nunca abandonara del todo, y á las que había vuelto entonces con más ahinco. Perdió el hombre á quien había expresado primero su alegría maternal al dar á luz, al duque de Normandía, al que había enviado esta carta, la primera que escribió después de su cuarentena:

«Por Mad. de Tourzel he sabido, señor, la parte que habéis tomado en la pública alegría por el feliz suceso que acaba de dar á Francia un heredero á la corona. Doy gracias á Dios por haber colmado mis votos, y me lisonjea la esperanza de que si se digna conservarnos este querido niño, será un día la gloria y delicia de esta buena nación. He recibido con agradecimiento los sentimientos que me habéis expresado en esta circunstancia, y me hicieron recordar con placer los que en otra época me habéis inspirado en casa de mi madre. Tened, señor duque, la certeza de que no han cesado de ser los mismos hacia vos, y que nadie tiene el más vivo deseo de convenceros que

MARÍA ANTONIETA.

»Versalles 15 de Abril.»

El duque de Normandía había nacido el 5 de Abril de 1785, y el duque de Choiseul falleció el 9 del mismo año, arrebatando á la reina con su muerte un amigo cuya amistad no tenía aquellos peligros, y cuyo valimiento quizá no hubiera tenido aquellas exigencias.

Así, pues, la reina tenía que renunciar á la única ilusión, á la sola obra política en que hubo puesto empeño: la entrada en el ministerio del negociador de su matrimonio. En vano había hecho entrar en relaciones á M. de Choiseul con el rey, con ese rey que había dicho por mucho tiempo: «Que no se hable jamás de ese hombre»; en vano había conseguido que el rey lo consultase, cuando la renovación del tratado de 1755, en ocasión en que la política de M. de Vergennes amenazaba á Francia con un tratado de alianza entre las cortes de Austria y de Inglaterra; en vano había casi anunciado y probado la vuelta del antiguo ministro por el nombramiento de M. de Castries, considerado por el público como continuador de los planes de M. de Choiseul; tantas victorias, obtenidas por tanta insistencia, esas conversaciones acordadas por el rey á ruegos de la reina, y de las que Luis XVI resultaba menos prevenido contra M. de Choiseul y de mal humor respecto á M. de Vergennes; las resistencias con buen éxito que la reina había opuesto á la política de M. de Maurepas, tan bien afianzada por Mad. de Maurepas y el abate de Veri; todo el terreno que había ido ganando después de la muerte de M. de Maurepas y tantos esfuerzos, quedaban perdidos; y en el momento en que todo estaba dispuesto, en que todo parecía fácil y seguro, en que los errores de M. de Calonne ayudaban la causa de su sucesor, y llamaban al ministerio á M. de Choiseul,

éste desaparecía súbitamente, ¡y no le quedaban á la reina otros amigos que los descontentos y los ingratos!

Volvióse entonces la reina hacia una amistad que nunca le había exigido que se comprometiese, y que, á pesar de no tener un trato tan animado y de un atractivo tan gracioso como el de Mad. de Polignac, no era menos su afecto en sinceridad y adhesión. Hay equivocaciones y distracciones del corazón que no alcanzan á su memoria ni á su reconocimiento. La reina no había olvidado á Mad. de Lamballe. Tenía presente su recuerdo, sin necesidad de que se la trajese al pensamiento el retrato de la princesa pintado en el espejo de su habitación. Le parecía que entre ella y Mad. de Lamballe sólo había habido una ausencia; y sin turbación ni perplejidad fué á cenar á su casa en el hotel de Tolosa, dándole en persona el pésame por el fallecimiento de su hermano el príncipe de Carignán. María Antonieta volvió sin esfuerzo y con alegría á la intimidad de una amiga que se había alejado sin murmurar y se entregaba de nuevo sin una queja. *«No me creáis jamás, le decía la reina, que me sea posible dejar de amaros: es una costumbre y una necesidad de mi corazón.»*

Otras decepciones esperaban á María Antonieta, contra las cuales los consuelos de Mad. de Lamballe serían insuficientes. La sátira, las coplas y villancicos maliciosos, la mofa y la calumnia, encerradas en Versalles y ocultas en las colecciones á los Maurepas, en tiempos de Luis XIV, eran ahora públicas, insolentes, esparcidas por las prensas clandestinas, circulando entre el pueblo y desarraigando el amor de la nación y el respeto de la plebe. Un viaje á París reveló á la reina este cambio é innovación de la opinión. Ya no

hubo aplausos y aclamaciones... ¿Volverán alguna vez esos vivas, esos cantos, esas aclamaciones unánimes de una multitud delirante? La reina había sido recibida en silencio y con indiferencia. Volvió á Versalles inundada de lágrimas, y preguntándose: *¿Pero yo qué les hice?* ¡Desventurada! Comenzaba el aprendizaje de la impopularidad.

Entonces, ignorando y buscando en vano sus culpas, desesperada y adhiriéndose al recuerdo y superstición del pasado, compró el castillo de Saint-Cloud. Ese sitio no era únicamente para la madre la morada aconsejada por la Facultad de Medicina para su hijo, ni para la esposa la reunión de la familia real durante las reparaciones de Versalles; era á los ojos de la reina una aproximación, una reconciliación entre ella y su pueblo. Versalles y Trianón la habían separado, y volvía junto á él. ¿No había sido Saint-Cloud el primer lugar testigo de su popularidad? ¿No era allí donde Francia comenzó á quererla? El eco de los jardines, ¿no conservaba todavía el rumor de los aplausos de la gente, la resonancia de su felicidad y su gloria? ¿Cómo no creer en el numen tutelar del sitio? Y cuando se pasease como en aquella época, rozándose codo á codo con los parisienses domingueros; cuando se mezclase en los recreos y espectáculos generales, mirando las regatas con sus hijos de la mano, al lado de los barqueros; cuando mostrase al Delfín á todo París, levantándolo en sus brazos entre el estruendo de los vivas, ¿quién la impediría volver á encontrar el pueblo francés de 1772 y de 1773? ¿Quién, pues? La época y los hombres.

La vispera de la compra de Saint-Cloud al duque de Orleans por la reina, principiaron las acusaciones contra ella; al día siguiente estallaron. Se murmuraba

que era un gasto enorme en la ocasión de estar la Hacienda cargada de deudas. Un cartelón de policía interior, que tenía al frente: *En nombre de la reina*, hizo decir insolentemente á de Eprémessnil «que es inmoral ó impolítico ver que pertenezcan palacios á una reina de Francia». Los habitantes de Saint-Cloud, señalados con lápiz, para alojar á las gentes de la corte que no caben en el castillo, se levantan contra la reina; y ese pueblo, que la reina esperaba atraerse acercándose á él... ha recogido el epíteto que rodó de los salones del partido francés. ¿Qué dice á voz en grito por todo el camino? «¡Vamos á Saint-Cloud para ver las aguas y la *Austriaca!*»

María Antonieta es la que va á decir sus tristezas, sus alarmas y presentimientos, en esos días amenazadores ya, y en los que comienza á sentirse en los corazones ese impulso violento que anuncia á Bossuet las revoluciones de los imperios. La reina escribe algunos años después á Inglaterra: *«En donde estáis podéis al menos disfrutar la calma de no oír hablar de asuntos políticos. Aunque en el país de las Cámaras alta y baja, de las oposiciones y mociones, podéis cerrar los oídos y dejar que digan; por aquí el ruido me aturde aunque yo no quiera. Las palabras de oposición y proposición están á la orden del día como en el Parlamento inglés, con la diferencia de que en Londres al pasar al partido de oposición se desprenden primero de las mercedes del rey, mientras que aquí se oponen en grande á todas las ideas prudentes y bienhechoras del más bondadoso de los monarcas y conserva sus beneficios; esto es quizá más hábil, pero es menos noble. El tiempo de las ilusiones ha pasado, y sufrimos realidades muy crueles; hoy en día pagamos bien caro nuestro ardiente entusiasmo por la guerra de América. La voz*

de las personas honradas queda ahogada por el número y la cábala. Se deja á un lado el fondo de las cosas, para ocuparse de hacer frases y aumentar la pugna contra las personalidades. Los sediciosos arrastrarán al Estado á su ruina antes que renunciar á sus intrigas.»

VI

La calumnia y la reina.—Folletos, libelos, sátiras y coplas contra la reina.—Los testimonios contra el honor de la reina: M. de Besenval, M. de Lauzun, M. de Talleyrand.—Dictamen del príncipe de Ligne.—Relato del asunto del collar —Arresto del cardenal de Rohán.—Defensa del cardenal.—Negativa de Mad. Lamoignon.—Declaraciones de la d'Oliva, y de Retaux de Villette.—Examen de las pruebas y testimonios de acusación.—Sentencia del Parlamento.—Aplausos de los mercados al quedar absuelto el cardenal.

El 15 de Agosto de 1785, á las once de la mañana, el príncipe Luis de Rohán, gran limosnero de Francia, fué arrestado en Versalles por orden del rey. Iba á instruirse ante el Parlamento, ante Francia y toda Europa, un importante proceso contra el honor de la reina de Francia.

Pero antes de abordar la funesta y vergonzosa comedia del asunto del collar, es necesario indicar el origen y preparación. Hay que manifestar lo envenenada que estaba la opinión pública antes de esa explosión de la prevención nacional, y decir, aunque indicándolas solamente, todas las acusaciones anónimas que impregnaban el ambiente, y que han sido precursoras de la acusación á las claras y en voz alta.

Ese es uno de los penosos deberes del historiador de María Antonieta. Por mucho que le cueste y le repugne, está obligado á descender por un momento al escándalo, y poner frente á frente del ultraje la me-

moria de la reina. Preferiría despreciar injurias tan miserables, abandonarlas á su vergüenza cubriéndolas con el silencio. Mas en una cuestión como la virtud de la reina, la historia exige de él resignaciones, la verdad le pide el sacrificio de todo recato. ¡Dura ley es tener que repetir la calumnia para impugnarla!

¡La calumnia! Desde 1774, ¿qué día ha descansado la calumnia en torno de María Antonieta? Desde el *Amanecer de la Aurora* hasta los injuriosos folletos que de seguida van á circular por toda Francia gratuitamente y con franquicia, ¿qué es lo que no ha esparcido? ¿qué es lo que no ha osado? ¿adónde no ha llegado? ¡Hasta en las oficinas de la policía ha fraguado libelos! ¡Ayer lanzaba jácara en el Ciel de Bœuf á los pies del rey! ¿Adónde no va hoy? ¡Escuchad los dichos, las conversaciones, las suposiciones é invenciones, las palabras al oído, las carcajadas; escuchad los descontentos, los rencores, la envidia, la fatuidad, las pasiones de los individuos y las exaltaciones de los partidos; escuchad el cuchicheo y murmuración de un pueblo que sube y baja de los mercados á Versalles y de Versalles á los mercados! ¡Escuchad al populacho, á los ganapanes, á los cortesanos llevando en posta á París la calumnia que circula en Marly y en los bailes de la reina! ¡Escuchad á los marqueses en los bastidores de los teatros, en los cuartos de las Sofía Arnould y los Desmare, entre las cortesanas y las cantatrices! Interrogad la calle, la antesala, los salones, la corte, la familia real misma: la calumnia está por todas partes y hasta al lado de la reina.

¿De qué placer de María Antonieta no ha hecho la calumnia una sospecha y una ofensa? ¡Qué presa de sus menores recreos! ¡Qué blanco del pasatiempo ino-

cente en que la reina llevaba la seguridad de su conciencia sin reproche, del aturdimiento de las carreras á caballo, sus diversiones en los bailes de San Martín en la sala del teatro de Versailles, sus excursiones á los bailes de la Opera, adonde iba con una sola dama de palacio y los servidores con capotes grises! ¡Qué victoria para la calumnia la noche en que, habiéndose roto su carruaje á la entrada de París, dijo estas ingenuas frases al entrar en la sala: *¡Soy yo que he llegado en un coche de punto! ¡No es muy gracioso? ¡Qué de rumores hubo por sus paseos de 1778, las nocturnales en la terraza del castillo! ¡Qué murmuraciones sobre sus temporadas de Trianón!*

¿Ha sido respetada una sola amistad de la reina? ¿Ha sido sagrado para los calumniadores un solo afecto, aun entre los que parecían desafiar á la calumnia? ¿Ha podido aproximarse á ella un solo hombre, cualesquiera que fuesen entre la reina y él los lazos de parentesco, las diferencias de edad ó las antipatías de carácter, sin que la calumnia no lo felicitase y no compadeciese á Luis XVI? ¿Distingue la reina á M. de Coigny? Por sus firmes cualidades, por la experiencia de la vida y la ciencia de la corte que le dan sus cuarenta y cinco años, y su hidalguía perfecta; por la gravedad y reprensiones del antiguo señor español cuidando á una joven reina, M. de Coigny, ¿hácese caro y apreciable para María Antonieta, como mentor, como amigo, como caballero de honor de su reputación? Pues condénase á la esposa.

¡Qué desencadenamiento cada vez que la reina está en estado interesantel ¡Cuántos nombres se pronuncian, aun sin contar los que sería una blasfemia repetir! Eduardo Dillón, M. de Coigny, el duque de Dorset, el príncipe Jorge de Hesse-Darmstadt, el oficial de

Guardias de corps Lambertye y un cierto del Roure, y un M. Saint-Paer, y el conde de Romanzof, y lord Seymour, y el duque de Guines, y el joven lord Strathavon... Detengámonos. Más abajo ya no es calumnia, es basura; es la *Lista civil*, la lista «de todas las personas con las cuales ha tenido la reina relaciones silenciosas»!...

De todos esos nombres, de todos esos rumores, anécdotas, crónicas, coplas y libelos, de esa conjuración de la calumnia contra María Antonieta, ¿qué es lo que ha quedado? ¡Ay! Una preocupación. ¡Infortunio horrible de esta reina, cuyo proceso será hecho sin motivo, y cuya memoria quedará deshonrada sin pruebas! ¿Dónde están los hechos? Un folleto os dirá que el semblante de la reina «se rejuvenecía» cuando Dillón entraba en el baile. Un escritor de anécdotas citará, por referencia á otros, una frase que la reina no ha podido decir, y otra frase que Luis XVI no ha dicho. He ahí los hechos sobre Dillón. ¡Apenas si hay otro tanto sobre los demás!

Perc aparte de los dichos, ¿qué hay? Tras la acusación vaga, impersonal y sin responsabilidad, ¿dónde está el acusador? Contra el honor de María Antonieta, ¿dónde está el testimonio? ¿Dónde el testigo? El testimonio es una frase de M. de Besenval, y el testigo M. de Lauzun.

M. de Besenval cuenta en sus Memorias que teniendo que hablar con la reina, cuando el duelo del conde de Artois y del duque de Borbón, fué introducido en un cuarto donde había un billar que él conocía por haber jugado á veces con la reina; y después de este cuarto, en una cámara que no conocía, amueblada sencillamente, pero con comodidad. «Me sorprendió, dice M. de Besenval, no que la reina hubiese deseado tan

tas facilidades, sino que se hubiera atrevido á procurárselas.» De modo que un cuarto que no conoce, al lado de uno que conocía, en ese Versalles, en ese otro Vaticano de ochocientos cuartos, basta á M. de Besenval para sospechar, ¿qué digo?, para juzgar y condenar á María Antonieta. Eso es tratar muy de barato el honor de una reina y las exigencias de la justicia histórica. Además de que Mad. Campán explica sin réplica posible el destino de esta cámara, que era peor que otra cualquiera, pues era una habitación compuesta de una pequeñísima antesala, un dormitorio y un gabinete, y destinado al alojamiento de la dama de honor de la reina en el caso de enfermedad ó alumbramiento, uso para el que ya había servido.

M. de Besenval tenía las mejores razones del mundo para sorprenderse y casi indignarse por tan poco. ¿Qué decía á M. Campán al subir detrás de él las escaleras hasta esta misteriosa cámara? «Mi querido Campán, cuando se tienen canas y arrugas no es cuando espera uno que una linda reina de veinte años le haga pasar por sitios apartados para otra cosa que asuntos serios.» La reflexión era de un filósofo; pero M. de Besenval, ¿había tenido siempre esta filosofía? ¿No había olvidado una vez sus cabellos grises y sus arrugas, dejándose ir hasta echarse á los pies de la reina? *Levántaos, caballero*, dijo la reina; *no sabrá el rey un agravio que os haría perder para siempre su favor.* Y M. de Besenval se había levantado balbuciendo, con uno de esos bochornos cuyo remordimiento guarda un hombre galante, y sonrojase de vengarse.

Mas he aquí otra cosa que no es una frase; he aquí una delaración. Todos los hechos, todas las pruebas, la acusación, digámoslo así, de M. de Lauzun. Sería muy fácil recusar al testigo, al hombre «romántico,

por no haber podido ser heroico»; al hombre juzgado por sus Memorias, que en vida ha comprometido á todas sus amadas, y muerto las ha deshonrado. No hab'aremos del hombre: dejando que él hable se venga mejor el honor de María Antonieta. La reina había encontrado á M. de Lauzun en casa de Mad. de Guéménée, y lo acogió con bondad. «En dos meses, dice Lauzun, llegué á ser una especie de favorito.» M. de Lauzun no hace aquí mención de que su favor ha comenzado cerca de la Delfina el día en que, después de una estancia de tres semanas en Chanteloup, y de la oferta de su fortuna y de su persona al dueño de Chanteloup, entró en el baile de Mad. de Noailles llevando nuevas del ministro desterrado. Cuando ya era reina María Antonieta, no había dado al olvido las gratitudes de Delfina, ni al pariente adicto de M. de Choiseul, cuya adhesión había castigado Luis XV deponiéndolo. Pero sigamos á M. de Lauzun. Su regimiento le llama; parte, y después vuelve, y su favor entonces sube al más alto grado. «La reina no me permitía dejar la corte; siempre me hacía sitio junto á ella en la mesa de juego, me hablaba sin cesar, venía todas las noches á casa de Mad. de Guéménée, y manifestaba mal humor cuando había bastante gente, porque le estorbaba para ocuparse casi siempre de mí.» En una palabra, á creer á M. de Lauzun, la reina hace gala de él, lo pone en evidencia, á tal punto que M. de Lauzun llega á suplicarle que minore las «señales visibles de sus bondades». A los ruegos de él responde la reina—al menos habría que poner en cuarentena la palabra ó la memoria de M. de Lauzun para dudar de la respuesta de la reina:—«¿Os cuidáis de eso? ¿Nos habrán de intimidar insolentes dichos? No, Sr. de Lauzun; nuestra causa *es inseparable: no se os perderá sin*

perderme.» No obstante, los enemigos que le hacen tal favor y las indiscreciones de la reina determinan á M. de Lauzun, á ese héroe de aventuras, á huir, á alejarse de la corte y á marchar á Rusia. Viene á anunciar á la reina esta resolución, y ésta es la escena principal de la novela. Demos la palabra, no á las Memorias truncadas de 1782, donde el celo de la censura ha perjudicado á la reina en lugar de hacerle bien, sino al mismo manuscrito de M. de Lauzun. «... ¡Lauzun! ¡No me abandonéis, os lo pido encarecidamente! ¡Qué sería de mí si me abandonaseis! Sus ojos estaban llenos de lágrimas; conmovido yo también en lo profundo del corazón, echéme á sus pies: «¡Que no pueda yo pagar con mi vida tanta bondad, tan generosa sensibilidad!» Tendióme ella la mano, la besé varias veces con ardor, sin cambiar de actitud. Ella se inclinó hacia mí tiernamente y la estreché contra mi corazón, fuertemente emocionado. Ruborizóse, pero no vi en sus ojos expresión de enfado. «¡Y bien!—replicó apartándose un poco;—¿no conseguiré nada?—¿Eso creéis?—contesté con vehemencia.—¿Me pertenezco acaso? ¿No sois todo para mí? A vos solo quiero servir; vos sois mi única soberana. Sí—continué en tono más tranquilo,—vos sois mi reina, sois la reina de Francia.» Sus ojos parecían pedirme otro título más...» De modo que la reina hase ofrecido á M. de Lauzun, y éste ha rehusado á la reina. Dejando hablar á M. de Lauzun, le he contestado.

Pero el mismo M. de Lauzun, ¿no es un historiador á lo Besenval? Hay en realidad en la vida del Don Juan una página vergonzosa y un día de derrota, y es cuando, abriendo precipitadamente la puerta, la reina dijo á M. de Lauzun, con tono y ademán irritado, un *¡Salid, caballero!* de que no hablan las Memorias de Lauzun.

Iba á olvidar la calumnia referente á M. de Fersen; pero aquella tiene una garantía aún más ínfima que el testimonio de M. de Besenval ó de M. de Lauzun: sólo habla de ella M. de Talleyrand. ¿Qué acusadores le quedan á María Antonieta? Sus defensores; aquellos que han dicho que perjudicaría á la memoria de la reina «negarlo todo»; que hay que conceder algo á sus flaquezas, dejando á un lado la censura de las fragilidades de su sexo y de la humanidad, y que todavía le quedarán bastantes nobles cualidades para merecer la piedad, la simpatía y hasta la estimación de la posteridad. ¡Historiadores excelentes, por prestar esta tolerancia á la historia y comprometer su moralidad hasta esta indulgencia! ¡Esos Tilly que la defienden excusándola son amigos peores que los enemigos de María Antonieta!

No, María Antonieta no necesita excusas; no, la calumnia no ha sido maledicencia; María Antonieta ha permanecido pura. Todo lo que es propio de la juventud, de la mujer y de la humanidad, está juzgado en ella con estas palabras del príncipe de Ligne: «La pretendida galantería de la reina nunca fué más que un sentimiento profundo de amistad por una ó dos personas, y una coquetería de mujer y de reina para agradar á todo el mundo.»

El juicio de la historia no quitará ni pondrá un ápice á este dictamen: lo tomará en consideración y se fijará en él como justa medida de la equidad, de la verdad y de la justicia.

Hay quien quiso hacer del asunto del collar el vituperio de María Antonieta; ese proceso es el baldón de la calumnia. ¿Y qué muestra más evidente de lo absurdo y monstruoso de tales acusaciones?

La esencia del proceso es clara: ó la reina es ino-

cente, ó hay que admitir que se vendió por una joya; ¿y á quién? Al hombre en Francia contra el que tenía las más vivas y justas prevenciones. Y admitida esta hipótesis, ¿quiénes son los testigos cuya afirmación prevalece contra la negativa de la reina? ¿Son ese par de desdichados sin oficio ni beneficio, y que, recurriendo á todos los recursos, industriales, mediadores, mendicantes, procuráranse el pan de cada día en las antesalas, viviendo del azar y las prostituciones, entre el Monte de Piedad y Bicêtre, vagando de posada en posada, disputando á puñetazos con los posaderos, perseguidos de albergue en albergue por deudas de tiendas?

He aquí el asunto: el joyero Bœhmer había vendido á la reina unos aretes en 360.000 libras, á pagar de su pensión, que era de 100.000 escudos al año. Bœhmer también había vendido al rey, para la reina, un aderezo de rubíes y diamantes blancos y además un par de brazaletes de 800.000 libras. La reina entonces declaró á Bœhmer que su cofrecito de joyas le parecía bastante rico y surtido y no quería añadir ninguna más, y el público la veía ponerse sus diamantes tan raras veces que creía haber renunciado á ellos. Bœhmer se ocupó, á pesar de eso, en reunir los más hermosos diamantes que encontraba en el comercio para formar un collar de varias hileras que destinaba en su mente para la reina. Pensó en hacer que alguna persona de la corte se lo propusiese á la reina, y un gentilhombre de cámara consintió en presentárselo al rey. Maravillado éste de la belleza de los diamantes, corrió á ofrecérselo á la reina. Pero María Antonieta aseguró á su marido que le afligiría un gasto tan excesivo en tal objeto; que ya tenía buenos diamantes; que el uso de la corte sólo obligaba á poner-

los cuatro ó cinco veces al año, y que, considerándolo bien—había entonces guerra,—valía más comprar un barco de guerra á Francia que un collar á la reina. Un año después, no habiendo conseguido Bøhmer vender su collar en ninguna de las cortes de Europa, el rey volvió á ofrecérselo á la reina, y ésta de nuevo volvió á rehusarlo. Bøhmer solicitó entonces una audiencia de la reina, como joyero de la corona. Se echó á sus pies, manifestándole que era hombre arruinado y no le quedaba otro arbitrio que tirarse al río. La reina respondió á Bøhmer que ella no le había encargado el collar que era la causa de su ruina; que, por el contrario, á todas sus proposiciones de hermosas joyas le había contestado que no quería aumentar ni cuatro diamantes á los que ya poseía. *«Yo he rehusado vuestro collar—dijo la reina en conclusión;—el rey quiso regalármelo y también me negué á admitirlo. No me habléis nunca más de él. Tratad de dividirlo para poder venderlo y no os echéis al río.»* Desde ese día, puesta la reina en guardia contra la repetición de semejantes escenas, evitó toda comunicación con Bøhmer, y para evitarlo mejor dió á componer todos sus aderezos al ayuda de cámara, que entendía de joyas. Todo parecía terminado cuanto á la reina, cuando el 3 de Agosto de 1875 se presentó Bøhmer á Mad. Campán reclamando el dinero del collar comprado por el cardenal de Rohán en nombre de la reina. Mad. Campán informó á la reina de la reclamación del joyero. La reina, que había visto á Bøhmer muy exaltado, creyó que se había vuelto loco. Pero una entrevista con él, y en seguida la cuenta de Bøhmer y Bassange, pronto la enteraron de la compra del collar, hecha en su nombre por el cardenal de Rohán, y de la aplicación de su firma en el recibo de entrega. ¡Imaginaos

el estupor doloroso de la reina á este rayo fulminante! Este dolor y asombro resaltan con verídica sinceridad en una carta de María Antonieta, dirigida á su hermano José II:

«Hoy 22 de Agosto de 1785.

»Supongo, mi querido hermano, que ya habrá llegado á vuestra noticia la catástrofe del cardenal de Rohán. Me aprovecho del correo de M. de Vergennes para contároslo en breves palabras. El cardenal está convicto de haber comprado en mi nombre, y con una firma que ha creído mía, un collar de diamantes de un millón seiscientos mil francos. Pretextó haber sido engañado por una Mad. Valois de la Motte. Esta intrigante de la más alta esfera no tiene aquí ningún empleo, ni jamás se acercó á mí. Hace dos días que está en la Bastilla, y aunque en su primer interrogatorio conviene haber llevado mucha relación con el C***, niega rotundamente haber tenido participación alguna en la compra del collar. Hay que observar que las condiciones de la compra están escritas de mano del C***; á la margen de cada una la palabra «aprobado» es de la misma letra que ha firmado abajo «María Antonieta de Francia». Se presume que la firma es de la dicha Valois de la Motte, habiéndola comparado con cartas que son de seguro de su mano; no se ha tomado ninguna molestia en imitar mi letra, pues no se parece en nada, y yo nunca he firmado «de Francia». A los ojos de todos los de aquí, es una fábula extravagante suponer que yo hubiese querido dar una comisión secreta al cardenal.»

¿Y quién se atrevía á decirse confidente suyo? ¿Quién hacía de negociador en este asunto? Quizá el único francés á quien María Antonieta había jurado no perdonar; el hombre que había entregado á María Teresa

á las burlas de la Du Barry; el que en la corte de Viena había calumniado á la hija ante la madre, á tal punto, que la emperatriz había enviado al barón de Neni para enterarse de los hechos; el hombre que en la corte de Versalles no había cesado de hacer ver á la archiduquesa de Austria en la reina de Francia; el que había hablado de la coquetería de la reina de un modo que faltaba á la esposa de su rey; el hombre, en fin, de toda la diplomacia francesa y extranjera más pérfido y satírico contra María Antonieta, y á quien ella, según toda la corte sabía, jamás se había dignado dirigirle la palabra, reduciéndolo á ir vergonzosamente de ocultis, y disfrazado, á los jardines de Trianón, para ver la fiesta dada á la princesa del Nord... Viendo que el protagonista de esta maquinación era ese hombre, imaginó la reina que se trataba de una nueva maniobra de vergonzosa intriga. Creyó en un complot tramado para perderla; y era tal su persuasión, que en la entrevista con el rey y el cardenal, el aplomo de éste le hizo pensar por un momento que iba á indicar algún sitio secreto de la habitación de su soberana donde había hecho ocultar el collar por una persona pagada. En el primer impulso de su indignación, la reina corrió á decírselo al rey. Luis XVI se puso furioso contra tal impudencia. El barón de Breteuil, por sus rencores particulares, animó también el resentimiento del rey y de la reina, y se resolvió dar una publicidad á esta gran impostura.

Los consejeros de esta resolución, M. de Breteuil y M. de Vermond, han sido criticados. Se les acusó de haber entregado á la reina á la malignidad del público, de haber comprometido su honor en debates públicos. Y sin embargo, si se hubiese adoptado el partido contrario; si los consejos de prudencia, ó más bien de la

timidez, hubieran prevalecido; si el asunto se hubiese reservado, ¡qué arma en manos de los enemigos de la reina! ¡Cómo hubieran convertido ese silencio y desconfianza, de claridad y de justicia, en pruebas contra la inocencia de María Antonieta!

El 15 de Agosto, día de la Asunción, cuando toda la corte estaba en la galería, y el cardenal de Rohán, revestido de roquete y muceta, aguardaba por Sus Majestades, que iban á pasar á medio día para ir á misa, fué llamado al gabinete del rey, donde también estaba la reina. «¿Quién os ha dado, monsieur, el encargo de comprar un collar para la reina de Francia?, le dijo el rey.—¡Ah, señor!, exclamó el cardenal, ¡veo demasiado tarde que he sido engañado!» El rey replicó:—«¿Qué habéis hecho de ese collar?—Creía que había sido entregado á la reina.—¿Quién os ha encargado esa comisión?—Una dama llamada madame la condesa de la Motte-Valois, que me había presentado una carta de la reina y yo he creído complacer á Su Majestad desempeñando esa comisión.—*¿A mí, caballero?*, interrumpió la reina, que atormentaba su abanico. *¡A mí, que desde mi llegada á la corte no os he dirigido la palabra! ¿A quién haréis creer que he dado el cuidado de mis adornos á un obispo, al gran limosnero de Francia?*—Bien veo, respondió el cardenal, que he sido cruelmente engañado. Yo pagaré el collar. El deseo que tenía de agradar me cegó, y no me dejó ver la superchería: lo siento mucho.» Y el cardenal sacó de una cartera el contrato de venta con la firma *María Antonieta de Francia*. El rey lo tomó. «Esta no es la letra de la reina, ni su firma: ¿cómo un príncipe de la casa de Rohán y un gran limosnero de Francia ha podido creer que la reina firmaría *María Antonieta de Francia*? Nadie ignora que las reinas

sólo firman con sus nombres de bautismo.» El rey, presentando luego al cardenal una copia de su carta á Bœhmer: «¿Habéis escrito una carta como ésta?—No me acuerdo de haberla escrito.—¿Y si se os mostrase el original, firmado por vos?—Si la carta está firmada por mí, es verdadera.—Explicadme, pues, todo este enigma, replicó el rey: yo no quiero encontraros culpable, y deseo vuestra justificación.» El cardenal palideció y apoyóse en una mesa. «Señor, estoy demasiado turbado para contestar á Vuestra Majestad de una manera...—Tranquilizao, señor cardenal, dijo el rey, y pasad á mi gabinete, á fin de que la presencia de la reina y la mía no alteren la calma que os es necesaria. Allí hallaréis papel, plumas y tinta: escribid vuestra declaración.—El cardenal obedeció. Al cabo de unos siete minutos volvió á entrar, y entregó al rey un papel. El rey lo tomó, diciendo: «Os advierto que vais á ser arrestado.—¡Ah, señor, exclamó el cardenal; siempre acataré las órdenes de Vuestra Majestad, mas que se digne evitarme el dolor de ser arrestado delante de toda la corte con mis hábitos pontificales!—Preciso es que así sea»; y al decir esto, el rey dejó bruscamente al cardenal sin escucharle más.

Al salir del cuarto del rey, el cardenal fué arrestado y conducido á la Bastilla. Dos días después salió, para asistir al inventario de sus papeles, en presencia de M. de Breteuil. El 5 de Septiembre de 1785, el proceso del cardenal pasó de la jurisdicción de los tribunales eclesiásticos á la Cámara alta, reunida por real orden, en que la voluntad del rey se expresaba así:

«Luis, por la gracia de Dios rey de Francia y de Navarra: A nuestros amados y leales consejeros, que componen el tribunal del Parlamento en París, salud. Habiendo sido informado que los nombrados Bœhmer

y Bassange hubieron vendido un collar al cardenal de Rohán, sin conocimiento de la reina, nuestra querida esposa y compañera, el que les dijo estar autorizada por ella para la compra, mediante el precio de un millón seiscientas mil libras, á pagar en diferentes plazos, mostrándoles á ese efecto pretendidas proposiciones aprobadas y firmadas por la reina; que el dicho collar, habiendo sido entregado por los dichos Bøhmer y Bassange al susodicho cardenal, y no habiéndose efectuado el primer pago convenido entre ellos, hubieron tenido que recurrir á la reina. No hemos podido ver sin una justa indignación que haya osado tomar un nombre augusto y que nos es caro por tantos títulos, violando, con una temeridad tan inaudita, el respeto debido á la majestad real. Juzgamos que teníamos derecho á hacer comparecer al cardenal en nuestra presencia, y, habiéndonos declarado que había sido engañado por una mujer nombrada la Motte de Valois, hemos creído conducente é indispensable prenderlo y prender también á la dicha dama de Valois, y tomar las medidas que nuestro criterio nos ha sugerido para descubrir á todos aquellos que pudiesen haber sido autores ó cómplices en tal atentado, y hemos juzgado á propósito ponerlo en conocimiento vuestro para que el proceso sea instruido y sentenciado por la alta Cámara en pleno.»

El cardenal de Rohán se defendió y justificó como sigue. En el mes de Septiembre de 1781, Mad. de Boulainvilliers le presentó una mujer que ella había recogido y educado, llamada Mad. de la Motte-Valois. La miseria de la protegida, su apellido, figura y talento interesaron al cardenal, y socorrió á Mad. de la Motte dándole algunos luises. Mas ¿de qué servía la limosna contra su desorden? En el mes de Abril de 1784 obtuvo

ella la venta de la pensión de mil quinientas libras acordada por la corte á la descendiente de los Valois. Todo hace creer que, por ese tiempo, se habían relacionado el cardenal y Mad. de la Motte. Este se había enterado de secretos que se le escapaban al cardenal, con la imprudencia de su palabra y de su carácter ligero. Sabía que estaba cansado de su posición en la corte, impaciente con los sinsabores de su disfavor y del frío menosprecio de la reina, ambicionando con ardor borrar su pasado, dispuesto á todo, con el afán de la impotencia para volver á entrar en gracia. Poco á poco y por grados, Mad. de la Motte fué divulgando discretamente en torno del cardenal, y por medio de todos los que tenían trato íntimo con él, que á ella le honraba una protección augusta, un elevado valimiento. Confirmando por sí misma los dichos que esparcía, decía que tenía entrada privada junto á la reina, que iban á serle restituidos los bienes de su familia y que iban á concederle mercedes. No hay que olvidar que, á pesar de que el cardenal no era un necio, y tenía el barniz de hombre de mundo y el ingenio de sociedad, carecía en absoluto de la serenidad razonable y de esa norma del buen sentido que sirve de conciencia y de regla en los actos de la vida. Ofuscado por el deseo de volver á entrar en favor, se entregó á Mad. de la Motte, que se apoderaba de su confianza, alimentaba sus deseos y alentaba sus ilusiones por todos los recursos y audacias de la intriga y la impostura. Un día Mad. de la Motte dijo al cardenal: «Estoy autorizada por la reina para pedir os la justificación por escrito de los yerros que os imputan.» Habiéndole dado el cardenal esta defensa, Mad. de la Motte le llevó algunos días después estas líneas, en que hacía hablar á la reina con el cardenal de este

modo: «He leído vuestra carta y tengo la satisfacción de no hallaros culpable; todavía no puedo concederos la audiencia que deseáis. Cuando las circunstancias lo permitan, haré que os avisen; sed discreto.

¿Y qué sospechas, qué inquietudes podían quedarle al cardenal después de esta atrevida comedia imaginada por Mad. de la Motte, en Agosto de 1874, en que una mujer que tenía la figura, el aspecto, el traje y la voz de la reina, se le presentó en los jardines de Versalles y le dió á creer que el pasado estaba olvidado? Desde ese día el cardenal se entregó por completo á Mad. de la Motte. Las insolentes esperanzas que de esa entrevista osó concebir le daban una credulidad irreflexiva, sin escrúpulo y sin límites. Mad. de la Motte pudo desde entonces abusar á su antojo, haciéndole instrumento de su fortuna y cómplice de sus intrigas. Podía exigirle todo en nombre de esta reina que le había perdonado, no con la dignidad de una reina, sino con la amabilidad de una mujer. Y desde esa fecha Mad. de la Motte le arranca una suma de 60.000 libras, para infortunados, dice, que la reina protege, y en el mes de Noviembre otra suma de 100.000 escudos, también en nombre de la reina, con el mismo pretexto.

Pero tales cantidades no bastaban á sus necesidades, deudas, gustos y lujo de su casa. Tentada por la ocasión, pensó en hacer una gran fortuna de un solo golpe.

Bassange y Bœhmer, que hablaban de su collar á todo París, é interponían todas las influencias para interesar en la compra al rey ó á la reina, dieron con un señor Delaporte, de la sociedad de Mad. de la Motte, que les había hablado de ella como de una dama favorecida con las bondades de la reina. Bassange y

Bœhmer solicitaron en seguida el permiso de mostrarle el collar. Ella consintió, y se lo presentaron el 29 de Diciembre de 1784. Mad. de la Motte, ocultando sus designios con habilidad, habló á los joyeros de su repugnancia á mezclarse en aquel asunto, sin desesperarlos del todo. Al salir de la entrevista, se apresuró á enviar, por el barón de Planta, una nueva carta al cardenal, que estaba á la razón en Strasburgo. Madame de la Motte hacía decir á la reina en ella: «El momento que deseo aún no ha llegado, pero apresurad vuestra vuelta para intervenir en una negociación secreta que me interesa personalmente y que sólo á vos quiero confiar; la condesa de la Motte os dirá de parte mía de lo que se trata.» El 20 de Enero de 1785 Mad. de la Motte envió recado á los joyeros para que fuesen á su casa al día siguiente, y allí, en presencia del señor Hachette, suegro del señor Delaporte, les anuncia que la reina desea el collar y que un alto personaje será encargado de *tratar este negocio en nombre de Su Majestad*. El 24 de Enero el conde y la condesa de la Motte visitan á los joyeros y les dicen que el collar será comprado por la reina, que el negociador no tardará en presentarse y que piensen en tomar sus precauciones de fianza.

El asunto se había planteado durante la ausencia del cardenal. A su regreso de Sâvorne, el 5 de Enero, Mad. de la Motte le enteró de que la reina deseaba comprar el collar de los señores Bœhmer y Bassange, y quería que él se ocupase de seguir los detalles y arreglar las condiciones de la compra; apoyando su relación con cartas que sólo permitían al cardenal una respetuosa sumisión.

El 24 de Enero, á seguida de una visita de los esposos la Motte, el cardenal entra en casa de los joyeros,

hace que le enseñen el collar y no oculta que no compra para él, sino para una persona que no nombra, pero que tal vez obtendrá permiso de nombrar. Algunos días después vuelve á ver á los joyeros y les lleva las condiciones escritas de su mano: 1.^a, el collar será valuado, si el precio de un millón seiscientas mil libras parece excesivo; 2.^a, los pagos se harán en dos años, de seis en seis meses; 3.^a, se consentirá en delegaciones; 4.^a, convenidas esas condiciones con el comprador, el collar habrá de ser entregado el 1.^o de Febrero, á lo más tarde. Los joyeros aceptan las condiciones y firman el escrito sin que se nombre á la reina. Este escrito, revestido de la aquiescencia de los joyeros, se le entrega á Mad. de la Motte, que dos días más tarde se lo da al cardenal, con aprobaciones en cada artículo y bajo la firma *María Antonieta de Francia*.

Aturdido con el éxito de su negociación, con el favor que cree disfrutar y el misterio con que la reina rodea su confianza, el cardenal escribe inmediatamente á los joyeros que el trato está concluido y les ruega que le lleven el objeto vendido. Seguros los joyeros de que á quien venden es á la reina, cumplen las órdenes del cardenal. Recibido el collar, el cardenal va á Versalles, llega á casa de Mad. de la Motte y le entrega el estuche. «La reina espera, dice Mad. de la Motte; este collar le será entregado esta noche.» En este instante aparece un hombre que se hace anunciar como enviado por la reina.

El cardenal se retira á una alcoba; el hombre trae una cartita; Mad. de la Motte le hace aguardar un momento y va á mostrar al cardenal la cartita portadora de la orden de enviar el collar por el dador. Llámase al hombre, recibe el estuche y parte.

Convencido el cardenal de que el collar está en po-

der de la reina, da el mismo día la primera prueba de que la reina ha hecho la adquisición por esta carta: «Señor Bøhmer: S. M. la reina me ha hecho conocer que sus intenciones son que los intereses de lo que os deberá después del primer pago, en fin de Agosto, corran y os sean pagados sucesivamente con los capitales hasta que esté pagado del todo.» Encasquetado de tal modo en la confianza, el cardenal no tiene ni una duda. Al día siguiente encarga á su secretario Schreiber que observe si en la comida de S. M. la reina tiene algo nuevo en su tocado. El 3 de Febrero, encontrando en Versalles al señor Bassange y á su mujer, les reconviene por no haberle dado aún las gracias á la reina por haber tenido á bien comprarles el collar. Les anima á verla, á buscar la ocasión y aprovecharla. Sin embargo, al cardenal le admiraba que la reina no se pusiese el collar y partió para Saverne, sin sospechar nada todavía, pero ya con menos ilusiones y como burlado. Mad. de la Motte fué á verle á Saverne y reanimó su confianza, prometiéndole una audiencia de la reina á su vuelta. Cuando volvió de Saverne, tardando la audiencia y continuando la reina sin ponerse el collar, el cardenal se inquietó y estrechó á Mad. de la Motte. Esta, que quería ganar tiempo, dijo que «la reina hallaba excesivo el precio, y que pedía ó la tasación ó la rebaja de doscientas mil libras. Hasta conseguir una cosa ú otra, añadió, la reina no se pondrá el collar». Los joyeros se sometieron á la rebaja, y Mad. de la Motte hizo ver al cardenal una nueva carta de la reina, en la que decía que se quedaba con el collar, y que en la época del primer plazo, fijado en el 31 de Julio, haría pagar setecientas mil libras en vez de cuatrocientas mil.

Entonces fué cuando el cardenal exigió de los joye-

ros, que no se habían presentado á la reina para darle gracias, que le escribiesen dándoselas. Por desgracia, esta carta de Bøhmer, recibida por la reina, y leída en voz alta delante de sus damas; esta carta que hubiera podido ser una revelación, la consideró ella como un nuevo acto de locura de aquel mercader que la había amenazado con echarse al río. La reina, no comprendiendo ni viendo «sino un enigma del *Mercurio*», la echó al fuego. ¿Y quién podría tratar de negar la ignorancia de la reina? ¿No sería preciso negar esta nota escrita en los momentos en que el fraude va á descubrirse, y hallada en los pocos papeles del cardenal escapados al fuego que les puso el abate George? «Enviado á buscar B (Bøhmer) por segunda vez. Tiene la cabeza trastornada desde que A (la reina) ha dicho: «¿Qué quieren significar esas gentes? Yo creo que pierden la cabeza.»

Eso pasaba el 12 de Julio. Algunos días después, Mad. de la Motte advirtió al cardenal que las 700.000 libras que vencían el 31 de Julio, no se pagarían, porque la reina había dispuesto de ellas; pero que los intereses serían pagados. La preocupación de esta falta de pago, la zozobra de tener que hacer esperar á los joyeros, desazonan al cardenal y le alarman. En aquellos momentos llega á su vista la letra de la reina, entra en sospechas, y llama á Mad. de la Motte. Esta le tranquiliza: no ha visto escribir á la reina, dice; pero las aprobaciones son de su mano sin la menor duda. Jura que las órdenes que ha transmitido al cardenal se las dió la reina. Por otra parte, para calmar toda inquietud, le lleva 30.000 libras de parte de la reina, para pagar los intereses. El cardenal no sabe que Mad. de la Motte las tomó prestadas sobre alhajas puestas de fianza en casa de su notario, y todas sus

sospechas se desvanecen al ver llevar semejante suma á una mujer sostenida por sus caridades.

El 3 de Agosto, Bœhmer vió á Mad. Campán en su casa de campo, y se descubrió todo. Mad. de la Motte hizo llamar al cardenal, que proseguía ofuscado sin que le hubiese iluminado esta frase de Bassange, dicha el 4 de Agosto: «¿No nos engañará á los dos vuestra intermediaria?» Quejándose de enemistades temibles conjuradas contra ella, pidióle asilo, comprometiéndole por esa hospitalidad, y después le dejó el 5, y se retiró á Bar-sur-Aube. Confiaba en que el negocio se desenlazaría sin escándalo; contaba con que el cardenal tenía asaz que arriesgar para atraer ruido, claridad y justicia sobre su imprudencia y temeridad. Comprometido con ella, pensaba Mad. de la Motte que el cardenal pagaría y callaría.

Todo este asunto no era, pues, sino una estafa. Ni siquiera era una idea muy nueva. No estaba en olvido el escándalo de una Mad. de Cahonet de Villiers, que, en 1777, imitando la letra y firma de María Antonieta, hizo que Mad. Bertin le entregase por dos veces importantes y costosos adornos y trajes; y luego, reprendida por la reina por todo castigo, y perdonada, falsificó una nueva carta firmada María Antonieta, por medio de la cual robó doscientas mil libras al arrendador general Beranger. Otra intriga menos ruidosa, casi ignorada entonces por el público, ¿no había anunciado poco después el asunto del coliar y dado alas á la imaginación de Mad. de la Motte? En 1782, una mujer habíase vanagloriado también de estar favorecida con la confianza é intimidad de la reina. Mostraba cartas de Mad. de Polignac, que la rogaban fuese á Triánón. Usaba el sello de la reina, cogido de la mesa del duque de Polignac. Oyéndola, parecía que

disponía del favor de Mad. de Lamballe, y también que por su influencia con la reina había ella calmado el resentimiento de la princesa de Guéménée y de madame de Chimay contra una dama de Roquefeuille. ¡Igualdad de embustes y de incautos, igual comedia, y, cosa inconcebible, hasta el mismo nombre: la intricante de 1782 se llamaba, también, de la Motte! María Josefa Francisca Waldburg Froberg, esposa de Estanislao Enrique Pedro del Pont de la Motte, antes de aquella fecha administrador é inspector del Colegio real de la Flèche.

En apoyo de su buena fe burlada, el cardenal de Rohán alegaba la súbita fortuna y repentino boato de Mad. de la Motte, el mobiliario inmenso para el que Chevalier suministró los bronce, Sikes los cristales, Adam los mármoles; todo aquel tren salido de una varita mágica, caballos, coches, libreas; tantos gastos, la compra de una casa, de una magnífica vajilla de plata, de un cofrecito con joyas de cien mil libras; tanto dinero tirado por todos lados en los caprichos más caros: por ejemplo, en un pájaro autómatas de mil quinientas libras. La defensa del cardenal relacionaba esos gastos con las ventas sucesivas de diamantes hechos por la mujer la Motte, desde el 1.º de Febrero, en cantidades de veintisiete mil libras, diez y seis mil, treinta y seis mil, etc., etc.; las ventas de monturas de joyas por valor de cuarenta á cincuenta mil libras; las ventas llevadas á cabo en Inglaterra por el marido de Mad. de la Motte de diamantes semejantes á los del collar, según el diseño enviado de Francia, ascendiendo á cuatrocientas mil libras en dinero, ó cambiados por otras alhajas, tales como un medallón de diamantes de doscientos treinta luises, perlas para bordar en mil ochocientos noventa luises, etc.; cambios y ventas

certificados por todos los escribanos reales de Londres. El esplendor de esta fortuna y de estos dispendios, añadía la defensa, se le había ocultado cuidadosamente al cardenal. Mad. de la Motte lo recibía en una buhardilla cuando él venía á verla; y el 5 de Agosto, cuando la dejó para ir á habitar la casa que había comprado en Bar sur-Aube, le dijo que se retiraba á vivir en casa de una parienta suya.

Mad. de la Motte negaba todo. Negó su relación con los joyeros, los dichos que esparcía del favor de la reina, el relato de la entrega del collar hecho por el cardenal. No viendo otro modo de salvarse ella que perdiendo al cardenal, inventó la fábula de una influencia magnética ejercida sobre él por Cagliostro. Según ella, era á éste á quien el cardenal había entregado el collar. Cagliostro era el que le había hecho tomar por agentes, en Francia é Inglaterra, al conde y á la condesa de la Motte para el desmembramiento y trueque de las piedras del collar. Los dos cargos más importantes de que la acusaban, la firma falsa de la reina en el contrato de venta y la fingida aparición de María Antonieta al cardenal en el parque de Versailles, las refutó Mad. de la Motte con tono ligero. Según ella, «habiendo el cardenal guardado siempre la mayor reserva sobre esa negociación, que llevó á cabo por sí mismo, no llegó á sus oídos hasta que la supo el público por las citaciones y requisitorias del procurador general». Cuanto á la escena del parque de Versailles, dice irónicamente en su relato: «El barón de Planta es el que probablemente habrá hecho ver, ó creer que veía, á M. de Rohán, no sé qué fantasma á través de una de esas botellas de agua clara con la que Cagliostro le hizo ver á nuestra augusta reina en la joven señorita de la Tour»; y mofándose del cardenal

con tono afable: «En ese sueño extravagante, ¿ha reconocido M. de Rohán el porte majestuoso y las actitudes de cabeza que sólo pertenecen á una reina hija y hermana de emperadores?»

Una declaración inesperada castigó la rechifla de Mad. de la Motte. Un fraile franciscano declaró que habiendo deseado predicar en la corte para obtener el título de predicador del rey, y siéndole rehusado por uno de los sermones que sometió á la revisión del gran limosnero de Francia, le animaron á presentarse á Mad. de la Motte, que le dijeron gobernaba al cardenal, y le alcanzaría el favor. Que había seguido el consejo con feliz resultado, y había predicado ante el rey. Agradecido el fraile, se hizo amigo y comensal diario de Mad. de la Motte. Un día que comía en su casa, le había sorprendido la belleza de una joven y su parecido con la reina. Recordaba haberla visto reaparecer de noche, con otro traje, y con el peinado que usaba la reina. Por esta declaración, y por investigaciones de la policía, prendieron á la señorita de Oliva en Bruselas el 17 de Octubre, y la llevaron á la Bastilla. Habiéndola interrogado, confirmó la declaración del P. Loth. Un hombre, que la había encontrado en Palais-Royal, le había hecho varias visitas. Le habló de que deseaba alcanzarle protecciones poderosas, y después le anunció la visita de una dama muy distinguida que se interesaba por ella. Esta dama era Mad. de la Motte. Se dijo á la de Oliva encargada por la reina de encontrar una persona que pudiese hacer alguna cosa que se le explicaría á su tiempo, y ofrecióle quince mil libras. La de Oliva aceptó. Era á principios de Agosto. Los condes de la Motte llevan la de Oliva á Versalles. Salen, y al volver le anuncian que la reina aguarda con viva impaciencia el día siguiente

para ver cómo desempeñará el encargo. Al otro día, la condesa se ocupa por sí misma del tocado de la de Oliva. Le pone un traje de linó de cuerpo rizado y redondo, y una gorrita en la cabeza, y cuando está vestida le dice: «Esta noche os conduciré al parque, y entregaréis esta carta á un alto personaje que encontraréis allí. A eso de las once ó doce, Mad. de la Motte le echa sobre los hombros una manteleta blanca y una capucha en la cabeza, y la lleva al parque. En el camino le da una rosa: «Con la carta entregaréis esta rosa á la persona que se presentará ante vos, y únicamente le diréis: Ya sabéis lo que esto significa.» Y Mad. de la Motte añade para tranquilizar á la de Oliva que todo se hace con consentimiento de la reina: «La reina estará detrás de vos.» Llegadas al parque, coloca á la de Oliva en una glorieta, después va á buscar al alto personaje, que se acerca haciendo cortesías. La de Oliva dice la frase, le da la rosa... «¡Pronto!, pronto!, ¡venid!», exclama Mad. de la Motte, que echa á correr llevándola tras sí.

El haber quedado desmentida toda la defensa de madame de la Motte no le hizo perder el descaro. Mas otra declaración dejó confundidas sus mentiras. Rétaux de Vilette, su confidente y secretario, arrestado en Génova, confesó que, alucinado con la influencia de Mad. de la Motte, y con la esperanza de hacer fortuna cerca del cardenal, había escrito, dictadas por ella, todas las cartas falsas que habían engañado á M. de Rohán. Confesó que por orden suya había trazado las palabras *Aprobado* en la margen del contrato de venta del collar, y también la firma *María Antonieta de Francia*.

¿Qué más hay que decir? El asunto está aclarado, como nunca lo fué un proceso semejante: las pruebas

son hechos. No hay que demostrar la verdad cuanto al error del cardenal, la estafa de Mad. de la Motte y la inocencia de la reina, pues saltan á la vista y no admiten discusión. La opinión que no quiso ver en el esclarecimiento de los hechos la verdad y la inocencia de la reina, ¿dónde tuvo que refugiarse? ¿Dónde? En los nuevos embustes de Mad. de la Motte, en las calumnias de su información y sumaria. ¿Qué digo? ¡En la infiel reproducción de algunas partes de sus interrogatorios, del murmullo de sus balbucientes respuestas! Para negarse á la evidencia, necesitó rebajarse á dar crédito á los libelos que la Motte publicó con la espalda todavía enrojecida por la candente L de ladrona; necesitó creer en la autenticidad de todas las cartas de la reina, contra la declaración de Rétaux de Villette, contra la confesión del falsario; tuvo que suponer—pues por ese sistema la calumnia tiene que llegar al extremo de la estupidez—que la firma falsa de la reina, escrita en el tratado, ha sido puesta con anuencia de ella para arrancar el collar á Bœhmer y quedar libre de compromiso. Hubo que admitir que la escena del parque había sido ordenada por la reina á la de Oliva, para darse la diversión de ver á una prostituta haciendo el papel de una reina de Francia. Por último, ¡hubo que dar por hecho que el conde de la Motte había vendido los diamantes por orden de la reina, para desfigurar el collar y realizar el dinero sin que conociesen su origen!

Hoy en el día, ¿á qué ha de recurrir el historiador para dudar y conservar las dudas de los demás? Tiene que aceptar las afirmaciones rencorosas del abate Georgel, que no perdona á la reina el haber sido destituido de la embajada de Viena por el barón de Breteuil. Tiene que apoyarse en las Memorias del conde

Beugnot, amigo embaucado y que confiesa las invenciones de Mad. de la Motte; necesita, en fin, renunciando al registro de la historia, y engañado por una impostura al dar cuenta de ella, fundar su relación y criterio en Memorias apócrifas, como las *Mémoires de Mlle. Bertin*, cuya falsedad y superchería los editores mismos han reconocido.

El proceso toca á la conclusión. Mad. de la Motte, que ha tratado de salvarse fingiendo una súbita locura, busca salida en pérfidas insinuaciones, después en la audacia é intimidación de la calumnia. Espera salvarse acusando á la reina, ó al menos librarse de la infamia haciéndose pasar en la opinión por la víctima de una intriga de corte. A su espalda, impulsándola en esta vía, alentándola á que amenace, están los Rohán humillados, y que quisieran comprometer al menos el honor de la reina con el honor del cardenal; está Mad. de Marsán, intrigando y visitando á los miembros del Parlamento; M. de Vergennes y sus mal sofocados resentimientos, y todo el partido de los enemigos de la reina. Enfrente á Mad. de la Motte está el Parlamento, que no le impone silencio.

El fiscal pide contra el cardenal: que estará obligado á declarar ante la Cámara, en presencia del procurador general, que el nombre de la reina se mezcló temerariamente en la compra del collar; que con mayor osadía ha creído que la reina le daba una cita nocturna; y que suplique el perdón del rey y de la reina en presencia de la justicia;

Obligado á presentar la dimisión del cargo de limosnero mayor, en el día que se fije;

Obligado á abstenerse de acercarse, á distancia determinada, de las mansiones y sitios reales donde esté la corte;

Obligado á estar en prisión hasta cumplir por completo el tiempo de arresto.

Esta humillación no hubiera sido sino muy justa: el honor de la reina y la dignidad del trono de Francia así lo reclamaban. No hay duda de que el cardenal no era culpable del fraude, pero lo era de imprudencia y presunción. Había sido instrumento del escándalo, protagonista en la novela de Mad. de la Motte. Sus ilusiones habían insultado la virtud de la esposa de su rey; llevando la sospecha hasta el trono, había comprometido la dignidad real.

Mas las influencias, las intrigas y pasiones, la voz de los Robert Saint-Vincent, Barillón, Morangis, d'Outremont, Herault de Sechelles y Freteau pudieron más en esta causa que los intereses de la justicia y los derechos de la majestad: veintiséis votos contra veintitrés rechazaron las resoluciones del fiscal. El tribunal que sentenció á Juana de Valois de Saint-Remy de Luz, mujer de la Motte, á ser apaleada y azotada desnuda, envilecida con la marca del hierro candente y presa por toda la vida en la Salpêtriére, absolvió á «Luis Renato Eduardo de Rohán de las quejas y acusaciones imputadas á él en la demanda del fiscal, y ordenó que se recogiesen y quedasen prohibidas las Memorias que Juana de Saint-Remy de Valois de la Motte había hecho imprimir, por contener datos falsos, injuriosos y calumniosos contra el dicho cardenal de Rohán».

¡Contemplad á esos jueces que absuelven al cardenal de Rohán, á esos jueces que hacen llorar á la reina: cuando hayan pasado dos años más, elevarán sus voces en esta misma asamblea contra el cetro de Luis XVI, y se creerán honrados solicitando el destierro del duque de Orleans. Ved esas gentes de los

mercados que reciben con aplausos la absolución del cardenal y la humillación de la reina: ¡es el gentío que va á llenar el Tribunal revolucionario y á aplaudir al verdugo!

VII

No exponen en el Louvre el retrato de la reina, por temor á los insultos.—Desaliento de la reina; su retirada á Trianón.—El abate de Vermond consejero de la reina.—Planes políticos del abate de Vermond y de su partido —M. de Loménie de Brienne en el ministerio.—La reina es denunciada por los Parlamentos á la opinión pública.—Retirada de M. de Brienne.—Vuelta de M. Necker á los negocios públicos, sostenido por la reina.—Apertura de los Estados generales.

¡Dos años antes de la revolución, recayendo en la reina la impopularidad de M. Calonne, llegó á tal punto su personal impopularidad, que en Agosto de 1787, en los primeros días de la exposición, no se expuso el retrato de la reina rodeada de sus hijos por miedo á los ultrajes del populacho! Ese retrato lleno de tristeza, que más bien parece el duelo de la madre que la gloria de la maternidad; esa conmovedora escena de familia sin juegos ni alegrías infantiles, en que Madame, ya seria, inclinada hacia la reina, trataba de desvanecer los pesares que nublan su frente; donde el duque de Normandía, sentado en el regazo de su madre, no tenía esa sonrisa de niño de que habla Virgilio y que entienden las madres cual si hablaran; donde ese otro hijo de la reina, el Delfín, próximo ya á morir, señala con el dedo la cuna vacía de su hermana Beatriz de Francia, la segunda hija de María Antonieta, que murió al año de nacer, y en que la mis-

ma reina parecía haber sido retratada en los momentos en que el consuelo de los que le quedaban aún no había podido borrar de su semblante la pena de la hija que Dios acababa de llevarla; ese retrato hecho por Mad. de Lebrun, en que todo hablaba del dolor de una madre, no se atrevieron por algún tiempo á correr el riesgo de presentarlo en el *Salón* del Louvre!

La reina renunció por entonces á París, á los teatros, á las comedias bufas, que tanto le gustaban. Desolada y desanimada, despidió á Mlle. Bertin, abandonó sus aficiones y placeres, huyó á Trianón y encerróse allí con sus lágrimas. ¡Qué variación en esa escena de tantas diversiones, y en el tono de las invitaciones de la reina! Llamando á su alrededor á los que amaba, María Antonieta escribía á Mad. Isabel: «*Lloraremos por la muerte de mi pobre ángel... Necesito todo vuestro cariño para consolar mi corazón...*»

Todo el ánimo de María Antonieta, todo su amor en la vida se cifraba en su hermoso hijo menor, el duque de Normandía, pobre niño que había venido al mundo sin aclamaciones ni vivas, mecido con el estribillo de la calumnia, y que por lo mismo lo quería más la reina. Toda su alma está en su hija, á quien enseña sus virtudes, su beneficencia y caridad.

No podía conservarse por más tiempo á M. de Calonne. La reina no había hecho sino aceptarlo, ó más bien soportarlo; sin confianza en el ministro, sin otra gratitud por el hombre que la de cierta cortesía á la que los ministros del rey no la tenían acostumbrada, fué además arrastrada por los peligros de su situación, por la indecisión y poca firmeza de la voluntad del rey, y por lo que ella llamaba la *fatalidad de su destino*, á reemplazar á M. de Calonne con un nuevo ministro. Mas las exigencias del partido Polignac la ha-

bían servido de advertencia y lección. En su buena fe y en la candidez y sinceridad de sus deseos por la felicidad de Francia, María Antonieta se abandonó á la experiencia y tutela de un hombre á quien veía sin allegados y sin hechuras, ligado á su suerte por una adhesión sin reserva, y por participar de las mismas enemistades, obligado por último á cierta humildad de posición que le prohibía el abuso de la influencia. Esa elección de María Antonieta del abate de Vermond para consejero, ¿no es muy disculpable? Posee la confianza de la archiduquesa de Austria desde su infancia; recuerda sus primeras impresiones; ha sido el confesor de las ideas y del corazón de la Delfina, después de la reina; el depositario de los secretos de la madre y de la hija, de María Teresa y de María Antonieta; el confidente y consolador de esas lágrimas é inquietudes que una reina debe ocultar á una corte y callar á la amistad. M. de Vermond había participado los pesares de la reina, las frialdades de Luis XVI, hasta el día en que su hermano Vermond había salvado á la madre de María Teresa Carlota de Francia, hasta el día en que, hablándole el rey por primera vez, le encargó que preparase á María Antonieta á recibir la noticia de la muerte de María Teresa. A los ojos de la reina, también eran méritos del abate las antipatías que le tenían Mesdames tías, y esta especie de destierro impuesto al celo de sus esfuerzos por la vuelta del duque de Choiseul al ministerio, cuando el nacimiento de María Teresa Carlota. Hasta los celos de sus favoritas y de la amistad tan poco exigente de Mad. de Lamballe, parecían garantizar á la reina la sinceridad de la amistad de M. de Vermond. Las observaciones casi proféticas que le había hecho cuando el favor de Mad. de Polignac, aseguraban á la reina

su adhesión sin temor y su buen criterio. La reina hallaba además, en el giro familiar del talento de M. de Vermond, en su manera de hablar y juzgar con franqueza los ministerios y los sistemas, una importante razón de confianza. Además, M. de Vermond no era reaccionario como lo han pintado los folletos de la Revolución. Aplaudía por entonces los planes de M. Necker, abrigaba en su fondo las ideas corrientes, las teorías de reformas; estaba entre la opinión pública y sus enemigos. Por cima de todas estas cualidades y ventajas de director de la conciencia política de una reina, tenía, á sus ojos, la rara cualidad de la modestia, y nada la tranquilizaba tanto como el propósito que había hecho de no pretender ningún alto puesto eclesiástico. María Antonieta no sabía que el abate tenía la ambición y el orgullo de su época, el orgullo de no ser nada y la ambición de mangonear en todo. ¿Qué le importaba el empleo y el título? Lo que quería era el desempeño y la influencia. Hacía diez y siete años que aspiraba á la posición de un Dubois sin cartera, ese gran ambicioso que decía de Dubois: «Debía haber hecho cardenales, y no haberlo sido nunca.» El abate de Vermond llegó á su objeto nombrando ministro al arzobispo que le había designado á M. de Choiseul para la educación de la hija de María Teresa. Mas haciendo entrar á M. de Loménie de Brienne en el ministerio, no pagaba solamente una deuda de gratitud, no hacía de su bienhechor un aliado, sino que también introducía en el ministerio un sistema político que era plan suyo y sueño de algunos miembros del clero.

¿Qué querían el abate de Vermond y sus amigos? Hombres de iglesia, deseaban la salvación del reino por la Iglesia. Querían extender al Estado ese nuevo

género de episcopado que abrazaba el régimen económico y político de una diócesis; elevar hasta los asuntos políticos, hasta el gobierno temporal, á ese personaje desconocido hasta entonces en la monarquía francesa: *el obispo administrador*. Pero esos eclesiásticos, en el siglo en que las virtudes mismas de un Malesherbes estaban fuera de la Iglesia, pertenecían á la época. Tocados del *empirismo civil*, epidemia del tiempo, habían imaginado gobernar las ideas de su generación apoyándose en ellas. Su manera de hacerlo era una especie de apostolado filosófico; su objeto, la guerra á los errores gubernamentales; su móvil, la felicidad pública, que decían ser la verdadera y única religión de un Estado. No obstante esta filosofía y principios, tenían en ellos la relajación y acomodados de la época y de las costumbres que les rodeaban. Creyendo en el mejoramiento material de la humanidad, no se ofuscaban sobre el perfeccionamiento de los hombres, que, según ellos, «han sido, son y serán siempre hombres». Así que los juicios severos, las alarmas por la bajeza de las almas y por el abandono de la disciplina moral de la nación, les parecía un género de jansenismo estrecho é indigno de un hombre de Estado. Juzgaban que era una invención sin fundamento la distinción de épocas en que las naciones florecen por las buenas costumbres, y de épocas en que degeneran por los vicios. En una palabra, esos singulares sucesores de los Ambrosio y Crisóstomo no se desdeñaban de unir la ilusión á la corrupción del siglo XVIII, y trataban de gobernar con las ideas de un Turgot y la ciencia de los hombres de un Maurepas.

El error de ese proyecto impracticable, sobre todo para hombres de iglesia, entregó la reina á las venganzas y á las iras del partido del arzobispado, á las

denuncias de las cartas dirigidas á M. de Marbeuf. «Se dice que el favorito, lector é institutor de la reina, abate de Vermond, os hace la ley como á los demás. Se dice que dispone de empleos como de beneficios, y que está guiado por un poder invisible (la reina) oculta detrás de la cortina.» Luego se traslució primero y descubrió después la deplorable insuficiencia del ministro, que en sus debates con los Parlamentos dejaba á la reina en descubierto, amotinaba las pasiones contra ella y la abandonaba á la opinión pública. Las faltas y dilapidaciones del pasado, las dificultades de la Hacienda, las desventuras de la política, todo era entonces atribuído á la reina; todos la acusaban del presente, de la nueva severidad del rey, del destierro de los Parlamentos; y parecía que los Parlamentos llevaban la voz de Francia al pie del trono, cuando osaban denunciar á la reina ante Luis XVI. «Tales medidas, señor, no son de vuestro corazón; tales ejemplos no están conformes con los principios de vuestra majestad; todo eso viene de otro origen...»

... La reina vió que había sido engañada en la elevada opinión del talento de M. Brienne, de que tanto se le había hablado; engañada por la seguridad de M. Vermond cuanto á su candidato, en la afluencia de su palabra y presunción de su orgullo. La declaración del déficit, el descalabro del tribunal en pleno, la declaración del 8 de Agosto de 1788, que convocó los Estados generales para el 1.º de Mayo de 1789, hicieron comprender á la reina que era tan peligroso aceptar ministros de mano del abate de Vermond como de mano de los Polignac. Ella misma hizo llamar al arzobispo y le pidió que dimitiese, suavizando su caída por el testimonio y pruebas de su gratitud, queriendo recompensar, si no los talentos del ministro, al menos

sus tentativas, esfuerzos y adhesión. La reina se sometió. Desengañando á la opinión que podía tenerse de su carácter, que esperaba resistencias y luchas posibles, aun entonces, se humilló ante la voluntad de la nación, y lejos de arrastrar al rey á resoluciones extremas, olvidando los escritos por los que M. Necker desde su salida del ministerio se había enajenado su protección y simpatías, se hizo intermediaria de la vuelta del antiguo ministro. M. Necker fué introducido junto á la reina antes de entrar á ver al rey, y ella fué la que con sus quejas sobre la mala inteligencia en que Francia la tenía y por las vivas expresiones de su deseo de entrar en el favor y amor de la nación consiguió que aceptase M. Necker. El apoyo dado por la reina á M. Necker fué franco, leal y completo, á tal punto, que le atrajo la tibieza del único amigo que se había conservado fiel á su amistad, el conde de Artois, que combatía la doble representación del tercer estado contra la reina, aliada á la opinión pública, á la popularidad de M. Necker, á la revolución que comienza.

Los Estados generales se abrieron el 4 de Mayo, en Versalles, y las mujeres del pueblo, viendo pasar á la reina, la saludaban con gritos tan furiosos de «¡viva el duque de Orleans!», que fué preciso sostenerla por estar próxima á desmayarse.

LIBRO TERCERO

(1789-1793)

I

Situación de la reina al comenzar la revolución, cerca del rey, de Mad. Isabel, de Madame, de la condesa de Artois, Mesdames tias, Monsieur y el conde de Artois.— Los príncipes reales: el duque de Penthièvre, el príncipe de Condé, el duque de Borbón, el conde de la Marche.— El duque de Orleans.— La reina y los salones: el Temple, el Palacio Real, etc.— La reina y Europa.— Inglaterra.— Prusia.— Suecia.— España y Nápoles.— Saboya, etc.— Austria.

La revolución comienza.

Conviene, en primer lugar, dar á conocer la posición de la reina; observar los apoyos con que contaba ó los consuelos que tenía contra las desencadenadas pasiones de un pueblo; señalar su situación cerca de su marido, su familia, salones y poderes de Versalles, París y Europa.

Luis XVI amaba á la reina. La amaba con un amor que los Borbones no habían concedido hasta entonces sino á sus queridas; y es una observación muy justa, hecha por un contemporáneo, la de que María Antonieta, al heredar semejante amor, había también he-

redado los odios y enemigos de una favorita de rey. La malevolencia pública, que por tan largo tiempo consoló á las reinas de Francia de las infidelidades de sus esposos, atacó á la esposa cuyo reinado sucedía á la influencia de las Pompadour y de las Du Barry. Sin embargo, si en esta unión de dos espíritus distintos la voluntad y el carácter se habían sobrepuesto, si Luis XVI se había sometido, si recurría á los consejos de la reina, era con el despecho íntimo y el recelo preconcebido de las naturalezas débiles, que no quieren sino librarse de la responsabilidad del mal resultado. Abandonaba las ideas de la reina, volvía á aceptarlas de repente y á querer dejarlas apenas se había confiado al volver en sí; á todo momento tenía indecisiones é inercias que desbarataban en él las resoluciones de la reina. Así, que la misma flojedad de Luis XVI le hacía incapaz de obedecer y de someterse, sin que su corazón, que entonces pertenecía por completo á la reina, participase en nada de su humor.

Mad. Isabel era la única, entre las mujeres de su familia, que, libre de las enemistades que habían rodeado su infancia y educación, y siguiendo el impulso de su hermosa alma, mostraba por su amistad y adhesión á la mujer de su hermano la fácil victoria de tantos atractivos, cuando no se encontraban con las prevenciones de los intereses ni los rencores de los partidos.

Las dos cuñadas de la reina, Madame, mujer de Monsieur, y la condesa de Artois, celosas de la reina, envidiando el dominio encantador de su bondad y talento, habían entrado en el partido de Mesdames tías y aportado sus enemistades, que tomaban matices y gradaciones según los caracteres y aversiones de sus maridos. Los celos de la condesa de Artois estaban

algo contenidos por la adhesión del conde de Artois hacia su cuñada. Los de Madame, por el contrario, estaban excitados y animados por los dichos y la guerra de malignidades de Monsieur contra la reina. Mil choques diarios, los menores incidentes, los más ínfimos pretextos para enfadarse, las afrentas imaginarias, una palabra de la reina á Madame sobre la conducta equívoca de Mad. de Balbi y lo inconveniente que era ligarla á su persona, un gesto, un aire, nada se perdía en esta memoria sin clemencia en que germinaba el rencor. ¿No dijo un día Madame á María Antonieta: «No seréis más que la reina de Francia, nunca seréis la reina de los franceses»? Las contradicciones de la reina por ese lado de la familia llegaron en 1782 hasta alterar su salud. Sus amigos, asustados de su melancolía que nada podía distraer, por su indiferencia de todas las cosas, por este enflaquecimiento que la amenazaba con una enfermedad de languidez, no ocultaban sus esperanzas de que Monsieur y Madame se viesan obligados á dejar á Versalles y á retirarse á Luxemburgo, por necesitarse su habitación para el Delfín.

Reducidas Mesdames á su corte de Bellevue, y á ocultar su derrota, sin influencia en los negocios, sin gobernar nada, separadas en el presente y en el porvenir por el amor del rey y de la reina, no pudiendo hablar á su hermano sino un día de Carnaval en que todo el mundo bailaba, Mesdames murmuraban incomodadas. Unidas á Mad. Luisa, la Carmelita de Saint-Denis, que su odio contra Austria la llevó hasta turbar un convento de religiosas austriacas; á Mad. Luisa, que Luis XVI se vió obligado á ir á reprender en persona, intimándole la orden de no mezclarse en los asuntos del ministerio, Mesdames se agitaban y ven-

gaban en la sombra. Cuando les contaban una elección ó una idea de la reina, tenían para calumniar sus actos ó miras dos fórmulas invariables: ó bien ésta: «Nos sorprendería mucho que ella pensase como mi padre ó como mi hermano»; ó bien ésta: «Todos los días le sorprendemos nuevas opiniones contrarias á la dinastía de Francia.» En fin, en el vacío y suplicio de esta posición, alejadas de la corte y no pudiendo disputar el rey á la reina, ni luchar de frente, Mesdames se rebajaron á apoyar el Memorial del comercio de Lyon, que acusaba á la reina de la miseria en que estaba el comercio de Francia por su afición á los trajes blancos. Mesdames estaban reducidas á acusar la sencillez de la reina, olvidando que antes no tenían bastantes reconvenciones para el lujo de sus trajes.

Los cuñados de la reina... ¡triste es decirlo!, la reina había encontrado entre ellos al peor de sus enemigos: ya he nombrado á Monsieur, cuya conducta particular y política no había sido hasta entonces sino una crítica de la vida de la reina y una rechifla de cuanto hacía. Cuando María Antonieta se dedicaba á los placeres de la juventud, Monsieur hacía gala de una piedad aparente y ostentosa. Cuando en Versalles había fiestas, se iba al Calvario. Exento de precauciones y sin religión espiritual, propenso á las novedades, inclinado por naturaleza hacia la popularidad y sus lisonjas, Monsieur violenta, contraria su carácter é ideas. Cuando María Antonieta adquiere los aplausos de la nación por el apoyo dado al restablecimiento de los desterrados Parlamentos, Monsieur se lanza al partido de la resistencia á la opinión, al sistema del derecho absoluto de la voluntad real. Cuando la reina se ocupa de política, Monsieur no deja el lápiz ni la pluma, extiende la caricatura y la sátira, difunde el insulto y

el descrédito de la ironía sobre los amigos de la reina, sus ministros, ideas é ilusiones.

La reina había encontrado un amigo entre los hombres de su familia. Este amigo había participado de sus juegos y compartido sus diversiones; había entre ellos comunidad de gustos y aficiones, se había asociado á sus deseos y amistades; no temiendo llegar por agradarle hasta comprometerse. Mas las circunstancias malhadadas habían alejado de ella este amigo. Intrigado por Vaudreuil, cediendo á las insinuaciones de los Polignac, que las frialdades de la reina habían hecho intimar con el hermano amado del rey, el conde de Artois opuso dificultades al ministerio Brienne y ayudó á su caída. Más tarde, cuando comenzó la revolución, también le separó de la reina el disentir con sus miradas de conciliación y de satisfacción á las exigencias nacionales, en lucha con la importante cuestión de la representación del Estado llano, que la reina juzgaba favorablemente contra las ideas de él. El conde de Artois está ya cercado, comienza á pertenecer á los consejos de los Calonne y de los Vaudreuil, que harán de él, sin que se haga cargo ni le remuerda, uno de los grandes peligros de la reina durante la revolución.

Los príncipes de la sangre guardaban todavía contra la reina el resentimiento del paso que había querido tomar sobre ellos su hermano el archiduque Maximiliano. El duque de Penthièvre, suegro de la princesa de Lamballe, único adicto á la reina, vivía lejos de la corte, retirado y encerrado en sus tierras, y no podía servir á la reina sino de muy lejos. Sus mismas cualidades, por su dulzura, benevolencia y santidad, no le dejaban autoridad y mando, aunque no le faltaba valor. ¡Pobre príncipe! Nacido para otros tiempos

y que debía ceder á la revolución, con la paciencia sufrida y el abandono de sí mismo que nos revela esta carta á su párroco: «...Puedo exponerme menos todavía á comprometerme; tened la bondad de dejar á un lado las ideas que habéis recibido sobre la autoridad de los poseedores de la casa que tengo en vuestra parroquia: en la actualidad soy ciudadano, nada hay que añadir...»

El príncipe de Condé, amigo de Mesdames, que se había encerrado con ellas todo el tiempo que estuvieron enfermas de viruelas, su confidente y aliado, no podía perdonar á María Antonieta que no hubiese querido recibir en la corte á su querida, Mad. de Mónaco; y los íntimos de Versalles representaban este príncipe á la reina como persona tenaz, obstinada, ambiciosa, tenebrosa y feliz en proporcionar peligros. El duque de Borbón, demasiado pobre de espíritu y de entendimiento negado para formar opiniones por sí mismo, pensaba como se hereda, aceptaba las enemistades de su padre, más agriadas en él por el interés y la solicitud fraternal que María Antonieta había mostrado, cuando su duelo, á su adversario, el conde de Artois.

El hijo del príncipe de Conti, el conde de la Marche, había comprometido de un modo vergonzoso su nombre y las tradiciones de oposición de su padre en el partido Terray y Maupeón; después de haber insultado á M. de Choiseul, y desertado de Versalles, se contentaba con hacer á la reina la misma corte que su padre, acercándose á ella y saludándola como un parisien en los corredores de la Opera. Pronto le hizo la guerra contra los ministros Calonne y Brienne; y mañana, en el peligro de la monarquía la reina verá á ese criado de la opinión «pedir perdón á todo el mundo por un título que le hace morir de miedo».

El duque de Orleans... ¡Ay! ¡cuánta debilidad en éste, cuyo odio mismo fué una debilidad! ¡Cabeza y corazón, todo en él era demasiado pequeño para tal sentimiento. Mas ¡cómo obligaron á su conciencia y á su naturaleza las intrigas de sus consejeros, el complot de los intereses particulares! Había sido un trabajo subterráneo, lento y paciente, que había cambiado en enemistad ulcerada y sangrienta la amistad del duque de Chartres con la reina, bastante viva en un tiempo para haber sido calumniada. Luis XVI nunca había tenido las buenas disposiciones de la reina; desde el principio de su reinado mostró su aversión al duque, su mal humor contra los amigos del duque. Esos sentimientos de Luis XVI, que obligaron á María Antonieta á separar de su intimidad á ese príncipe de la sangre, se le hicieron ver como obra y gusto de la reina. Desde entonces, al decir de los amigos del príncipe, la reina tenía la culpa de todos sus descalabros y de todas sus afrentas. La reina era la que animaba las sátiras contra el duque á propósito del combate d'Ouessant; la reina quien le impedía obtener el cargo de gran almirante de Francia; la que le valió ese epigrama de nombramiento de coronel general de los húsares; la reina también la que había causado que no se hiciese el casamiento de uno de sus hijos con Madame. Luego, cuando este rencor, cada día exacerbado, llenó toda el alma del duque de Orleans y pareció ensancharla, los consejeros sembraron poco á poco las esperanzas lejanas del porvenir, las ideas que son tentaciones, los sueños que primero asustan y concluyen por sonreír á las monstruosas ambiciones... Cuando el segundo embarazo de la reina, el duque de Orleans juró, ¡y con qué ultrajes á la reina!, que jamás el Delfin sería su rey. Ofendida María Antonieta de sus insolentes

cias, se vengaba de él con el ridículo, y hacia que el rey dijese al príncipe que descendía á ser abastecedor de su Palais Royal: «¡Como vais á tener tiendas, no hay que esperar veros sino los domingos!» Los Birón, Liancourt, Sillery y Laclos recibieron al príncipe furioso y avergonzado todavía con las risas de Versalles enardeciéndole más; le hablaron con audacia de venganza, y de desterrar á la *ilustre dama* á Alemania. Y el 4 de Mayo de 1789, abusando de su debilidad, le probaron ya la corona.

Por el Temple, salón del príncipe de Conti, y por el Palais Royal, salón del duque de Orleans, y círculos del mundo inteligente, la reina hallaba en la más elevada sociedad de París dos centros enemigos, de los que uno debía unir las calumnias y las conjuraciones contra ella hasta su muerte.

En una esfera inferior, entre todos los salones abiertos á la revolución, desde el salón de Mad. Necker, que había recogido á los filósofos de Mad. Geoffrin, hasta el salón de Mad. la duquesa d'Anville, que acogía á Barnave, había muchos que eran aún más contrarios á la personalidad de la reina que á las ideas de la contrarrevolución. Eran los salones de las mujeres de la corte, que habían tenido que perder por ellas ó por sus amigos con el favor de Mad. de Polignac, y á costa de las cuales la reina había levantado esa gran fortuna sin cuidarse de perjudicarlas.

Y alrededor de la reina, en su misma casa, ¡cuántos círculos de conversación llenos de malicia y de venganza! ¡Cuántas mujeres que no dominaban sus resentimientos, como no los dominaba la mujer del primer escudero de la reina, cuya supervivencia, esperada por su primo el vizconde de Noailles, había sido dada á M. de Polignac! ¡Cuántas señoras, como Mad. de Tessé,

dejaban en su casa que hiciesen sus amigos, y aun ellas mismas hacían con la gracia maliciosa de su sonrisa y la filantropía sentimental de su época, la guerra de la declamación con la conversación y espiritualidad francesa contra la reina de Francia!

La desgracia quiso que á la animosidad de los cortesanos perjudicados y envidiosos se uniese la ingratitude y la traición de los favorecidos hasta el colmo; de los íntimos amigos. No era bastante contra la reina la contrariedad de todas las familias ilustres, de los Montmonrency, Clermont Tonnerre, Rochefoucauld, Crillon y Noailles; sus protegidos, sus comensales y huéspedes de Trianón le faltaron también en la hora de peligro. El gran ejemplo de la princesa de Tarento fué poco imitado. La duquesa de Fitz James partió para Italia. El príncipe Hénin, á quien las mercedes de María Antonieta habían hallado en tan mala situación, se hizo el desentendido al silencio de menosprecio con que se le recibió en el castillo. La condesa de Coigny, cuyo sólo nombre recuerda tal deuda de reconocimiento, merecerá que la prensa realista la acuse de haber animado el insulto á la vuelta de Varennes en la plaza de Luis XV. Entre los duques, los había como el duque d'Ayen. Al príncipe de Poix, á quien una carta de Luis XVI acusa de espiar á su rey, la reina en peligro en las jornadas de Octubre, le puso una casaca sobre su uniforme, que le ocultó igualmente, dice Rivarol, á la venganza y á la gloria.

Si el historiador abraza con un golpe de vista más amplio la posición de la reina; si, dejando lo que está á su alrededor, investiga más lejos; si, dejando á Versalles, París y Francia, interroga á Europa, quedará asustado de las disposiciones hostiles de las cortes, y de la fatalidad que hace tantos enemigos por todo el

mundo á esta desgraciada princesa. Verá que está en los intereses y casi en las necesidades de la política europea el rehusar á María Antonieta el beneficio del apoyo moral, el dejarla desarmada y sin auxilios, haciéndole daño por la acción continua y el lenguaje ordenado de un cuerpo diplomático casi unánime, y, en fin, abandonarla á la revolución y permitir que muera.

Inglaterra formaba en primera fila en las potencias enemigas de la reina; no cesaba de envilecerla por medio de sus agentes. Había acogido las calumnias y abrigado á los calumniadores, tolerado y alentado en Londres los libelos y ultrajes; había pagado en París las injurias y difamaciones. El gabinete de Saint-James veía en María Antonieta un instrumento de la política de M. de Choiseul, del ministro que primero había inquietado el poderío inglés en América; veía en la reina el lazo de esta alianza de las casas de Austria y de Francia, que podía detener los progresos y conquistas de su invasora política. Verdad es que María Antonieta no había impulsado la emancipación de las colonias americanas. Si le había lisonjeado la gloria adquirida por algunos franceses en los campos de batalla del nuevo mundo, no había cedido al entusiasmo de Diana de Polignac. No cesó de deplorar el auxilio dado á una insurrección republicana, como si hubiese tenido el presentimiento de que los barcos franceses traerían de América alguna cosa republicana; si no la idea, por lo menos la palabra. Esta conducta y el buen recibimiento, casi excepcional, hecho por la reina á todos los ingleses que la presentaban, no acallaron los odios del pueblo inglés, ardiendo en deseos de vengarse de Francia, y no pudiendo disponer contra ella de ejércitos austriacos por el tratado de 1756, del que

María Antonieta en el trono de Francia era la garantía, impaciente y contenida en su isla hasta el rompimiento de ese tratado, hasta la declaración de guerra de los Brissotins al Austria, hasta el encarcelamiento de la reina. María Antonieta no ignora esos odios, tiene miedo á esa nación, y no puede pronunciar el nombre de Pitt, primer ministro de Inglaterra, *«sin sentir en su espalda un escalofrío»*, según sus palabras.

Esta alianza de Austria y de Francia todavía era más temida por otra potencia: por Prusia. Era, en efecto, un recuerdo permanente para el rey de Prusia de la liga que había amenazado borrar la monarquía prusiana del mapa de Europa. Así que, María Antonieta estaba rodeada de agentes secretos en Prusia, espionando sus pasos, estudiando á sus partidarios, investigando sus relaciones con la familia real; en una palabra, conspirando con los agentes de Inglaterra.

En el Norte, Suecia, más ofendida de la fría recepción de Gustavo III en Versalles que el mismo rey, que volvió deslumbrado y casi enamorado de la belleza de la reina de Francia; Suecia, así como los pequeños Estados de Alemania, atribuían á María Antonieta la unión menos íntima de la Francia, su protección menos segura y firme.

En el Mediodía, España y Nápoles, indignadas con los esfuerzos de la reina Carolina para desligar á su marido del pacto de familia; esta conquista de Luis XVI sobre Austria, juzgando á María Antonieta por su hermana, se inclinaban á no ver en la reina de Francia sino una archiduquesa de Austria vendiendo el interés de sus pueblos á los intereses de su casa.

En el Mediodía también, Saboya consideraba á María Antonieta, y á la alianza que ella representaba,

como la conclusión de las ventajas de su posición, como la ruina de su antigua política de opción entre Francia y Austria, que por tan largo tiempo se habían disputado su alianza en sus guerras. Las pequeñas repúblicas de Génova y Venecia manifestaban por sus agentes en París sus antipatías contra esta alianza, contra esta reina, á la que hacían cargar con la responsabilidad del reparto de Polonia.

En fin, de un extremo de Europa al otro, la política de los intereses, el santo y seña de los agentes diplomáticos, eran contrarios á esta reina, guardiana y prenda del tratado de 1756. Más allá de Europa continuaban los rencores; y el gran visir, al saber en Constantinopla la proclamación de la república, exclamará: «¡Me alegro! esta República no se casará con archiduquesas.» Esta hostilidad universal contra la princesa austriaca, ¿asegurará, al menos á María Antonieta, la completa adhesión de su familia, el apoyo sin reserva de Austria? No. Los soberanos pertenecen á su patria antes que á sus familias, y el emperador José no había encontrado en su hermana una aliada bastante obediente, un instrumento bastante dócil para los intereses de su imperio, los proyectos de su reinado, las esperanzas de su diplomacia y las tentativas de sus armas. Cuando había querido apoderarse de Baviera y reclamado del rey de Francia el auxilio de veinticuatro mil hombres estipulado en el tratado de 1756, ó, á falta de eso, un subsidio pecuniario; cuando la guerra de Austria con Prusia parecía inminente, la reina sólo había empleado sus lágrimas para evitar esta guerra de su casa. El rey escribía á M. de Vergennes: «... He visto á la reina después que ella os vió; me ha parecido muy afectada de un sentimiento de inquietud bien natural por la guerra que podría estallar

de un momento á otro entre dos rivales tan próximos; ella me habló también de que no habéis hecho lo bastante para evitarla. He tratado de probarle que habíais hecho lo que estaba en vuestra mano, y que estábamos dispuestos á dar todos los pasos amistosos que la corte de Viena podría sugerirnos. Mas al mismo tiempo no la he dejado ignorar el poco fundamento que yo veía para las adquisiciones de la casa de Austria, y que de ningún modo estábamos obligados á auxiliarla para sostenerlas, y, además, la he dado seguridades de que el rey de Prusia no podría apartarnos de la alianza, pues puede desaprobarse la conducta de un aliado sin romper con él.» Con sólo esta seguridad del rey, apoyada por M. de Maurepas, la reina renunció á mezclarse en la negociación; tanto, que el emperador dió quejas de su hermana al conde de la Marck.

Cuando, en 1784, José II quiso exigir la apertura del Escalda, y establecerse en Maëstricht, también se dirigió á la reina, y ella negóse á tomar parte en este asunto. Limitóse á solicitar del rey una mediación de Francia que procurase á su hermano la salida más honrosa de esta imprudente temeridad. Esas negativas que María Antonieta tuvo valor de hacer sacrificando su cariño de hermana, esas nobles negativas, afirmadas por testigos cuyo testimonio es indiscutible, ¿quién las negará en la actualidad después de esta carta de la reina á su hermano?

«Ya sabéis lo bueno que el rey es para mí; cuando se trata de vos, sólo atiende á su corazón; yo por nadie hago votos tan ardientes como por vos; mas ya comprenderéis que no soy libre hoy en el día en los negocios que interesan á Francia: probablemente se vería mal que me mezclase, sobre todo, en una cosa que no se acepta

en el ministerio; lo tomarían por debilidad ó ambición. En fin, querido hermano, yo soy ahora francesa antes que austriaca...»

De suerte, que esta reina, acusada de enviar á su hermano los tesoros de Francia, acusada de ser en Versalles la espía y agente de Austria; esta reina á quien el epíteto de austriaca perseguirá hasta la plaza de la Revolución, debió á su conducta francesa no hallar más que frías simpatías en su misma casa, en esta patria á la que debía tantos enemigos.

II

Penas maternas de María Antonieta.—Muerte del Delfín.—
Alejamiento de la reina del salón de Mad. de Polignac.—La condesa de Ossun.—Separación de la reina y de los Polignac, después de la toma de la Bastilla.—Correspondencia de la reina con Mad. de Polignac.—La revolución y la reina.—Plan de asesinato de la reina.—El 5 de Octubre.—El 6 de Octubre.—MM. de Miomandre y Du Repaire.—La reina en el balcón de Versalles.—Respuestas de la reina al Comité de indagaciones y al Châtelet.

Conjurados contra María Antonieta los furiosos de un pueblo, el odio de Francia y los intereses de Europa, atormentándola las alarmas del presente é inquietándola las amenazas y presentimientos del porvenir, ni siquiera hallaba refugio y paz en su corazón. En esos últimos años la habían abandonado los goces serenos de la maternidad, que consuelan con las caricias infantiles todo cuidado y desvanecen todo pesar. Había un año que perdiera á su última hija, su pequeña Sofía, y esta muerte parecía haber sido el comienzo de su desgracia. Ahora el Delfín se muere lentamente, día á día y casi hora á hora, torturando el pobre corazón de la reina con las angustias de la inquietud y esperanzas sucesivas, agobiada por una certidumbre horrible y de la que aún quiere dudar. ¡Qué espectáculo doloroso para la afligida madre! ¡Este niño antes lleno de vida, con tan buena salud, vivacidad é

inteligencia, palidece, adelgaza, pierde su hermosura y lucha con la muerte! Todo desaparece con el mal y los sufrimientos: sus buenos colores y su activa alegría. Las piernecitas, debilitadas, no pueden con el talle, antes tan esbelto y flexible, con su trajecito de marinero; se tuerce y joroba, y desfigúrase de tal modo, que la reina, con el doloroso orgullo de madre, oculta al pobre niño que se arrastra hacia la muerte y es objeto de risa.

Y la madre escribía esta carta desolada á su hermano José II, el 22 de Febrero:

«Mi hijo mayor me causa mucha inquietud, querido hermano. Aunque siempre ha sido débil y delicado, no esperaba la crisis que experimenta. Su talle se ha desarreglado en una cadera, que está más alta que otra, y por la espalda, cuyas costillas están algo salidas de su sitio. Desde hace algún tiempo, todos los días tiene calentura, y está delgado y debilitado. Es evidente que la causa principal de sus sufrimientos es el trabajo de la dentición: hace unos días que se le ve una muela que ya está fuera, y eso da alguna esperanza. También la da de que se enderece su talle á medida que le vuelvan las fuerzas. El rey ha sido muy delicado y enfermizo durante su infancia; el aire de Meudon le ha sido muy provechoso, y vamos á instalar allí á mi hijo. Cuanto al segundo, tiene la fuerza y salud que le falta á su hermano; es un verdadero hijo de aldeana: crecido, de buen color y grueso...»

Esos pobres seres que la muerte desfigura antes de llevarlos, tienen impacencias, caprichos y aversiones engendrados por la enfermedad, y que desgarran los corazones que les rodean. Este postrer dolor no faltó á la pena de la madre, que el 4 de Junio de 1789 ya no le quedaba más que un hijo.

La reina debía también á los Polignac la falta de ternura, la tibieza de los últimos besos de su hijo moribundo. El enfermito, obedeciendo á los resentimientos del duque d'Harcourt, su ayo, había tomado aversión á Mad. de Polignac, hasta el punto de aborrecer los perfumes que usaba. Hubo como una especie de fatalidad en esta amistad de la reina con los Polignac, y ¡cuánto mal le había hecho ya su favorita!

El salón de Mad. de Polignac en que la reina había tenido su corte particular, al cabo de los años reunía cada vez menos la sociedad que hubiera convenido á la reina. La negligencia, el descuido de Mad. de Polignac habían llegado tan lejos en ese punto, que, cuatro años antes de la Revolución, en 1785, la reina, antes de ir á ver á Mad. de Polignac, enviaba siempre uno de sus ayudas de cámara para informarse de los nombres de las personas que allí había; y varias veces se abstuvo de ir después de recibir la respuesta. Habiéndose aventurado una vez á hablar con Mad. de Polignac de lo poco que le gustaba hallar ciertas personas en su casa, ésta, dejando á un lado su du'zura, se atrevió á responder á la reina: «Creo que porque Vuestra Majestad tenga á bien venir á mi salón, no es una razón para que pretenda excluir á mis amigos.—*No le tomo á mal eso á Mad. de Polignac*, dice más tarde la reina al contar esta respuesta; *en el fondo es buena y me quiere, pero los que la rodean la tienen dominada.*»

Entonces la reina se acostumbró poco á poco á ir al salón de la condesa de Ossún, azafata suya, hermana del duque de Grammont, y sobrina del duque de Choiseul. Mad. de Ossún no tenía ingenio ni maneras brillantes, mas era una persona muy virtuosa, muy afable, sin intrigas ni exigencias, ocupada solamente

en agradar á la reina, y que pronto se apresuró á mostrarle su abnegación y fué denunciada á las venganzas de la Revolución por el *Orador del pueblo*. La reina iba á la habitación de Mad. de Ossún, muy próxima á la suya, y llevaba con ella á los amigos que le quedaban. Allí se encontraba á su gusto, con libertad, sin temor de consejo y dominio; y volviendo á la alegría de su carácter, arreglaba pequeños conciertos, en los que tomaba parte, y en los que volvía á gozar de un placer de que se había visto privada.

La reina, al alejarse del salón de Mad. de Polignac, no había guardado resentimiento contra ella; todavía la amaba y continuaba fiel á su amistad. Mas la sociedad de Mad. de Polignac, aunque emparentada con Mad. de Ossún, no pudo ver sin despecho este nuevo favor de la azafata de la reina. Los dichos, los epigramas y la sátira se deslizaron y envalentonaron en el salón de la antigua favorita de la reina, y al fin la ingratitude acogió á la maledicencia.

Tomada la Bastilla, victoriosa la Revolución, los gritos de muerte se levantaron por todas partes contra los Polignac, y el riesgo de la que había sido su amiga desvaneció en la reina el recuerdo de sus agravios. Hizo llamar á M. y Mad. de Polignac el 16 de Julio á las ocho de la tarde, y les dijo que partiesen en la misma noche. A esta palabra, la altivez de los Polignac despertó su gratitud. Partir, dejar á su bienhechora cuando han llegado los días de desgracia, huir cuando comienza el peligro, ¿no es eso desertar? La mujer y el marido negáronse á ceder al deseo de la reina. María Antonieta les suplica, les ruega y conjura, mezclando las lágrimas á las súplicas; les manda partir en nombre de su mismo interés: *Venid, señor*—dice al rey, que entra;—*venid á ayudarme á persuadir á estas*

leales gentes, á estos fieles súbditos, que deben dejarnos. Y ayudada por el rey, consigue al fin que su amiga la abandone.

En los últimos abrazos, la amistad de la reina volvió á toda su ternura. A media noche, en el momento en que iba á dejar el castillo, Mad. de Polignac recibió estas líneas de la reina: «*¡Adiós, la más querida de las amigas! ¡La palabra adiós es horrible, pero necesaria: adiós! Sólo tengo fuerzas para abrazaros.*» Y Mad. de Polignac partió llevando para M. Necker la carta que le llamaba al ministerio, en la que Luis XVI le pedía que volviese á tomar su lugar cerca de él «*como la mayor prueba de adhesión que podía darle.*»

Los pensamientos de la reina pertenecen por completo á los fugitivos, á su viaje y á su salvación. «*Unos renglones solamente, querida mía; no puedo resistir al placer de volver á abrazaros. Os he escrito hace tres días, por M. de M... que me hace ver todas vuestras cartas y con quien no ceso de hablar de vos. Si supieseis con qué ansiedad os hemos seguido y qué alegría hemos experimentado al saber que estabais en salvo; por esta vez no os he causado mal. Desde que os he escrito, está esto tranquilo, mas en verdad que todo es bien siniestro. Me consuelo abrazando á mis hijos, y recordándoos, amor mío.*»

La reina corre á recibir noticias de su amiga, que le lleva el barón de Staël; no se cansa de escribirla, y, al hacerlo, cree hablar con ella.

«29 de Julio de 1789.

»*Querida mía: No puedo dejar pasar la segura ocasión que se me presenta de escribiros una vez más. Es un gusto tan grande para mí, que he dado mil gracias á mi marido por haberme enviado su carta. Ya sabéis lo*

mucho que os quiero y lo que os echo de menos, sobre todo en las presentes circunstancias. Los asuntos públicos no parecen tomar buen cariz. Sin duda ya sabéis lo que ha pasado el 14 de Julio; los momentos han sido horribles, y todavía no me he repuesto del horror de la sangre derramada. ¡Dios quiera que el rey pueda hacer el bien de que únicamente se ocupa! El discurso que ha pronunciado en la Asamblea ya ha producido mucho efecto. Las gentes de bien nos sostienen, mas las cosas marchan aprisa y nos arrastran no sé adónde. No podríais imaginaros las intrigas que se agitan á nuestro alrededor, y todos los días hago descubrimientos singulares en mi propia casa. ¡Oh amiga mía! ¡qué triste y afligida estoy! M. (Necker) llegó en este instante; os ha visto, y me habló de vos. Su vuelta ha sido un verdadero triunfo; ojalá nos ayude á evitar las sangrientas escenas que asolan este hermoso reino! Adiós, adiós, amor mío; os abraza de todo corazón á vos y á toda la familia,

MARÍA ANTONIETA.»

El 13 de Agosto, la reina escribía á Mad. de Polignac:

«Veo que seguís queriéndome, y lo necesito mucho, pues estoy muy triste y afligida. Desde hace algunos días los asuntos parecen tomar mejor sesgo; mas no se puede confiar en nada. Los malvados tienen gran interés y todos los medios para trastornar é impedir las medidas más justas; pero el número de las malas voluntades ha disminuido, ó al menos todos los buenos se reúnen en todas las clases sociales, que es lo mejor que puede suceder... No os doy más noticias, porque, en realidad, cuando se está en la situación en que estamos, y además tan lejos una de otra, la palabra más insignifi-

cante puede inquietar ó tranquilizar demasiado; mas contad siempre con que las adversidades no han minorado mi firmeza y valor...»

Otro día la reina escribe á su amiga: «*Mi salud resiste todavía, pero mi alma está abrumada de pena y de inquietudes: todos los días tengo noticias de nuevas desventuras. Una de las mayores para mí es la de estar separada de todos mis amigos; ya no encuentro corazones que me comprendan.*» La reina dice, además, á madame de Polignac: «*Las vuestras cartas á M. de... me dan mucho gusto, porque veo siquiera vuestra letra, leo que me amáis, y eso me hace mucho bien...*»

En todas estas cartas de la reina que siguen á los fugitivos, hay el mismo estilo lleno de ternura. Parece que sus amigos han llevado algo de su corazón, según la reina vive con ellos; no olvida nada de lo que les concierne ni á ninguno de aquellos á quienes ama. Toma parte en todos sus intereses y en todas sus relaciones. La reina asocia á los testimonios de su amistad los de aquellos que la rodean. Tan pronto llevan sus cartas dos líneas del rey, como deja lugar al buen recuerdo de Mad. Isabel, ó estrecha los renglones para que quepa la letra de sus hijos, como si la reina quisiera ya prepararles á que hereden las amistades de su madre. En la tercera carilla de una carta de la reina hay tres renglones de una letra infantil: «*Señora, he sentido mucho saber que os habéis marchado; mas, tened la certezade que jamás os olvidaré.*» María Antonieta ha vuelto á tomar la pluma de manos de su hija para añadir debajo: «*El sentimiento natural le ha dictado esos renglones; la pobre pequeñita entró mientras yo escribía; le propuse escribiros y la dejé sola; así que, no hay nada de arreglo, son ideas suyas, y me ha*

gustado más envidiosla así. Adiós, mi bien amada.» Esta correspondencia de la reina con Mad. de Polignac honra la amistad y es su obra maestra. «No hay nada de arreglo», como dice la reina de lo escrito por su hija, «es el sentimiento natural...» ¡Pero qué expansión inimitable, qué ideas delicadas tan tiernamente expresadas! ¡Y qué palabras, que sólo las mujeres saben, y en las que en cada una se lee todo un sentimiento! La cariñosa queja, la dulce tristeza, parecen el lamento de un alma elevada, y la desventura se acentúa hasta este heroísmo de las lágrimas:

«Hoy 14 de Septiembre.

»Amada mía: He llorado de ternura al leer vuestra carta. ¡Oh! No creáis que os olvido; vuestra amistad está impresa en mi corazón con rasgos indelebles; ese cariño y el de mis hijos, que no dejo un instante, son mi consuelo. Tengo más que nunca necesidad del apoyo de esos recuerdos y de todo mi valor; pero me sostendré por mi hijo, y llegaré hasta el final de mi penosa carrera. En la desgracia, sobre todo, se ve lo que una es; la sangre que corre en mis venas no puede mentir. Me ocupo mucho de vos y de los vuestros, mi tierna amiga, y es la manera de olvidar las traiciones que me rodean: pereceremos más bien por las flaquezas y faltas de nuestros amigos que por las confabulaciones de los malvados; nuestros amigos no se entienden entre ellos y abren brecha á las malas voluntades, y por otro lado, cuando los jefes de la revolución quieren hablar de orden y moderación, no se les escucha. Compadecedme, amor mío, y sobre todo amadme; yo os querré á todos hasta mi último suspiro. Os abrazo con toda mi alma,

MARÍA ANTONIETA.»

La revolución ha comprendido desde el principio que sólo tiene un peligro: ese peligro es la reina. Su inteligencia, su firmeza, su corazón y entendimiento, es el enemigo y el peligro. La revolución puede esperar y espera todo del rey. Ha medido su debilidad; sabe hasta qué concesiones y abdicaciones puede llevarle, sin que el soberano se defienda, sin que el hombre se indigne, sin que el padre comprenda que al desarmarse de sus derechos entrega el trono de su hijo. Mas la mujer de ese rey y dueño, la reina, con las nerviosidades y vivezas de su naturaleza, con la entereza de su voluntad, y ese don viril, el carácter, sobre el cual la injusticia de los partidos no se ciega; con ese ardor de una madre que lucha por su hijo; con todos esos dones de iniciativa, esas cualidades aparentes y morales de la majestad que parecen refugiadas en ella, la reina, que en la actualidad ve el porvenir y no se hace ilusión sobre la revolución, impulsada á la lucha y á la valiente defensa de los derechos del trono por el interés de la gloria del rey, por ver á todos los que ama alejados y puestos fuera de la ley, por sus amistades como por sus deberes, la reina es de temer. ¡Y qué inquietudes causa á la revolución esta seducción de su persona, estas inflexiones de su voz, este aire y gesto que pueden, en un instante supremo, cambiar los destinos, arrastrar un ejército y hacer repetir á los franceses, ante el trono de María Antonieta, el juramento de los húngaros ante el trono de María Teresa! ¡No oirá un día la revolución, en la capilla de las Tullerías, á la nobleza de Francia, después del *Domine salvum fac Regem*, exclamar con una sola voz: *Et Reginam!*

Hay que conjurar este peligro y esta seducción. Toda la prensa revolucionaria se dirige á la reina: in-

jurias, reconvenciones, epigramas, todas las malignidades y todas las infamias de la palabra impresa se dirigen á ella y la persiguen. Contra la reina únicamente son dirigidos los golpes y los motines del populacho. En todos los periódicos que ultrajan ó amenazan á la mujer del rey, éste es llamado *el honrado, el virtuoso y mal aconsejado* Luis XVI, que siempre queda disculpado ó absuelto. En el campo opuesto, en la prensa realista, ese soberano que se olvida queda también olvidado; los periódicos combaten y conspiran por esta esposa y esta madre, que en vano trata de arrancar al rey de su somnolencia y de infundirle su alma: la reina es su bandera.

¿No hay, además, otras ambiciones que las de la contrarrevolución agitándose alrededor de la reina? Los moderados del tercer Estado, ¿no habían puesto la confianza en ella hasta pensar en deponer al rey y dar á la reina la regencia del reino, con un Parlamento compuesto de dos Cámaras á imitación del Parlamento inglés?

Ilusiones, adhesiones, esperanzas, partidos: la reina aliaba en rededor suyo demasiadas fuerzas y proyectos para que la revolución no recelase de ella como del único obstáculo importante para su porvenir. Era urgente que la reina desapareciese para que el camino quedase libre. «*La ilustre dama tiene que marcharse, si no prefiere otra cosa peor*»: tal era el lenguaje de los miembros de la Constituyente en los salones de París; tal era la advertencia oficiosa que le habían dado los constitucionales por medio de la duquesa de Luy-nes. Mas no queriendo la reina salvarse, resuelta á permanecer al lado del rey y á morir si era menester, la revolución pensó en desembarazarse de ella con el puñal del motín. Los hombres estaban prontos; sólo

faltaba un pretexto y un grito que ocultase el santo y seña.

Sirvió de pretexto la comida dada por los guardias de Corps al regimiento de Flandes en la sala del teatro de Versalles, banquete en que la orquesta había tocado *Oh Richard! Oh rey mío!*, y en donde la reina se había presentado con el rey y el Delfín. Luego, enardecido el pueblo por fábulas y mentiras, por una escasez ficticia, una distribución de pan insuficiente en la mañana del 5 de Octubre, puso en la boca de las gentes de los mercados y de los arrabales este grito: ¡*Pan!* y los lanzó al camino de Versalles.

Pero mientras que el pueblo se pone en movimiento con este grito, Mirabeau vende la contraseña de la jornada en la tribuna de la Asamblea, pidiendo la inviolabilidad del rey, del *rey únicamente*.

En la tarde del 5 de Octubre la reina se paseaba en los jardines de Trianón. Se había sentado en la gruta, sola con su tristeza, cuando un recado de M. de Saint-Priest la suplicó que entrase en Versalles: París marcha contra Versalles. La reina parte, y ésa es la última vez que ha paseado en Trianón.

¿Qué halla en Versalles? ¡Miedo: guardias sin recibir órdenes, servidores asustados, diputados errando de un lado á otro, ministros que deliberan y el rey esperando! ¡Ella se acerca á la puerta del Consejo, escuchando, implorando una medida, un plan, una voluntad, una salvación, ó al menos una muerte digna! No oye tratar sino de proyectos de huida, y aun ésos el rey no tiene bastante resolución para seguirlos hasta el último extremo. Los tiros de fusil se oyen por las calles de Versalles, y en la plaza de armas resuena el galope de los caballos de los guardias de corps sin sus jinetes: luego, por la avenida de París, se levanta el

polvo y el ruido que precede á la marcha de una multitud: pronto la primera ola del pueblo bate la reja de los ministros; luego llega la guardia nacional, que arrastra á Lafayette en triunfo; luego los gritos y las picas, y las verduleras y pescadoras vomitando ultrajes contra la reina, y los pilluelos con las mangas remangadas, y ese pueblo que viene á pedir *las entrañas de la reina!*

En el castillo todo es anarquía y confusión; las voluntades están indecisas, los consejos balbucientes, las cobardías dan órdenes. Sólo hay un hombre entre el vértigo y el espanto; y es la reina. Durante esta noche que prepara la mañana siguiente, en tanto que, en la Asamblea invadida, el populacho se deshace en amenazas contra la reina, en tanto que en las tabernas y en las puertas del castillo el asesinato aguarda envuelto en la sombra, la reina permanece con la fisonomía resuelta y el alma serena, con aspecto digno, palabra firme y espíritu animoso. Recibe á los que se presentan en su gran gabinete, habla á cada uno, reanima el valor, y comunica á todos su entereza. «*Ya sé, dice la hija de María Teresa, que vienen de París á pedir mi cabeza; pero he aprendido de mi madre á no temer la muerte, y la esperaré con firmeza.*»

Son las dos de la mañana. M. de Lafayette ha respondido de su huerte por toda la noche. El rey ha enviado los Guardias de corps á Rambouillet; sólo quedan en el castillo los guardias de servicio. La reina se acuesta y duerme. Ha mandado á sus dos camaristas que vayan á acostarse; mas en cuanto salen de la cámara, llaman aquéllas á sus doncellas, y las cuatro mujeres permanecen sentadas contra la puerta del dormitorio de la reina. Al amanecer, llega hasta ellas el ruido de los tiros y los gritos de los hombres á quie-

nes matan. Una de las damas entra en seguida junto á la reina para hacerla levantar, la otra corre hacia donde se oye el ruido, abre la puerta de la antecámara que da á la gran sala de los guardias: «¡Señora, salvad á la reina!», exclama, volviendo hacia ella su rostro ensangrentado, un guardia de corps que defiende la puerta con su fusil, y detiene las picas con su cuerpo. A este grito, la mujer, abandonando ese hóroe á su deber, cierra la puerta tras M. Miomandre de Sainte-Marie, pasa el ruete cerrojo y vuela á la cámara de la reina: «¡Señora, levantaos; no os vistáis, escapad junto al rey!» La reina salta del lecho, las dos mujeres la pasan una saya sin abrocharla, llévanla corriendo por el estrecho y largo balcón á que dan las vidrieras de las habitaciones interiores; llegan á la puerta del gabinete de tocador de la reina. Esta puerta nunca está cerrada sino del lado de la reina; ¡ahora está cerrada del otro lado! Y los gritos y el ruido se acercan: Miomandre ha caído al lado de su camarada Du Repaire, que ha venido á participar de su muerte... En vano las mujeres de la reina llaman á la puerta y redoblan los golpes: por espacio de cinco minutos nadie responde. Por fin viene á abrir el criado de un ayuda de cámara del rey. ¡La reina se precipita en la cámara del rey! ¡Este no está! Ha corrido junto á la reina por las escaleras y corredores que están bajo el Ceil-de-Bœuf. Mas están allí Madame y el Delfín, que se echan en los brazos de su madre. El rey vuelve; llega Mad. Isabel. ¡Qué lágrimas, qué alegría en esta familia que se reúne!

Pronto todo lo que ha dejado el terror en el castillo, lo que resta de fidelidad en Versalles, afluye y se aprieta en esta cámara del rey, rodeada de clamores y de barullo, del estruendo de las armas y de la voz

del pueblo. Las mujeres se lamentan, los ministros escuchan; Necker, abismado en un rincón, llora su popularidad. Los diputados de la nobleza piden órdenes al rey. El rey se calla. Sólo la reina consuela y anima á los hombres que palidecen. Debajo de las ventanas aumenta la gritería: «¡A París! ¡A París!» El rey se deja decidir por las súplicas y las lágrimas, y promete al pueblo partir al medio día. Mas eso no basta al triunfo del pueblo; es preciso que la reina también se presente: la llaman á gritos. ¡La reina se asoma al balcón de la habitación donde Luis XIV ha dado el último suspiro! Aparece con el Delfín y Madame real á cada lado. «¡Nada de niños!», dicen en tono de mando veinte mil voces. María Antonieta, retirando los brazos, aparta á sus hijos y aguarda. El pueblo no ha querido á la madre, ha pedido á la reina: ¡Hela ahí! «¡Bravo! ¡Viva la reina!», exclama con una sola voz ese pueblo de asesinos, á quien el continente sereno y la majestad arrogante del valor de una mujer le arrancan la admiración y le devuelven una conciencia.

Pasado Octubre, ¡qué grandeza todavía más hermosa, qué magnanimidad cristiana en ese perdón de la reina que no quiere acordarse de sus asesinos! María Antonieta escribió la tarde misma á su hermano el emperador: «*Quizá sabéis ya mis desventuras; existo y no debo este favor sino á la Providencia y á la audacia de uno de mis guardias, que se dejó acuchillar por salvarme. Han armado contra mí el brazo del pueblo, han sublevado á la multitud contra su rey. ¿y con qué pretexto? Quisiera deciroslo y no tengo valor...*» El Comité de indagaciones vino á interrogarla; la reina respondió: «*Jamás seré delatora de los súbditos del rey.*» El Châtelet le pidió su declaración; la reina declaró: «*Todo lo he visto y sabido, y todo lo he olvidado.*»

III

La familia real en las Tullerías.—Las Tullerías.—La reina y sus hijos.—Instrucción de la reina para la educación del Delfín.—La reina toma parte en la política.—Mirabeau.—Negociaciones de M. de la Mark cerca de la reina.—Entrevista de la reina y de Mirabeau en Saint-Cloud.

El pueblo se llevó á la familia real. Dos cabezas de guardias de corps sobre picas precedían á su triunfo. Las canciones, las obscenidades, acompañaban al carruaje que llevaba lentamente al *panadero*, á la *panadera* y al *pequeño marmitón*. En el pescante, el cómico Beaulieu insultaba con mil sátiras á la familia real. La reina, con los ojos secos, muda é inmóvil, arrostraba el insulto como habría arrostrado la muerte. « ¡Tengo hambre! », dijo el Delfín, que iba sentado sobre sus rodillas; entonces lloró la reina.

Al cabo de siete horas, la comitiva llegó por fin al Ayuntamiento; y cuando al repetir á los parisienses la frase de Luis XVI: « Siempre me veo con placer y confianza en medio de los habitantes de mi buena villa de París », Bailly olvidó la palabra confianza: *Repetid con confianza*, le dijo la reina con la presencia de espíritu de un rey.

Las Tullerías iban á ser la nueva residencia de la familia real. No estaba nada preparado en este palacio sin muebles, abandonado desde hacía tres reinados. Las damas de la reina pasaron la primera noche sobre sillas; Madame y el Delfín, en unos catres. Al día siguiente la reina se disculpaba con las visitas de

la desnudez de las habitaciones: *¡Ya sabéis que no esperaba venir aquí!*, decía con una mirada y un tono que no podían olvidarse.

Llegaron muebles de Versalles, y se hizo la instalación. El rey tomó tres piezas en el piso bajo sobre el jardín; la reina tenía sus habitaciones junto á las del rey. Abajo estaba su gabinete de tocador, su dormitorio y el salón de confianza. En el entresuelo su biblioteca con los libros de Versalles; arriba la habitación de Madame, separada del dormitorio del rey por la cámara donde dormía el Delfín. Después del salón de confianza estaba el billar, y seguían las antecámaras. El aya de los hijos de Francia, Mad. de Lamballe, MM. de Chastellux, d'Hervilly y Roquelaure, habitaban el piso bajo del pabellón de Flora; Mad. Isabel el primer piso; Mesdames de Mackau, Grammont, de Ocsún, y otras personas del servicio, los pisos superiores. En el primer piso del palacio se hallaban la sala de guardias y habitaciones que tenían el mismo destino y el mismo uso que la galería de Versalles.

En los primeros días de su estancia en las Tullerías, la reina se encontró sin fuerzas contra el dolor; su energía cedía á la humillación de la dignidad real. Al otro día de su llegada, en la recepción del cuerpo diplomático, al tratar de hablar, los sollozos ahogaron su voz. Los libros, la lectura, no podían distraerla del recuerdo y del horror de las jornadas de Octubre. Para engañar el tiempo, para ocupar al menos su actividad física, recurrió á su aguja, se ocupó de grandes trabajos de tapicería, que adelantaba con ardor. Mas no podía huir de su imaginación, de este pensamiento, del que un fragmento de una carta á la duquesa de Polignac nos confía las angustias y el desaliento:

«... *Hablaís de mi valor; menos se necesita para los momentos horribles que he pasado que para soportar diariamente nuestra posición, las penas de una misma, las de sus amigos y las de todos los que nos rodean. Es una carga demasiado pesada, y si mi corazón no estuviese tan ligado á mi marido, á mis hijos y á mis amigos, desearía sucumbir; mas vosotros me sostenéis; debo también este ánimo á vuestra amistad. Pero yo á todos os causo desventura, y vuestras penas son por mí y para mí.*»

Sus amigos, su marido, y sus hijos sobre todo, la sostenían y ayudaban á recobrar el valor.

¿En qué se ocupa el alma de María Antonieta en los primeros días de la revolución? ¿En qué su espíritu y corazón mientras cae la Bastilla, los hombres se agitan y la fatalidad comienza? Espíritu, corazón y alma completa se ocupan de sus hijos; y la ternura inquieta, y las zozobras de una madre pendiente de un hijo amenazado de una corona, son las únicas alarmas que ocupan á esta reina. Parece que la revolución sólo es para ella una advertencia providencial, que revela á sus indulgencias maternas la gravedad y responsabilidad de los grandes deberes de una maternidad regia. Algunos días después del 14 de Julio, mientras las iras y enajenamientos del pueblo y de la corte, María Antonieta tiene ánimo y sangre fría para trazar á Mad. de Tourzel este verdadero retrato moral del Delfin, esta instrucción en que tiene la fuerza de ser imparcial, de no velar nada y decir todo, para transmitir á su aya todas estas observaciones, todas estas armas: la segunda vista de una madre que ama bastante á su hijo para juzgarle.

«24 de Julio de 1789.

»Mi hijo tiene cuatro años y cuatro meses menos dos días. No hablo ni de su altura ni de su aspecto exterior; no hay más que verle. Su salud ha sido siempre buena, mas desde la cuna se ha notado que sus nervios eran muy sensibles, y que el menor ruido extraordinario le hacía efecto. Ha sido muy tardío para echar los primeros dientes, pero le salieron sin enfermedades ni accidentes. Sólo en los últimos, creo que en el sexto, estando en Fontainebleau, ha tenido una convulsión. Después ha tenido dos, una en el invierno del 87 al 88, y otra al vacunarlo; pero esta última ha sido muy ligera. La sensibilidad de sus nervios hace que un ruido al que no está acostumbrado le cause siempre miedo; lo tiene, por ejemplo, á los perros, si los oye ladrar cerca de él. Nunca le he obligado á verlos, porque creo que á medida que adquiera reflexión se desvanecerán esos temores. Como todos los niños fuertes y sanos, es muy aturdido, muy pronto y violento en sus incomodidades; pero es bueno, tierno y cariñoso cuando su genialidad no le arrebatara. Tiene un amor propio desmesurado, que, guiándole bien, puede serle algún día ventajoso. Mientras no toma confianza con alguno, sabe dominarse, y hasta reprimir su impaciencias y rabietas para parecer dulce y amable. Cuando ha prometido una cosa, la guarda fielmente; pero es muy indiscreto, repite con facilidad lo que oyó decir, y á veces sin querer mentir, añade lo que su imaginación le ha hecho ver. Ese es su mayor defecto, y del que es preciso corregirlo. Por lo demás, repito que es un niño bueno, y con suavidad y firmeza, sin ser demasiado severa, se hará siempre de él lo que se quiera. Pero la severidad hará que se rabele, porque tiene mucho carácter para su edad, y, por ejemplo, la palabra perdón siempre le ha disgustado. Hará

y dirá todo lo que se quiera cuando se ha portado mal, mas la palabra perdón no la pronunciará sino con lágrimas y pena infinita. Han acostumbrado á mis hijos á tener gran confianza en mí, y cuando han hecho alguna cosa mala, á que ellos mismos me la digan, y es porque al reprenderles lo hago con aire apenado y afligido por su falta, y no con semblante incomodado. Los he acostumbrado á que cuando les digo si ó no, no me vuelvo atrás; pero siempre les doy una razón que entiendan, para que no crean que es un capricho de parte mía. Mi hijo no sabe leer y aprende mal; es demasiado aturdido para aplicarse. No tiene ningún orgullo, y deseo que así continúe. Nuestros hijos saben siempre demasiado pronto lo que son. Quiere mucho á su hermana, y tiene buen corazón. Cuando una cosa le causa placer, sea por ir á cualquiera parte, ó que se le dé alguna cosa, su primer movimiento es pedir lo mismo para su hermana. Es de índole alegre. Tiene necesidad para su salud de estar mucho al aire, y creo que le aprovecha más dejarle jugar y trabajar en la tierra en las terrazas, que llevarle á paseos largos. El ejercicio que los niños pequeños hacen corriendo y jugando al aire es más sano que obligarles á pasear, lo que á veces les fatiga el espinazo.

» *Voy ahora á hablar de lo que le rodea. Hay tres tías: Mesdames de Soucy, suegra y nuera, y Mad. de Villefort. Mad. de Soucy, madre, es muy buena mujer, muy instruída y exacta, pero de mal tono. La nuera es lo mismo; hace algunos años que no está con mi hija; pero con el niño no hay inconveniente en que continúe. Por lo demás, es muy leal y un poco severa con el niño. Mad. de Villefort es todo lo contrario, pues le mimas; también es ordinaria, y acaso más, pero en su exterior todas están bien juntas.*

»Las dos camaristas están muy encariñadas con el niño. Mad. Lemoine es una cotorra habladora insoporable, contando todo lo que se dice en la Cámara, que esté ó no esté el niño delante. Mad. Nouville tiene unos modales agradables, talento y honradez; mas se dice que está dominada por su madre, que es muy intrigante.

»Brunier, el médico, merece toda mi confianza cuando los niños están enfermos, mas fuera de eso hay que tenerle á raya: se toma confianzas y es parlanchín.

»El abate D'Avaux sirve para enseñar á leer á mi hijo, pero no tiene la finura y tacto que es menester para estar cerca de mis hijos. Eso es lo que me ha decidido en la actualidad á retirarle mi hija; hay que tener cuidado que no esté junto á mi hijo fuera de las horas de lección. Es una de las cosas que más trabajo le ha costado á Mad. de Polignac, y no siempre lo conseguía, pues se estaba en sociedad con las tenientas-ayas. Desde hace diez días han llegado á mi noticia frases de ingratitud de ese abate, que me han desagradado mucho.

»Mi hijo tiene ocho camaristas que le sirven con cuidado; pero no puedo contar mucho con ellas. En estos últimos tiempos hubo de haber en la habitación conversaciones inconvenientes, no os sabré decir con precisión quién las tuvo; hay, sin embargo, una Mad. Belliard que no oculta sus sentimientos: sin sospechar de nadie, hay que prevenirse. Todos los hombres de su servicio son fieles y se portan bien.

Mi hija tiene dos camaristas y siete doncellas: madame Brunier, mujer del médico, que está con ella desde su nacimiento, la sirve con exactitud; mas sin ener nada que reprocharle personalmente, nunca la encargaría de nada sino de su servicio; tiene algo del

carácter de su marido. Además, es avara, y ávida de los gajes que puede lograr en la habitación.

»*Su hija, Mad. Tréminville, es una persona de verdadero mérito. Aunque sólo cuenta veintisiete años, tiene las cualidades de una edad madura; está con mi hija desde su nacimiento, y no la he perdido de vista. La he casado, y el tiempo que no está con mi hija lo ocupa por completo en la educación de sus tres niñas. Tiene un carácter dulce y flexible, es muy instruída, y deseo encargarle que continúe las lecciones en el lugar del abate D'Avaux. Es apta para hacerlo, y pues que tengo la suerte de estar segura, encuentro que es preferible á cualquiera otra. Además, mi hija la quiere mucho y tiene confianza en ella.*

»*Las otras siete mujeres son buenas personas, y esta habitación es más pacífica que la otra. Hay dos muchachas muy jóvenes, pero están vigiladas por su madre, una para el servicio de mi hija, la otra para Mad. Lemoine.*

»*Los hombres están con ella desde que vino al mundo. Son seres absolutamente insignificantes; pero como sólo tienen que hacer el servicio, y no entran en la cámara, fuera de eso, nada me importa.»*

Un billete confidencial de María Antonieta deja ver el mismo criterio sobre su hijo. Nos muestra á la madre en el ejercicio de su autoridad, esforzándose en vencer las rebeliones del niño, en reprender sus genialidades, temblando, y no obstante tratando de no desfallecer en esa importante obligación de educar á un rey:

«Hoy 31 de Agosto.

»*Querida mía: Fuéme imposible volver de Triánón: la pierna me ha dolido mucho. Lo que acaba de suceder*

al señor Delfín no me sorprende. La palabra perdón le irritó desde su más tierna infancia, y hay que tomar precauciones cuando se incomoda. Apruebo por completo lo que habéis hecho: que me lo traigan y le haré ver cuánto me afligen sus rebeliones. Amor mío, nuestro cariño debe ser severo con este niño: no hay que olvidar que no lo educamos para nosotros, sino para el país. Las primeras impresiones de la infancia tienen tal influencia, que, á la verdad, me asusto cuando pienso que educamos á un rey. Adiós, alma mía; ya sabéis lo mucho que os quiero.

MARÍA ANTONIETA. »

Más tarde, después que pasó Octubre, la reina, retirada en las Tullerías, sin presentarse en público, se dedicó por completo á sus hijos. En su retiro se hizo institutriz y aya de su hija, pasando las mañanas en repasarla las lecciones, explicándolas con el sentido y la manera de las madres que hacen el estudio á su imagen, dulce, íntimo y cariñoso. Después dedicaba sus cuidados á su hijo, demasiado niño para aprender, pero enseñándole á agradar, tratando de dotarle de esa amabilidad y buena acogida que habían ganado á su madre el cariño de los franceses; desarrollando en él todas las seducciones de la infancia que encantan y desarman las pasiones de un pueblo.

El mayor consuelo de sus pesares era ese lindo niño, al que le bastaría reirse para que la revolución le perdonase; los momentos más agradables de sus días eran cuando, acompañando al Delfín en la terraza, á la orilla del agua, en el jardín llamado entonces jardín del Delfín, se distraía contemplando cómo se divertía con su hermana viendo los gansos y ánades nadando en el estanque, bien los pájaros que revoloteaban can-

tando en la gran pajarera. ¡Qué emoción tan dulce, y luego qué besos de la reina, cuando el Delfín, soltándose de su mano, corría hacia M. Bailly, que entraba á ver al rey! «Sr. Bailly—le decía el niño,—¿qué queréis hacerle á papá y á mamá? Aquí todo el mundo llora...» Y más tarde, qué orgullo qué alegrías de madre con escenas parecidas á la encantadora escena narrada por Bertrand de Molleville. El Delfín está cantando y jugando en la cámara de la reina con un pequeño sable de madera y un broquel; vienen á buscarlo para cenar; en dos saltos está á la puerta. «Y bien, hijo mío—dice la reina llamándole,—*¿os marcháis sin saludar á M. Bertrand?*—¡Oh, mamá—responde el niño con una sonrisa y saltando siempre,—es porque ya sé que M. Bertrand es uno de nuestros amigos!... ¡Buenas noches, Sr. Bertrand!» Así que se marchó el Delfín: *¿No es verdad que es muy guapo mi hijo, Sr. Bertrand?*—dice la reina al ministro.—*¡Qué feliz es con ser tan niño: no siente lo que sufrimos, y su alegría nos hace bien!...*»

Pero ¡qué terrores traspasaban los goces maternos de María Antonieta, sus únicas alegrías! Cada semana, cada día, traía la amenaza y detalle de nuevas jornadas de Octubre. La reina temblaba sin cesar, no por ella, sino por sus hijos. La noche del 13 de Abril de 1790, la noche en que Lafayette ha anunciado un ataque al castillo, el rey, al oír dos tiros de fusil, corre al cuarto de la reina y no la encuentra. Entra en el del Delfín: la reina le tenía en sus brazos estrechándole contra su pecho. «Señora—dijo el rey,—os buscaba y me habéis dado gran inquietud.—*Señor, estaba en mi puesto*», responde la madre mostrando á su hijo.

La reina no dejaba un momento á sus hijos. Sólo salía de las Tullerías para hacer visitas de caridad en

París, llevando á sus hijos al arrabal de San Antonio, á la fábrica de espejos; enseñándoles con el ejemplo su beneficencia, á dar, como ella, con palabras bondadosas; otras veces los llevaba á la fábrica de los Gobelinos, á ese arrabal de pobreza, donde se oyó decir á la reina: «*Tenéis muchos desgraciados, mas los momentos en que les aliviarnos nos son muy preciosos.*»

Llevaba también á sus hijos á la Inclusa, para hacerles ver que había desgraciados de su edad. Todos los días hacía algún bien, desempeñando del Monte de Piedad los pobres vestidos y paquetes de ropa blanca, aprovechando toda ocasión propicia, como la primera comunión de su hija, para socorrer al pueblo; sembrando en derredor de ella las buenas obras, hasta el 9 de Agosto, en que la reina de Francia tomara prestado un asignado de doscientas libras para hacer una limosna.

Mas si la madre estaba en su puesto, la reina también cumplía sus deberes; último tormento de esta vida dolorosa. María Antonieta no puede entregarse á sus penas y dejarse ir á la desesperación, á la indolencia y reposo de los grandes pesares. La reina tiene que ser dueña de sí misma y vencerse á todas horas. Debe, por la situación en que la coloca la pusilanimidad de Luis XVI, aconsejar á cada momento al rey é infundirle una voluntad. Es preciso que asista al Consejo en las deliberaciones importantes, que reflexione los proyectos y se haga cargo de las esperanzas, que lea los memoriales de los realistas, que alcance el punto de vista y los medios, que haga comprender al rey las probabilidades y los peligros, que busque y discuta con M. de Segur, con el conde de Lamark y con M. de Fontanges la salvación del rey, de los amigos y del reino; que penetre con discernimiento los intereses, las

vanidades y disparates; que combata las imprudencias, las promesas de los otros y las ambiciones de todos; que impulse la adhesión y contenga el celo, que encadene las disposiciones republicanas de los ministros, que anime el importante partido de los tímidos, que detenga las tentativas de los emigrados, que interroge á Europa... Es preciso, en fin, que decida al rey á hacer algo; y si no, á que se retire á una plaza fuerte y deje hacer.

La estancia de las Tullerías era insoportable en el estío. La familia real alcanzó el permiso de ir á Saint-Cloud. Esta jornada fué como una tregua á las pesadumbres de la reina; y, sin embargo, el salón de Saint-Cloud no estaba poblado de amigos como en otro tiempo. «*¡Qué triste está el salón del desayuno, tan alegre otras veces!*»; pero había un poco de libertad, de aire, y jardines sin gritería y populacho. La reina emprendió con más ánimo y esperanza la obra comenzada en las Tullerías. Trató de decidir al rey á partir. El rey cedía, prometía; y cuando estaban hechas las maletas, se esquivaba y faltaba á la palabra. Y la reina veía con terror que él aguardaba la república como había aguardado las jorradas de Octubre, cuando el genio de la revolución pidió audiencia á la reina.

Una mañana, en el mes de Septiembre de 1798, Mirabeau fué á casa de un amigo: «Amigo mío, le dijo, en vuestra mano está hacerme un importante servicio; no sé adónde recurrir; no tengo ni un escudo: prestadme algún dinero.» Y Mirabeau se llevó de casa de M. de Lamarck un rollo de cincuenta luises.

M. de Lamarck corrió en seguida á poner en relación la conciencia de Mirabeau con la corte. Cuando M. de Lamarck hizo decir á la reina, por medio de madame de Ossún, «que se había aliado á Mirabeau

para prepararle á ser útil al rey, cuando los ministros se viesen obligados á concertarse con él», la reina respondió ella misma á M. de Lamarck: «*Creo que nunca seremos asaz desventurados para estar reducidos á la penosa extremidad de recurrir á Mirabeau.*»

Mirabeau no tardó en impacientarse de que no se le comprase, y dijo en reserva á M. de Lamarck para asustar á la corte: «¿En qué piensan esas gentes? ¿No ven los abismos que se abren á sus pies?...» «Todo está perdido, dice además á últimos de Septiembre; el rey y la reina perecerán, y, ya lo veréis, el populacho apaleará sus cadáveres... sí, sí, apaleará sus cadáveres...» Pronto subió á la tribuna, y allí, haciendo resonar la amenaza, impulsó la ira popular hacia la reina con motivo de los guardias de Corps. Había desencadenado las jornadas de Octubre.

En el mes de Abril de 1790, á la mañana siguiente del día en que Mirabeau había tenido una entrevista secreta con el conde de Mercy en casa de M. de Lamarck, éste fué llamado por la reina. María Antonieta le dijo que, «juntamente con el rey, había tomado la resolución hacía dos meses de ponerse en relación con el conde de Mirabeau»; y en seguida, con acento turbado, preguntó á M. de Lamarck si creía que Mirabeau no había tomado parte en los horrores de las jornadas de 5 y 6 de Octubre. El amigo de Mirabeau se apresuró á afirmar que había pasado los dos días con él, y que precisamente cuando se anunció la llegada del populacho de París á Versalles, estaban comiendo juntos: «*Me dais gran placer*—dijo la reina, á quien el tono de M. de Lamarck tranquilizó y persuadió por el pronto:—*tenía mucha necesidad de ser desengañada sobre ese punto.*»

Mirabeau envió su primera nota á la corte, y M. de

Lamarck fué junto á la reina á informarse de su efecto. La reina le aseguró que había satisfecho al rey. La habló de lo ajeno que estaba el rey de querer recobrar su autoridad tal como la había tenido en otro tiempo; le dijo que él apenas creía que eso fuese necesario á su dicha personal ni á la felicidad de sus pueblos. Después preguntó á M. de Lamarck lo que habría que hacer para que M. de Mirabeau estuviese contento de ella y del rey. M. de Lamarck fué á preguntar á Mirabeau sus condiciones. Este, después que sus deudas fuesen pagadas, sólo pedía cien luises al mes para contener la revolución. El día en que M. de Lamarck volvió junto á la reina, ésta le dijo: «*Mientras viene el rey, quiero decirlo que está decidido á pagar las deudas del conde de Mirabeau.*» Poco después confirmó el rey esta promesa; prometió además 6.000 libras al mes, y dió á M. de Lamarck delante de la reina cuatro billetes de su mano, cada uno de 250.000 libras, que no debían ser entregados á Mirabeau hasta el fin de la sesión, «si me sirve bien», dijo el rey. De suerte que Mirabeau estaba comprado, y ni siquiera escapó á la vergüenza de ser comprado á condición.

Durante toda esta negociación, de un día á otro y de una hora á otra, ¡cuántas variaciones hubo en la imaginación de la reina! La desgracia no la había curado de su versatilidad de espíritu. Pasaba de la esperanza al temor, de la fe á la duda; se abandonaba á las promesas de Mirabeau, y luego rechazaba las seguridades. Cuando M. de Lamarck y M. de Mercy la convencían, se admiraba de haber desesperado. Antes se decía que un hombre tan poderoso para el mal lo sería para el bien; ahora se preguntaba si la majestad no daba ejemplo de escándalo descendiendo

á pagar un tribuno, y dudaba que Dios bendijese tales tratos. Tan pronto ocupada del presente, olvidando la revolución, como si la monarquía fuese á tener un director que se ocupase de eso, volvía con sus amigos al pasado, á su risa y confiado abandono, á su malicia y gracia, como tan pronto el porvenir se apoderaba de ella y agitaba sus noches. No obstante, cuando la negociación se terminó, triunfó la esperanza; ella, como el rey, esperaron desatinadamente por algún tiempo.

Mirabeau se había puesto á la obra. Mas mientras que por ganar el dinero enviaba á la corte notas sobre notas, vanos consejos en los que donde no había amenazas sólo había tinieblas; mientras que se agitaba en la tribuna para salvar su honor; entretanto que contra su gusto é incomodado con su doble papel se movía y precipitaba por todos lados, anhelante, furioso y no bastándose á su genio, consumiendo sus días y sus noches, escribiendo, dictando, viviendo sin poder saciar su alma de fatigas ni su cuerpo de orgías, en las tempestades de su corazón se formaba un confuso sentimiento. Un deseo extraño, irritado cada día, le impulsaba á acercarse á la reina. Su estilo para con ella varió de repente; al hablar de ella, su pluma expresaba la admiración, el entusiasmo. Mirabeau quiso ver á María Antonieta, y M. de Mercy obtuvo de ella que viese á Mirabeau en Saint-Cloud el 3 de Julio de 1790.

¡Qué momento! ¡Qué entrevista! El hombre de la revolución, al que ha sido preciso comprar la salvación de la monarquía; el hombre cubierto de crímenes y de gloria, que ha dicho desdeñosamente de la mujer de su rey: «¡Y bien, que ella viva!»; el hombre de las jornadas de Octubre, á quien la reina llama *el*

monstruo, está delante de ella. A su aspecto, la reina no ha podido contener un movimiento de horror: ved-la balbuciente y sin recordar apenas la lisonja que repetía al ir: *Cuando se habla á un Mirabeau...* El, no obstante, orgulloso de este terror, embriagado del honor que le concedía el destino, conmovido, turbado, junto á esta reina suplicante que dominaba la sangre de María Teresa y no pudo ya dominar sus lágrimas, deslumbrado de su aventura, transportado de emociones y compasiones orgullosas, creyendo un momento dar esta adhesión que había vendido, desafió la historia y la fatalidad, dando seguridades á María Antonieta de la eficacia de su genio, jurando que Mirabeau le respondía del porvenir. ¡Sueños, quimeras, ilusiones! ¡Fanfarrón que, por haber guiado el torrente por donde quería despeñarse, creyó poder hacerle retroceder! Los sucesos ya no estaban en manos de los hombres, y ese miserable enajenado, que prometía un trono al hijo de la reina de Francia, ya estaba prometido á la muerte.

IV

El partido de los exclusivistas.—Varenes.—La partida.—La vuelta.—La vigilancia en las Tullerías —Barnave y la reina.—La reina y el teatro.—Tumulto en la Comedia italiana.—Insultos del *Orador del pueblo*.—La servidumbre civil impuesta á la reina por la nueva constitución.—Palabras de la reina.—Ilusiones de Barnave.—El partido de los asesinos de la reina.—La reina separada de Mad. de Lamballe.—Correspondencia de la reina con Mad. de Lamballe.

En el mes de Diciembre de 1790, la familia real volvió de Saint-Cloud, y la reina encontró en París la revolución, en las puertas de las Tullerías los complots y las amenazas, y á la puerta de su cámara la traición y el espionaje. El invierno se pasó así, y Mirabeau falleció, llevando á la tumba más que sus promesas, más que las esperanzas de María Antonietta: llevando la popularidad realista de la reina. Los hombres avanzados del partido realista, los exclusivistas, habían mostrado desde un principio su descontento por esta política nueva de la corte, que quiso emplear los tribunos en reconstituir la autoridad. Habían hecho llegar á la reina sus observaciones y advertencias, sus mofas y amenazas. Se complacieron en burlarse de los primeros pasos de M. de Mirabeau cerca del trono. Anunciaron el día en que el conde de Mirabeau debía estar de guardia con la reina, y hablaron de su esperanza de ver en ese día á muchos caballeros franceses reunirse en el cuarto de la soberana. Después, desanimados y abandonando la reina

á su confianza y á la adhesión de Mirabeau, ya no recordaron sus deberes con la esposa de Luis XVI sino reconviniéndola. Cuando la disensión de la guardia del rey menor, atormentaron de este modo el corazón de María Antonieta: «Si ya no tenéis el valor de las reinas, tened al menos el de las madres.» Muerto Mirabeau, el descontento de los realistas puros contra la reina tomó un tono más alto y más imperioso: «¿Qué se ha hecho, decían, esta otra Margarita de Anjou, la heroína del 6 de Octubre? ¿Dónde está, pues, esta reina intrépida que servía de broquel á su esposo y guardaba á su hijo en su seno, como el pontífice reserva en el santuario la hostia consagrada?» ¿Cómo ha variado para que se hayan atrevido á calumniarla, has'a decir hace algunos meses que había entrado en tratos con un faccioso célebre, para publicar después de la muerte de este rebelde que trató con los jefes del partido jacobino? Desde la noche del 28 de Febrero, añadían interpelando directamente á la reina, ¿qué habéis hecho por los caballeros franceses, por vuestro hijo, por vuestro esposo y por vos misma? ¿Qué cuenta podríais dar á Europa de su admiración, á la naturaleza de sus dones, á la memoria de vuestra madre de los deberes que os impuso? Si no sois más que una mujer vulgar, decían otros, no había para qué estrechar sobre vuestro seno al heredero del trono en la jornada del 6 de Octubre: mejor era entregarle al valiente de Guiche, al leal Saint-Aulaire, á cualquier caballero digno de tal depósito, y decirle: «No me siento con ánimo de luchar contra semejantes adversidades; llevad á mi hijo á Leopoldo ó á Víctor Amadeo...»

Los más ardientes acusaban en alta voz á la reina de tratar con sus asesinos; de seguir cobardemente el

sistema imaginado por tímidos políticos; de sacrificar las dos primeras clases del Estado, el clero y la nobleza, á la salvación personal de la realeza; de entregarles á la revolución por una promesa de restitución de la plenitud del poder ejecutivo... Tales eran, en los comienzos del año de 1791, los sentimientos públicos de los realistas ardientes y exasperados hacia esta reina, abandonada día á día por todos los hombres y las cosas, la ocasión y la fortuna, sus últimos cortesanos y postreras ilusiones.

Algunos paseos á caballo en el *triste bosque* de Boulogne, adonde la reina acompañaba al rey, era el único ejercicio permitido á Luis XVI, á quien la falta de movimiento concluyó por hacerle daño. A principios de Abril, la reina alcanzó del rey que marchasen á Saint-Cloud. El rey, la reina y la familia real montaron en carruaje. La guardia nacional cerró las verjas, lanzando á la reina los insultos callejeros, y los prisioneros de Octubre fueron devueltos á las Tullerías. Desde entonces el único pensamiento y el único esfuerzo de la reina fué ganar la voluntad del rey y hacerle salir de la prisión.

El 20 de Junio, en un paseo que la reina dió con su hija á Tívoli á casa de M. Boutin, la reina, dirigiéndose aparte á su hija, le dijo «no se inquietase de lo que vería, que jamás estarían separadas por mucho tiempo, que se reunirían muy pronto». Y la reina abrazó tiernamente á la niña, que estaba muy conmovida y no comprendía nada. Por la noche, María Teresa Carlota, al bajar al entresuelo de su madre, habló á su hermano, cayendo de sueño y encantador así, al que vestían de niña. El dijo á su hermana «que creía que iban á representar comedias porque se les disfrazaba». La reina venía de vez en cuando á vigilar

cómo vestían al Delfín. Dispuestos ya los niños, les llevó ella por la habitación del duque de Villequier al carruaje que aguardaba en medio del patio, y les hizo entrar en él con Mad. de Tourzel. Al cabo de una hora llegó Mad. Isabel, cerca de las once el rey, y por último la reina, que se vió obligada á estrecharse contra la muralla para dejar pasar el carruaje de Lafayette, y fué un momento perdido.

¡Volvieron de Varennes!... María Antonieta encontró, al bajar del carruaje, la mano del vizconde de Noailles para ayudarla á bajar; con una mirada rechazó esta mano, y altiva todavía, y con la frente alta, volvió á entrar en su prisión. Algunos días después, escribía: «*Nada puedo decir sobre el estado de mi alma. Existimos: ¡he ahí todo!*...»

Entonces comenzó alrededor de la reina la inquisición que debía torturarla hasta su último día. Estaba puesta bajo la vigilancia de la mujer del guardarropa, que la había hecho traición. Ninguna otra debía servirle sino esta mujer, cuyo retrato, M. de Gouvion, ayudante de M. de Lafayette, había hecho colocar en la escalera de la reina. Sólo las quejas enérgicas del rey á M. de Lafayette pudieron librar á María Antonieta de la presencia y servicio de aquella miserable; pero esa despedida no varió en nada la vigilancia, siendo como de carceleros. Los comandantes de batallón de la guardia nacional, situados en el salón llamado gabinete grande, que precedía al dormitorio de la reina, tenían orden de hacer que estuviese siempre abierta la puerta, y no separar la vista de la familia real. Hasta de noche, cuando la reina estaba acostada, quedaba abierta esta puerta, y el oficial se colocaba en un sillón con la cabeza vuelta del lado de la reina, vigilando ese lecho que había servido de tabanco á

las cerezas de una frutera, mientras la huída á Varennes. La reina sólo obtuvo una gracia, y fué que se cerrase la puerta interior mientras se levantaba y se vestía; y en esta cautividad, ya tan perseguida, los únicos días de libertad eran cuando el actor Saint-Prix, muy adicto á la familia real, conseguía estar de guardia en el corredor obscuro, corredor de comunicación de la reina y el rey, y permitía la expansión á sus conversaciones, la confidencia á sus palabras.

Después de ese retorno pasaron largos días en que el espíritu de la reina permaneció como anonadado. Su ánimo estaba fatigado, su voluntad abatida. ¿Y qué había de querer é imaginar, qué había de tentar aún contra una fatalidad tan inexorable, contra tan mala fortuna? La reina repasaba todo ese viaje sin poder atribuir á faltas humanas el mal resultado; volvía á ver todo sin poder separar su imaginación; volvía á hacerlo, por decirlo así: aquella noche, aquel camino, aquel muelle de la berlina roto á doce leguas de París, la cuesta que el rey quiso subir á pie, los retardos, la voz que dice al pasar: *¡estáis reconocidos!* ¡luego Varennes, el toque de rebato, la generala..., y ese último momento de esperanza en que, sentada sobre los paquetes de bujías del tendero Sauce, por poco decide á la mujer del tendero á salvar al rey; luego la vuelta!...

En esos recuerdos y relaciones de María Antonieta á sus intimos, el nombre de un hombre sonaba á veces suavizando su voz y como consolando su memoria. Se complacía en hablar de Barnave, el joven comisario de la Asamblea; en contar su aire respetuoso, sus palabras convenientes, la delicadeza de su compasión, el noble comportamiento de un alma generosa ante las desventuras de una familia real. La reina oponía

los cuidados y enternecimiento de Barnave al cinismo y brutalidad de Pétion, ese otro compañero de camino, sobre las rodillas del cual no se había decidido á dejar á su hijo. Disculpaba al joven diputado del tercer Estado extraviado por la ambición de un gran talento; no se acordaba ya del tribuno, que se había calumniado á sí mismo; sólo veía al joven con el cuerpo fuera de la portezuela, á Mad. Isabel reteniéndolo por los faldones de la casaca, al joven que salvó con la elocuencia de la indignación á un desgraciado sacerdote á quien se quería asesinar delante de la familia real; y decía que si alguna vez volvía á tener el poder de reina, «el perdón de Barnave estaba escrito de antemano en su corazón». ¡Pero qué variación había hecho también en Barnave ese único día! ¡Vedle al día siguiente, que entrega su popularidad á la reina, que le ofrece su vida, pidiendo consejo únicamente á su corazón y sin otro salario que el de su conciencia!

La reina aceptó los planes de Barnave. El suceso del 17 de Julio, en que la proclamación de la ley marcial en el Champ de-Mars detuvo la proclamación de la destitución del rey, atrajo una fracción del partido constitucional á los planes de Barnave, aceptados por la reina. A pesar de eso, la reina no podía hacerse ilusión: «*demolerían la monarquía piedra á piedra*». Al aceptar el acta constitucional había visto al rey de pie y con la cabeza descubierta frente á la Asamblea sentada, y volvió silenciosa y agobiada con el presentimiento de una destitución. El 12 de Septiembre, dos días antes de esta humillación y presagio, escuchad á Mad. Isabel cómo compadece á la reina: «¡Dios mío! ¡cuán desgraciada (la reina) debe ser! No me atrevo á hablarle de las penas que experimen-

ta, primero porque temería causarle dolor, y además hablarle de cosas que quizá no sabe. Es muy feliz en tener tanta religión; eso la sostiene, y en realidad sólo hay este recurso. Está muy contenta de... (su confesor), y me dice que cada día le gusta más.» ¡Qué días, qué noches, en las que una sola ha hecho blanquear los cabellos de la reina como los de una mujer de setenta años! Con estos cabellos por última coquetería, quiere hacerse retratar por la princesa de Lamballe, poniendo por su mano en el cuadro: *sus desventuras han blanqueado sus cabellos*. El dolor ha velado su juventud, la sonrisa y las gracias arrogantes; para estar bella, sólo le quedan á la reina sus lágrimas. Los que la han visto en otro tiempo apenas la reconocen; y va á suceder la dolorosa escena en que mademoiselle de Bugnoy, contemplando las huellas del pesar en el rostro de la reina, llevará el pañuelo á sus ojos. «*No ocultéis vuestras lágrimas, mademoiselle* —le dirá María Antonieta.—*Sois mucho más dichosa que yo: las mías corren en secreto desde hace dos años, y me veo obligada á devorarlas.*»

La reina todavía pensaba en huir, mas la apariencia de las cosas la engañó y calmó; los rigores se suavizaron á su alrededor; los espíritus asustados parecían volver á las leyes y al rey; la reina se quedó y volvió á emprender su vida monótona. Iba á oír misa á las doce, comía á la una y media, se retiraba á sus habitaciones, y cenaba á las nueve y media, jugando, antes y después de cenar, largas partidas de billar con el rey, para obligarle á la actividad y al ejercicio; después, á las once, todos se acostaban en el castillo.

Algunos amigos aconsejaron á la reina que tratase de volver á su popularidad, que ensayase el tocar á

ese corazón de las multitudes que escapa al espíritu de partido, que se mostrase en los teatros para hacer cantar todavía: «¡Cantemos, celebremos á nuestra reina!» La reina se presentó en la Comedia francesa, en la Opera y en los Italianos; y volvió á encontrar los bravos y las aclamaciones de sus felices días. Empero, la guerra civil entró con ella en el teatro. Los jacobinos prohibieron á Clairval que cantase:

*«Reine infortunée ah! que ton cœur
Ne soit plus navré d: douleur!
Il te reste encore des amis.»*

«Reina infortunada, ¡ah! que tu corazón
¡No esté ya traspasado de dolor!
Todavía te quedan amigos.»

Mad. Dugazón, que se había inclinado hacia el palco de la reina cantando: «¡Ah! ¡Cómo amo á mi señora!», fué silbada; los gritos «¡nada de reina, nada de señora!» ahogaron los gritos de ¡viva la reina!, y al siguiente el periódico que, á propósito de la fiesta de los soldados de Chateaufieux, imprimirá que *es preciso hacer correr plomo derretido por la garganta de María Antonieta*, el Orador del pueblo decía: «La reina será azotada en su palco del teatro; la reina se hace la ramera...» Lo que sigue no puede citarse.

La nueva Constitución impuesta al rey, no sólo afligía á la reina, sino que atormentaba en su interior y trastornaba miserablemente sus amistades y costumbres.

Esa formación de una servidumbre constitucional de la reina, decretada por la nueva Constitución, ¿qué era sino la intrusión de personas enemigas en la vida íntima de la reina? El general Lafayette, que veía la salvación de la monarquía en las ínfimas cosas, había ya tenido una larga conferencia con M. de la Porte,

en la que había hecho ver la necesidad que tenía la reina de recibir á las mujeres de los funcionarios públicos elegidos por el pueblo. En los primeros años de la revolución, ¿no se había intrigado y trabajado cerca de Mad. de Lamballe para que admitiese en los tés que daba tres veces á la semana, y á los que iba la reina, á las patrocinadoras de la democracia pura? ¿No hubo un momento en que se quiso rehusar á la reina la elección y designación de las damas que habían de ir á sus partidas de lotería de los jueves y domingos? A este nuevo paso, á pesar de lo accesible que era el rey á las concesiones, halló así inaudito que el nuevo régimen de libertad no permitiese á la reina cerrar la puerta de su salón, y que se quisiese exigir de ella que estuviese en sociedad con Mad. Pétion. Sólo el proyecto de esta nueva servidumbre, que hubiera sentado los enemigos de la reina á su hogar, decidió y excusó el abandono y la deserción de las personas más adheridas á sus títulos que á la persona de la reina. No reconociendo ya la Constitución de 1791 los honores y prerrogativas propios de los cargos de la antigua servidumbre de la reina, la duquesa de Duras dió su dimisión de dama de palacio, no queriendo perder en la corte su derecho de taburete. Otras la imitaron. El partido constitucional, que aconsejaba á la reina formase una servidumbre civil, sorprendiase y afligíase de no verla formar sino una servidumbre militar; no quería ver las dificultades de la situación de la reina. *«Si se formase esa servidumbre constitucional—dijo la reina—no quedaría un noble cerca de nosotros, y cuando las cosas cambiasen, tendríamos que despedir á las gentes que habíamos admitido en su lugar... Quizá—añadía,—quizá algún día hubiera salvado á la nobleza si hubiese tenido el valor de afligirla; ahora no*

lo tengo. Cuando se obtiene de nosotros un paso que la ofende, se incomodan conmigo, nadie viene á mi juego, y el rey se acuesta solo. No se quieren comprender los compromisos políticos, y nos castigan de nuestras desventuras.»

¡Cómo torturaba el corazón de María Antonieta semejante situación! ¡Qué suplicio diario, al que no podía acostumbrarse, ese de ceder á la necesidad y callar sus simpatías! ¡Qué luchas, qué combates, qué punzantes pesares y vergüenzas interiores cuando no pudo manifestar toda su gratitud á su salvador, M. de Nicomandre, curado milagrosamente de sus heridas; cuando, invitado á su mesa el hijo del infortunado Favrás, tuvo ella que marcharse á sus habitaciones, quejándose amargamente de no haber podido hacer sentar entre ella y el rey al hijo de un hombre muerto por la causa realista!

Barnave era de los que se sorprendían de no ver formar á la reina la servidumbre civil. Sorprendíase é inquietábase además de no ser escuchado sino á medias por la corte, y de dirigirla poco en el detalle de su conducta. No comprendía que la metamorfosis de una monarquía en un poder ejecutivo no puede hacerse en un día. Por mucha abnegación que llevasen al sacrificio, por buena fe que pusiesen en la ejecución de un pacto que sólo era una tregua para sus enemigos, los últimos representantes de la monarquía francesa no podían renegar la majestad, el culto de sus tradiciones, de sus esperanzas y gratitudes; pedir á María Antonieta una abdicación semejante era exigirle una abnegación sobrehumana. Y, por otra parte, aunque la corte fuese dócil á los planes de Barnave, ¿qué podía éste para la salvación del rey? En sus notas, en que su celo se hacía ilusiones, hablaba de su fuerza é

influencia personal, y la revolución ya no le escuchaba. Hablaba de los recursos y vigor de su partido, y su partido ya no era sino una sociedad desbandada de gentes honradas asustadas y de ambiciosos desenmascarados. Se vanagloriaba con la reina de llevar con su adhesión la de sus amigos, y esos amigos que él agrupaba alrededor del rey y de la reina para defenderles, esos ministros que colocaba junto á su trono, pertenecían á los odios de los jacobinos. Separando los intereses del rey de la salvación de la reina, esos ministros servían en la sombra al partido que quería á toda costa desembarazar de María Antonieta á la revolución.

Ese partido está en vela desde hace cuatro años. No ha retrocedido ante ningún crimen, ante ningún remordimiento. Denuncias de envenenamiento, avisos de la policía han obligado á la reina á no comer sino el pan comprado por Thierry y á tener siempre á la mano un frasco de aceite de almendras dulces. Frustrado el golpe de Octubre, decía un cartel pegado en París en el mes de Agosto de 1790 «que no había un crimen de lesa nación, sino un crimen de lesa majestad, en haber querido matar á la reina». Una nueva tentativa de homicidio tuvo lugar en los jardines de Saint-Cloud, y también se frustró. Los asesinos, desanimados, se volvieron hacia otro asesinato. El nombre de madame de la Motte volvió á andar en boca del pueblo. Se decía que estaba en París alojada en casa de madame de Sillery. Al propio tiempo reapareció en Francia el infame libelo de esa mujer, que Luis XVI vióse obligado á volver á comprar y hacerlo quemar en Sèvres. Pronto se habló de un odioso complot: la mujer la Motte se presentaría á la Asamblea y protestaría de su inocencia. Un miembro de la Asamblea to-

maría la palabra, se presentaría á la suplicante como una víctima sacrificada á la venganza de la verdadera culpable, de la reina; y acabaría pidiendo la revisión del proceso del collar. De este modo, llamada la reina ante los nuevos tribunales organizados por la revolución, sería juzgada, así como lo entendía uno de los ministros del rey, Dupont du Tertre, su guardasellos. M. de Montmorin, único ministro realista que le habían dejado á Luis XVI, defendiendo un día á la reina en el Consejo, y quejándose tímidamente primero á Dupont de las amenazas dirigidas contra ella, del plan, confesado por todo un partido en alta voz, de asesinarla, y animándose y concluyendo por preguntar á su colega si dejaría consumir tal atentado, Dupont respondió con frialdad á M. de Montmorin que no se prestaría á un asesinato, pero que si se trataba de procesar á la reina, ya sería otra cosa. «Pues qué—exclamó M. de Montmorin,—vos, ministro del rey, ¿consentiríais en semejante infamia? Mas —dijo el guardasellos—*si no hay otro medio.*»

A la reina le quedaba una amiga que tomaba parte en sus peligros, pruebas y dolores. Abandonada de unos, separada de otros, privada de todos los que la apoyaban, de Mad. de Polignac, del abate de Vermont, que la había seguido, la reina sólo tenía á su lado á Mad. de Lamballe; y ahora tenía que separarse de ella. La ley de las circunstancias, la necesidad de la política, obligaban á la reina á enviar á Inglaterra á esta última amiga, como la única persona capaz de decidir á Pitt á tomar otros compromisos que una vana promesa «de no dejar perecer la monarquía francesa».

En su vida política, en medio de las notas diplomáticas, de las correspondencias y consejos, de las mil

ocupaciones de su imaginación y de su mano, la reina hallaba tiempo y descanso para comunicarse con Mad. de Lamballe, habiéndole de su tierna amistad y confiándole el estado de su alma y hasta qué punto llegaban sus temores.

«El rey acaba de enviarme esta carta, corazón mio, para que yo la continúe; gracias á su fuerte constitución, su salud se ha restablecido por completo. La calma con que toma las cosas tiene algo de providencial, y la buena Isabel está convencida de eso como de una inspiración que viene del cielo. La indisposición que acaba de experimentar apenas ha sido conocida del público. Ya habéis sabido sin duda la extraña aventura que ha pasado en el teatro el mes pasado, el ruido y los aplausos al aparecer yo con mis hijos: han pegado á los que querían armar zambra y contrariar el entusiasmo del momento; mas los malvados pronto encontraron el medio de tomar revancha; no obstante, por eso puede verse lo que sería el buen pueblo y los buenos ciudadanos si se les dejase á sí mismos; mas ese entusiasmo sólo es una llamarada, un grito de la conciencia que la flojedad ahoga en seguida; antes hubiera podido esperarse que el tiempo haría volver en sí los espíritus; pero no encuentro más que buenas intenciones; no hay valor para ir más allá que la intención y los proyectos. No me hago ninguna ilusión, mi querida Lamballe, y sólo pongo mi confianza en Dios. Creed en mi tierna amistad, y, si queréis dar-me una prueba de la vuestra, cuidaos, amor mio, y no volváis hasta que estéis completamente restablecida.

»Adiós: os abraza

MARÍA ANTONIETA.»

«Señora, nunca hallaréis una amiga más verdadera y más cariñosa que

ISABEL MARÍA.»

Antes de proclamarse la Constitución, asustada la reina de la agitación de los espíritus, llama junto á sí á esta amiga que necesita:

Mi querida Lamballe: No podéis tener idea del estado de espíritu en que me encuentro desde vuestra marcha. La primera base de la vida es la tranquilidad, y es muy penoso buscarla en vano. Desde hace algunos días en que la Constitución agita al pue'lo, no se sabe á quién atender; en nuestro alrededor pasan cosas penosas... Sin embargo, hemos hecho a'gún bien. ¡Ah, si el buen pueblo lo supiese! Volved, querida mía; necesito vuestra amistad. Isabel entra y desea añadir una palabra: Adiós, ad.ós; os abrazo con toda mi alma.

MARÍA ANTONIETA.»

«La reina tiene á bien permitirme que os diga cuánto os amo. Yo os aguardo con el mismo cariño que ella.

ISABEL MARÍA.»

Luego, variando la idea, y como reconviniéndose un movimiento de egoísmo por haber querido hacer partícipe á su amiga de sus riesgos, la reina impuso silencio al deseo de su corazón, y escribió á Mad. de Lamballe en Septiembre de 1791:

«No volvéis en el estado en que están los asuntos; tendríais que sufrir demasiado por nosotros.

»Os aseguro que sé bien lo buena y verdadera amiga que sois, y os prohibo, en nombre de mi amistad, que volvéis aquí.

»Esperad el efecto que haga la aceptación de la Constitución.

»Adiós, mi querida Lamballe; creed que mi cariñosa amistad hacia vos durará toda mi vida.»

Y cuando Mad. de Lamballe vuelve á entrar en Francia, la reina, temblando, la renueva otra vez esta súplica, á la que Mad. de Lamballe no obedecerá:

«No, mi querida Lamballe, os repito que no volvéis en este momento; mi amistad por vos está demasiado inquieta; á pesar de haberse aceptado la Constitución, los asuntos no parecen tomar el mejor sesgo con que yo contaba. Permaneced junto al buen señor de Penthièvre, que necesita tanto vuestros cuidados; si no fuese por él, me sería imposible hacer semejante sacrificio, pues cada día siento aumentar mi amistad por vos con mis desventuras. ¡Dios quiera que el tiempo varíe las ideas!, mas los malvados esparcen tan atroces calumnias, que cuento más con mi ánimo que con los sucesos. Adiós, pues, mi querida Lamballe; estad bien persuadida de que, de cerca como de lejos, os amo, y estoy convencida de vuestra amistad.

MARÍA ANTONIETA.»

Y en este tono y con este cariño hay cartas y cartas, en que la reina suplica á Mad. de Lamballe que no vuelva, que no vaya á echarse en la boca del tigre. A veces le escribe teniendo sobre sus rodillas á su hijo, su vidita, como le llama con mimo de madre; y guiando la manita del Delfín, le hace escribir su nombre al pie de la carta, como si le enviase un beso.

María Antonieta estadista.—Su correspondencia con su hermano Leopoldo II.—Su plan, esperanzas é ilusiones.—Su correspondencia con el conde Artois.—Su oposición á los planes de la emigración.—Carácter de Mad. Isabel.—Su amistad con el conde de Artois.—Su correspondencia.—Su política.—Preocupación de María Antonieta de que el rey no sea capaz de salvar al reino.

La reina pasaba entonces todos sus días escribiendo. Por la noche, habiendo perdido por completo el sueño, leía. Recibía los informes de M. de la Porte, de Talón y de Bertrand de Molleville. Tenía correspondencia en el extranjero por medio de una clave muy difícil, indicando las letras por una letra de una página y de una línea de una edición de *Pablo y Virginia* que poseían todos sus correspondientes. ¿Quién reconocería á esta reina, á esta mujer ayer tan joven, tan ocupada de la moda y del placer; á esta pastora de Trianón, ocupada en fruslerías y elegancias? ¡Imaginaosla arrebatada de repente á esos entretenimientos de la imaginación, á esas diversiones del gusto, á las pastorales, á los moños, á su vida, casi á su sexo! ¡Adiós, cetro ligero de la gracia! Del gobierno de esas futilidades encantadoras, asciende, engrandecida de repente, al más importante y más severo de los asuntos humanos. Esas plumas, cortadas para las conversaciones y caricias de la amistad, doblarán de súbito al estilo de las cancillerías, y se ocuparán del Estado. ¡Esta risueña Delfina, esta reina que se escapaba de su tro-

no, María Antonieta, soportará la carga de un ministro de Negocios extranjeros, los restos de un trono y la última esperanza de un derecho!

La desgracia tiene estas transformaciones, estas educaciones repentinas, estas iluminaciones milagrosas del alma y del entendimiento, del carácter y del talento. El ejemplo está ahí, en esa correspondencia de María Antonieta con Leopoldo II, titulos de hombre de Estado de la reina, testimonio escrito que ha dejado á la posteridad de sus ideas políticas, de su elevado criterio, de su varonil inteligencia y de sus ilusiones. Al otro día de la vuelta de Varennes, el 31 de Julio de 1791, es cuando la reina, reponiéndose de su caída, discute, prevé y lucha. La reina decía á su hermano las influencias del día reunidas y conjuradas para la salvación de la monarquía; los sediciosos rechazados; sus vanos esfuerzos; la Asamblea ganando en unión y autoridad en el reino. Le contaba la fatiga de las agitaciones en los mismos agitadores, la revolución tomando aliento; las fortunas pidiendo seguridad; la tregua momentánea de los sucesos, de las pasiones, del desorden; las leyes imponiéndose; la posibilidad y razón de una pacificación entre la dignidad de la corona y los intereses de la nación; en fin, las esperanzas del restablecimiento de la autoridad por el tiempo, la reflexión y la experiencia de las nuevas instituciones. A este cuadro de Julio de 1791, la reina oponía la Francia de antes de la marcha á Varennes, la multitud y el tumulto de los partidos, la ley desarmada, el rey sin súbditos, la Asamblea despojada de fuerza y de respeto; en una palabra, la falta de esperanza de toda reconstitución del poder hasta el más lejano porvenir.

Apoyada en esta diferencia de situación, en esta

tregua del exceso, en esta templanza de los espíritus, detenía y rechazaba las ofertas de su hermano, retardando el auxilio armado, que no gustaba á su corazón adicto á Francia, y al que no acudirá ni soportará sino en el postrer momento y como en el último suspiro de la monarquía. Para contener mejor á su hermano y á sus huestes, la reina habla primero ligeramente de los riesgos que una agresión, una tentativa violenta de liberación y restauración puede hacer correr á su marido, á su hijo, y á ella misma, acusada de ser el alma de ese complot; luego, como reina de Francia, que sabe lo que puede la nación amenazada, y que tiene á la vez como terror y orgullo, habla largamente al emperador de la incertidumbre de la victoria sobre un pueblo armado, electrizado y furioso de heroísmo. Para reprimir aún más la impaciencia de su hermano y defenderle de la impaciencia de los que le rodean, le recuerda sus intereses de soberano y de príncipe austriaco. Le representa la certeza de la alianza de Francia con el primer imperio que reconozca la Constitución. Esta alianza se la promete á Leopoldo II si deja á Luis XVI consolidar las leyes, asegurar la paz y reconciliar la Francia consigo misma.

Que la historia indague, que los partidos supongan, que la calumnia invente: he ahí toda la política de María Antonieta, la confesión de todo lo que espera, de todo lo que prepara, de todo lo que impide. No quiere nada del extranjero, ni aun de su hermano, sino la deferencia á las ideas de concesión y contemporización de Luis XVI. Una conducta conforme «al voto manifestado por la nación», una esperanza sin impacencias de una reconstitución sin trastorno. Venciendo sus repugnancias y las luchas de su orgu-

llo, responde á su hermano de los girondinos; se conserva fiel á sus consejos de expectativa en tanto que no sea una cobardía y deserción. En vano Mercy-Argenteau siembra sus dudas é inquietudes sobre la franqueza de las intenciones del partido girondino; murmurando cerca del príncipe de Kaunitz de la crédula fe de la reina en la adhesión de los Barnave, de los Lameth y de los Dupont; repitiendo que los amigos de la reina nunca serían más que «resueltos antirrealistas y peligrosos malvados»; en vano mostró, sobre el plan de la reina, la falsa y peligrosa posición de Europa, abierta y desarmada ante la amenaza y contagio de las ideas francesas, turbada con perpetuas alarmas, obligada á una vigilancia permanente, de esta tranquilidad preñada de catástrofes que él llamaba «el reposo de la muerte»; esas advertencias de Mercy-Argenteau no apartaban á la reina de los consejos de la Gironda y de la moderación. Sólo cuando se estableció la República en las ideas fué cuando María Antonieta, viendo que los sucesos desvanecían las promesas de los girondinos, se vuelve hacia su hermano, pero conteniéndole todavía; prohíbe á Viena la precipitación y la violencia, al mismo tiempo que combate en las Tullerías la negativa de la Constitución, á la que la animaba Burke; todavía trata de transigir: quiere vencer con la diplomacia, con ese arma de los hábiles, honor de tantos hombres ilustres, de la que se ha hecho un crimen y condenación á esta pobre madre, que trataba de conservar la vida y el patrimonio de su hijo; de esta pobre reina que creía conspirar con Dios al defender una institución que venía de su gracia, y que, no obstante, intentaba alejar la guerra de la revolución, esperando evitarla á Francia!

«¿Podemos arriesgarnos á rehusar la Constitución?— escribe la reina en su carta de 10 de Agosto de 1791 á Mercy Argenteau. un año día por día antes del 10 de Agosto.—Yo no hablo de peligros personales...» Y en una postdata: «Es imposible, vista esta situación, que el rey se niegue á la admisión; creed que la cosa debe ser cierta cuando yo lo digo. Conocéis bastante mi carácter para creer que me inclinaria más bien á una cosa noble y llena de valor... El rey no puede arriesgarse á rehusar la Constitución: por eso creo que es necesario, cuando le sea presentada el acta, que la guarde algunos días, pues no está obligado á conocerla sino cuando se le haya presentado legalmente, y que entonces haga llamar á los comisionados no para hacerles observaciones ni pedirles variaciones que quizá no obtendrá, y que probarían que aprueba el fondo de la cosa, sino para declarar que sus opiniones no han variado; que ya manifestó, en su declaración de 20 de Junio, la imposibilidad de gobernar con el nuevo orden de cosas; que piensa aún lo mismo, pero que por la tranquilidad de su país se sacrifica, y en vista de que su pueblo y la nación cifran su dicha en su admisión, no vacila en aceptarla; y al verlos felices olvidará muy pronto todas las penas crueles y amargas que han hecho experimentar á él y á los suyos; mas si se toma ese partido es preciso sostenerse en eso, evitar sobre todo lo que podría hacer nacer la desconfianza y marchar siempre con la ley en la mano; os prometo que ésa es la mejor manera de que en seguida se cansen. La desgracia es que sería menester para eso un ministro hábil y legal, y que tuviese al mismo tiempo el valor de d-jarse criticar por la corte y los aristócratas para servirles después mejor, pues de seguro que jamás volverán á ser lo que han sido, sobre todo por sí mismos.»

Luego, al fin de su carta, llevada por el presentimiento de la vanidad de todas estas tentativas, apurada en el dédalo de recursos y medios de salvación, espantada de la somnolencia del rey, de ese rey *incapaz de reinar*, según el criterio del conde de Lamarck, la madre arranca á la reina un grito, una dolorosa apelación á las potencias extranjeras. «*De todas suertes, sólo las potencias extranjeras pueden salvarnos; el ejército está perdido, el dinero ya no existe; ningún lazo, ningún freno puede contener al populacho armado por todas partes; los mismos jefes de la revolución, cuando quieren hablar de orden, no son escuchados. He ahí el estado deplorable en que nos encontramos; añadid á eso que no tenemos un amigo, que todo el mundo nos vende: unos por odio, otros por debilidad ó ambición; en fin, me veo reducida á temer el día en que se nos dé una especie de libertad; al menos, en el estado de nulidad en que estamos no tenemos nada que reprocharnos. En esta carta veis mi alma por entro; puedo equivocarme, pero es el único medio que veo para poder continuar. He escuchado, cuanto he podido, á las gentes de los dos partidos, y he formado mi opinión con todas las suyas: no sé lo que resultará. Ya conocéis la persona (el rey) con que trato; en el momento en que se la cree persuadida, una palabra, un razonamiento hace que varíe sin hacerse cargo; por eso también no pueden emprenderse mil cosas. En fin, suceda lo que quiera, conservadme vuestra amistad y adhesión; la necesito mucho; y creed que, cualquiera que sea la desgracia que me persiga, puedo ceder á las circunstancias, mas nunca consentiré en nada que sea indigno de mí; en la desgracia se comprende mejor lo que una es. Mi sangre corre en las venas de mi hijo, y confío en que algún día se mostrará digno nieto de María Teresa. Adiós.»*

Y á pesar de todo eso, este llamamiento desesperado no es una apelación á la invasión de la patria. María Antonieta no solicita ni quiere más que un aparato que pese en Francia como manifestación de las representaciones de todas las cabezas coronadas, una dilatoria de la paz apoyada por importantes fuerzas; una imponente amenaza, mas únicamente amenaza, extendida por todo el horizonte de Francia. Eso era sin duda una ilusión de la reina: creer reconquistar á Francia mostrando y deteniendo en sus fronteras un ejército de observación armado; pero la ilusión era sincera, y es un hermoso espectáculo el ver á esta mujer anegada en hiel, abrumada de ultrajes, desarrollar generosamente y sin pasión ese plan de contención y expectación que defiende de un extremo á otro á Francia contra las armas del extranjero y contra las armas de sus hijos, dos guerras, dos desgracias que el rey, dice María Antonieta en la memoria que sigue, *debía evitar con riesgo de su corona y de su vida.*

Mas antes de la memoria de la reina, enviada por ella á su hermano, demos una carta que la precedió:

«A 31 de Agosto de 1791.

»He aquí, mi querido hermano, una nueva Memoria: en la última he tratado de probaros que depende de vos poner un término á las sublevaciones que trastornan á Francia. Me han oprobado que os lo haya enviado, y me encargan que os envíe ésta. Siendo de la más alta importancia los puntos que en ella se discuten y las resoluciones que puedan tomarse, siendo de tal naturaleza que si son falsas pueden traer un desorden espantoso, no solamente en Francia, sino en toda Europa, la memoria contiene reflexiones generales que harán juzgar prudentemente el estado de las cosas. Se recomienda particularmente á vuestra adhesión el pasaje siguiente:

»Si el emperador patrocina á los emigrados, cesaría de creerse en la buena fe del rey, que nunca se pondrá dispuesto á hacer la guerra á su cuñado; si el emperador apoyase á los emigrados, este equilibrio de fuerza comprometería á una guerra horrible y atroz, en que la devastación y la matanza serían sin límites, en que se buscaría y acaso se conseguiría sobornar de una parte y otra á los soldados, en que podrían tratar de unirse todos los pueblos en una causa común contra los nobles y los reyes; si el emperador sostuviera á los emigrados, si solamente les diese esperanzas, se entregarían á las más locas y culpables esperanzas, pues son menos adictos al rey que á su causa propia.

»Adiós, querido hermano mío; os abrazo y os quiero con todo mi corazón y nunca puedo variar.

MARÍA ANTONIETA.»

Añadamos á esta carta la que acompaña á la Memoria.

«Hoy 8 de Septiembre.

»Mi querido hermano: Hace mucho tiempo que no he podido escribiros, aunque mi corazón lo necesitaba mucho; estoy enterada de todas las pruebas de cariño é interés que no habéis cesado de darnos, pero os ruego por esta misma amistad que no dejéis comprometeros en nada por nosotros; es evidente que no tenemos recurso ni confianza sino en vos. He aquí una Memoria que os hará ver nuestra verdadera posición, y lo que podemos y debemos esperar de vos. Conozco muy bien el alma de los dos hermanos del rey; no hay mejores parientes que ellos (diría hermanos, si no tuviese la dicha de ser hermana vuestra). Desean únicamente la dicha y la gloria del rey; mas los que les rodean es muy diferente: todos tienen hechos cálculos particula-

res para su fortuna y ambición. Es, pues, interesante que podáis contenerles, y sobre todo, como M. de Mercy debe habéroslo ya comunicado de parte mía, que exijáis de los príncipes, y de los franceses en general, que no se mezclen en nada de lo que podrá suceder, sea en negociaciones, sea que vos y las otras potencias hagáis adelantar tropas. Esta medida se hace tanto más necesaria, cuanto que yendo el rey á aceptar la Constitución, por no haber manera de negarse, el manifestarse los franceses que están fuera contrarios á la admisión sería considerado como culpable por esa raza de tigres que inunda este reino, y pronto nos sospecharían de acuerdo con ellos; aparte de que nuestro mayor interés al aceptar es inspirar la mayor confianza, es el único medio para que el pueblo vuelva en sí de su embriaguez, sea por las desgracias que experimentará en el interior, sea por temor al exterior, y vuelva á nosotros, aborreciendo á los au'tores de nuestros males.

»Os doy gracias, querido hermano, por la carta que me habéis escrito; estaba por completo en el sentido que yo podía desear, y ha hecho buen efecto, pues aquellos mismos á quienes me creí obligada á enseñarla han parecido ó creído deber parecer contentos; pero ¡cuánto me ha costado escribiros una carta de ese género! Hoy que al menos mi puerta está cerrada y que estoy sola en mi cámara, puedo aseguraros, querido hermano mío, la tierna é inviolable amistad con que os abrazo, y que no cesará sino con mi vida.»

La Memoria de la reina, fechada del 3 de Septiembre de 1891, comienza:

«Depende del emperador poner término á los trastornos de la revolución francesa.

»La fuerza armada ha destruído todo, y sólo la fuerza armada puede repararlo todo.

» El rey ha hecho cuanto estaba en su mano para evitar la guerra civil, y continúa persuadido de que la guerra civil no puede arreglar nada y acabará de arruinarlo todo.»

Después, continúa la Memoria, entrando los príncipes en Francia, es la guerra civil.

Entran con la sed de otra venganza que la de las leyes; y es preciso que vuelvan «con la paz y la confianza en la única autoridad que puede disolver los partidos».

Al entrar los príncipes en Francia, traen una regencia. El rey se opone á esta regencia: en primer lugar, porque divide las provincias, las ciudades y el ejército, por nombramientos ó empleos dados por dos poderes: uno, la Asamblea autorizada por el rey, otro por el regente; y además porque «puede perder la autoridad del rey por la misma causa que debe devolvérsela».

Entrando los príncipes en Francia hay la convocatoria de los Parlamentos, á la que el rey se niega: 1.º, porque puede comprometer una autoridad legal llamada en el porvenir á restablecer el orden en la paz con una guerra de decretos; 2.º, porque establece una oposición entre los príncipes y el nombre del rey; 3.º, porque puede autorizar al pueblo á creer en el restablecimiento completo del antiguo régimen.

Entrando los príncipes en Francia, se acostumbra á la nación á ver levantarse en el Estado otro poder que el del rey; es separar de la autoridad legítima las bases de un gobierno lanzado al azar «en un momento en que el hombre más hábil no sabría cuál forma puede convenirle».

Luego, combatiendo las impacencias del partido de los príncipes, decía la reina con buen sentido y una exactitud de criterio notable:

«¿Cómo puede conocerse lo que conviene al estado de una nación en que la parte más débil manda en el delirio y en que el miedo ha subyugado todas las demás?

»No se ha conservado el sentimiento de las cosas habituales y diarias que parecían formar, no sólo o la Constitución del Estado, sino también la de cada clase, cada profesión y cada familia.

»Todo se ha destruido y desarraigado, sin excitar en el mayor número la sorpresa y la indignación.

»No hay opinión pública y verdadera en una nación que no tiene un sentimiento.

»¿Qué se han hecho todas las cosas de costumbre?... ¿Cuál es el derecho habitual que no se ha proscripto ó la obligación que no se ha quebrantado?

»Se han servido de las sublevaciones y de los motines populares para destruir todas las formas establecidas; no han dado otras nuevas á la nación, y en dos años empleados en destruirlo todo no se pueden crear, sostener y consolidar otros hábitos.

»Es preciso dejarla respirar un momento de tantas agitaciones y trastornos; es menester dejarle volver á tomar sus hábitos y costumbres antes de juzgar lo que las circunstancias pueden exigir ó soportar.»

La reina continuaba: que entren en Francia los príncipes es la guerra civil; y entrando los extranjeros, hay la guerra civil y la guerra extranjera.

El rey no quiere ni una guerra ni otra.

Sólo hay un medio, aparte de la guerra, para salvar al rey y al trono, y es una declaración colectiva de las potencias unidas. Las potencias unidas declararán que no es indiferente á Europa, vista la posición é importancia de Francia en el continente, que en ésta haya monarquía ó república; que, por el contrario, importa á las monarquías de Europa que la corona de

Francia sea hereditaria de varón en varón; que la persona del rey sea inviolable; que el rey no pueda ser suspendido ni depuesto de su poder; que no pueden sufrir que los antiguos tratados concluidos con Francia, que han venido á ser parte integrante del derecho europeo, «sean juguete de la influencia real ó supuesta de una fuerza armada ó de una insurrección popular»; que en caso de revocación de cualquier tratado por el rey de Francia, revocación involuntaria y forzada, ellas están en el derecho de declarar la guerra á Francia; que, por una convención tácita, ha existido en todo tiempo una correspondencia de fuerza armada entre las potencias de Europa; y que habiéndose levantado de repente en Francia un ejército de cuatro millones de hombres, independiente de las tropas de línea, un aumento tan prodigioso de la fuerza armada que tiene al rey prisionero es una violación de esta convención tácita, al mismo tiempo que un peligro de guerra permanente para las potencias extranjeras.

Tales eran las razones y los pretextos de esta intervención de Europa, en que la reina veía la salvación.

De esta declaración esperaba ella la intimidación de los unos, el aliento de los otros, un levantamiento espontáneo de la mayoría temerosa de los descontentos contra la tiranía local de las provincias, municipios y clubs; una sublevación que sería tan repentina, tan general y unánime, que no habría defensa ni derramamiento de sangre. Confiaba en que estallaría á la vez en todas «las buenas ciudades de Francia» una revolución pacífica, y terminaba su Memoria por esta afirmación, que ¡ay! no era sino un deseo:

«La revolución se hará por la aproximación de la guerra y no por la guerra misma.»

La reina continuaba todavía el 4 de Octubre de 1791 la realización de su plan y de sus esperanzas cerca de su hermano, convencido y aliado á ese proyecto:

«Querido hermano mío: No tengo otro consuelo sino escribiros; estoy rodeada de tantas atrocidades, que necesito toda vuestra amistad para reposar mi espíritu; por una dicha inesperada he podido ver á la persona de confianza del conde de M..., pero tan sólo una vez; me ha expresado las ideas del conde que tienen correlación con lo que ya os he dicho esos últimos días; desde la aceptación de la Constitución, parece que el pueblo nos ha devuelto su confianza; pero este suceso no ahogó los malos deseos en el corazón de los malvados; imposible sería que no se confiase en nosotros si conociesen nuestra manera de pensar; mas á pesar de esa seguridad del momento, estoy lejos de entregarme á una ciega confianza; imagino que la juiciosa clase media y el pueblo honrado han estado siempre, en el fondo, por nosotros, pero que no hay entre ellos ninguna concordia ni puede esperarse que la haya; el pueblo, la multitud, conoce por instinto y por interés la necesidad de unirse á un jefe único, pero no tiene la fuerza de librarse de todos los tiranos populacheros que les oprimen, no teniendo unidad y precisando luchar contra desalmados que están de acuerdo dándose de hora en hora el santo y seña en los clubs; y además se intriga con ellos incessantemente, se les deslizan con perfidia sospechas contra la buena fe del rey, y así concluirán por levantar nuevas tempestades; si eso sucede, como lo temo, pues repito que no me dejo engañar por este delirio del momento, las desventuras serán aún mayores, porque entonces será más difícil reconquistar la confianza perdida, y como el pueblo se creará engañado, se volverá contra nosotros.

» Este es un motivo más para redoblar los cuidados, para aprovecharse del momento si es posible: preciso es, puesto que la autoridad real se escapa y la confianza pública es el único freno que oponer á las invasiones del Cuerpo legislativo. Mas ¿cómo utilizar la confianza del momento? Ahí está la dificultad; imagino que el primer punto esencial es moderar la conducta de los emigrados. Yo puedo responder de los hermanos del rey, pero no de M. Condé. Todo se pierde si los emigrados entran armados en Francia: sería imposible persuadir que no estamos en connivencia con ellos. La existencia de un ejército de emigrados en la frontera basta ya para sostener el ardor y dar aliento á las acusaciones contra nosotros, me parece que un Congreso facilitaría el medio de contenerlos. He comunicado mi idea á M. de M... para que os hable de eso, mi querido hermano; esta idea de un Congreso me halaga mucho, y secundaria los esfuerzos que hacemos para sostener la confianza. Eso, en primer lugar, repito que contendría á los emigrantes, y, por otra parte, haría aquí una buena impresión; propongo esto á vuestro superior criterio; á mi lado hay esta misma opinión, y no necesito extenderme sobre ese punto, habiendo hecho explicar todo á M. de M...

» Adiós, querido hermano; os queremos mucho, y mi hija me encarga especialmente un abrazo para su buen tío.

MARÍA ANTONIETA.»

Tales son los planes, tales los deseos de la reina en su revelación más íntima, en su confesión más completa. En eso se cifra la imaginación y el corazón de esta reina que ha llevado por tan largo tiempo en la historia la culpa de la emigración; pero ¿qué historiador se atreverá en adelante á acusarla contra todos los hechos, contra todas las pruebas? ¿Quién la acusará

todavía después de estas dos cartas, documentos desconocidos y preciosos, donde se ve el abismo que ha separado siempre la política de la reina de la política de Coblenta?

«Hoy 14 de Mayo de 1791.

«Mi querida hermana: He descifrado la carta del conde de Art., y me aflige mucho; voy á transcribírosla, y veréis cómo puede extraviarse el mejor corazón. Los movimientos de los emigrados en la frontera son una calamidad; estoy desesperada de que tomen al revés nuestros consejos y súplicas. El rey va á escribirle, y vos haríais muy bien, vos á quien tanto quiere, en escribirle también para ayudarnos á evitar nuevas desgracias y para apartarle de M. de Condé. He aquí su carta.»

Y María Antonieta transcribe de su mano la carta siguiente del conde de Artois:

«He recibido vuestra carta del 20 de Marzo, mi querida hermana; la poca costumbre que tengo de escribir de esta manera me obliga á ser muy lacónico: os dejo adivinar cuán agradecido estoy á las pruebas de vuestra amistad, mas al mismo tiempo cuán afligido al ver que diferís de día en día en concederme vuestra confianza; sobre todo cuando las circunstancias son tan urgentes. Merezco quizá menos reticencias de vuestra parte; mas de lo que estoy seguro es de que vuestro interés exigiría que yo fuese mejor informado.

»Todo me hace creer que tenéis un plan. Hasta creo conocer á fondo los detalles de lo que se os propone, y las personas que andan en ello. Y bien, hermana mía, ¿el rey desconfía de mí? Sólo añadido una palabra sobre eso; está permitido servirse de sus propios enemigos para salir de la cautividad; pero debe rehusarse todo trato, todo convenio con los malvados, y, sobre todo, debe calcularse si los verdaderos servidores, y en par-

ricular los verdaderos amigos, podrán consentir en las condiciones que se habrán aceptado. En nombre de todo lo que os es querido, acordaos de estas palabras, y creed que estoy bien informado. Parecéis quejaros de mi silencio y de la ignorancia en que estáis de mis proyectos; mis reproches serían mejor fundados que los vuestros; empero sé lo que debo á mi rey, y me consideraría culpable si hubiese variado mis miras y proyectos sin hacérselo saber. De todas suertes, no temo repetir lo que considero como mi profesión de fe: viviré y moriré, si es menester, defendiendo los derechos del altar y del trono, y por devolver al rey su libertad y su justa autoridad. La declaración del 23 de Junio y el tenor de los despachos son bases de que jamás me separaré. Emplearé todos los medios que estén á mi alcance para decidir por fin á nuestros aliados á auxiliarnos con fuerzas bastante imponentes para amedrentar á nuestros enemigos, y evitar todos los proyectos criminales. Combinaré los recursos del interior con los auxilios del exterior, y mis esfuerzos y cuidados se extenderán igualmente de un extremo á otro del reino, y prepararé todas las provincias según sus medios á que secunden un levantamiento general. Detendré y contendré toda explosión ficticia, mas secundaré con tanto ardor como adhesión las empresas que me parezcan bastante sólidas para imponer á nuestros enemigos y para darme la justa esperanza de un verdadero éxito. En fin, serviré igualmente á mi rey y á mi patria, obrando con prudencia, perseverancia y firmeza.»

Aquí María Antonieta continúa:

«He aquí la parte de la carta que no conocíais, mi querida hermana; os envío un abrazo. ¿Cuándo volvéis?»

MARÍA ANTONIETA.»

Y enviada esta carta á Mad. Isabel, la reina escribe en seguida al conde de Artois:

«Hoy 14 de Mayo de 1791.

» *Mi querido hermano: He leído con mucha pena lo que me decís de mi pretendida falta de confianza; me figuro que cambiaréis de opinión después de la carta que el rey os ha escrito, y que os enviará con ésta. No, querido hermano mío; lejos estamos de haber cesado de consideraros como el mejor de los parientes. Decía que nuestro interés exigiría que estuvieseis más informado; ¿pero á qué vienen nuestras confidencias, si os negáis á complacer los deseos que os hemos expresado tan claramente, y que son tan confidenciales? Os repito que es de todo punto interesante para la salvación de vuestro hermano que os separéis de M. de Condé. El armamento de los emigrados es lo que más irrita á los que nos rodean, y en tanto que así sea, los negocios no podrán tomar mejor sesgo; las personas más honradas tienen horror á la guerra civil, y los malvados, que tienen tan gran interés en envenenarlo todo, lanzan gritos espantosos que amenazan con una catástrofe. Os suplico, hermano mío, que reflexionéis en lo que os escribo y en lo que os ha escrito el rey. Lo que hagáis en contrario nos causará una verdadera desesperación. Mis hijos están buenos, y la buena Isabel, que es para nosotros como un ángel, os escribe también.*

» *Adiós; os quiere de todo corazón*

MARÍA ANTONIETA.»

¡Qué responsabilidad tan pesada, qué enorme tarea y abrumador trabajo para una mujer, conllevar durante la tempestad la suerte del rey, y disputar al destino esos restos de una monarquía, herencia de un

hijo! ¡Vencida, permanecer erguida; desesperada, resistir todavía las lágrimas y dedicarse á pensar, á calcular, combinar, resolver, persuadir, luchar sin reposo por sí y por los demás, luchar con la pusilanimidad del rey, dispuesto siempre á esquivarse, contra la voz de la emigración transmitida por la hermana del rey que le habla en secreto; reconquistar cada día á Luis XVI sobre sí mismo y sobre Mad. Isabel!

Mad. Isabel tenía también carácter varonil, pero no de estadista, como la reina. Había algo de guerrero en esta joven que debía morir como un héroe. En esta suave religiosa, extraviada en las gradas de un trono; en esta virgen de la caridad consagrada á los demás, á la dicha de sus amigos, cuya piedad parece una caricia, cuya vida es una buena obra, parece que corre en sus venas la sangre del duque de Borgoña, esa sangre que para dominarla ha sido preciso un Fernelón. Mad. Isabel es el hombre de las Tullerías, que aconseja los partidos violentos, los riesgos extremados. Con el ultraje de los sucesos, la rebelión de su conciencia ha impulsado su corazón á las severidades sin misericordia con que el Jehová de la Escritura hiere á los pueblos rebeldes. Mad. Isabel, desde el principio de la revolución, rechaza las treguas, los arreglos y diplomacia con el nuevo poder; dispuesta al martirio, mas también á la lucha, rogando al Dios de los ejércitos, y preguntándose si no le está impuesto á los reyes morir por la dignidad real. Hacia largo tiempo que, desafiando el horror de las palabras, madame Isabel había declarado claramente:

«Considero la guerra civil como necesaria. Primeramente, creo que ya existe, porque todas las veces que un reino está dividido en dos partidos, siempre que el partido más débil no obtiene la salvación de la vida

sino dejándose despojar, es imposible no llamar á eso una guerra civil.

»Además, la anarquía no podrá concluir sin eso; cuanto más se retarde, más sangre se derramará. He ahí mi opinión; si fuese rey, sería mi norma.»

Si; la guerra, el manejo de las espadas, el juicio de Dios, la conclusión de una monarquía envuelta en su bandera, ó su victoria, una victoria al sol, que la lleve en triunfo á todos sus derechos anteriores. Madame Isabel no conoce otra norma ni otra salvación; y es preciso leer en su estilo de muchacho y en sus *enfados* humorísticos el desprecio que hacía de las esperanzas de la corte chasqueadas por la muerte de Mirabeau.

«3 de Abril de 1791.

»Mirabeau ha tomado el partido de ir á ver si la revolución contaba con la aprobación del otro mundo. ¡Dios mío! ¡qué despertar el suyo!... Hacía tres meses que se dedicaba al buen partido; que se esperaba en sus talentos. Cuanto á mí, aunque muy aristócrata, no puedo considerar su muerte sino como un favor de la Providencia con este reino. No creo que sea por medio de gentes sin principios y sin moralidad como Dios quiera salvarnos. Reservo para mí esta opinión, porque no es política.»

Mad. Isabel no ha variado. Confirmada y fortalecida en la lógica de sus instintos por la marcha de los sucesos, no espera en la actualidad en más auxilio para Francia y el rey que en los que están en el extranjero, en la espada de los príncipes, del conde de Artois. En lo cual, sus amistades y simpatías conspiran con sus ideas. El conde de Artois tiene para Madame Isabel esas gracias de un corazón aturdido y de

una juventud algo viva que no dejan de interesar á las mujeres más piadosas. Ignorando las intrigas, menos ilustrada que la reina en el secreto y fondo de los hombres y de las cosas, le halaga ver el salvador de la libertad y del trono de Luis XVI en ese hermano cuyo nombre viene con tanta frecuencia al pico de su pluma, en ese hermano que ella habría seguido si no fuese menester para seguirle abandonar al rey. Asustada en sus creencias monárquicas por las *gentes de negocios* de la reina, por ese *viejo astuto* de Mercy, todos sus esfuerzos y habilidad se dirigen en silencio y en la sombra á tratar de una unión entre la reina y Coblentza:

«Para hablar con más claridad, acuérdate de la situación en que se ha encontrado este desgraciado padre (el rey): el accidente que le puso en el caso de no poder gobernar su hacienda, le echa en los brazos de su hijo (el conde de Artois). El hijo ha tenido, como tú sabes, muy buen proceder con el pobre hombre, á pesar de cuanto se ha hecho para malquistarlo con su madrastra (la reina). Siempre se ha resistido, pero no la ama. No lo creo incomodado, porque no es capaz de eso; mas temo que los que están á su lado le den malos consejos. El padre está casi curado; sus negocios han tomado mejor aspecto; pero como ha vuelto en sí, pronto querrá volver á dirigir su hacienda; y ése es el momento que temo. El hijo, que ve las ventajas de dejarla en las manos en que está, se opondrá: la madrastra no lo soportará; y esto es lo que precisa evitar, haciendo comprender al joven que, por su mismo interés personal, no debe declarar su opinión sobre eso, para evitar hallarse en una posición muy molesta. Quisiera, pues, que tú hablases de eso con la persona que te he mencionado; que la hicieses entrar en

mis ideas, sin decirle que te he hablado, á fin de que ella pueda creer esta idea suya y comunicarla más fácilmente. El debe comprender mejor que cualquiera otro los derechos que un padre tiene sobre sus hijos, puesto que por largo tiempo lo ha experimentado. Quisiera también que se persuadiese al joven de que tenga más ductilidad con su madrastra, con ese encanto que un hombre sabe emplear cuando quiere y con el que la persuadirá que desea verla como siempre ha sido. Por ese medio se evitará muchas penas y gozará pacíficamente de la amistad y confianza de su padre. Mas tú sabes bien que sólo hablando afablemente con esta persona, sin fruncir el ceño y alterar el semblante, le harás sentir lo que digo. Para eso es menester que tú mismo estés convencido. Vuelve á leer mi carta; trata de comprenderla bien, y parte de este punto para hacer mi comisión. Te dirán mal de la madrastra: yo lo creo exagerado.»

Es indudable que la reina hace tiempo que ha triunfado en el corazón de Mad. Isabel de la influencia de Mad. de Marsán; hace tiempo que Mad. Isabel se ha rendido á la bondad de su cuñada, á tantas cualidades que se han hecho formales con la desgracia. La comunidad de peligros ha lanzado á las dos mujeres en brazos una de otra. Se aman, y la vida de cada una pertenece á la otra. Mas aquí se trata de otra cosa que el afecto y la adhesión; se trata para Mad. Isabel de un dogma y de una fe de su espíritu: la restauración de la casa de Borbón por un Borbón, esta contrarrevolución por un príncipe francés, que era precisamente, en la mente más vasta y más ilustrada de la reina, la ruina de los príncipes y la ruina del rey.

¡El rey! La reina no ve más que á él al tratarse de salvación. Le pone siempre delante, y solo, no tanto

por los intereses personales del rey como por la conservación de la dignidad del cetro. El temor de que el rey se rebaje es el temor constante de María Antonieta, y entre tantas inquietudes, la que la tiene más en guardia. No está preocupada sino de salvar al rey de la gratitud de una libertad, sino de evitarle una servidumbre en el porvenir de la monarquía. La declaración de una regencia en favor de Monsieur, de una lugartenencia general del conde de Artois, la victoria, en fin, de la emigración, tales son las alarmas de esta reina, en que en cada frase se descubre el deseo de que el rey *haga alguna cosa grande*.

VI

El 20 de Junio.—La reina sujeta por el poco carácter del rey.—
La segunda confederación.—Pasos de M. de Lafayette y del
general Dumour ez cerca de la reina.—Ultrajes é insultos en
las Tullerías.—La noche del 9 al 10 de Agosto.—La reina en
el 10 de Agosto.—La reina en la tribuna de los taquígrafos
en los Feuillants.—Partida para el Temple.

Algunos días antes de que el rey opusiese su *veto* al destierro de los sacerdotes y á la formación de un campamento de 20.000 hombres; algunos días antes del 20 de Junio, la diputación de la colonia de Santo Domingo, arruinada por los negros, decía á la reina por boca de su presidente: «Señora, en una gran desgracia necesitamos un gran ejemplo; venimos junto á Vuestra Majestad á tomar el de su valor.»

El 20 de Junio había llegado. La mitad del día pasó en el castillo como los demás, aguardando. Eran las cuatro y media cuando un clamor anunció al pueblo. ¡Lo de Octubre va á renovarse! El rey hace abrir la puerta principal. Patios y escaleras en un instante se inundan de una multitud que se precipita y sube. El rey, la reina y la familia real están en la Cámara del rey, reunidos, resignados, escuchando los hachazos en las puertas de las habitaciones.

Los dos niños lloran. La reina está enjugando sus lágrimas. Acloque, jefe del segundo cuerpo de la guardia nacional, cogiendo al rey por la cintura, le pide encarecidamente que se presente al pueblo. Luis XVI sale. Mad. Isabel, que no le pierde de vista, le sigue:

La reina, al ver á sus hijos un poco consolados y llorando menos, se vuelve y nota la ausencia del rey. Dominando al instante su corazón maternal, María Antonieta quiere seguir á su marido. *¡No importa—*—dice con voz trémula;—*mi puesto está junto al rey!* Y desprendiéndose de las súplicas que la rodean, se adelanta hacia la muerte con paso de reina. Un gentilhombre la detiene por un brazo, otro le impide el paso. Acuden algunos guardias nacionales, y aseguran á la reina que el rey no corre peligro. Sin embargo, el palacio resuena; gritos de muerte llegan como oleadas al oído de la reina. En la sala de los guardias resuena el estruendo. El ruido de las armas, el trueno, que se adelanta. Los guardias nacionales sólo tienen tiempo para llevar corriendo á la reina á la sala del Consejo. Inmediatamente empujan delante de ella la gran mesa. Así que, entre la reina y el hierro que la busca, no hay más que un trozo de madera, donde se han agitado los destinos de la monarquía. Un grupo de guardias nacionales defiende la mesa. Por toda la sala circula la multitud, hundiendo los armarios, rompiendo los muebles y dando carcajadas: «¡Ah, el lecho de M. Veto! ¡Tiene una cama más hermosa que las nuestras!» Pronto las risas forman una carcajada general. Las puertas de la sala del Consejo se rompen, entrando más gentío... La reina está en pie, con Madame á su derecha, apretándose contra ella, y el Delfín á su izquierda, abriendo grandes ojos, como hacen los niños. Mad. de Lamballe, Mad. de Tarante, mesdames de la Roche-Aimonis, de Tourzel y de Mackau están acá y allá, alrededor de la reina, sin colocación, sin rango, como la adhesión. Los hombres, las mujeres, las picas y los cuchillos, los gritos y las injurias, todo se dirige contra la reina. Uno de estos

canibales le enseña un haz de varas con el letrero: *Para María Antonieta*; otro le presenta una guillotina; otro, una horca con un maniquí de mujer; otro, ante los ojos de la reina, que no baja la mirada, adelanta un pedazo de carne sangrienta en forma de corazón sobre una tabla. «¡Viva Santerre!», exclama de repente la multitud. «¡Vaya, vedle ahí!», dice con voz ronca un hombre grueso, empujando su rebaño delante de él, y señalando á la reina y al Delfín. Una mujer, con la obscenidad en la boca, tiende, con gesto amenazador, dos gorros encarnados á la reina. El general Vittingthoff pone uno sobre la cabeza de la madre, otro en la cabeza del hijo, y cae desvanecido. La multitud, que aumenta, estrecha á los guardias nacionales contra la mesa. Los hombres empujan á las mujeres junto á la reina para que le digan injurias en la cara: «¿Me habéis visto alguna vez? ¿Os he hecho algún mal?—les dice la reina.—¡Os han engañado: yo soy francesa... Era muy feliz cuando me amabais!» Y he aquí que á esta voz tan dulce y tan triste, el tumulto se acalla para escuchar. De repente, enternecidas estas mujeres, se ablandan y vuelven en sí. El furor se desvanece, la boca se cierra al comenzar un ultraje. La emoción y la piedad abren los corazones. La humanidad reconquista á este populacho: estas mujeres lloran. «¡Están borrachas!», dice Santerre alzando los hombros, y acercándose él mismo se pone familiarmente de codos en la mesa... Mas cuando estuvo cara á cara con esta majestad del dolor, también él volvió á ser hombre. Vió que el Delfín andaba con el gorro encarnado, y dijo en tono brusco: «¡Quitad el gorro á ese niño; mirad qué sofocado está!» ¡Pobre niño!, que mañana á una toma de armas en el castillo dirá á su madre: *Mamá, ¿todavía no ha concluido el día de ayer?*

Al día siguiente del 20 de Junio el rey tuvo una conversación con Pétion, y quejándose de la insuficiencia de las medidas tomadas, y pidiendo que la conducta del Municipio fuese conocida en toda Francia: «Lo será—respondió Pétion,—y sin las medidas prudentes que el Municipio ha tomado, hubieran acaecido sucesos mucho más sensibles, *no para vuestra persona*, porque ya debéis saber bien que será siempre respetada, sino...» Pétion se detuvo; la reina estaba allí, y no se atrevió á decir: para la reina.

Algún tiempo después del 20 de Junio, la reina dejó escapar, deshaciéndose en lágrimas: *¡Ellos me asesinarán! ¿Qué será de nuestros pobres hijos?* Queriendo darle Ma^t. Campán una poción antiespasmódica, la reina la rehusó, diciendo que los males de nervios eran el padecimiento de las mujeres felices.

La reina decía bien: ya no tenía ella esos males; la desgracia la había curado. Las desventuras de su vida, de esta vida de lágrimas, de luchas y de inquietudes, parecían haber a sustraído á los males del cuerpo. Su salud se fortalecía con estas pruebas, en esta fiebre y actividad dolorosa de su cerebro y de su corazón, y se sorprendía de esta fuerza que Dios da á los débiles para sufrir. Había vuelto á su vida ordinaria; mas sus días se pasaban en alarmas y las noches en alertas. Cualquier ruido la amenazaba; á todas horas temía á las gentes de los arrabales. Por otra parte, un hombre y un cuchillo dentro del castillo bastaban... Hubo que cambiar las cerraduras de la reina, hacerla dejar su habitación del piso bajo, y prestando atención, la reina pudo oír vagar al asesinato por los corredores. A pesar de sus órdenes, las camaristas de la reina no se atrevieron en todo el mes de Julio á dormir ni á acostarse.

Había ratos en que la reina tenía aún esperanzas, rebeliones y proyectos; mas esas agitaciones, esas aspiraciones y llamaradas, se desvanecían, durando poco. El rey estaba á su lado; le quitaba toda ilusión y hasta el ánimo de pensar en el porvenir. ¿Cómo esperar, por qué intentar siquiera el decidir á un golpe atrevido, á una gran empresa, á la audacia de la defensa, á ese rey cuya paciencia era el único heroísmo? Y la reina recaía pronto de las agitaciones y sueños de su voluntad á un abatimiento resignado. Encadenada por la impotencia, pero celosa de la autoridad y de la dignidad de la personalidad regia, rechazaba la idea de manifestar lo que pueden *una mujer y un niño á caballo*. Rehusaba intentar nada, ni atreverse á nada por sí misma, de miedo de obscurecer al rey y rebajarle; y, tratando de imitar las virtudes de Luis XVI, aguardaba, repitiendo «que los deberes de una reina que no es regente son permanecer en la inacción y *prepararse á morir*».

Llegó la segunda confederación. La reina marchó para el Champ-de-Mars, no creyendo volver á las Tullerías. En el castillo quedaron temblando; mas la reina volvió por la tarde, y su vuelta inesperada fué saludada con estas palabras: «¡Alabado sea Dios! Ya ha pasado el día 14.»

Un paso dado cerca de la reina para salvarla, por uno de sus enemigos, iba á ser más fatal á la reina que todo lo que este enemigo había hecho contra ella. Temblando Lafayette por la suerte de sus ideas, viendo su Carta constitucional comprometida y los peligros de este gobierno imposible que ponía al rey por debajo de las leyes y le hacía responsable de los actos de los ministros impuestos, inquieto y afligido de todo lo que pasa y de todo lo que se prepara, heri-

do en el amor propio de su teorías por la jornada del 20 de Junio, y, hay que decirlo, sorprendido también y avergonzado de las complicidades á que las revoluciones arrastran á un hombre honrado, Lafayette deja el ejército, se presenta á la Asamblea, recuerda el 20 de Junio, declara que la Constitución ha sido violada á los ojos de la nación entera, pide que los autores y fautores de semejante crimen sean buscados y castigados, y al salir de la Asamblea solicita una entrevista de la reina. La revolución, la desgracia, una experiencia de los hombres y de las cosas caramente comprada, habían concluído por imponer á la reina la prudencia y hasta la desconfianza. Repasando su vida y la historia de sus últimos años, María Antonieta había aprendido á temer las asechanzas y las traiciones. Además, si María Antonieta, renunciando á sus antipatías, olvidando miserables agravios en medio de tales catástrofes, perdonaba sin esfuerzo á sus enemigos personales, no vencía sino con dificultad sus prevenciones contra los hombres que ella juzgaba habían hecho traición al trono. Dudaba de esos remordimientos que tan tarde venían, y le parecía que había pasado la hora en que la salvación del trono todavía podía estar á la disposición de revolucionarios, deteniendo la revolución en el punto en que se detenían sus ambiciones, sus ideas y sus conciencias. Podía ver la lealtad en esos servicios ofrecidos al trono bajo condición, en ese arrepentimiento de los hombres de 1789, 1790 y 1791, subyugados por las circunstancias y uniéndose al rey menos aún por salvarle que por salvar sus sistemas. Sólo uno le había interesado: ése había sido Barnave. Mas Barnave se había entregado, su adhesión había sido gratuita, y en el sacrificio de su persona no había buscado el triunfo de sus principios.

Antes de M. de Lafayette, el general Dumouriez, espantado de esta revolución «caída en manos de la canalla desorganizadora», había pedido una entrevista á la reina, y ésta le había dejado arrastrarse á sus pies. En vano, prosternado delante de la reina, humillado, y besando la orla de su vestido, le había suplicado que se dejase salvar: María Antonieta había rehusado confiarse al general de la revolución. Pero contra M. de Lafayette, ¡qué aversiones tenía aún más profundas! Ese era el voluntario de América que dió al olvido los aplausos que ella había otorgado á su valor; era el antiguo noble enemigo de la monarquía; era el hombre á la orden de su popularidad, presente siempre en los días más desgraciados de la vida de la reina. ¡Lafayette, el que dormía el 6 de Octubre; Lafayette, el cómplice del arresto de Varennes, que había consentido en hacerse carcelero de la reina; Lafayette, el que la reina había encontrado siempre persiguiéndola en Versalles, en París, en sus desgracias, en su vida, en su cámara!... María Antonieta había dicho *que era preferible perecer que deber su salvación al hombre que les había hecho más daño*, y negóse á ser salvada por M. de Lafayette.

Entonces las cosas se precipitaron. El insulto alrededor de palacio ya no guardó pudor, y la amenaza perdió toda vergüenza. Bajo las ventanas de la reina, donde se habían echado cohetes y cantado la muerte de Marlborough el día de la noticia de la muerte de su hermano Leopoldo, pregonaban la *Vida de María Antonieta*, y mostrábanse á los transeuntes infames estampas. Cerrado el jardín de las Tullerías, la terraza de los Feuillants fué concedida al pueblo por la Asamblea, y desde allí lo que los hombres y las mujeres vociferaban contra la reina era tan monstruoso, que la

reina por dos veces se vió obligada á retirarse. Ya no podía salir con sus hijos... A veces, precipitando su paso, y con voz entrecortada, asustaba á sus damas queriendo bajar al jardín para arengar á los que la ultrajaban: «*Sí—exclamaba recorriendo su cámara,—les diré: ¡Franceses, han tenido la crueldad de persuadiros de que no amaba á Francia... yo, madre de un Delfín! ¡yo!...*» Luego, la ilusión de enternecer á un pueblo de insultadores pronto se desvanecía.

Este suplicio duró siete meses. Leed esta carta desgarradora de la reina á Mad. de Polignac, del 7 de Enero de 1792, cuando comenzó ese suplicio:

«No puedo resistir, querida mía, al placer de abrazaros, mas será con prisa, pues la ocasión que se presenta es repentina, pero es segura, é irán estos renglones al correo en un grueso paquete que os enviarán; estamos vigilados como criminales, y, á la verdad, esta sujeción es horrible de soportar; tener incesantemente que temer por los suyos, no acercarse á una ventana sin ser abrumada de insultos, no poder llevar á tomar el aire á los pobres niños sin exponer á los queridos inocentes á las griterías: ¡qué situación, querida mía! Si quiera fueran sólo las propias penas; pero temblar por el rey, por todo lo que más se quiere en el mundo, por las amigas presentes y por las ausentes, es una carga demasiado pesada para sufrirla; mas, ya os lo he dicho, vosotros me sostenéis. Adiós, querida mía; pongamos nuestra confianza en Dios, que ve nuestras conciencias y sabe que estamos animados del amor más verdadero por este país. Os abraza

MARÍA ANTONIETA.

»7 de Enero.»

La reina llegó á no poder sufrir sus penas; llegó á desear el fin de esta espantosa existencia.

El 9 de Agosto, entre once y doce de la noche, la reina oyó tocar á rebato en el Ayuntamiento.

La reina estaba enterada de todo; ha leído las noticias, ha interrogado á los emisarios; conoce el complot de los confederados, las reuniones secretas en una taberna de la Rapée, la convocatoria extraordinaria de las sociedades, la convocatoria de cuarenta y ocho secciones, la Commune de París reunida en Asamblea general, Pétion, Danton y Manuel mandando la Commune; los comisionados nombrados para poner en armas á los arrabales. Sabe que la mitad de la guardia nacional es del partido de los jacobinos, sabe que la Pipe y la Auda esperan á sus parroquianos, y que Nicolás ha ido á ponerse el traje del 20 de Junio... La reina aguardaba. El día supremo ha llegado al fin; la reida está pronta.

Baja al cuarto del Delfín: el niño duerme. Un tiro de fusil parte del patio de las Tullerías: *He ahí el primer tiro*, dice ella; *desgraciadamente, no será el último...* Y sube con Mad. Isabel al cuarto del rey. Pétion entra. «¡Señor—le dice Luis XVI,—sois el alcalde de la capital, y suena por todas partes el toque de rebato! ¿Quieren volver á empezar el 20 de Junio?»—«Señor—responde Pétion,—el toque de rebato resuena contra mi voluntad; pero voy ahora mismo al Ayuntamiento, y todo este desorden va á cesar. Y Pétion va á salir. *Señor Pétion*—dice al instante la reina,—*el nuevo riesgo que nos amenaza ha sido organizado á vuestra vista, no podemos dudarle. Por consiguiente, debéis al rey la prueba de que este atentado no es de vuestro gusto. Vais á firmar, como alcalde, la orden á la guardia nacional parisiense de rechazar la fuerza con la fuerza, y, añade la reina, permaneceréis cerca de la persona del rey.* Pétion se pone colorado, incli-

nase ante la mirada de la reina y firma la orden. La reina ha salvado el honor del rey; él podrá, al menos, morir con la ley en una mano y la espada en la otra.

Al romper el día, Mandat, comandante general de las guardias nacionales, viene á informar el rey de que le han llamado al Ayuntamiento los representantes de la Commune para entrar en negociaciones. La reina suplica á Mandat que no deje al rey; pero el rey le pide que obedezca la invitación de la Commune. Mandat sale diciendo: «No volveré.» ¡Al cabo de una hora, su cabeza será paseada en una pical!

Llega al castillo un decreto de la Asamblea que manda á Pétion que vaya allá. La reina suplica al rey que anule ese decreto contra derecho. Le hace ver que, al perder esta garantía, no tiene remedio sino transigir. Luis XVI obedece á la Asamblea, y deja marchar á Pétion.

A las cuatro, la reina sale de la cámara del rey y dice á sus damas que *ya no espera en nada*. No obstante, da órdenes secretas, apresura la llegada de las secciones que están en buen sentido, piensa en todo, y hasta hace que los reposteros llenen de provisiones los aparadores de la galería de Diana. Quiere demostrar y demuestra á los que la rodean un semblante sereno, y su conversación no toma parte en sus angustias: *¡Qué tiempo magnífico!*—dice á M. de Lorry, acercándose á una vidriera del Carrousel.—*¡Qué hermoso día íbamos á disfrutar sin todo este tumulto!*

A las cinco y media, la reina recorrió con el rey y los niños los salones y galerías donde, desde por la tarde, trescientos nobles, de los que la mayor parte eran ancianos y otros niños, aguardaban la hora de derramar su sangre: «¡Viva la reina! ¡Viva el rey!», fué

el grito que partió de todos los corazones. La reina entonces decidió al rey á que bajase al jardín y recorriese las filas de las secciones de la guardia nacional. *¡Todo se ha perdido!*—dijo la reina al volver á entrar el rey. Mas viendo á los granaderos de Filles Saint-Thomas, que venían á tomar sitio en las habitaciones entre las filas de la nobleza, recobró un momento su valor y la energía de su palabra. Cuando un comandante de la guardia nacional se atrevió á pedir que los nobles armados se alejasen: «*Son nuestros mejores amigos—exclamó la reina con vehemencia,—nuestro mejor apoyo. Ponedles á la boca de un cañón, y os enseñarán cómo se muere por su rey.*» Y volviéndose hacia los granaderos de Filles Saint-Thomas: «*No os inquietéis por estos valientes: son amigos vuestros como nosotros; nuestros intereses son comunes; lo que tenéis de más caro, mujeres, hijos y propiedades, depende de esta jornada.*»

¡Instante importante y solemne en la historia! El corazón latía en el pecho de aquellos cortesanos impacientes por morir. El pueblo se acercaba... Anunciaban á una diputación del directorio del distrito. El procurador general, síndico de la Commune, Rœlerer, pide hablar con el rey sin más testigos que su familia: «Señor, le dice, Vuestra Majestad no tiene cinco minutos que perder; sólo en la Asamblea nacional hay seguridad para ella!»; y en algunas frases conmovidas pinta la situación, la defensa imposible, la guardia nacional mal dispuesta y los artilleros descargando sus cañones. El mercader de encajes de la reina, administrador del distrito, toma la palabra para apoyar á Rœlerer: «*Callaos, señor Gerdret—dice la reina;—no os corresponde levantar aquí la voz; callaos, señor... dejad hablar al señor procurador general sín-*

dico...» Y volviéndose vivamente hacia Røederer: «*Pero, caballero, nosotros tenemos fuerzas...—Señora, todo París está en movimiento.*» Mas la reina ya no escucha á Røederer. Habla al rey, habla al padre del Delfín, al heredero del trono de Enrique IV y de Luis XIV, habla al honor de Luis XVI, á su corazón... El rey permanece mudo. Røederer insiste cerca de él sobre el peligro de toda su familia. La reina combate en vano á Røederer con lo que le resta de voz y de fuerzas. «Ya no hay qué hacer aquí», murmura el rey; y, elevando la voz: «Quiero que sin tardanza se nos conduzca á la Asamblea legislativa. Yo lo quiero.—*¡Antés de todo, señor, ordenaréis que me claven en las paredes de este palacio!*», exclama la reina en tono de rebelión... mas las damas que la rodean, la princesa de Tarento, Mad. de Lamballe y Mad. Isabel, la suplican con lágrimas, y la reina hace al rey el sacrificio de su última voluntad. *¡Señor Røederer, señores,* dice volviéndose hacia la diputación, *vosotros respondéis de la persona del rey y de la de mi hijo!*—Señora, responde Røederer, respondemos de morir á vuestro lado.—*¡Volveremos!*», dice la reina, tratando de consolar á sus desoladas damas; y acompañada de Mad. de Lamballe y de Mad. de Tourzel, sigue al rey.

En el trayecto, de pocos pasos, del palacio á los Feuillants, llora, enjuga sus lágrimas y vuelve á llorar. A través de la muralla de los granaderos suizos y de los granaderos de la guardia nacional, el populacho la rodea y la estrecha tan de cerca, que su reloj y su bolsa le son robados. Llegada frente á frente del café de la Terraza, la reina ni siquiera se apercibe que hunde el pie en los montones de hojas. «¡Cuántas hojas, dice el rey; este año caen tempramente!

no!» Al pie de la escalera de la Terraza, hombres y mujeres, blandiendo palos, cierran el paso á la familia real. «¡No!, exclama la multitud. ¡No entrarán en la Asamblea! ¡Son la causa de todas nuestras desventuras; es menester que eso acabe! ¡Abajo! ¡Abajo!» Por fin pasa la familia real. A la entrada del pasillo de los Feuillants, lleno de gentío, un hombre arrebatada á la reina el Delfín, que tenía de la mano, y le coge en sus brazos. La reina lanza un grito. «No tengáis miedo; no quiero hacerle daño», y el hombre devuelve el niño á su madre á la puerta de la sala. Al entrar en la Asamblea, la reina y la familia real se sientan en los sitios de los ministros. «He venido aquí para evitar un gran crimen», dice el rey subido al sillón á la izquierda del presidente. La reina ha hecho sentar junto á ella al Delfín. «¡Que se le lleve al lado del presidente!—exclama una voz.—¡El pertenece á la nación! ¡La austriaca es indigna de su confianza!» Un ujier viene á coger el niño, que llora de susto, agarrándose á su madre. Mas la Constitución prohíbe á la Asamblea deliberar delante del rey: la familia real es conducida á la tribuna con celosía de hierro que está detrás del sillón del presidente, la tribuna de Logotachygraphe. Un rey y una reina, sus hijos, su familia, sus últimos ministros y postreros servidores, se hacinan en diez pies de terreno caldeados por el sol. Fuera se oyen rugidos de alegría de los que pasean las cabezas en las picas; luego un fuego continuo de fusilería, luego el cañón... en la Asamblea, á algunos pasos, y á la vista de esta reina que hubiera querido morir con dignidad, están las diputaciones de la Commune, los oradores de los arrabales, las mociones para que se destituya al rey, los asesinos ensangrentados vaciando los bolsillos sobre la mesa de la

oficina, y muy pronto el decreto leído por Vergniaud: «Se invita al pueblo francés á formar una convención nacional... El jefe del poder ejecutivo queda destituido...»

Por la noche, á las siete, sepultada en la sombra de esta sofocante prisión, sin haber tomado desde por la mañana más que algunas gotas de agua de groSELLA, abismada en lágrimas, anegada de sudor, con el fichú mojado y el pañuelo de narices como si lo metieran en agua, con la cabeza de su hijo dormido sobre sus rodillas, estaba una desventurada mujer que había sido la reina de Francia... Pidió otro pañuelo, y ninguno de los que la habían seguido hasta allí pudo darle uno que no hubiese estancado la sangre de sus últimos defensores.

El tormento de esta sesión no concluyó hasta las dos de la mañana. La reina fué conducida á las celdas preparadas y amuebladas apresuradamente en el antiguo convento de los Feuillants, encima de las oficinas de la Asamblea. A la claridad de las velas clavadas en las bayonetas de los fusiles y mostrando la sangre de las picas, pasó por entre ese pueblo que ya sabía el estribillo:

*«Madame Vêto avait promis
De faire égorger tout Paris...»*

*«Madame Veto había prometido
hacer degollar á todo París...»*

Temblando por su asustado hijo, la reina le tomó de manos de M. d'Aubier y le habló al oído; y el niño subió la escalera saltando de alegría. «Mamá—decía el pobre niño—me ha prometido acostarme en su cuarto, porque he tenido mucho juicio delante de esos malos hombres.»

Después de estar acostada la familia real, los gritos

pidiendo la muerte de la reina, de: «¡Echadnos su cabeza!», llegaban hasta los oídos del rey.

A la mañana siguiente, la reina, desesperada, tendía los brazos á alguna de sus camaristas que corrieron á ofrecerle sus servicios: «*Estamos perdidos*—les decía;—*todo el mundo ha contribuido á nuestra pérdida...*»; y viendo entrar al Delfín en su cámara con Madame: «*Pobres niños! ¡qué cruel es no transmitirles tan bella herencia, y decir: esto acaba con nosotros!*» Luego la reina habló de las Tullerías, preguntó á quién habían muerto, se inquietó por las personas á quienes amaba, por la princesa de Tarento, la duquesa de Luynes, Mad. de Mailly, Mad. de la Roche-Aymond y de su hija.

La ropa blanca, los vestidos, todo faltaba á la reina y á los suyos. Se vió obligada á aceptar para el Delfín los vestidos del hijo de la embajadora de Inglaterra, condesa de Sutherland, é hizo la merced á M. de Aubier de aceptarle un rollo de cincuenta luises.

Al otro día del 10 de Agosto y los dos que siguieron, la reina se vió forzada á sufrir el espectáculo de la Asamblea, á oír las peticiones *exigiendo las cabezas de los suizos...* Una mañana que la llevaban al Logotachygraphe, viendo en el jardín á algunos curiosos cuya presencia era decente y con semblante humano, la reina hizo un saludo. Uno de los hombres le gritó: «No vale la pena de que hagas tus graciosos movimientos de cabeza; poco tiempo la tendrás.»

La Asamblea se cansó al fin de la humillación de los vencidos. Los devolvió á la prisión, y la reina partió para el Temple con un zapato roto por donde asomaba el pie: «*¡Nunca cre-ríais*—dijo sonriéndose—*que á la reina de Francia le faltarian zapatos!...*»

VII

La reina en el segundo piso de la torre pequeña del Temple.— Separación de Mad. de Lamballe.—El procurador de la Commune del 10 de Agosto, Manuel.—El espionaje en torno de la reina.—Sufrimientos de la reina.—El 3 de Septiembre en el Temple.—La vida de la reina en el Temple.—Ultrajes vergonzosos.—La reina es separada de su marido.—La reina en la torre grande.—Drouet y la reina.—Deliberación de la Commune sobre las peticiones de la reina.—Proceso del rey.—Última entrevista de la reina y el rey.—Noche del 20 al 21 de Enero de 1793.

El 13 de Agosto, por la noche, el Temple estuvo iluminado hasta el amanecer en señal de regocijo: la revolución ha encarcelado á la monarquía.

En el piso segundo de la torre pequeña está acostada la reina, Mad. Real junto á ella, en la antigua habitación del guarda de los archivos de la orden de Malta. Mad. de Lamballe está al lado de la reina en la especie de antecámara que separa el cuarto de la reina del cuarto en que están alojados el Delfin, Madame de Tourzel y la dama Saint Brice. ¡Qué larga se hace esta primera noche en el Temple, corta solamente para los cansados niños!

Transcurren cinco días. El 18 de Agosto, cuando la familia real estaba comiendo en el cuarto del rey, dos oficiales municipales le notifican que, en virtud de un decreto de la Commune, todas las personas del servicio que entraron con él en el Temple van á salir bajo salvaguardia. A las cinco, viene Manuel al Temple. La reina le habla, y Manuel promete hacer suspender

la orden. De repente, en la noche del 19, dos comisionados del municipio vienen á llevarse á todas las personas que no son miembros de la familia Capeto. MM. Hüe y Chamilly, bajando del cuarto del rey al de Mad. de Lamballe, hallan á la reina y á sus hijos, á Mad. Isabel, Mad. de Lamballe, Mad. y Mlle. de Tourzel, abrazadas y confundiendo sus lágrimas...

¡Ultimos abrazos! ¡Primeras lágrimas de separación de la reina, que ya le conquistan la compasión á su alrededor! Sí; ya en esos carceleros que la revolución ha elegido entre sus hechuras, entre los más avanzados y duros, los hay que se conmueven y compadecen. Al entrar en el Temple habían jurado el estoicismo: en cuanto están dentro olvidan su juramento. A esta seducción graciosa que la reina ejercía antes, se ha unido la dignidad de un gran dolor; y la reina todavía lo es en la torre del Temple: llora, y los carceleros se hacen adictos á ella.

El procurador general de la Commune del 20 de Agosto, ese republicano de antes de la República, que había escrito al rey: *Señor, yo no quiero á los reyes*; ese enemigo de la reina, que se había hecho eco de las prevenciones de la revolución contra ella en su famosa *Carta á la reina*, Manuel, teme y evita su mirada, cuando sabe que le van á arrebatár á su amiga madame de Lamballe, y los servicios y cuidados de Mad. de Tourzel; Manuel se sorprende, prometiendo á la reina un retardo... Ya sé que Manuel resistirá; que se ruborizará de esta derrota de sí mismo; que querrá romper el encanto que le envuelve y volverá á las burlas de la revolución; que hará reír á la Commune con bromas sobre *el tren estorboso que trae tras sí una familia real, y que es preciso barrer*. Hablará con el gozo y el resentimiento de un hombre que tiene que

vengar su orgullo, de las lágrimas de la reina, *de esta mujer altiva que nada puede doblegar*; y añadirá como para arrancarse á las tentaciones poniendo el insulto entre la reina y él: «Entre otras cosas, he dicho á la mujer del rey que deseaba darle para su servicio mujeres que yo conozco; y ella me ha contestado que no las necesitaba, que ella y su hermana sabrían servirse recíprocamente. Y respondí á mi vez: Está bien, señora; puesto que no queréis aceptar de mi mano mujeres que os sirvan, servíos vos misma, y no tendréis dificultad en la elección...» Esto fué la última rebelión y la última fanfarronada de Manuel. No volvió á calumniarse: se abandonó por completo á esas lágrimas «de la mujer del rey».

Manuel era una de esas naturalezas tiernas y sensibles que se inclinan hacia los débiles, hacia los oprimidos y vencidos. Era una de esas almas de niño que las revoluciones embriagan con teorías y utopías; uno de esos hombres que, en el gabinete, lejos de las emociones, se endurecen y exaltan; sobreponiéndose á su carácter, se hacen los estoicos, y llegan á la barbarie serena de las ideas, al implacable rigor de los principios, escriben con pluma sin misericordia, con una justicia y una moral durísimas. Pero todo eso es un andamiaje que se deshace, y se halla que este hombre se ha rendido de repente á la debilidad de la misericordia, que tiene la sensibilidad más accesible al prestigio de un gran infortunio. Manuel está sujeto y vencido; ¿quién lo hubiera previsto? ¡Manuel será el corresponsal de la reina! ¡Será el hombre que soportará con frente inclinada las explosiones de indignación de la reina por las matanzas de Septiembre y de Orleans; será el noble corazón que, durante el proceso de la reina, solo y en un rincón del archivo de la Conserje-

ría, sepultado en infinita tristeza y cansado de la vida, se desdenará de ocultar á los verdugos la protesta y el duelo de su pena!

Después que las llevaron, «quedamos las cuatro sin poder dormir», dice sencillamente Madame. ¡Ay! ésta no era sino el comienzo de otras separaciones que aguardaban á la familia real.

La reina ya no tiene servidoras, y se sirve á sí misma; viste al De fin, que ha llevado á su cuarto, y en fin de Agosto aún tendrá la dicha de tener á Clery para peinarla.

Mas el suplicio de su nueva vida no consiste en eso. Entre tantas miserias, esto no le interesa. Otro tormento hay en todas sus horas: con Hüé, entran en su cámara, para todo el día, los concejales de servicio; junto á ella, la adhesión trae á la sospecha y al espionaje. La mujer no está sola, la madre no está libre sino algunos momentos robados á su sueño antes de las ocho de la mañana. El resto del largo día, el oído de Denys y los ojos de la Commune siguen á María Antonieta en su cámara. ¡Ni un gesto, ni una palabra, ni una ojeada, ni una caricia, pasan sin testigos y sin delatores! María Antonieta no es dueña de sí misma ni un segundo, ni lo es de su familia; siempre esos hombres espían sus ojos, sus labios, su silencio! ¡Siempre la persiguen, hasta en el cuarto en que se mete para mudar de ropa! Ese es el suplicio que incesantemente se renueva y no acaba nunca. Hasta por la noche velan los municipales, en la antecámara en que antes dormía Mad. de Lamballe, y espían su sueño.

Hüé consigue burlar esta vigilancia; y, bajando del desván de la Torre después de haber pasado los pregoneros, comunica á hurtadillas á la reina las noticias

que anuncian. Un día el suplicio del intendente de la lista civil, Laporte; otro día el suplicio del periodista realista Durosoy...

La reina aún no está desesperanzada. Todavía cree en Francia y en la Providencia. Su imaginación trabaja en el insomnio y la fiebre; sus ilusiones la hacen estremecer al menor ruido. Escucha, espera, y le parece que la prueba del mal sueño va á concluir súbitamente.

María Antonieta no ha hecho los preparativos, ni tendrá hasta más tarde las abnegaciones de su compañera de cautividad, Mad. Isabel, que, á la vuelta de Varennes, acostumbró ya su valor al porvenir, leyendo las *Ideas sobre la muerte*. María Antonieta tardará en aceptar y familiarizarse, como Mad. Isabel, con la resignación. Más ligada que ella á la humanidad, no se librárá sino con esfuerzo de las debilidades y rebeliones de su sexo. Sensible y vulnerable por las ternuras y delicadezas de su naturaleza á las menbres heridas, aceptará todas las amargas del martirio. Menos dueña de su temperamento y de su carácter que esta Mad. Isabel, que sólo desarma las injurias con esta exclamación cristiana: *Bondad divina*, se indignará estremecida, y, repeliendo el ultraje, lo beberá hasta las heces. Hasta en su salud, la reina estará más atormentada; las emociones desgarradoras serán sacudidas mortales para su temperamento nervioso.

La esperanza aparecía y se desvanecía en la móvil imaginación de la pobre mujer, enjugando de repente sus lágrimas, y volviéndola pronto á su pena; á veces, sobreponiéndose su genio alegre, se distraía llamando *la Pagoda* á un emisario tímido que sólo respondía á sus preguntas con un movimiento de cabeza, recayendo después en el abatimiento. María Antonie-

ta todavía esperaba el día en que M. de Malesherbes se ofreció á defender al rey; y los días siguientes todavía no tuvo la fuerza de renunciar al tormento de la esperanza. La reina todavía estaba ligada á la tierra por su marido y por su hijo; y será menester la muerte de su marido, y que le arrebaten á su hijo, para que, desde la cima de todos los dolores humanos, María Antonieta se eleve á esas visiones del cielo, á esas comunicaciones con Dios que, durante el día, arrodillan de pronto á Mad. Isabel al pie de su lecho, al lado de los comisarios, que ya no ve, y lejos del mundo, que ya no oye.

El 3 de Septiembre, la familia real comía con el rey. La reina había olvidado la turbación y rubor de Manuel cuando ella le preguntara dónde estaba madame de Lamballe, á lo que él contestó balbuciendo: *En el Hotel de la Force*. De repente esos ruidos que se oyen, son de tambores; esos gritos, es el pueblo. La familia real se levanta precipitadamente de la mesa, y baja á la cámara de la reina. Clery entra tan pálido, que la reina le dice: «¿Por qué no vais á comer?—Señora, estoy indispuerto.» Los concejales hablan bajo en un rincón del cuarto. En el exterior aumentan los gritos; las injurias contra la reina llegan distintamente al oído. Un municipal y cuatro hombres del pueblo entran en la cámara, y dicen que el pueblo quiere que salgan á la ventana los prisioneros... Los desgraciados se dirigen á ella. El concejal Mennessier se lanza á la ventana, corre las cortinas y hace retroceder á la reina... El rey pregunta, interroga: «¡Y bien, dice uno de los hombres, puesto que queréis saberlo, es que os quieren enseñar la cabeza de Mad. de Lamballe!»

La reina no da un grito, no se desmaya. Muerta de

horror, permanece en pie, petrificada, inmóvil, semejante á una estatua. Ya no oye al populacho, ya no ve á sus hijos. En todo el día, no pronuncia una palabra ni tiene una mirada, como si detrás de las cortinas esa cabeza de blondos cabellos ensangrentados estuviese siempre mirándola!

Después vuelve á comenzar la vida monótona y lenta de la prisión.

A las ocho, concluido el servicio del rey, hecho antes por Hüe y ahora por Clery, bajaba junto á la reina, y la encontraba levantada, así como al Delfín. Cuando los municipales entraban, el Delfín subía al cuarto del rey; y mientras que arriba el rey daba lecciones de latín y geografía á su hijo, la reina se ocupaba de la educación religiosa de su hija. En seguida la enseñaba á cantar, ó bien guiaba su lápiz sobre los modelos de cabeza enviados el Temple por M. Van Blaremborg.

La reina, hasta medio día, tenía puesta una gorra de linó y una bata de bombasí blanco. A medio día se ponía un traje de tela fondo obscuro, con florecillas, su único tocado diario hasta la muerte del rey.

A las dos, comían todos reunidos en las habitaciones del rey, y como éste á veces trataba de escaparse después de comer para ir á leer y á trabajar, la reina le retenía con una partida de chaquete ó de cientos. ¡Mas el mismo juego era á veces una amenaza, y con frecuencia la reina quedaba temblando y asustada por los presagios!

Como el día en que en un juego de cientos había reducido al rey á dos ases, que eran sus últimas cartas, de cuya elección dependía que llevase un capote, el rey, después de haber vacilado, dejó la carta buena. A los ojos de la reina acudieron las lágrimas. El rey

comprendió, y respondió á su mujer con una sonrisa de resignación.

Después que el rey salía, la reina tomaba la aguja con Mad. Isabel. Ocupóse, desde luego, de una gran tapicería, que ya se dedicaba á largas labores de mujer cuando podía sustraerse á la representación de su regia posición, y había hecho enorme cantidad de muebles, tapetes y calcetas de lana.

Cuando el rey volvía, la reina leía en alta voz; pero ¿qué libro no le traía el recuerdo y dolor repentino de imprevistos recuerdos? ¡La reina acudió á las piezas de teatro; pero también le traían recuerdos de la alegría y placer de sus hermosos años, de su escenario del teatro, de su juventud! Este suplicio del recuerdo la perseguía en todo. En la poca música que habían dejado sobre el mal clavicordio que sirve para las lecciones de su hija hay una pieza intitulada: «La reina de Francia.» *¡Cómo han variado los tiempos!*, murmura la reina, hojeándola.

A las ocho, cenaba el Delfín en la cámara de Mad. Isabel. La reina venía á presidir la cena de su hijo. Cuando los municipales se alejaban un poco, y no podían oír al niño, le hacían rezar una oración. Después que el Delfín estaba acostado, la madre ó madame Isabel, esta segunda madre, le velaban por turno.

A las nueve, Clery servía la cena en el cuarto del rey, y llevaba de comer á una de las dos princesas que quedaba junto al Delfín. El rey bajaba después junto al lecho de su hijo, estrechaba por algunos instantes la mano de su mujer y la de su hermana, besaba á su hija, y volvía á salir. Las princesas se acostaban; y la reina había vivido un día más.

Así se sucedían los días unos á otros. La víspera era igual al día siguiente. Aparte de una oración por

Mad. de Lamballe, que la reina añadió á los rezos de su hijo, Septiembre no varió nada en la Torre. Sólo una cosa varió: la reina dejó la labor de tapicería por el repaso; pues la miseria de la ropa blanca ha llegado á la familia real. El Delfín duerme en sábanas rotas, y la reina vela, con Mad. Isabel, para componer uno de los dos trajes del rey mientras que éste está acostado; ó bien su redingote, color de sus hermosos cabellos, color de *cabellos de la reina*.

En los primeros tiempos, la reina bajaba al jardín y hacía jugar á sus hijos en la alameda de los castaños de indias. Mas, al pie de la Torre, los dos carceleros, Risbey, y ese Rocher, insultador de la familia real el 10 de Agosto en el trayecto de las Tullerías á la Asamblea, le echaban á la cara el humo de sus pipas; los guardias nacionales, alrededor de ellos, puestos á caballo de las sillas llevadas del cuerpo de guardia, aplaudían riéndose, y formando al paso de la reina una hilera de risotadas y de insolencias. En el jardín en que Santerre y los comisarios paseaban á la familia real, se sentaban y cubrían delante de la reina. Los artilleros, bailando en rueda, la perseguían con el *ga ira* y los cantos de la revolución. Los obreros que llenaban el jardín se jactaban en voz alta de cortar la cabeza de la reina con sus herramientas...

Cuando la reina subía, los marseleses cantaban con el tono que meció á su hijo:

*Madame à sa tour monte,
Ne sait qu'en descendra...*

Madame sube á la torre,
«No se sabe cuándo bajará..»

La reina permaneció algunos días sin bajar; pero los niños tenían necesidad de aire, de espacio y de distracción. Sufrían y se ahogaban. La reina se armó

de su valor de madre, arrostró las malas palabras y volvió á bajar al jardín.

Arriba, como abajo, el ultraje y la amenaza rodean á la reina. Si en el jardín están los hombres, en la Torre están las paredes y en ellas las inscripciones repitiendo como un estribillo: *¡Madame Veto bailará en la guillotina!*

Hasta el eco lleva la injuria y la risa de las inmundas estupideces y de los libelos feroces, las inmundicias de los Boussemard, *el Matrimonio real derrotado, la Tentación de Antonio y de su cerdo...* Mas no hagamos á este fango el honor de removerlo.

Hay un ultraje vergonzoso entre todos esos hechos á la reina que en ningún pueblo, ni en ningún tiempo, se había osado contra el pudor de una mujer: ¡no hay otro guardarropa para las princesas que el guardarropa de los municipales y de los soldados!

Diez y ocho días después del 3 de Septiembre, volvió á resonar la gritería en la calle. Los prisioneros se acuerdan y se estremecen: pero no; hoy no es una cabeza en la punta de una pica: es la República. Mientras que el municipal Lubin proclamaba al pie de la torre, con voz estentórea, la abolición de la monarquía, Hebert y Destournelles, de guardia en la cámara de la reina, espían aquellas frentes de donde se desprendía una corona: nada pudieron leer. La reina imitó la indiferencia del rey, que no levantó los ojos del libro que leía.

¡Por qué digo aún el rey y la reina! Ya no hay rey ni reina, ya no hay familia real en el Temple: sólo están Luis Capeto y María Antonieta. Madame Isabel es Isabel á secas; Madame Real es María Teresa; el Delfín es Luis Carlos; y cuando al fin llegó al Temple la ropa blanca que se concedió á los prisioneros, la

República obligó á la reina á quitar de la marca esa corona con que las bordadoras hablan adornado sus cifras.

¡No les queda á todos ellos sino la corona de espinas! Mas para llevarla son una familia, con un solo corazón. Pasan reunidos el día, sufren juntos, y retienen sus lágrimas con un mismo esfuerzo; la hermana vive por el hermano, el marido por la mujer, la madre por sus hijos. De esa unión sacan fuerza y paciencia, de esa participación diaria les viene su valor y ánimo. ¡Qué les importa el espionaje que les rodea! Se ven; y eso, en tal situación, es hablarse.

Una vez, en los primeros días de prisión, un pregonero que pasaba había anunciado un decreto ordenando la separación del rey y de su familia. Al anuncio del pregonero, la reina había experimentado un sobresalto de que le costó trabajo reponerse. Entonces sólo fué una amenaza. El 29 de Septiembre es una orden. La Commune lo ha resuelto: «Luis y Antonieta serían separados. Cada prisionero tendrá un calabozo particular.» Y los municipales llevan al rey á dormir á la torre grande del Temple adosada á la pequeña torre.

Al día siguiente, á las diez, Clery entra con los municipales junto á la reina. La reina lloraba, rodeada de sus hijos y de Mad. Isabel, llorosa. Precipitándose hacia Clery, le hace mil preguntas acerca del rey. Luego se dirige á los municipales, suplicándoles con voz entrecortada *estar con el rey al menos durante algunos instantes del día... á la hora de las comidas...* Les implora con sus lágrimas, con sollozos y gritos, tan bella, tan apasionada, que arranca á un municipal estas palabras: «Y bien; comerán juntos hoy, mañana...»; tan afligida y tan desesperada, que Simón

creo un momento llorar, y refunfuña bastante alto: «¡Creo que estas p... de mujeres me harían llorar!»

En los días siguientes la Commune toleró que la reina comiese con el rey, á condición de que no habían de pronunciar una palabra que no llegase á oídos de los comisarios.

La reina aguardó tres semanas el consuelo de habitar la torre grande en que habitaba su marido. Se lisonjeaba de estar menos alejada sabiéndolo, aunque ausente, á algunos pies debajo de ella. ¡No conocía aún la tortura de estar tan separada de los que se ama estando tan cerca! Por fin, el 26 de Octubre los municipales procedieron al traslado de las mujeres á la torre grande. La reina sube la escalera de una de las torrecillas. Pasa delante del cuerpo de guardia del primer piso, y por delante de la puerta del alojamiento de su marido. Ha pasado siete postigos, y está en el tercer piso; se abre una puerta de roble, después otra puerta de hierro: ésa es su nueva prisión, treinta pies cuadrados divididos en cuatro piezas por tabiques de madera; primero una antecámara, cuyo papel—piedras talladas groseramente sombreadas—forma un calabozo; á la derecha el cuarto de los Tisón; á la izquierda el de Mad. Isabel, y enfrente el de la reina. Una claridad sombría y sin sol alumbraba, por una ventana enrejada y cubierta por un transparente, el pavimento á pequeños cuadros, y el papel verde con grandes dibujos blancos. Una cama de columnas y una camita de dos cabeceras están colocadas en los ángulos de los tabiques. Frente al lecho hay una cómoda de caoba, y al lado de la ventana un canapé. Sobre la chimenea hay un espejo de cuarenta y cinco pulgadas y un reloj de sobremesa; ¡este reloj, que había de medir el tiempo á la viuda de Luis XVI, representaba á

fortuna y su rueda! La misma noche de la entrada de la reina en la torre grande le arrebataron á su hijo, que desde ese día dormirá junto al rey. La reina ya no va á tener esos cuidados familiares, ese ansia tan agradable de levantar y acostar á una criatura, todo ese servicio adorable que distraía y ocupaba su pena. La reina ya no tendrá á su lado, en las noches sin sueño, el dulce dormir de su hijo, y esa sonrisa de los hermosos sueños de un niño, que hacen olvidar á las madres que ellas no duermen.

La reina vive más separada de los suyos en ese alojamiento, y más alejada del ruido de la calle, y el silencio de la noche no le lleva ese aire del *Pobre Jacques*, cantado alrededor del Temple por voces amigas. Los cortos paseos al jardín ya no le dan esas alegrías, consuelo de todo un día, la dicha de creer reconocer una figura amada que no esperaba volver á ver, una adhesión que creía no había escapado á los asesinatos de Septiembre.

En la actualidad ni una sola ventana se abre en las cercanías del Temple. El terror parece haber tapiado las casas.

La reina vive con la molestia de una incesante y estúpida sospecha, que le retira pluma, tinta y papel; que ve en los modelos de dibujo retratos de los soberanos coaligados; en las lecturas de la Historia de Francia, que hace á sus hijos una excitación á que aborrezcan á los franceses. Cuando el ultraje calla, la reina es insultada por las indagaciones y pesquisas. La ignorancia, la desconfianza é imbecilidad ofenden, á todos los momentos del día, ese espíritu elevado que se sorprende de verse ofendido por gente tan baja. Vive, soportando las desconfianzas y familiaridades de canteros y zapateros, ascendidos por primera vez

en la historia al papel de atormentadores de una reina. ¡Al escapar de los municipales, cae en manos de esa pareja, los Tisón, cuya hipocresía y máscara de compasión sabe ella que es la delación que la Com-mune ha colocado el 15 de Octubre entre ella y las peticiones de los prisioneros, para captarse su confianza y hacerles traición!

El 1.º de Noviembre, la familia estaba reunida en el cuarto del rey. Drouet, el dueño de postas de Saint-Menehould, entra y va á sentarse cerca de la reina; á ésta se le escapa un movimiento de horror. Drouet venía con otros dos miembros de la Conven-ción, Chabot y Duprat, á preguntar á la familia real si se encontraba bien y si carecía de algo. En el mo-mento de marchar, Drouet subió solo al tercer piso. Por dos veces preguntó á la reina, insistiendo con voz onmovida si tenía que formular alguna queja. Por toda respuesta la reina le dirigió una fría mirada, y fué á sentarse con su hija al canapé, sin pronunciar una palabra. Drouet esperó, después saludó, y cuando hubo marchado:

¿Por qué, hermana mía—dijo la reina á Mad. Isa-bel—ha subido el hombre de Verennes? ¿Es acaso por ser mañana el día de difuntos?...

¡El día de difuntos! ¡Triste día, que es el aniversario de vuestro nacimiento, María Antonieta!... ¡Siniestro pronóstico, que en vuestra primera juventud, y con más risueñas ideas, dábaos una sombra de inquietud!

El rey cayó enfermo á mediados de Noviembre, y después del rey el Delfín. La madre no pudo obtener que el lecho de su hijo fuese transportado á su cuarto durante la enfermedad de Luis XVI. Ella pidió que la dejaran bajar á pasar la noche junto á su hijo enfermo. Su petición fué rechazada; y ya una hipócrita barba-

rie comenzó á poner entre la enfermedad de los prisioneros y la visita de un médico, entre la receta de los medicamentos y su entrega, entre la petición y concesión de las necesidades de la vida y de la salud, las formalidades, las notas, los considerandos, las advertencias de Tisón al Consejo del Temple, las deliberaciones del Consejo, y las deliberaciones y resoluciones de la Commune. Todas las necesidades de la reina, todas las cosas del vestir, comer y beber, y esta agua de Ville de Avray, única que su estómago puede soportar, y hasta lo más íntimo del tocador de la mujer, pasa por ese registro; y el cuerpo entero de la reina está sometido á ese consejo, á esa Commune, que un día le rehusará una manta acolchada para contrarrestar el frío del invierno.

Al comenzar Diciembre, la tristeza de la reina se hizo más sombría y más inquieta. Agitábanla el presentimiento y las secretas alarmas del porvenir; la sombra de una gran desgracia se interponía ante ella. En torno suyo todo era amenaza; el semblante contraído de Clery; la insolencia y alegría de los comisarios; la vigilancia más estrecha; la prohibición á Turgy, á Chretien y á Marchand de hablar con el ayuda de cámara del rey, y luego á salir del Temple; amenaza era también el refuerzo de comisarios por la nueva Commune que había sucedido á la Commune de 10 de Agosto.

El 7 de Diciembre, mientras se desayunaban, el rey comunicó á la reina, en algunas palabras á hurtadillas, que el martes sería conducido á la Convención; que el martes comenzaría su proceso y que tendría un tribunal. Clery se lo había dicho la víspera, aprovechando el momento en que desnudaba á su señor. Y como si la República quisiese anunciar de antemano á la fami-

lia del rey el resultado de su proceso, una diputación de la Commune vino, apenas el rey dijo á la reina la horrible noticia, á quitar á los prisioneros «todo género de instrumentos cortantes ú otras armas ofensivas y defensivas, de que se priva en general á los prisioneros que son presuntos criminales». Todo cuanto puede evitar el verdugo fué recogido, todo, hasta las tijeras de la reina; y se vió á una reina repasando su ropa blanca, cortando el hilo con sus dientes...

¿Qué palabras pueden decir la agonía de la reina? Mientras el proceso del rey, como al grito de «muerte» de la Convención, el eco de la torre responde ¡muerte! ¡Muerte!, dicen los semblantes á la reina; ¡muerte!, le dicen las paredes; ¡muerte!, repite el eco; ¡muerte!, dicen los periódicos de la revolución, dejados por sus agentes sobre la cómoda de la reina. Todo consuelo, esperanza é ilusión le están prohibidos; el poco ánimo que le quedaba se lo han quitado: no ha vuelto á ver al rey desde que lo llevaron á la Convención.

Y para que no falte ninguna angustia á María Antonieta, la enfermedad pasa de su hijo á su hija, y su angustiado corazón de esposa desgarrá su corazón de madre.

Había días en que la reina ya no tenía palabras, y miraba á sus hijos con un aire de compasión que los hacía estremecer; había noches en que, no pudiendo dormir, permanecía sin acostarse, meciendo su insomnio con su desesperación. Hubo hombres que aumentaron esos dolores, y en esos días la reina tuvo que sufrir las groserías de un Mercereau y las canciones de noche de un Jacques Roux.

¡Y qué tormento el de ignorar y no poder seguir con el pensamiento á un acusado tan querido, la acu-

sación, los debates y los incidentes! ¡Qué tormento el de no saber nada de la causa, sino lo que decían los papeles que le subían desde la ventana del rey, ó bien por la manera de plegar la ropa blanca del Delfín!

Á veces, quebrantada y temblorosa, la reina se exasperaba y tenía rebeliones en que estallaba la majestad de sus infortunios. El alma y la sangre de María Antonieta le salían á la cara, y con ardientes ojos, arrostrando todas las miradas, furiosa, con esa ira suprema que se apodera de los grandes corazones, impulsada al último extremo por el destino, interrogaba á la Commune sobre la ley y el Código que permiten arrebatarse el marido á su mujer, y mandaba que se reuniese á Luis XVI.

La Convención había rehusado al rey, cuando le juzgaba, que viese á su familia, y no se atrevió á negar al sentenciado á muerte que abrazase á su mujer, sus hijos y hermana la víspera de su muerte.

En el comedor del rey tendrá lugar la entrevista. El ministro de la Justicia así lo ha decidido. La sala está dispuesta; la mesa colocada, con las sillas al fondo, y en la mesa una garrafa y un vaso; Luis XVI ha pensado en todo: la reina puede de-mayarse. Á las ocho se abre la puerta. La reina con su hijo de la mano, Madame y Mad. Isabel se precipitan en los brazos del rey. La reina quiere llevar al rey hacia su cuarto: «No—dice el rey;—no puedo veros sino ahí.» Pasan al comedor. Los municipales están en su puesto detrás de la puerta vidriera y del ventanillo del tabique; no pueden oír, pero espían con la mirada ese dolor, ¡quizá el mayor que Dios ha puesto á la vista de los hombres! Primero sólo hay sollozos. La reina se ha sentado á la izquierda del rey, Mad. Isabel á su derecha, madame Real casi enfrente; el Delfín está en

pie entre sus rodillas. El rey habla; á cada una de sus frases, la reina, Mad. Isabel y los niños se deshacen en sollozos. Al cabo de algunos minutos, la voz del rey continúa, y luego los sollozos vuelven á comenzar. Todos se inclinan: es que el rey bendice á su mujer, á su hermana y á sus hijos. La pequeña mano del Delfín se levanta, y es que el rey ha hecho jurar á su hijo que ha de perdonar á los que hacen morir á su padre. Después ya no hay palabras; sólo un sollozo de toda esta familia... Un cuarto de hora después, á las diez y cuarto, se levanta el rey. La reina se coge con una mano de su brazo y da la otra al Delfín; Mad. Isabel y Madame también se cogen al rey, y encadenados los unos á los otros dan así algunos pasos. En la puerta las mujeres hallan nuevas lágrimas y nuevos gemidos: «Os aseguro — dice el rey — que os veré mañana á las ocho. — *¿Por qué no á las siete?* — dice la reina ahogándose. — ¡Bueno!, sí; á las siete... ¡Adiós!» Se abrazan, y no pueden concluir... «¡Adiós!» Y el rey se arranca de los brazos de la reina. «¡Adiós!» En la escalera le da un vahido á Madame, y la reina, sosteniendo á su hija, vuélvese de repente á los municipales y les dice con voz terrible: «Sois todos unos infames.»

Toda la noche del 20 al 21 de Enero, Madame oyó á su madre, que no se había desnudado, temblar en su cama de dolor y de frío. María Antonieta ansía á cada hora que lleguen las siete, la hora prometida á la suprema despedida. Se inquieta con el ruido; pero es el ruido de París, que se despierta. Abrese la puerta... no es más que vienen á buscar un libro para la misa del rey. ¡Qué siglos son los minutos! ¡Qué eternidad esta hora, hasta esos toques de las trompetas!... ¡El rey ha partido!

Entonces, en el tercer piso de la torre, tres mujeres lloran y rezan, en tanto que un pobre niño, mojado con sus lágrimas, se escapa de sus brazos, y grita á los comisionados: «¡Dejadme pasar! ¡Voy á pedir al pueblo que no haga morir á papá-rey!»

Algunas horas después, las salvas de artillería hacen saber á María Antonieta que sus hijos ya no tienen padre...

VIII

Retrato de María Antonieta en el Temple.—Estado de su alma.—Las adhesiones en el Temple y sus alrededores: Turgý, Cle-ry y los comisionados del Temple.—M. de Jarja es —Tou-lán.—Proyecto de evasión de la reina.—Esqueias de la rei-na.—El barón de Batz.—Su tentativa en el Temple.—María Antonieta separada de su hijo.

Al otro día de la muerte de Luis XVI, en el registro de los detenidos en el Temple, se leen estas líneas:

«*María Antonieta pide para ella y para su familia un traje completo de luto, de lo más sencillo.*»

¡Un traje de luto! ¿Lo concede á la revolución? Se pone en deliberación; y el 23, la Commune se arriesga á resolver que se atienda á la petición de María Antonieta. El duelo del marido, del padre y del hermano será permitido á la viuda, á los hijos y á la hermana. La viuda se viste con el traje de luto debido á las generosidades de la República. En la cabeza tiene una gorra de artesana, cuyos encañados caen sobre sus espaldas. Entre los pliegues y el casco se enlaza un velo negro. En su cuello se cruza un gran fichú blanco prendido con un mal alfiler. Un pequeño chal negro listado de blanco se anuda sobre sus hombros.

Sobre la frente y las sienes se escapan del gorro algunos mechones de cabellos de un rubio que va blanqueando. Su frente todavía es altiva, y las cejas no han bajado su arco imperial. Las lágrimas han enrojecido sus párpados é hinchado sus ojos: la mirada ha perdido su brillo luminoso y está fija. El azul de sus

ojos no tiene resplandor ni alegría; está vidriado, seco y casi acerado. La hermosa línea aquilina de la nariz está como una espina, descarnada y seca; y se creería que la agonía ha juntado las alas de la nariz, tan móviles antes de travesura y gracia. Los labios ya no son expresivos, y la sonrisa abandonó para siempre esta boca descolorida que se pliega y se sume. La animación y la sangre han abandonado esa fisonomía inmóvil; y al mirar á la que fué reina de Francia, parece que se ve una aparición de esas grandes y páidas figuras mortificadas por la maceración, una de esas santas de Port Royal, de las que los pinceles jansenistas de Felipe de Champagne nos han transmitido la faz rígida y crucificada.

La desgracia ha dejado el alma de la reina semejante á su rostro. En su interior no ha quedado tampoco sonrisa ni brillo. Todo se ha extinguido, pero todo se ha calmado; todo está desolado, pero también concentrado en una triste serenidad. De la princesa, de la mujer, sólo queda una viuda. Las amarguras no la conmueven, los ultrajes pasan de largo, las crueldades sólo atraen su lástima. Para ella el porvenir no tiene terror, sólo es una promesa; María Antonieta se acerca á la muerte, como á una patria y á una cita, con tranquilo y piadoso deseo.

Reza y se abisma en la oración; se absorbe en el *Diario del Cristiano*; inmola su corazón ante esa imagen del corazón de María ensangrentado y atravesado de espadas. Su alma ya no atiende á la tierra; va elevándose, desprendiéndose cada día, y como ensayando sus alas... Mas Dios permitió que María Antonieta fuese aún tentada por la esperanza, como si hubiera querido manifestar que las madres nunca están dispuestas á morir.

Mientras que la reina, sepultada en su dolor, encerrábase en su cuarto y no quería bajar al jardín, por no pasar por delante de la puerta por la que había salido Luis XVI, nobles adhesiones velaban alrededor de su prisión.

Hubo mujeres que no temieron seguir correspondencias con el Temple, impulsar planes de salvación de la familia real. Acoger en su casa, á cualquiera hora del día ó de la noche, á todos los afectos, á todos los animosos, obstinándose en permanecer en su puesto á pesar de los ruegos y las órdenes del Temple. Hubo damas como esa marquesa de Sérent, que, interrogada por los comités, respondió «que en calidad de dama de una princesa prisionera, su deber era velar en todo lo que podía serle necesario, y que sólo la muerte le impediría cumplir un deber tan sagrado».

Hubo hombres acechando el Temple y la ocasión, con el afán de arriesgarse, prontos á morir. Un noble del Delfinado, M. de Jarjayes, era de éstos. Nombrado mariscal de campo por el rey, encargado en 1791 de la dirección del depósito de la Guerra, y quedando pronto cesante, no había emigrado para quedar al servicio de la corte. M. de Jarjayes, su mujer, era camarista de la reina, su primera dama en supervivencia. Después de Varennes, alcanzó quedar en las Tullerías, y M. de Jarjayes, á quien eso facilitaba entrada habitual en el castillo, mereció de la reina el honor de misiones secretas en el interior de Francia y fuera, cerca de Monsieur, en el Piamonte, y cerca de Barnave, al que llevaba las cartas de la reina. El 10 de Agosto, M. de Jarjayes había acompañado á la familia real en la tribuna del *Logotachygraphe*. Muerto el rey, y estando la reina en el Temple, él se quedó, y esperó.

En la misma prisión, la adhesión se acercaba á la reina. Un repostero de la antigua corte, hombre que ya habia salvado la vida á la reina en las jornadas de Octubre, abriéndole la puerta secreta de las pequeñas habitaciones Turgy, habia encontrado abierta la verja del Temple algunos días después del 10 de Agosto, y, sin pedir permiso á nadie, con la buena suerte de la audacia, habíase instalado en el servicio de la familia real. Fué el primero que dió á los huéspedes del Temple, no las noticias de fuera, sino algunos avisos de lo que pasaba. Con el auxilio de Chrétien y Marchaud, empleados como él en la cocina del Temple, y como él arriesgando obscuramente su cabeza, tenia una habilidad maravillosa para sustituir, en una vuelta de la escalera, en un pasadizo obscuro, el tapón de una garrafa de leche de almendra examinada por los municipales, por otro tapón cubierto de avisos escritos con jugo de limón ó un extracto de nuez de agalla. Después transmitía al exterior la respuesta de la reina ó de Mad. Isabel, en el mismo tapón. Además, habia concertado con los prisioneros una correspondencia muda por signos y gestos; con el movimiento de sus dedos, de la cabeza, ó la manera de doblar la servilleta, procuraba enterarles de las acciones y la marcha de los ejércitos de Austria, Inglaterra, Cerdeña y la Convención. Pero este lenguaje mímico se prestaba á demasiadas equivocaciones. Turgy, que era hombre de expedientes, imaginó entonces utilizar ovillos de hilo ó algodón ocultos en los tubos de la estufa y en el recogedor del polvo. Autorizado para salir del Temple dos ó tres veces por semana para comprar las provisiones, Turgy veía á Hùe y á la duquesa de Sérent; era el lazo de las correspondencias entre la torre y fuera, y, confirmado en su celo por la auto-

rización que el rey le dió el 21 de Enero, arrostraba las denuncias.

Pero Turgy sólo era un servidor fiel á la desgracia de sus señores; otros, que sólo han servido á la revolución, van á sobrepujarle en valor.

El único honor de esta época es que los hombres de la revolución se hayan dejado seducir por la compasión; el único consuelo de esa abominable historia es que en la más cruel de las prisiones y bajo el más implacable de los terrores, se haya hecho alrededor de la reina una atmósfera de respeto, que se arriesgó hasta hacer buenos servicios y á correr peligros mortales. Los hombres á quien la revolución ha mandado ser ciegos, sordos y mudos, bajo pena de muerte, arrostran esa muerte en cuanto entran en la intimidad de este infortunio. Los que tenían el insulto en la boca y el sombrero puesto, cállanse, se descubren é inclinanse ante las lágrimas de María Antonieta, ante esa aflicción de la reina. Eso ha sucedido con Manuel; eso sucedió con tantos comisionados, enternecidos de repente, cuyo aire, porte y caricias á los niños, con ojos impregnados en lágrimas, compadecen y hacen la corte á las pesadumbres de la reina. «Mamá, exclama alegremente el Delfín cuando reconoce uno de esos rostros que le han sonreído; es el señor tal.» Y la reina está segura de tener respeto y compasión durante cuarenta y ocho horas, y quizá también la rara galantería que se inclina profundamente ante la majestad sin corona. Tendrá en su cámara ese comisionado que reprende al Delfín por colocar á Luneville en Asia: «esta ciudad—le dice,—donde han reinado vuestros antecesores»; ó á Lebœuf, que quisiera conseguir que le concediesen las *Aventuras de Telémaco*; ó á Moille, que no consiente en cubrirse delante de la fami-

lia real; ó á Lepitre, que lleva á la reina el homenaje de sus novelas y la pieza del *Amigo de las leyes*; ó al tendero Dangé, que besa al Delfin al pasearle en la plataforma de la torre; ó al administrador de la policía de París, Jobert; ó al albañil Vincent, ó al arquitecto Bugneau, ó á Michenis, uno de esos comisionados, en fin, que hacen traición á su misión por no hacerlo á la humanidad.

Bien sabía cómo los corazones pasan de la lástima al interés y del interés á la adhesión, ese comisionado tan asustado en su primera visita, del encanto de la reina, que dió su dimisión, no atreviéndose á volver al Temple. Muy pronto los comisionados se entregaban como Manuel, y del enterneamiento pasaban á las imprudencias y á la complicidad; atreviéndose los más osados á formar el proyecto de salvar á la familia real y pareciendo tomar por lema el que la reina dió para la sortija de un comisionado: *Poco ama ch' il morir teme.*

El 2 de Febrero de 1793 se presentó un hombre en casa de M. Jarjays pidiendo hablarle á solas. Su voz, traje y maneras parecían pertenecer á un revolucionario. M. de Jarjays le miró con inquietud al verle echarse á sus pies. Lo que desea es la indulgencia, la confianza de M. de Jarjays; lo que viene á ofrecer es su arrepentimiento, y lo que viene á buscar es su ayuda para salvar á los prisioneros del Temple. M. de Jarjays desconfía y rechaza la oferta. El hombre entonces saca del bolsillo un pedacito de papel, y M. de Jarjays lee estos renglones de mano de la reina:

«Podéis tener confianza en el hombre que os hablará de parte mía al daros este papel. Conozco sus sentimientos, que no han variado desde hace cinco meses. No

os fiéis mucho de la mujer que está encerrada aquí con nosotros. Yo no me fio ni de ella ni de su marido.»

El hombre era Toulán.

A veces se encuentran en las revoluciones individuos que toman un valor insolente en la insolencia de los sucesos. Envalentonados, y hasta contentos por la grandeza del peligro, lo arriesgado de la empresa y la improbabilidad de salvación, corren á las aventuras y buscan los peligros que más parecen pertenecer á la ficción que á la realidad, á la novela que á la historia. Nacido en Tolosa hacia 1761, establecido en París en 1787, librero y mercader de música, nombrado miembro de la Commune del 10 de Agosto, continuando en la municipalidad provisional, y llegando á ser jefe de oficina de la administración de los bienes de los emigrados, Toulán, ese «jovencito», es uno de esos corazones intrépidos que engañan largo tiempo á la muerte burlándose de ella. Su cerebro de gascón tenía fecunda inventiva, y nada desanimaba sus inagotables invenciones y estratagemas. La naturaleza le había dotado de una alegría tan atractiva, tan franca y expansiva, que desarmaba todas las sospechas burlándose de ellas; era, además, buen cómico, que, conservando el papel de sus antiguas opiniones en los comités y consejos de la revolución, regañaba á los templados con el lenguaje soez y las groseras bromas del patriotismo. Dueño de sí mismo, y teniendo serenidad bajo esta apariencia de vivacidad é impulsión de su carácter, dispuesto á todo y sabiendo esperar, con ardor, paciencia, obstinación y disimulo, Toulán tenía todos los dones y cualidades para dirigir un complot con buen éxito. Además de ser un conspirador audaz y hábil, tenía una de esas adhesiones hermosas y puras en las que gusta reposarse el re-

cuerdo de los hombres; una de esas adhesiones que están por cima del oro, de la recompensa y que sólo paga una palabra, ese nombre de *fiel* que los prisioneros del Temple han dado á Toulán. Y en la gratitud de la reina por él, ¡qué sorpresa, qué respeto, cuando cuenta su lealtad entre las adhesiones de la guardia nacional y de la Asamblea, que mendigan la lista civil, ó reconoce cuánto menos grande es un hombre de genio que se vende que un hombre de corazón que se entregal

Toulán se ha consagrado á salvar á los prisioneros del Temple; cree poder hacerlo, y lleva su plan á M. de Jarjayes. Este pronto pudo juzgar al hombre. La reina había manifestado á Toulán el deseo de tener los recuerdos que Luis XVI le había legado, y que el Consejo del Temple había recogido de manos de Clery para sellarlos. Eran un anillo nupcial, un sello y un mechón de cabellos. En cuanto expresó ese deseo, Toulán llevó á la reina ese mechón de cabellos, el anillo de alianza, que tenía las iniciales M. A. A. A. 19 Aprilis 1770, y el sello, que tenía al lado de las armas de Francia la cabeza del Delfín con un casco. Toulán había roto los sellos, sustituido los objetos con otros parecidos, y vuelto á sellarlos. Jamás un deseo de reina de Francia mandando lo imposible había sido más pronto y mejor servido. Esas reliquias debían llegar más tarde por manos amigas á Monsieur y al conde de Artois, con estas dos cartas de la reina, la primera á Monsieur y la segunda al conde de Artois:

«Teniendo un ser fiel con el que podemos contar, lo utilizo para enviar á mi hermano y amigo ese depósito, que no puede ser confiado sino entre sus manos; el portador os dirá por qué milagro hemos podido tener esas preciosas prendas; me reservo deciros yo misma algún

día el nombre del que nos es tan útil, la imposibilidad en que hemos estado hasta ahora de daros noticias nuestras y el exceso de nuestras desventuras, que nos ha hecho sentir más vivamente nuestra cruel separación, que ojalá no sea larga. Os abrazo entretanto como os quiero, y sabéis que es con todo mi corazón.—M. A.»

«Habiendo por fin encontrado un medio de confiar á nuestro hermano uno de los únicos recuerdos que nos restan del ser que amábamos y lloramos todos, he creído que os gustaría tener alguna cosa que le haya pertenecido. Guardadla en señal de la amistad más cariñosa, con la que os abrazo de todo corazón.—M. A.»

Leído el papel de la reina, y queriendo obrar con certidumbre, M. de Jarjaves había preguntado á Toulán si podía hacerle entrar en el Temple y hablar un instante con la reina. Toulán declaró el paso difícil, pero no imposible, y volvió pronto á traer á M. de Jarjaves esta esquila de la reina:

«Si estáis decidido á venir aquí, será mejor que sea inmediatamente; pero, ¡Dios mío, tened mucho cuidado de que no os reconozcan, sobre todo la mujer que está encerrada aquí con nosotros!»

M. de Jarjaves, disfrazado, es introducido en el Temple por Toulán. Ve á la reina y le habla. La reina le dice que examine los planes de Toulán; luego, olvidándose de sí misma y pensando en los demás, recomienda á M. de Jarjaves que le dé noticias de todos los que han permanecido fieles; y apenas ha salido del Temple M. de Jarjaves, la reina le escribe, temblando todavía de emoción y de temor:

«Tened cuidado de mad. archi; me parece muy ligada con el hombre y la mujer de que os hablo en la otra esquila.

»Tratad de ver á mad. th., ya os explicaré por qué.

¿Cómo está vuestra mujer? Ella tiene el corazón asaz bondadoso para dejar de estar indispueta.»

Algunos días después de eso, M. de Jarjayes recibió esta carta de la reina:

«Vuestro volante me ha hecho mucho bien; yo no dudaba del Nivernois, pero estaba desesperada sólo de que se pudiera pensar mal de él. Atended á las ideas que se os propongan: examinadlas bien y con prudencia; en cuanto á nosotros, nos entregamos con completa confianza. ¡Dios mío, qué dichosa sería, y especialmente en poder contaros en el número de los que pueden sernos útiles! Veréis al nuevo sujeto; su exterior no previene favorablemente, mas él es absolutamente necesario y hay que contar con él.

»t... (oulan) os dirá lo que hay que hacer. Tratad de procurároslo y concluir con él antes de que vuelva aquí. Si no podéis hacerlo, ved de mi parte á m. de la borde, si no tenéis inconveniente; ya sabéis que tiene dinero mío.»

El nuevo sujeto de que hablaba la reina era un comisionado que Toulán quería ganar con dinero. M. de Jarjayes, no queriendo divulgar el secreto, no se dirigió á M. de Laborde, y ofreció á la reina dar él mismo la cantidad.

«En efecto—respondió la reina á M. de Jarjayes,—creo que es imposible dar en este momento ningún paso cerca de M. de la b...; todos tendrían inconvenientes: vale más que si podéis concluyáis este asunto por vos mismo. Había pensado en él para evitaros el adelanto de una cantidad tan grande para vos.» El comisionado fué comprado y pagado.

«T... me ha dicho esta mañana que habiais concluído con el com... ¡cuán precioso me es un amigo como vos!», escribía la reina, que se dejaba llevar á la ilu-

sión; y en seguida, temiendo ser ingrata, escribió á M. de Jarjayes:

«Me agradaría mucho que pudieseis hacer algo por t...: se conduce demasiado bien con nosotros para no darle muestras de reconocimiento.»

Mas Toulán no quiso aceptar nada; únicamente una caja de oro de que la reina se servía. ¡Caja fatal, que debía perderle! Su mujer la enseñó, y Toulán subió al cadalso, donde ya la reina había subido.

He aquí cuál era el plan de Toulán:

Trajes de hombre estaban preparados para la reina y Mad. Isabel, y llevados en varias veces por Toulán y Lapitre bajo sus abrigos y en sus bolsillos. Dos capotes debían acabar de ocultar el talle y la manera de andar de las prisioneras. Añadid bandas y tarjetas de entrada parecidas á las de los comisionados. A Madame Real y al Delfín se les hubiera hecho salir del Temple de este modo: un hombre que encendía los faroles entraba todos los días en el Temple á las cinco y media, acompañado de dos niños que le ayudaban á encender la torre, y salía antes de las siete. Un traje parecido al de esos niños, una blusa, una vieja peluca, zapatos gruesos, pantalón sucio y un mal sombrero, disfrazarían al Delfín y á Madame Real, desnudados y vueltos á vestir en la torrecilla vecina á la cámara de la reina, en que Tisón y su mujer no entraban nunca. A eso de las seis y tres cuartos, el tabaco español prodigado por Toulán á los esposos Tisón, mezclado ese día con un narcótico, sumergía al hombre y á la mujer en un sueño de ocho horas. La reina, vestida de hombre, enseñando de lejos su tarjeta al centinela, tranquilizado por la vista de su banda tricolor, salía del Temple con Lepitre, y se dirigía á la calle de la Corderie, donde M. de Jarjayes debía

esperarla. Algunos minutos después de las siete, cuando se habían relevado los centinelas de la Torre, un muchacho de la oficina de Toulán, nombrado Ricardo, adicto como él, llegaba á la puerta de la reina vestido como el hombre que encendía las luces, con su caja de hojalata en el brazo, llamaba y recibía al Delfín y á Madame Real de manos de Toulán, que le refía en voz alta por no haber venido en persona á arreglar los quinqués, y los niños iban á reunirse con su madre. Mad. Isabel, con el mismo disfraz que la reina, era la última que salía, con Toulán.

Los fugitivos tenían por lo menos cinco horas delante de ellos. La reina habría pedido por la mañana que no se sirviese la cena hasta las nueve y media, que á diario se servía á las nueve; se hubiera llamado y golpeado, interrogado al centinela, que, relevado á las nueve, no sabía nada; se bajaría á la sala del Consejo; volverían á subir con otros dos comisionados; golpearían de nuevo á la puerta, llamarían á los centinelas precedentes, y enviarían al fin á buscar á un cerrajero. El cerrajero hallaría las puertas cerradas por dentro; y antes que echasen abajo la puerta de roble con grandes clavos y la otra de hierro, antes que los comisionados hubiesen inspeccionado las habitaciones, las torrecillas y despertado á Tisón y á su mujer; antes que se redactase un proceso verbal y que el Consejo de la Commune lo examinase; que la policía, los alcaldes y los comités de la Convención hubiesen tomado medidas, la familia real estaría lejos, con pasaportes muy en regla.

En este plan sólo se discutió un punto. Toulán había propuesto para la huida una berlina tirada por seis caballos, con la que se corría á escape; mas la reina se decidió por tres cabriolés: en el primero irían el

Delfin, M. de Jarjayes y ella; en el segundo Mad. Isabel con Toulán; en el tercero el otro comisionado y Madame Real. La reina recordaba á Varennes. Temía la curiosidad en el camino, la indiscreción de los postillones; tres carruajes ligeros sólo exigían un caballo cada uno, y era posible mudarlos sin recurrir á la posta, reuniéndose en caso de accidente en dos carruajes. La opinión de la reina prevaleció. ¿Adónde se iría? No se había fijado aún á fines de Febrero. Se pensó por un momento en la Vendée, que comenzaba á sublevarse; pero la Vendée estaba lejos. Se decidieron por la Normandía, desde donde podían llegar al mar y á Inglaterra.

Los impedimentos que se pusieron á la entrega de los pasaportes, el rumor de haberse cerrado las barreras, detuvieron toda tentativa en los primeros días de Marzo. Luego, por mucho que se guarde el secreto de un complot, siempre se trasluce algo; y Toulán, á pesar de su sangre fría, se quedó parado á este brusco apóstrofe de una calcetera con quien bromeaba: «¡Tú eres un traidor, y serás guillotinado!» Una desconfianza mal disimulada de la Commune separó á Toulán y á Lepitre de la vigilancia del Temple hasta el 18 de Marzo. Por este tiempo estaban tomadas las últimas medidas y fijada la ejecución del proyecto para el próximo día de guardia de Toulán. El 26, cuando la Commune nombraba á los comisionados para el Temple, Arthur, fabricante de papeles pintados, subió á la tribuna y denunció á Toulán y Lepitre «de tener conversaciones en voz baja con las prisioneras del Temple, y rebajarse á excitar el contento de María Antonieta». Toulán respondió en seguida, justificándose con bromas y burlas. Hébert, sin insistir en la denuncia, pidió el escrutinio aclaratorio, y que se borrara

á Lepitre y á Toulán de la lista de los comisionados. Llegaron las fiestas de Pascuas; á los concejales no les gustaba nada ir á pasarlas á una prisión. Toulán hizose proponer con Lepitre por uno de sus colegas, y ya sus nombres estaban escritos, cuando Lechenard los hizo borrar. Organizóse un municipio nuevo; Toulán y Lepitre no son reelegidos. Toulán no se desanima cuando un suceso inesperado amenaza sus proyectos.

La república había alojado junto á la habitación de las prisioneras, detrás de un ventanillo, á un par de espías: el matrimonio Tisón. Esos desgraciados, que trataron de alcanzar la confianza de la reina y de Mad. Isabel con el engaño y la hipocresía, para entregarles y venderles, pasando su vida en espiar con falsa compasión, tenían en el fondo de ellos como una especie de corazón: tenían una hija, y la amaban. Con eso era con lo que la revolución los manejaba y sujetaba; mostrándoles y retirándoles esta hija, la Comune jugaba con ellos como con animales hambrientos ó saciados. Privados de verla, exasperados, declararon el 20 de Abril, sin que hubiese necesidad de impulsarlos, «que la viuda y la hermana del último tirano habían sobornado á algunos oficiales municipales, que las informaban de todos los sucesos, les llevaban periódicos, y por su medio sostenían correspondencia». Y la mujer Tisón mostraba con aire de triunfo la gota de lacre que Mad. Isabel había dejado caer por descuido sobre su candelero al sellar una carta para el abate Edgeworth. No obstante, no se desesperaba todavía. Los nuevos comisionados que reemplazaban á los sospechosos eran amigos de Toulán; Follope quemó la denuncia de la mujer Tisón contra Turgy, y desde fuera Toulán todavía podía

arriesgar la tentativa... ¿Qué sucedió? ¿De qué nuevas medidas de vigilancia fueron rodeados el Delfín y Madame? El que encendía los quinqués, ¿cesó de llevar al Temple los dos niños, que eran como una conspiración de la Providencia para la salvación de los hijos de la reina? Ninguno de los testigos de aquel tiempo nos lo hace saber; únicamente consta un hecho: que la reina puede todavía huir, y sus hijos ya no pueden seguirla.

Entonces es cuando la reina escribe á M. de Jarjayes esta última carta:

«Hemos tenido un hermoso sueño, eso es todo; pero hemos ganado el encontrar en esta ocasión una nueva prueba de vuestra completa adhesión por mí. Mi confianza en vos es ilimitada; veréis en mí, en todas ocasiones, carácter y valor; mas el interés de mi hijo es lo único que me guía, y aunque hubiese experimentado alguna dicha en salir de aquí, no puedo consentir en separarme de él. De todas suertes reconozco bien vuestra adhesión en todo lo que me habéis dicho ayer. Tened la convicción de que comprendo la bondad de vuestras razones por mi propio interés, y que sé que esta ocasión puede no volver á encontrarse; mas, dejando á mis hijos, no podría gozar de nada, y esta idea no me deja sentirlo.»

¡Noble corazón que tan pronto y con tan poco esfuerzo se desprende de una esperanza en que no entran sus hijos! Una madre romana no escribiría de otro modo, ¡y qué gracia hay en este último grito, en este postrer poema de la ternura maternal! El heroísmo es suave como una caricia, el sacrificio como una sonrisa.

A despecho de la fatalidad, Toulán se consagrará y luchará hasta el fin. Cuando la denuncia de Tisón, no

se ausenta como Lepitre, Moille y Brunot; hace frente á la acusación y á Hébert, y reclama con un descaro soberbio que se selle todo en su casa. Se da la orden de prenderle, y nada le importa. Le prenden, y suplica á los que le llevan que vayan con él á su casa para coger algunos efectos, y que de paso pondrán los sellos. Encuentra en el camino á su amigo Ricardo, y le dice que vaya á buscar algunos papeles que le pertenecen y que se hallan sobre su mesa de escribir. Ricardo ha comprendido á Toulán. Llegados á su casa, se emprende una discusión, á propósito de los papeles, entre Ricardo y los comisionados. Toulán, que ha pasado á un gabinete próximo para lavarse las manos, suelta la espita de una cuba; el ruido del agua que corre, y el de la voz de Ricardo que recrimina á voces, impiden oír á los comisionados que se abre suavemente una puerta oculta: Toulán está libre; mas, aunque libre, no se marcha de París. Corre á alquilar un cuarto en una casa vecina del Temple, donde Turgy tiene frecuentes entrevistas con él, y desde donde envía al Temple las noticias exteriores. Cuando la reina está en la Conserjería, Toulán advertirá y dará noticias á Mad. Isabel tocando la trompa en la ventana, tan alto, que Mad. Isabel se verá obligada á recordarle la prudencia.

La reina apreció dignamente á este hombre, cuando, para agradecerle todo lo que había intentado, y todavía se atrevía á intentar, no halló nada mejor que hacerle participar de sus felicidades de madre: *Decid á Leal, escribía, que todos los días veo á mi hijo.*»

Sólo quedaban á la reina Dios y el barón de Batz.

Un realista está en París envolviendo la revolución, teniendo á París en una mano y á Francia en otra. Denunciado, perseguido y acusado, sostiene la Vendée,

Lyón, Bordeaux, Tolón, Marsella, y su nombre hace palidecer á Robespierre. Este hombre es un Proteo, Catilina y Casanova mezclados en un solo hombre para espanto de una tiranía. Con el cerebro y la pluma en las intrigas, y el brazo dedicado á las tentativas, es un diplomático y un aventurero. Este hombre está en todas partes, y adonde no está, llegan sus amenazas. Tiene agentes en las secciones, en los municipios, en las administraciones y cárceles, en los puertos de mar y en las plazas fronterizas. Está aquí y allá, ayer como una sombra, hoy como un relámpago, traspasando las leyes como si fueran telas de araña, pasando á través de los reglamentos, consignas y barreras, con falsos pasaportes, falsos certificados de residencia y falsas cédulas cívicas. Aparece y desaparece de repente en las multitudes, estupefactas de haberlo visto. Se presenta en la calle, en las cárceles, en los cafés y en las orgías de los convencionales, sembrando las palabras ó el oro, arrastrando las adhesiones, reclutando las venalidades, comprando á los individuos, á las oficinas en masa, á la provincia de París, á la policía, y midiéndose con la revolución; inconquistable, y deslizándose de las manos, escapando en pleno boulevard á un pueblo armado; servido milagrosamente, salvado por amigos, confidentes de todos sus planes, que prefieren morir á hacerle traición.

Este hombre pronto iba á arrancar ese grito al terror que tiene miedo, esa carta del comité de vigilancia de la Convención al fiscal público: «El comité te manda que redobles los esfuerzos para descubrir al infame *Batz*... En tus interrogatorios no descuides nada; no economices ninguna promesa pecuniaria ó de otro género; pídenos la libertad de cualquier preso que prometa descubrirle ó entregarle muerto ó vivo: repi-

te que está fuera de la ley, que se ha puesto á precio su cabeza; que por todas partes se han dado sus señas; que no puede escapar; que todo será descubierto, y que no habrá misericordia para los que, pudiendo dar indicaciones, no lo hayan hecho. Esto es decirte que á toda costa queremos á ese malvado.»

La revolución llegará hasta prometer 300.000 libras por la cabeza de M. de Batz. Recomendará al fiscal que suprima en la requisitoria contra sus cómplices los detalles de los vastos proyectos de Batz, y diga solamente el fondo sin indicar los medios, temiendo revelar cómo un hombre había luchado con ella poniéndola en peligro.

En los primeros días de la revolución nada anunciaba á semejante hombre en ese gran senescal de Albret, diputado en los Estados generales por la nobleza de su provincia. Sólo se había hecho notar por sus conocimientos en materias financieras, su oposición á la creación de los asignados y sus importantes informes sobre la deuda, en calidad de presidente de la sección del comité de liquidación. El 12 y el 15 de Septiembre de 1791, protestó contra las operaciones de la Asamblea nacional. Después se pierden sus huellas. «Retorno y conducta perfecta de M. de Batz, á quien soy deudor de 512.000 libras»: no hay más que esta frase de un diario de Luis XVI, fechado el 1.º de Julio de 1792, para decirnos que ha comenzado el sacrificio de la fortuna y de la vida de M. de Batz por la causa real. Después del 10 de Agosto, M. de Batz se reúne á los príncipes. El proceso del rey le llama á París. No puede arrebatarse al rey del Temple; pero el 21 de Enero, M. de Batz es quien, al pasar el rey, se lanza con tres amigos gritando: «A nosotros los que quieren salvar al rey.» Desconsolado de no haber tenido la di-

cha de salvar á Luis XVI, como uno de sus antepasados había salvado á Enrique IV, M. de Batz dedicó su corazón y pensamiento á la familia del rey.

Tenía á su disposición la fortuna, y á sus órdenes la lealtad de los apellidos más ilustres de Francia; con su pequeña hueste de los Rochefort, los Saint Maurice, Marsán, Montmorency, Pons y Sombreuil; con ese otro igual á él, su ayudante de campo, el marqués de la Guiche, tan oculto y atrevido bajo el nombre de Sevigné; con el auxilio y valor de los Rousel, Devaux, Cortey y Michonis, M. de Batz volvió á emprender, después de Toulán, la obra de salvación.

El especiero de la calle de la Loi, Cortey, que alojaba de costumbre al barón de Batz, era capitán de la fuerza armada de la sección de Lepelletier. Sin duda por consejos y planes de M. de Batz se había hecho amigo íntimo de Chretien, jurado del tribunal revolucionario, que había colocado á Cortey en el pequeño número de comandantes á quien se confiaba la guardia de la torre, cuando su compañía componía parte del destacamento del servicio en el Temple. El concejal era escogido de antemano: ése era Michonis, que, más dichoso que Toulán, había escapado á las denuncias. La coincidencia de una guardia de Michonis con una guardia de Cortey fué la base del plan de M. de Batz, cuyo éxito debía ser asegurado por el concurso de una treintena de hombres de la sección, cuyas simpatías y vigor no eran dudosas.

Llega el día en que Cortey y Michonis están juntos de servicio en el Temple. Batz ha entrado en la prisión en medio del destacamento de Cortey. El servicio se ha distribuido de manera que los treinta hombres han de estar colocados de guardia en los puestos de la torre y de la escalera, ó bien en patrulla, desde me-

día noche á las dos de la mañana. Michonis se ha hecho cargo del servicio de la guardia de noche en la habitación de la reina. De media noche á las dos, en esas dos horas en que los puestos más importantes estarán ocupados por hombres de Batz las princesas, cubiertas con largos capotes, y con el arma al brazo, colocadas entre una patrulla que rodeará al Delfín, saldrán del Temple conducidas por Cortey, que es el único que, en su cualidad de comandante del puesto de la torre, puede hacer abrir la puerta principal durante la noche.

Son las once. El momento se acerca. La emoción se apodera de los más valientes, cuando de repente acude corriendo Simón, jadeante é inquieto: «Si no te viese aquí, dice á Cortey, á quien reconoce, no estaría tranquilo.» Estas palabras iluminan á M. de Batz; le da una súbita tentación de matar á Simón y arriesgar la evasión á brazo partido. Pero el ruido de un arma de fuego causará un movimiento general. El no es dueño de los puestos de la torre y de la escalera; y si tiene mal resultado, ¿qué harán de la familia real? Michonis ha dejado su puesto á Simón con una calma imperturbable, y se prepara á ir á la Commune, que le llama. Pero ya Batz, con el pretexto de un ruido que se oye fuera, se ha lanzado á la calle á la cabeza de una patrulla, prometiéndose una revancha.

Simón había guardado la reina á pesar de M. de Batz; la Tisón la había guardado á pesar de Toulán, y he ahí que ya sobre ésta se asienta la mano de Dios, con signos claros y terribles.

Un día la Tisón se pone á hablar sola. Eso hace reír á Madame; y su madre la mira con complacencia, contenta de oír la risa de su hija. ¡Pobre niña! ¡Se reía de una enajenada! La Tisón languidecía desde hacía

algún tiempo y nunca quería salir. La enfermedad que le dió de repente al Delfín la inquietó y turbó como un reproche. En la actualidad se ha vuelto loca. Habla en voz alta de sus faltas, de sus denuncias, del cadalso, de la prisión y de la reina. Se acusa y se injuria á sí misma. Cree muertos á los que ha denunciado. Todos los días aguarda á los concejales acusados por ella, y no viéndoles venir, se acuesta llorando. Sus noches están llenas de espanto; despierta á las prisioneras con los gritos que le arrancan horribles sueños. Se arrastra todo el día de rodillas ante la reina, llorando y suplicando: «¡Soy una malvada... suplico el perdón de vuestra majestad... soy la causa de vuestra muerte!» ¡La Tisón ya no reconoce á su hija! Le dan horribles convulsiones: y ocho hombres apenas pueden contenerla y llevarla á un cuarto del palacio del Temple. Dos días después la transportaron al Hospital, donde murió, sin tener de humano más que el remordimiento.

La reina había perdonado á la arrepentida; la había rodeado de cuidados y consuelos. Había perdonado á esta *escudriñadora*, á esta mujer que en la noche del 21 de Enero, oyéndola llorar con Mad. Isabel, había venido descalza á escuchar cómo lloraba, y cuando esta desgraciada salió del Temple: *¿Está bien cuidada?*—preguntaba la reina á Turgy en un volante.

Los proyectos, las tentativas de raptó, Batz viv y libré, los informes del comité de seguridad general, los rumores y temores callejeros, las predicciones del *Mirabilis liber* «de la restauración de la corona de lis, y de la ruina del hijo de Bruto por el joven cautivo», el interés del partido girondino hacia la Torre del Temple y las súbitas misericordias de su elocuencia, habían exasperado á la Convención. Todas las penas

de la reina iban á ser coronadas por un supremo dolor. En ese ulcerado corazón, la República ha encontrado lugar para una nueva herida más profunda que todas.

El 3 de Julio, á las diez de la noche, entran los concejales en el cuarto de la reina. Esta, Mad. Isabel y Madame se han levantado al oír abrir las puertas. El Delfin se despierta. Los concejales vienen á comunicar á la reina el decreto del comité de salud pública sancionado por la Convención.

«El comité de salud pública decreta que el hijo de Capeto será separado de su madre.»

La reina ha corrido al lecho de su hijo, que llora y se refugia en sus brazos. Le cubre y le defiende con todo su cuerpo: se repone contra las manos que se adelantán, y los concejales ven que esta madre no quiere entregar á su hijo, la amenazan con emplear la fuerza y hacer subir la guardia... *¡Matadme primero!*— dice la reina...

¡Una hora dura esta lucha entre las lágrimas y las amenazas, entre la cólera y la defensa, entre esos hombres que asaltan á esta madre y esta mujer que les desafía á que le arranquen á su hijo! Al fin, cansados los concejales de su vergüenza, amenazan á la reina con matar á su hijo: á esta palabra la cama queda libre. Mad. Isabel y Madame visten al niño: ¡á la reina ya no le quedan fuerzas para hacerlo! Luego, cubierto de lágrimas y de besos de su madre, de su tía y de su hermana, el pobre niño, anegado en lágrimas, sigue á los concejales: ¡pasa de su madre á Simón!

La Commune, al menos, concede á la reina que lllore en paz. Ya no hubo concejales en su cuarto. Las prisioneras fueron encerradas noche y día con cerrojos.

Tres veces al día llevaban los guardas las comidas y examinaban los hierros de las ventanas. Mad. Isabel y Madame hacían las camas y servían á la reina, tan anonadada que se dejaba servir.

La reina sólo vivía algunas horas del día, en que acechaba á su hijo por la claraboya de una escalerita que subía del guardarropa al techo. Al cabo de algunos días descubrió algo mejor que eso: una pequeña rendija en los tabiques de la plataforma de la torre donde el niño subía á pasear. El tiempo y el mundo estaban concentrados para la reina en ese tabique y ese momento en que podía ver á su *niñito*.

Algunas veces los comisionados le daban noticias del pobre niño; otras veces Tisón; pues ha heredado los remordimientos de su mujer, tratando de reparar su pasado con atenciones y servicios, y á la reina le parece purificado de todo el mal que le ha hecho cuando viene corriendo á decirle que su hijo está con buena salud y que juega á la pelota... ¡Ay!, bien pronto Mad. Isabel ruega á Tisón y á los concejales que no digan á la reina lo que saben del martirio de la educación de su hijo: «Mi madre—dice Madame—sabía ó sospechaba lo bastante...»

IX

María Antonieta en la Conserjería.—El conserje Richard.—Impaciencia de la revolución.—Vanas pesquisas de piezas acusatorias contra la reina.—Esperanza del partido realista.—El clavel del caballero Rougeville.—El conserje Bault.—Discurso de Billaud-Varenes.—Carta de Fouquier-Tinville.

El 2 de Agosto de 1793, la reina se acostó en la Conserjería. En los últimos días de la reina en el Temple no había tenido sino ultrajes. A medida que se acercaba al Tribunal revolucionario, el insulto en torno de ella se había hecho más grosero, más inhumano, y la injuria había llegado al último límite de la brutalidad. El concejal Bernard dijo, retirando la silla de uno de los hijos de la reina: «nunca he visto dar mesa ni silla á los prisioneros; la paja es bastante buena para ellos»; y un poeta, cubierto aún con la librea y beneficios de la corte, Dorat Cubières, mandó comprar á la reina un peine de asta: «de madera sería bastante». Las palabras de los últimos que la visitaron eran soeces juramentos.

El 1.º de Agosto, á las dos de la mañana, la Comune, arrancando del sueño á las tres mujeres, comunicó á María Antonieta el decreto de la Convención:

María Antonieta es enviada al Tribunal extraordinario; será transportada inmediatamente á la Conserjería.

La reina guardó silencio, y se puso á empaquetar su ropa. Mad. Isabel y Madame imploraron en vano

la gracia de seguirla. La reina se vistió sin que los concejales se apartasen.

Le pidieron lo que tenía en los bolsillos. La reina se lo entregó; es todo cuanto posee de aquellos por quien ruega al cielo; ¡todo lo que le resta de los que ama en la tierra!: un paquetito de cabellos de su marido y de sus hijos, la tablita de cifras en que enseñó á contar á su hijo, una cartera en que están las señas del médico de sus hijos, los retratos de las princesas Hesse y de Mecklembourg, sus amigas de la infancia; un retrato de Mad. de Lamballe, una oración al sagrado corazón de Jesús, y otra oración á la Inmaculada Concepción. Sólo le dejan un pañuelo y un frasco de vinagrillo inglés, por si acaso se pone mala. La reina abraza á su hija, la exhorta á que tenga ánimo, le pide que cuide á su tía y la obedezca como á una segunda madre, y concluye repitiéndole las instrucciones de perdón que le ha dado su padre. Madame queda muda, sobrecogida y asustada.

La reina se echa entonces en los brazos de Mad. Isabel, y le recomienda sus hijos. Mad. Isabel, teniéndola abrazada, le murmura algunas palabras al oído. La reina sale sin volver la cabeza, sin echar una postrer mirada á su hermana y á su hija, temiendo que la abandone su firmeza. Ha partido, dejando en las paredes de su prisión su corazón en esta inscripción de la talla de sus dos hijos:

27 de Marzo de 1793, cuatro pies, diez pulgadas y tres líneas;
tres pies, dos pulgadas.

Como la reina salió de la Torre sin inclinarse, dió con la cabeza en el postigo. Le preguntaron si se había hecho daño. «¡Oh, no—dijo ella;—al presente ya nada puede hacerme daño!...»

Los concejales, entre los que estaba Michonis, acompañaron á María Antonieta del Temple á la Conserjería. María Antonieta obtiene pasar la noche en el cuarto del conserje Richart. Al día siguiente, la misericordia de Richart, sostenida y envalentonada por la muda aprobación y el apoyo secreto de algunos individuos del municipio, equivocó las órdenes de Fouquier, y la reina fué instalada, no en un calabozo, sino en una habitación cuyas dos ventanas daban al patio de las mujeres. Era una pieza cuadrada bastante grande, antigua sala del Consejo, adonde los magistrados de los tribunales soberanos venían, antes de la revolución, en ciertos días del año, á recibir las reclamaciones de los prisioneros. En la pared, como si las cosas alrededor de la reina tuvieran alma y palabra, el viejo papel mostraba las flores de lis rotas en pedazos y borrándose con la humedad salitrosa. Un tabique, en medio del cual se abría un gran hueco de puerta, separaba la pieza en toda su longitud en dos cuartos casi iguales, iluminados cada uno por una ventana sobre el patio. El cuarto del fondo fué la cámara de la reina; el otro, en el que se abría la puerta, se dedicó á los dos gendarmes que pasaban el día y la noche, separados únicamente de la reina por una mampara corrida á través del hueco de la puerta.

Todo el mobiliario del cuarto de María Antonieta era una cama estrecha de madera, enfrente de la ventana, á la derecha; y una silla de paja junto á la ventana, en la que la reina pasaba casi todo el día sentada y mirando ir y venir en el patio á los vivos, oyendo al paso, en las conversaciones en voz alta cerca de su ventana, las noticias que las prisioneras le daban. Le dejaron una mala cestilla de mimbres para guardar su labor, una caja de madera para los polvos

que todavía usaba en sus blancos cabellos, y otra caja de hoja de lata para su pomada.

Los tormentos vergonzosos y miserables no respetaban todavía á la reina en la Conserjería, vecina de Fouquier y prometida al verdugo. La reina no había podido llevar su ropa blanca, guardada bajo sellos en el Temple; y Michonis escribió el 19 de Agosto á los individuos del Municipio que dirigian el servicio del Temple: «Ciudadanos colegas, María Antonieta me encarga que le hagan dar cuatro camisas y un par de zapatos que no están numerados, y de lo cual tiene apremiante necesidad». Esas cuatro malaventuradas camisas pedidas por Michonis, y reducidas pronto á tres, no serán entregadas á la reina sino de diez en diez días. La reina sólo tiene dos trajes, que pone por turno: su miserable traje negro y su pobre bata blanca, podridos los dos por la humedad de su cuarto... Hay que detenerse aquí... las expresiones faltan.

Los días y meses que pasaron entre la entrada de la reina en la Conserjería y su proceso se le hacen larguísimos; expectación dolorosa en que la reina, fuera de la vida, dedicada á la muerte, no reposaba todavía en la muerte. Ella rezaba y leía. Su valor estaba dispuesto. Ocupaba su imaginación. Pedía á Dios que no la hiciese esperar, á los libros que le diesen paciencia; ¿pero qué libro hay cuya fábula no sea insípida y de insignificante interés, junto á la novela de sus infortunios? ¿Qué lecturas podrán, á fuerza de horror, arrancar un momento á su presente á la reina de Francia en la Conserjería? ¡*Las aventuras más espantosas!* Es la expresión de María Antonieta cuando, por medio de Richart, pide libros á Montjoye; y nada es capaz de distraer su agonía sino la historia de Kook, los viajes, los naufragios, los horrores de lo desconocido, las tra-

gedias de la inmensidad, las luchas espeluznantes del mar y del hombre.

Una decepción, un retardo, resolvieron pronto la impaciencia de la revolución. «La inmensa alegría del Padre Duchêne de ver que la loba austriaca va por fin á ser suprimida.» La acusación había buscado en vano: érale imposible hallar una prueba escrita contra la reina. Largo tiempo antes de la jornada de 10 de Agosto, la reina, más prudente que el rey, no se acostaba nunca sin haber quemado todos los papeles capaces de comprometer á sus amigos. Los únicos papeles que hubiesen podido comprometerla habían sido destruidos ó perdidos á consecuencia de la supresión del Tribunal del 17 de Agosto, encargado de la instrucción de los procesos de Affry y Cazzote. Sin embargo, los sueños de Marat no podían bastar para el proceso. Héron, el espía dispuesto á todo, del Comité de seguridad general, prometió abrumar á la acusada con pruebas escritas. El Comité aguardó confiado. Héron no le llevó más que esta denuncia: «Declaro que Vaudreuil, gran halconero del exrey en 1784 y 1785, ha girado letras de cambio por valor de 580.000 libras sobre Pascaud, cuando jugaba á la banca que tenía la reina en el castillo de Versailles. Ese Pascaud y la reina, así como Vaudreuil, han cooperado al plan de la bancarrota general, en cuyo plan han entrado los asesinatos de los ciudadanos en la casa de Reveillon.» En cuanto se recibió la denuncia, se le dirigió al ciudadano Laignelot, «encargado de dirigir la acusación de la exreina». Laignelot nada podía hacer, á pesar de todos sus deseos. Héron discurrió entonces un montón de atrocidades, y lo sometió á la inspección de Marat. Este, aunque indulgente en tal materia, halló que el trabajo de Héron era tan absurdo que el comité lo

echaría al fuego. Consintió, no obstante, en admitirlo y darle una nueva forma. Arreglado el alegato por Marat, Héron lo presenta al comité de seguridad general. El comité cree que hay piezas justificativas tras afirmaciones tan positivas, y resuelve inmediatamente «que el ciudadano Héron remita al instante al ciudadano Bayle, uno de sus miembros, todas las piezas que han servido á la redacción de su Memoria». Héron había inventado sus calumnias, no tenía ni un papel, y el comité se vió obligado á renunciar á la Memoria de Héron y Marat, á indagar por otra parte, y seguir esperando, á pesar de los clamores y las iras rabiosas que criticaban su lentitud. «Se ponen obstáculos para juzgar á la pantera de Austria, y se piden justificantes para sentenciarla, en tanto que, si se hiciese justicia, *debería ser picada como carne para un pastel...*»

Mientras que todos estos hombres ansiaban su muerte, la reina respiró un poco, y hubo en torno suyo como un suavizamiento en los corazones y en el trato. Estaba rodeada de cuidados y de atenciones por el ciudadano y la ciudadana Richart, buenas gentes que suprimían de las consignas de Fouquier todo lo que tenían de inhumano y cruel. Por ellos tuvo la reina una buena cama; le llevaban platos escogidos, que á pesar de su poco apetito no le repugnaban; trataban de darle gusto y sorprenderla, corriendo todos los mercados y plazas para encontrar una fruta, un ave, cualquier cosa que le gustase; confesando á veces, para ser mejor servidos, para quién lo compraban, y hallando vendedoras como esa mujer del mercado que, revolviendo su puesto, escogió el melón más hermoso y lo dió á Richart para su prisionera. Los gendarmes no escaparon tampoco á la compasión: uno de

ellos renunció á fumar, viendo que después de una noche en que no habla dejado la pipa, la reina se levantó con los ojos enrojecidos, quejándose dulcemente de un gran dolor de cabeza, sin hacerle ninguna reconvencción. Otros, entrando de repente en la piedad más delicada, y queriendo evitar á la reina las crisis que por poco la salvan de la guillotina, decían á los comisionados: «¡Sobre todo, tened mucho cuidado de no hablarle de sus hijos!»

Ese reposo de la reina, esa lástima de sus guardianes, tranquilizaban las amistades de fuera y las animaban á esperar. La princesa Lubormiska escribía por ese tiempo á Mad. Du Barry: «La reina todavía está en la Conserjería; es falso que se tenga el proyecto de volverla á llevar al Temple; sin embargo, estoy tranquila sobre su suerte.» El millón de la condesa de Janson tentó la incorruptibilidad del capuchino Chabot. A los emisarios y al dinero enviado desde Bruselas por el conde de Mercy, Dantón respondió con orgullo que la muerte de la reina de Francia nunca había entrado en sus ideas, y que consentía en protegerla sin ninguna mira de interés personal. Batz volvió á rondar la Conserjería. Un oficial de granaderos de Filles Saint-Thomas, que en la jornada del 20 de Junio había estado al lado de la reina; un leal del 10 de Agosto, audaz incorregible, escapado por medio de la temeridad y el oro á la mortandad de Septiembre, y de la prisión por segunda vez y de la misma manera después del 31 de Mayo; uno de esos locos de lealtad y adhesión que nunca faltarán en Francia, el caballero de Rouge-Ville, vino á tratar con Michonis, el introductor de Batz en el Temple. A consecuencia de varias entrevistas en casa de Fontaine, tratante de maderas, y en casa de la mujer Dutilleul en

Vaugirard, Michonis introduce á Rouge-Ville en la Conserjería. Para ocultar á los gendarmes la emoción de la reina, Michonis le habla de sus hijos, que ha visto en el Temple. Detrás de él, Rouge-Ville hace á la reina signos que ella parece no comprender; se acerca entonces, y le dice en voz baja que recoja el clavel que ha dejado caer cerca de la estufa. La reina lo recoge; Rouge-Ville pregunta á la reina: «¿Os falta ánimo?—*Jamás me falta*»—responde la reina. Salen Michonis y Rouge-Ville, y lee la reina el billete: «*Contenia*, ha declarado la reina, *frases vagas*; ¿qué pretendéis hacer? ¿qué contáis hacer? Yo he estado prisionero; me he librado por un milagro. Volveré el viernes... y había una oferta de dinero.» Después de romper el papel en mil pedazos, la reina trató de responder, con un alfiler en un pedazo de papel: «*Estoy vigilada. No hablo ni escribo.*» Un gendarme la sorprendió, cogió el papel y lo entregó á la ciudadana Richart. De mano de ésta pasó á las de Michonis; pero el complot se traslució, y Rouge-Ville no pudo volver.

¡Ay! Todo faltaba. La hora de Dantón había pasado; Chabot acabó por tener miedo de venderse, y denunció á la condesa de Janson. Batz no pudo conseguir hacer llegar á la reina un capote, con el que hubiera salido de la Conserjería en el momento de relevarse las guardias. Hubo un postrer proyecto de evasión; pero había que matar á los dos gendarmes de guardia junto á la reina: la reina jamás consintió en eso: la vida, á ese precio, le hubiera parecido demasiado cara. Richart había sido destituido; mas por medio de Danget, administrador de policía, que obraba en concierto con Hüet y Cléry, María Antonieta volvió á encontrar en el conserje Bault otro Richart, y cuidados parecidos; y la única cosa para la que fué

difícil, que era el agua que bebía, se la servían muy pura en una taza muy limpia. Bault clavó contra la pared una vieja tapicería, que la defendía un poco de la humedad, y se encargó de transmitir á Fouquier la petición de una manta de lana: «¡Merecerías ser enviado á la guillotina!», fué la contestación de Fouquier. Pero la habilidad de Bault reemplazó la manta por un colchón de lana más fina; y pronto puso á la reina al abrigo del humo del cigarro, de las risas y de los juramentos de los gendarmes. Pretextando su responsabilidad, guardaba la llave del cuarto en el bolsillo, y despedía á los dos gendarmes á la puerta exterior.

La reina tuvo la idea de legar un último recuerdo á sus hijos. No tenía aguja, pero una madre puede lo que quiere. Arrancando algunos hilos á la tapicería de la pared, entrenzó, con dos mondadientes, una especie de liga, y cuando Bault entró la dejó caer al suelo. Este la recogió: había comprendido.

En torno de la Conserjería los gritos de muerte iban en aumento. Los deseos de los clubs, de las secciones, de los municipios, de las provincias, asaltaban y agujoneaban cada día al comité de salud pública, avergonzado de verse animado á derramar sangre. Del campamento de Belehema, el representante Garrau, en misión en el ejército de los Pirineos Occidentales, comunicó á la Convención su indignación de ver que todavía vivía María Antonieta; y á propósito de semejante petición de la cabeza de María Antonieta, formulada en la misma sesión de 5 de Septiembre por la sección de la Universidad, el representante Drouet decía: «¡Y bien, seamos *bandidos*, si es menester!...»

El comité de salud pública no tenía necesidad de estas impulsiones. La serie de tentativas para la eva-

sión de la madre de Luis XVII; los complots, que se sucedían unos á otros; el partido diezmado, que aún tenía héroes, no dejaban de darle cierto susto. Seguía estremecido esa larga lista de espías, de atormentadores y verdugos, conquistados por las víctimas y participando de sus dolores. Murmuraba ruborizándose algunos grandes apellidos revolucionarios, comprometidos por lo bajo en hechos de compasión y de clemencia... ¿Cómo guardar mejor que el Temple la Conserjería? ¿Dónde hallar carceleros y concejales inquebrantables? Tenía sospecha, si no certidumbre, de misteriosas correspondencias entre la Conserjería y el exterior, y á cada momento temía que la corrupción ó la adhesión le arrebatasen esta ilustre presa. Era preciso acabar y contestar á las últimas victorias de Austria, poniendo, según expresión de Saint-Just, «la infamia y el cadalso en la familia». Billaud-Varenes subió á la tribuna el 3 de Octubre. Quedaba, dijo, por dar un decreto solemne: «La mujer Capeto no está castigada; ya es tiempo que la Convención haga caer la espada de la ley sobre esta culpable cabeza. Abusando de vuestro silencio, ya la malevolencia hace correr el rumor de que María Antonieta, juzgada en secreto por el tribunal revolucionario, y encontrada inocente, ha sido vuelta á conducir al Temple, como si fuese posible que una mujer cubierta con la sangre del pueblo francés pudiese ser declarada inocente por un tribunal *popular*, por un tribunal *revolucionario*. Pido que la Convención decrete expresamente que el tribunal revolucionario habrá de ocuparse *inmediatamente* del proceso y juicio de la mujer Capeto.»

La proposición de Billaud, «vivamente aplaudida», fué decretada por unanimidad; y Fouquier recibió orden de formar el proceso. Mas la conciencia, sí, la con-

ciencia de Fouquier mismo retrocedió ante semejante proceso sin un solo justificante; y Fouquier escribió el 5 de Octubre al presidente de la Convención:

«París 5 de Octubre de 1793, año II de la República una é indivisible.

»Ciudadano presidente:

»Tengo el honor de informar á la Convención que el decreto que ha dado el 3 de este mes, mandando que el tribunal revolucionario se ocupe sin tardanza y sin interrupción del proceso de la viuda Capeto, me fué transmitido ayer noche; pero por ahora no me han transmitido ninguna pieza acusativa relativa á *Maria Antonieta*; de suerte que, por mucho deseo que tenga el tribunal de ejecutar los decretos de la Convención, se encuentra en la imposibilidad de cumplir ese decreto en tanto que no haya piezas.»

¡Fouquier tuvo que pasar por ello, y procesar sin piezas: me equívoco; con las monstruosas piezas que Hébert había ido á arrancar á un niño contra su madre, el 4 y el 7 de Octubre, en la torre del Temple!

X

Primer interrogatorio de María Antonieta.—Chaveau-Lagarde y Tronçon Doucoudray, sus defensores.—La reina ante el tribunal extraordinario.—Acta de acusación.—Los testigos, las declaraciones, las preguntas del presidente, las respuestas de la reina.—Respuesta de la reina á la acusación de Herbert.—Agotamiento físico de la reina.—Final de los debates.—El proceso de la reina por *el Père Duchêne*.—María Antonieta condenada y vuelta á llevar á la Conserjería.

De pronto María Antonieta es conducida al Palacio de Justicia é interrogada. Es un interrogatorio secreto, que no tiene más testigos que Herman, presidente del tribunal extraordinario; el acusador público, Fouquier, y el escribano Fabricio. Sin embargo, este interrogatorio repentino no arranca á la reina nada indigno para ella, nada comprometedor para los otros. Atacada de improviso, sin consejo, no se rebaja ni se entrega; y de este interrogatorio no queda á los interrogadores sino la cólera y la vergüenza de no haber podido sorprenderla, de no haber podido intimidarla.

En vano han hecho de su interrogatorio el eco estúpido de las estupideces de un pueblo niño; en vano han ido á recoger sus acusaciones entre las fábulas y los chismes del mercado de hierbas; en vano han paseado sus preguntas por todo ese *Credo* de la estulticia y del miedo, de los millones enviados por María Antonieta al emperador de Austria, de las balas mordidas por María Antonieta en la mañana del 10 de

Agosto. No han logrado sino preparar nobles respuestas á la víctima que tienen en el banquillo.

Herman y Fouquier acusaban á María Antonieta «de haber enseñado á Luis Capeto ese arte de profundo disimulo con el que ha engañado harto tiempo al buen pueblo francés».

A lo que María Antonieta contestaba: «¡Si! *El pueblo ha sido engañado; lo ha sido cruelmente, pero no por mi marido ni por mí.*»

Herman y Fouquier la acusaban «de haber querido volver á subir al trono sobre los cadáveres de los patriotas».

A lo que María Antonieta contestaba «*que ella no había deseado nunca más que la felicidad de Francia*», añadiendo: «*¡Que sea feliz! ¡Pero que lo sea! Estaré contenta.*»

Preciso era, sin embargo, que este primer interrogatorio aportase al interrogatorio público, á la acusación, á la condena, un hecho, una prueba, ó, cuando menos, una palabra. Pronto Herman y Fouquier trataron de hacer á aquella mujer culpable, no de actos, sino de intenciones; no de conspiración, sino de deseo, de sentimiento, de pensamiento; y puesto que aquí hace falta la energía de un lenguaje más vigoroso que el nuestro, digamos, con el orador griego, que retorcieron la conciencia de la reina para sacar de ella crímenes.

Herman y Fouquier preguntaron á aquella reina: «¿Creéis que los reyes son necesarios para la felicidad del pueblo?» Pero la reina contestaba «*que un individuo no puede absolutamente decidir tal cosa*».

Preguntaron luego á aquella madre de rey: «¿Lamentáis sin duda que vuestro hijo haya perdido un trono?» Pero la reina contestaba «*que ella no lamen*

tardá nada por su hijo, con tal de que su país sea dichoso».

Le preguntaban también, interrogándola como los fariseos interrogaban á Cristo: «Qué interés la inspiraban los éxitos de las armas de la República.» Pero la reina contestaba: «*Que la felicidad de Francia es siempre lo que desea por encima de todo.*»

Terminado el interrogatorio, Herman y Fouquier retrocedieron ante los deseos de la Revolución. No se atrevieron á satisfacer aquellas voces, aquellos deseos, pronto desencadenados en un periódico, que pedían á la justicia que no hiciese esperar más al verdugo, que pedían juicios semejantes á aquellos juicios de Roma, en donde se pasaba del Capitolio á la roca Tarpeya, que pedían que cayera la execración pública sobre los defensores officiosos, á fin de que la agonía «de los asesinos del pueblo» no tuviese socorro, ni piedad, ni aplazamientos. Herman y Fouquier preguntaron á la reina si tenía un consejero, y como ella contestase «*que no lo tenía, y que no conocía á nadie*», Herman y Fouquier la designaron por abogados y defensores á los ciudadanos Chaveau-Lagarde y Tronçon-Ducou-dray.

Al día siguiente, á las nueve de la mañana, hora de la audiencia pública, en la sala del palacio en donde antes actuaba el tribunal de casación, agólpase una multitud inmensa; las tribunas estaban llenas. Herman, presidente; Coffinal, Verteuil y Deliège, jueces; Antonio Quentín, acusador público; Fabricio, secretario, están en sus puestos.

Entran los ciudadanos Antonelle, Benandin, Somberbielle, Flevé, Bernard, Thoumin, Chretien, Gamme, Sambar y Devaze, jurados del juicio, los cuales se colocan entre el auditorio, en los puestos indicados

y designados. Vadier, Amar, Voutand, Moyse, Bayle, están detrás de Fouquier, que todavía hojea y examina las piezas tardías de aquel proceso á paso de carga, ¡que no hace una hora que han entrado en su gabinetel!

Entonces es introducida la reina María Antonieta, «libre y sin esposas», para hablar con el lenguaje del acta de la sesión del día vigésimotercio del primer mes del año segundo de la República. La reina está colocada en el banquillo ordinario de los acusados, de manera que todos la vean. Después entran los dos defensores de oficio de la acusada.

Una vez presentes todos, el presidente hace prestar individualmente á cada jurado el juramento siguiente: «Ciudadano, ¿juráis y prometéis examinar con la atención más escrupulosa los cargos formulados contra María Antonieta, viuda de Luis Capeto; no comunicar con nadie hasta después de vuestra declaración; no dar oídos ni al odio, ni á la maledicencia, ni al temor, ni al afecto; decidir por los cargos y medios de defensa y según vuestra conciencia y vuestra última convicción, con la imparcialidad y la firmeza que conviene á un hombre libre?» Prestado el juramento, el presidente dice á la acusada que puede sentarse.

La reina viste de luto; está sentada, atenta y tranquila. A veces, como sustrayéndose á lo presente y dejando vagar su pensamiento, mueve sus dedos sobre los brazos de su asiento, como si estuviera tecleando. Su mirada—es todo lo que ha conservado de la corona,—hace decir á las mujeres del pueblo: «¡Mira qué orgullosa es!»

La reina ha declarado llamarse «María Antonieta de Lorena de Austria, de cerca de treinta y ocho años de edad, viuda del rey de Francia, nacida en Viena,

encontrándose, cuando fué presa, en el local de Sesiones de la Asamblea Nacional.»

El secretario da lectura al acta de acusación.

«Antonio Quintín Fouquier, acusador público en el tribunal de lo criminal revolucionario establecido en París por decreto de la Convención Nacional de 10 de Marzo de 1793, año segundo de la República, sin apelación al tribunal de casación, en virtud del poder que le confiere el art. 2 de otro decreto de la Convención de 5 de Abril siguiente, en el que se dispone que el acusador público del dicho tribunal está autorizado á hacer prender, perseguir y juzgar, por denuncia de las autoridades constituidas ó de los ciudadanos;

»Expone que, por decreto de la Convención de 1.º de Agosto último, María Antonieta, viuda de Luis Capeto, ha sido llevada al tribunal revolucionario como acusada de haber conspirado contra Francia; que, por otro decreto de la Convención del 3 de Octubre, se ha dispuesto que el tribunal revolucionario se ocupara sin demora y sin interrupción en la causa; que el acusador público ha recibido los documentos concernientes á la viuda de Capeto, el 19 y el 20 del primer mes del año segundo, vulgarmente llamados 11 y 12 del corriente mes de Octubre; que se ha procedido en seguida, por uno de los jueces del tribunal, al interrogatorio de la viuda de Capeto; que examinados todos los documentos transmitidos por el acusador público, resulta de ellos que á ejemplo de las Mesalinas Brundrant, Fredegunda y Médicis, á las que se calificara antes de reinas de Francia, y cuyos nombres, para siempre odiosos, no se borrarán de los fastos de la historia, María Antonieta, viuda de Luis Capeto, ha sido, desde que llegó á Francia, la plaga y la sangui-

juela de los franceses; que, aun antes de la afortunada Revolución que ha devuelto al pueblo francés su soberanía, tenía relaciones políticas con el hombre llamado rey de Bohemia y de Hungría; que tales relaciones eran contrarias á los intereses de Francia; que, no contenta, de acuerdo con las hermanas de Luis Capeto y el infame y execrable Calonne, entonces ministro de Hacienda, con haber dilapidado de una manera espantosa la hacienda de Francia (fruto de los sudores del pueblo) para satisfacer placeres desordenados y pagar á los agentes de esas intrigas criminales, es notorio que ha enviado en diferentes épocas al emperador millones que le han servido y le sirven todavía para sostener la guerra contra la República, y que con estas dilapidaciones excesivas ha llegado á agotar el Tesoro nacional;

»Que, desde la Revolución, la viuda de Capeto no ha dejado un solo instante de mantener inteligencias y correspondencias delictivas y perjudiciales para Francia, con las potencias extranjeras, y en el interior de la República, mediante agentes á ella adictos, á los que pagaba y haría pagar por el que era tesorero de lo que fué lista civil; que en diferentes épocas empleó todas las maniobras que juzgaba adecuadas á sus miras perversas para efectuar una contrarrevolución; primeramente, habiendo organizado, so pretexto de una unión necesaria entre los extintos Guardias de Corps y los oficiales y soldados del regimiento de Flandes, una comida entre estos dos Cuerpos, el 1.º de Octubre de 1789, la cual degeneró en una verdadera orgía, como ella lo deseaba, y durante la cual los agentes de la viuda de Capeto, secundando perfectamente los proyectos contrarrevolucionarios, hicieron que la mayor parte de los comensales, en la expansión de la em-

briaguez, cantaran canciones en las que se expresaba la más completa adhesión al trono y la más acentuada aversión por el pueblo, llegando hasta ponerse la escarapela blanca y pisoteando la escarapela nacional, autorizando ella con su presencia todos estos excesos contrarrevolucionarios, sobre el animar á las mujeres que la acompañaban á distribuir las escarapelas blancas á los comensales, demostrando el 4 del mes de Octubre la alegría más inmoderada por lo que pasó en aquella orgía;

• En segundo lugar, por haber, en unión de Luis Capeto, hecho imprimir y distribuir profusamente en toda la extensión de la República, obras contrarrevolucionarias, hasta de aquellas dirigidas á los conspiradores de ultra Rhin, ó publicadas en nombre de ellos, tales como las *Peticiones á los emigrantes*, la *Respuesta de los emigrantes*, *Los emigrantes al pueblo*, *Las locuras más ciertas son las mejores*, *El orden, la marcha y la entrada de los emigrantes*; por haber llevado la perfidia y el disimulo hasta el punto de haber hecho imprimir y distribuir con la misma profusión obras en las que estaba pintada con colores poco lisonjeros, harto merecidos ya en aquel tiempo, y haber hecho esto para engañar y persuadir á las potencias extranjeras de que la maltrataban los franceses, y animarlas cada vez más contra Francia; que, para realizar más prontamente sus proyectos contrarrevolucionarios, ocasionó, por medio de sus agentes, en París y los alrededores, en los primeros días de Octubre de 1789, una penuria que dió lugar á una nueva insurrección á consecuencia de la cual una multitud innumerable de ciudadanos y ciudadanas, fué á Versailles el 5 del mismo mes; que este hecho está probado de una manera sin réplica por la abundancia que

reinó al día siguiente de la llegada á París de la viuda de Capeto y de su familia;

»Que apenas llegada á París, la viuda de Capeto, fecunda en intrigas de todo género, formó conciliábulos en su habitación; que estos conciliábulos, compuestos de todos los contrarrevolucionarios é intrigantes de las Asambleas Contituyente y Legislativa, se celebraban en las tinieblas de la noche; que allí se buscaban los medios de suprimir los derechos del hombre y los decretos ya dados, que deben formar la base de la Constitución; que en esos conciliábulos se deliberó sobre las medidas que hablan de tomarse para hacer que se decretara la revisión de los decretos que eran favorables al pueblo; que se decidió la fuga de Luis Capeto, de la viuda de Capeto y de toda la familia, con nombres supuestos, en el mes de Junio de 1791, intentada tantas veces, sin lograrlo, en diferentes épocas; que la viuda de Capeto reconoce en su interrogatorio que fué ella quien lo arregló y preparó todo para efectuar esta evasión, y que fué ella quien abrió y cerró las puertas por donde pasaron los fugitivos; que independientemente de la confesión de la viuda de Capeto en este punto, está probado por las declaraciones de Luis Carlos Capeto y de la hija de Capeto, que Lafayette, favorito en todos sentidos de la viuda de Capeto, y Bailly, á la sazón alcalde de París, estaban presentes en el momento de la evasión, y que la favorecieron con todo su poder; que la viuda de Capeto, después de la vuelta de Varennes, reanudó sus conciliábulos, que los presidía ella misma, y que, de acuerdo con su favorito Lafayette, cerraron las Tullerías, privando de esta suerte á los ciudadanos de ir y venir por los patios del que fué castillo de las Tullerías; que no entraban sino las personas provistas de tarjeta; que

esta clausura, presentada con énfasis por el traidor Lafayette como teniendo por objeto castigar á los fugitivos de Varennes, era una astucia muy imaginada y concertada en aquellos tenebrosos conciliábulos para privar á los ciudadanos de los medios de descubrir lo que se tramaba contra la libertad en aquel lugar infame; que en esos mismos conciliábulos se determinó la horrible matanza que se realizó el 17 de Julio de 1791, de los más celosos patriotas que se encontraban en el Campo de Marte; que la matanza que se efectuó anteriormente en Nancy, y las que después se realizaron en otros diversos puntos de la República, fueron decididas y determinadas en esos mismos conciliábulos; que estos movimientos que hicieron correr la sangre de una multitud de patriotas, fueron concebidos para llegar más pronto y más seguramente á la revisión de los decretos dados y fundados sobre los derechos del hombre, y que por esto perjudicaban á las ideas ambiciosas y contrarrevolucionarias de Luis Capeto y de María Antonieta; que, una vez aceptada la Constitución de 1791, la viuda de Capeto se dedicó á destruirla insensiblemente con todos los manejos que ella y sus agentes pusieron en práctica en los diversos puntos de la República; que todas sus gestiones tuvieron siempre por objeto aniquilar la libertad y hacer volver á los franceses al yugo tiránico bajo el que languidecieran tantos siglos; que á este efecto, la viuda de Capeto concibió el que se discutieran en los conciliábulos tenebrosos, y calificados con razón desde hacía tiempo, de gabinete austriaco, todas las leyes dadas por la Asamblea Legislativa; que fué ella, y por determinación tomada en esos conciliábulos, la que decidió á Luis Capeto á poner su *veto* al célebre y saludable decreto promulgado por la Asamblea Legisla-

tiva contra los que fueron príncipes, hermanos de Luis Capeto, y los emigrados, y contra esa horda de curas refractarios y fanáticos esparcidos por toda Francia; veto que ha sido una de las principales causas de los males que después ha sufrido Francia;

»Que la viuda de Capeto es la que hacía nombrar á los ministros perversos, y para los puestos en los ejércitos y en las oficinas, á hombres conocidos por la nación entera como conspiradores contra la libertad; que con estas maniobras y las de sus agentes, tan hábiles como pérfidos, llegó á componer la nueva guardia de Luis Capeto, de ex-oficiales que dejaran sus cuerpos cuando el juramento exigido, de curas refractarios y de extranjeros, en fin, de todos los hombres reprobados por la mayoría de la nación, y dignos de servir en el ejército de Coblenz, al que en efecto pasó un gran número de ellos después del licenciamiento;

»Que la viuda de Capeto, de inteligencia con el partido liberticida, que dominaba entonces en la Asamblea legislativa, y durante un tiempo en la Convención, fué la que hizo declarar la guerra al rey de Bohemia y de Hungría, hermano suyo; que por sus manejos y sus intrigas, siempre funestos á Francia, se efectuó la primera retirada de los franceses del territorio de Bélgica;

»Que la viuda de Capeto fué la que comunicó á las potencias extranjeras los planes de campaña y de ataque convenidos en el consejo, de manera que, por esta doble traición, los enemigos estaban siempre enterados de los movimientos que habían de efectuar los ejércitos de la República; de donde se sigue que la viuda de Capeto es la causante de los reveses experimentados, en diferentes fechas, por los ejércitos franceses;

»Que la viuda de Capeto meditó y combinó con sus

pérfidos agentes la horrible conspiración que estalló en la jornada del 10 de Agosto, la cual no fracasó sino por los valerosos é inauditos esfuerzos de los patriotas, que á este fin reunió en sus habitaciones, en las Tullerías, hasta en subterráneos, á los suizos, quienes, con arreglo á los decretos, no podían ya formar la guardia de Luis Capeto, que los mantuvo en un estado de embriaguez, desde el 9 hasta la mañana del 10, día convenido para realizar esa horrible conspiración; que reunió igualmente y con el mismo designio el día 9 á una porción de esos individuos llamados caballeros del puñal, que habían ya figurado en aquel mismo lugar, el 23 de Febrero de 1791, y después en la época del 20 de Junio de 1792;

»Que la viuda de Capeto, temiendo sin duda que la conspiración no surtiese todo el efecto que se había prometido, entró á las nueve y media de la noche del 20 de Agosto en la sala en donde los suizos y otros partidarios estaban haciendo cartuchos; que al mismo tiempo que los animaba á apresurar la confección de esos cartuchos, para excitarlos más, tomó unos cuantos y mordió unas balas (faltan las frases para traducir un rasgo tan atroz); que al día siguiente 10 es notorio que apremió y solicitó á Luis Capeto para que fuese á las Tullerías á las cinco y media de la mañana para revistar á los verdaderos suizos y á otros foragidos que se habían puesto el uniforme de aquéllos, y que á la vuelta le presentó una pistola, diciendo: «¡Ha llegado el momento de presentaros!», y que ante la negativa de él le trató de cobarde; que, aun cuando en su interrogatorio la viuda de Capeto haya persistido en negar que se hubiera dado orden alguna de tirar sobre el pueblo, la conducta que observó el domingo 9 en la sala de los suizos, los conciliábulos celebrados

durante la noche y á los que asistió, el artículo de la pistola y sus palabras á Luis Capeto, la repentina retirada de ambos de las Tullerías y los tiros de fusil en el mismo momento que entraban en la Asamblea legislativa, todas estas circunstancias reunidas no permiten dudar de que no se conviniese en el conciliábulo que se celebró durante la noche, en que había que disparar sobre el pueblo, y de que Luis Capeto y María Antonieta, que era la principal directora de esta conspiración, no diese ella misma la orden de hacer fuego;

»Que á las intrigas y manejos pérfidos de la viuda de Capeto, de inteligencia con el partido liberticida de que ya se ha hablado y con todos los enemigos de la República, debe Francia la guerra intestina que la devora desde hace tanto tiempo, y cuyo fin no está afortunadamente más lejano que el de sus autores;

»Que, en tanto tiempo, la viuda de Capeto, por la influencia que adquirió sobre el espíritu de Luis Capeto, le insinuó ese arte profundo y peligroso de disimular y de obrar y de prometer con actos públicos lo contrario de lo que pensaba y tramaba, de concierto con ella, en las tinieblas, para destruir la libertad tan grata á los franceses, que sabrán conservar y recobrar lo que ellos llamaban «la plenitud de las prerrogativas regias»;

»Que, en fin, la viuda de Capeto, inmoral por todos conceptos y nueva Agripina, es tan perversa y está tan familiarizada con todos los delitos, que olvidando su cualidad de madre y la demarcación prescripta por las leyes de la naturaleza, no ha tenido.....
.....»

El acta de acusación está leída. El presidente ha recomendado á la acusada que escuche con oído atento.

Empiezan las declaraciones, ó más bien empieza una historia de la Revolución que, por boca de los Lecointre, de los Hebert, de los Silly y de los Terrascon, de los Gointre y de los Garnerín, imputa á la reina los crímenes, la sangre, la bancarrota, las matanzas, la guerra, el hambre, las traiciones, las ruinas, las viudas, los huérfanos, las perfidias, las conjuras, las vergüenzas, las miserias, las dudas, ¡la Revolución! Este día y el siguiente, hacen así remontar el tiempo á la reina, abofeteándola con cada una de las desgracias de ella, con cada una de las victorias de ellos, deteniéndola largamente, como en estaciones de dolor, en las jornadas de Octubre, en Varennes, en el veto, en el 10 de Agosto en el Temple.

Pero en este flujo de declamaciones y de necedades no busquéis un hecho, no busquéis una prueba. Los dos bonos de 80.000 libras firmados por *María Antonieta*, vistas por Tisset en casa de Septeuil, firmados, dice Tisset, con fecha del 10 de Agosto; esos dos bonos, de los que Olivier Garnerán hace un bono de 80.000 libras á favor de la Polignac; esos dos bonos que eran, al decir de Valazé, un recibo de 15.000 libras, ¿dónde están? ¡No los presentan! Esa carta de María Antonieta, que Didier Jourdeuil afirma haber visto en casa de Affry, *¿Se puede contar con vuestros suizos? ¿Sabrán portarse bien cuando llegue la ocasión? ¿dónde está? ¡No la presentan! Y así todo.*

¡Pasad, pues, testigos de la verdad y del valor! ¡Pasad, gentilhombres, que os inclináis ante el martirio y ante vuestra bandera! ¡Pasad, nobles corazones, hijos del 89, á los que el 93 no impondrá una cobardía! ¿Qué importa, la Tour du Pin, que recordéis para la ex reina un saludo versallesco y que la defendáis con peligro de vuestra vida contra la acusación de las ma-

tanzas de Nancy? ¿Qué logran, Bailly, vuestra firme palabra y vuestra declaración sin miedo de que «los hechos contenidos en el acta de acusación son absolutamente falsos»? Y vos, Manuel, cuya declaración ha temido un momento la reina, ¿de qué sirve vuestro silencio? ¿De qué sirve Ostaing, que no acuséis á esa reina, de la que declararéis que tenéis queja?... No se trata de la inocencia de la reina, y no os escucha á vosotros el tribunal. Sus complacencias son para las declaraciones que acusan á la reina de acaparamiento de granos ó de complicidad en una fábrica de asignados falsos; para la declaración de aquella ex camarera de la reina, á quien, según ella, dijo M. de Coigny en Versalles, á propósito de los fondos enviados por la reina á su hermano para hacer la guerra á los turcos: «Lleva costado ya más de doscientos millones, y no hemos llegado al fin». Un murmullo favorable del auditorio acogerá esta declaración; que la reina, queriendo asesinar al duque de Orleans, fué registrada, que la encontraron provista de dos pistolas, y que su marido la condenó á quince días de arresto. Este murmullo acogerá también á Labetette, aquel mono de Marat, al afirmar en serio que la reina envió sucesivamente á tres hombres para asesinarle.

Y ¿cuáles eran las preguntas hechas á la reina? «Si no había querido hacer asesinar á la mitad de los representantes del pueblo; si no había querido, otra vez, con Artois, hacer que volase la Asamblea.»

La reina estuvo admirable de paciencia y de sangre fría; forzó á su dignidad á la humildad; vedó la indignación á su energía; contestó á la calumnia con una sílaba negativa, á lo absurdo con el silencio, á lo monstruoso con lo sublime. La reina no consintió en justifi-

ficarse sino para justificar á los otros, y, en aquellos largos debates, no se le escapó una palabra que pudiese poner una abnegación en peligro ó la conciencia de sus jueces en reposo.

Cuando el presidente le preguntaba, si visitó á los tres cuerpos de Ejército que se concentraban en Versailles para defender las prerrogativas regias,

No tengo nada que contestar, dice María Antonieta.

Cuando el presidente la acusa de haber hecho pagar á Francia sumas enormes para el Pequeño Trianón, para aquel Pequeño Trianón, del que el mismo Soula-vie confiesa que el gasto no pasaba de 72.000 libras al año en 1782, María contesta, hablando, por encima de aquel tribunal, á Francia: *Es posible que el Pequeño Trianón haya costado sumas inmensas; tal vez más de lo que yo hubiera deseado; fueron metiéndose en gastos poco á poco: por lo demás, deseo, más que nadie, que se sepa lo que allí ha pasado.*

Cuando el presidente la acusa de negar sus relaciones con la mujer Lamotte: *Mi plan no es la negación*, contesta María Antonieta;—*lo que digo es la verdad y persistiré en decirla.*

El presidente no se había atrevido á tocar la acusación sin nombre que Hebert fué á buscar, el 7 de Octubre, á la torre del Temple. Un jurado la recogió: «Ciudadano presidente, os invito á que tengáis á bien observar á la acusada que no ha respondido al hecho sobre el que ha hablado el ciudadano Hebert, respecto á lo ocurrido entre ella y su hijo.»

Si no he contestado, dijo la reina, *es porque la naturaleza se niega á contestar á semejante pregunta hecha á una madre*; y volviéndose hacia las madres que llenan las tribunas: ¡APELO Á TODAS LAS QUE PUEDAN ENCONTRARSE AQUÍ!

¡Inmortal posteridad! ¡Acuérdate del miserable que arrancó del corazón de María Antonieta esas palabras, ante las que se arrodillará la memoria de los hombres! ¡Acuérdate de ese hombre, al que censuró Robespierre, y del que se avergonzó Septiembre! ¡Acuérdate de que, violando la inocencia de una joven, y sus lágrimas y sus vergüenzas, Hebert trató de enseñarle á deshonorar á su madre! ¡Acuérdate de que, llevando con su mano la de un niño de ocho años, le hizo firmar contra su madre una acusación que calumniaría á Mesalina! ¡Que Hebert te sea consagrado! ¡Cierra á ese hombre el refugio de sus gemonías y que la inmortalidad le castigue!

Las sesiones del Tribunal empiezan á las nueve de la mañana y no terminan hasta muy entrada la noche. ¡Que pasión sobrehumana! Enferma, debilitada por una pérdida continua, sin alimento, sin descanso, la reina tiene que vencerse, que dominarse, no abandonarse un momento, enderezar en todo instante sus fuerzas desfallecientes, forzar hasta su rostro y sobreponearse á la naturaleza. Como el pueblo pedía á cada momento que se levantase del taburete para verla mejor, María Antonieta, agotada, murmuraba: *¿Se cansará pronto el pueblo de mis fatigas?* Una vez, agonizante, en lo insuperable del sufrimiento, dejó brotar de sus labios, como un lamento: *¡Tengo sed!* Los que estaban á su lado se miraron; ¡nadie se atrevía á dar de beber á la viuda de Capeto! Por fin un gendarme tuvo la piedad de ir á buscar un vaso de agua y el valor de ofrecérselo. La reina salía del Tribunal quebrantada, aniquilada. Al volver á la cárcel, dijo en el patio de la Conserjería: *No veo, no puedo más, no podría andar;* y sin el brazo de un gendarme, no hubiese podido bajar, sin caerse, los tres escalones de piedra

que conducían al corredor de su celda. A las cinco, sin embargo, volvía á hallar en la audiencia la energía moral, la energía física, nuevas fuerzas, nuevas gracias para nuevos tormentos.

La reina está sola contra sus acusadores; no puede contar sino consigo misma para conducirse y defenderse. Los defensores de oficio que le han sido nombrados, no han sido admitidos hasta las doce de la noche del domingo 13 de Octubre. Del lunes por la mañana al martes por la noche no celebran con ella sino tres breves entrevistas de un cuarto de hora, entrevistas irrisorias, escuchadas, vigiladas por tres ó cuatro personas, y que no han permitido á la reina concertar la menor defensa, ni siquiera una respuesta! Por otra parte, la reina no podía conceder en seguida su confianza á consejeros elegidos por el tribunal. Rindióse, no obstante, al ver su interés y la conmiseración de sus palabras; y atormentada por ellos, en nombre de sus hijos, á que pidiese una demora que les diese tiempo para preparar su defensa, concluyó por ceder y escribió al presidente de la Convención.

«Ciudadano presidente: Los ciudadanos Tronçon y Chaveau, que el tribunal me ha dado por defensores, me dicen que hasta hoy no han sido enterados de su misión; yo voy á ser juzgada mañana, y en tan corto tiempo les es imposible enterarse de las piezas del proceso, ni siquiera leerlas. Por mis hijos, debo no omitir ningún medio necesario para la completa justificación de su madre. Mis defensores piden la demora de tres días, y espero que la Convención se la concederá.»

MARÍA ANTONIETA.»

El retardo no fué concedido; mas el martes 15 de Octubre, á media noche, el presidente del tribunal

dijo á los defensores: «Dentro de un cuarto de hora concluirán los debates; preparad vuestra defensa para la acusada.»

¡Un cuarto de hora para preparar su defensa! Chauveau-Lagarde convino en defender á la reina de la acusación de inteligencia con los enemigos del exterior; Tronçon-Ducoudray, de connivencias con los enemigos del interior.

El interrogatorio ha terminado.

La reina responde al presidente, que le pregunta si no le queda nada que añadir á su defensa:

Ayer no conocia á los testigos; ignoraba lo que iban á declarar contra mí. ¡Y bien! Nadie ha presentado ningún hecho positivo. Concluyo haciendo la observación de que yo era la mujer de Luis XVI, y era preciso que me conformase á sus voluntades. Cerráronse los debates. Fouquier Tinville tomó la palabra y repitió su acta de acusación. No se atrevió, sin embargo, á repetir la acusación de Hébert.

Los defensores hablaron y Chauveau-Lagarde aventuróse en su exordio á juzgar el proceso de la reina: «Sólo tengo una dificultad, dijo, y es que me encuentro sin objeciones.»

Cuando los defensores se sentaron, el presidente Herman pronunció lo que la justicia revolucionaria llamaba un resumen. Evoca contra María Antonieta los manes de todos los muertos, la culpa de todos los alegatos sin pruebas, y concluye por declarar «que todo el pueblo francés es el que acusa á María Antonieta».

Herman no se atrevió á decir todo. Otro ha resumido el asunto con más desparpajo. Y no es en el acta de acusación, en la requisitoria y en el resumen del tribunal criminal extraordinario donde hay que ir á

buscar la última palabra de ese proceso y la última palabra de la revolución; es en ese número del *Père Duchêne*, que Hébert escribe mientras se trae al retortero la cabeza de la reina:

«Supongo... que no fuese culpable de todos esos crímenes; pero, ¿no ha sido reina? Ese crimen basta para hacerla suprimir; pues... ¿qué es un rey ó una reina? ¿No es lo que hay en el mundo más impuro y más infame? Reinar, ¿no es ser el más mortal enemigo de la humanidad? Los contrarrevolucionarios que ahogamos como perros rabiosos, no son nuestros enemigos sino de rechazo; pero los reyes y su raza han nacido para perjudicarnos: al nacer están destinados al crimen, como tal planta para envenenarnos; es tan natural á los emperadores, reyes, príncipes y á todos los déspotas oprimir á los hombres y devorarlos, como á los tigres y á los osos desgarrar la presa que cae en sus garras; consideran al pueblo como un vil rebaño cuya sangre y sudores les pertenecen; no hacen más caso de los que ellos llaman sus súbditos que de los insectos que pisamos sin aperebirnos. Juegan á los hombres como nosotros jugamos á los cientos, y cuando un monstruo coronado está cansado de la caza, declara una sangrienta guerra á otro bandido de su índole, sin motivo y á veces contra sus propios intereses, para tener un nuevo pasatiempo y distraerse.

»Oye con sangre fría la pérdida de una batalla; mira con ojos secos los montones de cadáveres que acaban de perecer por su causa, y está menos afectada que yo... cuando pierdo una partida de chaquete y uno de mis compadres ha hecho todas las bazas y me da capote. El deber de todo hombre libre es matar á un rey, ó á los que están destinados á ser reyes, ó á los que han participado de sus crímenes. Una autoridad que

tiene bastante fuerza para destronar á un rey comete un crimen contra la humanidad si no aprovecha el momento para exterminar á él y á su b... familia. ¿Qué se diría de un labrador que, al labrar su campo, descubriese un nido de serpientes, si se contentase con aplastar la cabeza del padre y fuese bastante gallina para tener compasión de las demás, diciendo para sí: Es lástima matar una pobre madre en medio de sus hijos; todo lo que es pequeño es tan gentil: llevemos ese lindo nido á casa para divertir á mis niñitos? ¿No cometería un gran crimen por tontería?... ¡Que no haya misericordia! ¡En tanto que nos caigan en la mano emperadores, reyes, reinas y emperatrices, libremos de ellos á la tierra!.

Las cuestiones sometidas al Jurado son éstas:

«1.º ¿Consta que han existido intrigas é inteligencias con las potencias extranjeras y otros enemigos exteriores de la república, encaminadas á procurarles auxilios en dinero, á darles entrada en el territorio francés y á facilitar el buen éxito de sus armas?

»2.º María Antonieta de Austria, viuda de Luis Capeto, ¿está convicta de haber cooperado á las tramas y haber sostenido esas inteligencias?

»3.º ¿Consta que ha existido un complot y conspiración á encender la guerra civil en el interior de la república?

»4.º María Antonieta de Austria, viuda de Luis Capeto, ¿está convicta de haber participado en ese complot y conspiración?»

Los jurados están deliberando una hora. Vuelven á entrar en la audiencia con una declaración afirmativa á todas las preguntas que les han propuesto. La declaración es afirmativa por *unanimidad*.

Después de un discurso del presidente al pueblo

para prohibirle cualquiera señal de aprobación, vuelven á traer á María Antonieta.

Se le lee la declaración del Jurado.

Se levanta Fouquier, y pide la pena de muerte contra la acusada, conforme al art. 1.º de la primera sección del tit. I de la segunda parte del Código penal, y, además, según el art. 2.º de la primera sección del tit. I, de la segunda parte del mismo Código.

El presidente interpela á la acusada para que declare si tiene que hacer alguna reclamación sobre la aplicación de las leyes invocadas por el fiscal.

María Antonieta hace un signo negativo.

El presidente recopila las opiniones de sus colegas, y, en virtud de la declaración unánime del Jurado, conforme á la petición del fiscal, según las leyes por él citadas, condena á la dicha María Antonieta, nombrada Lorena de Austria, viuda de Luis Capeto, á la pena de muerte; declara, conforme á la ley del 10 de Marzo último, adjudicados y confiscados sus bienes, si tiene algunos en la extensión del territorio francés, en provecho de la República; y ordena que, á petición del fiscal, la presente sentencia será ejecutada en la Plaza de la Revolución, y pregona la y publicada en carteles en toda la extensión de la República.

La reina permanece impassible. Baja del banquillo con frente altiva y ella misma abre el balconcillo.

Sea las cuatro de la mañana. Vuélvese á conducir á la sentenciada á la Conserjería.

XI

Ultima carta de la reina á Mad. Isabel.—El cura Girard.—Sansón.—París, el 16 de Octubre de 1793.—La reina en la carreta.—El camino de la Conserjería á la Plaza de la Revolución.—La cuenta del enterrador Joly.—La muerte de María Antonieta y la conciencia humana.

No vuelven á llevar á la reina á su cuarto, sino al gabinete de los sentenciados, formado en uno de los ángulos de la antesala del archivo. Al llegar, pide á Bault con qué escribir, y escribe su despedida á madame Isabel, á sus hijos, á la vida; ese testamento regio de una reina cristiana dispuesta á morir, pronta á comparecer ante Dios y ante la posteridad. Y si el papel ha sido manchado con lágrimas, no es con el llanto de la flaqueza femenina; son lágrimas de madre por ese pobre niño que Hébert ha hecho hablar contra el honor de su madre, contra el honor de Mad. Isabel, su segunda madre. ¡Con qué tono de súplica María Antonieta ruega á Mad. Isabel que perdone á ese desgraciado niño que la hizo ruborizar, y que le conserve su cariño! Y desde que hubo criaturas humanas esperando al verdugo, ¿qué suplicio ha torturado sus últimas horas semejante al suplicio de este postrer pensamiento de una madre?

La reina escribió:

«16 Octubre, á las cuatro y media de la mañana.

»A vos, hermana mía, es á quien escribo por última vez. Acabo de ser sentenciada, no á una muerte afrentosa, que sólo lo es para los criminales, sino á ir á reunirme con vuestro hermano: inocente como él, espero mostrar la misma entereza que él en sus últimos momentos. Estoy serena como se está cuando la conciencia no reconviene de nada; mas tengo profundísima pena de abandonar á mis pobres hijos; ya sabéis que no existía sino para ellos y para vos, mi buena y tierna hermana: en qué situación os dejo; á vos, que por vuestro cariño hacia nosotros habéis sacrificado todo por no dejarnos. Por el mismo abogado de la causa he sabido que mi hija estaba separada de vos. ¡Ay! No me atrevo á escribir á la pobre niña: no recibirla mi carta. Ni siquiera sé si ésta llegará á vuestras manos; recibid en ella mi bendición para las dos. Confío en que algún día, cuando sean mayores, podrán reunirse á vos y disfrutar por completo de vuestros tiernos cuidados. Que se acuerden los dos de lo que no he cesado de inspirarles: que los principios y el cumplimiento exacto de sus deberes son la primera base de la vida, y su amistad y confianza mutua harán su felicidad; que mi hija comprenda que, á la edad que tiene, debe ayudar siempre á su hermano con los consejos que su mayor experiencia y su cariño podrán inspirarle. Que mi hijo, á su vez, consagre á su hermana todos los cuidados y servicios que le inspire la amistad; que los dos comprendan, en fin, que, en cualquiera situación en que se hallen, no serán verdaderamente felices sino por su unión. Que tomen ejemplo de nosotros. ¡Cuánto nos ha consolado nuestro cariño en nuestras desgracias! Y en la felicidad se goza doble cuando se participa con

un amigo; y ¿dónde hallarlo más tierno y más querido que su misma familia? Que mi hijo no olvide jamás las últimas palabras de su padre, que yo le repito terminantemente: que no trate nunca de vengar nuestra muerte. Tengo que hablaros de una cosa que me es muy penosa. Sé cuánto os habrá hecho sufrir ese niño; perdonadle, querida hermana mía: pensad en la edad que tiene, y cuán fácil es hacer decir á un niño lo que se quiere y lo que él no comprende. Confío en que llegará un día en que él comprenderá bien todo el precio de vuestra ternura para con los dos. Aún me resta confiaros mis últimos pensamientos. Hubiera querido escribirlos desde el principio de la causa; pero, además de que no me dejaron escribir, el procedimiento ha sido tan rápido, que, en realidad, no hubiera tenido tiempo.

Muero en la religión católica apostólica y romana, en la de mis padres, en la que he sido educada, y la que siempre he profesado; no teniendo que esperar ningún consuelo espiritual, no sabiendo si aún existen sacerdotes de esta religión, y si los expondría mucho entrar una vez en este lugar, pido sinceramente perdón á Dios de todas las faltas que haya cometido desde que existo. Confío en que su bondad acogerá mis últimos ruegos, así como los que hago hace tiempo para que tenga á bien recibir mi alma en su misericordia y bondad. Pido perdón á todos los que conozco, y en particular á vos, hermana mía, de todos los disgustos que, sin querer, os haya causado. Perdono á todos mis enemigos el mal que me han hecho. Me despido en ésta de mis tías y de todos mis hermanos y hermanas. Tenta amigos, y la idea de separarme de ellos para siempre, y de sus penas, es uno de los mayores pesares que llevo al morir; que sepan, al menos, que hasta el último momento he pensado en ellos. ¡Adiós, mi buena y cariñosa her-

mana; ojalá os llegue esta carta! Acordaos siempre de mí; os abrazo con todo el corazón, así como á esos pobres y queridos niños. ¡Dios mío, qué doloroso es dejarlos para siempre! ¡Adiós, adiós! Voy á ocuparme tan sólo de mis deberes espirituales. Como no tengo libertad de acción, quizá me traerán un sacerdote; protesto aquí de que no diré ni una sola palabra, y lo miraré como un ser absolutamente extraño.»

La reina entrega su carta á Bault, y éste dirá por la tarde á su mujer: «Tu pobre reina ha escrito; me ha entregado su carta; pero no he podido dirigirla á su destino: hubo que llevarla á Fouquier.»

La reina pensó después en el espectáculo que tendría que dar dentro de algunas horas. Temió que su cuerpo, quebrantado por la fatiga, debilitado por la enfermedad, hiciese traición á su alma, y queriendo tener la fuerza de su valor, pidió algún alimento. Le sirvieron un pollo, del que comió un ala.

En seguida pidió una camisa para mudarse: la mujer del conserje le dió una; y habiéndose echado en la cama completamente vestida, la reina envolvióse los pies con una manta y se quedó dormida.

Dormía cuando entraron.—«Ahí está, le dijeron, un cura de París que viene á preguntaros si queréis confesaros.—¿Un cura de París?...—murmura en voz baja la reina;—no hay ninguno ó pocos...» El sacerdote se adelanta. Dice á la reina que se llama Girard, que es párroco de Saint Landry, en la Cité, y que le lleva los consuelos de la Religión. La reina se ha confesado con Dios. Da gracias al sacerdote juramentado, aunque sin despedirlo. Se baja de la cama, da algunos paseos por el gabinete para entrar en calor, y se queja de sufrir un frío mortal en los pies. Girard le aconseja que ponga la almohada debajo de los pies:

la reina lo hace.—¿Queréis que os acompañe?—dice el sacerdote.—«*Como gustéis*», responde la reina.

A las siete se presenta Sansón: «*Cómo madrugáis, señor*—le dice la reina;—*¿no podríais retardarlo?*—No, señora; tengo orden de venir.» Sin embargo, la reina está dispuesta: ella misma se ha cortado los cabellos. La reina toma una taza de chocolate que han traído del café próximo á la entrada de la Conserjería, con uno de esos panecillos llamados entonces *mimitos*, tan pequeño, que el gendarme Leger no se atreve á probarlo, por no disminuirlo.

A eso de las once, la reina es conducida al archivo por entre una muralla de gendarmes, formados desde la puerta del gabinete en que ha dormido hasta la puerta del archivo. Allí le atan las manos á la espalda.

En París suena el tambor á las cinco de la mañana; la llamada resuena en todas las secciones. A las siete, treinta mil hombres están sobre las armas, y los cañones colocados en las embocaduras de los puentes, de las plazas y de las encrucijadas. A las diez la circulación de carruajes está interrumpida en todas las calles, desde el palacio hasta la Plaza de la Revolución, y las patrullas recorren todo París.

Trescientos mil hombres no se han acostado; los demás se han despertado antes de sonar el tambor. El patio de la Conserjería y los alrededores, el peristilo principal del Parlamento, la calle, las ventanas, los pretiles, las verjas, la balaustrada y el techo, todo está invadido por el gentío; todo lo llena y aguarda. Suenan las once entre el murmullo de esta silenciosa multitud. Todas las cabezas, todas las miradas están fijas y devoran la carreta parada á alguna distancia de las puertas, en las ruedas enlodadas, la banqueta,

hecha de una tabla, el suelo sin paja ni heno, su fuerte caballo blanco y el hombre á la cabeza del caballo. Los minutos parecen largos. Un ruido sordo corre entre la multitud; un oficial da una orden, la verja se abre, y aparece la reina de blanco.

Detrás de la reina, teniendo los cabos de una gruesa cuerda que le retira los codos atrás, marcha Sansón. La reina da algunos pasos. Está en la pequeña escala que sube al estribo, demasiado alto. Sansón se adelanta para sostenerla de la mano. La reina le da gracias con un signo, sube sola, y quiere ponerse á través de la banqueta para estar de frente al caballo, cuando Sansón y su ayudante le dicen que se vuelva. El sacerdote Girard, con traje de paisano, sube á la carreta y se sienta al lado de la reina. Sansón se coloca detrás, en pie, apoyado en los palos de la carreta y con el tricornio en la mano, dejando con visible esfuerzo que queden flojas las cuerdas que sujetan los brazos de la reina. El ayudante de Sansón está en el fondo, en pie como él y con el tricornio en la mano. En ese día, sólo los verdugos se portaron con decencia.

La carreta sale del patio y desemboca entre la multitud. El pueblo se estrecha, y primero calla. La carreta se adelanta en medio de los gendarmes de á pie y á caballo y entre la doble hilera de los guardias nacionales.

La reina va vestida con un mal peinador de piqué blanco por encima de una saya negra. Lleva en las muñecas una cinta estrecha negra y en el cuello un fichú de muselina lisa blanca; lleva medias negras y zapatos de negro endrina, con el talón de dos pulgadas de alto, á la *Saint-Huberty*. La reina no obtuvo el ir al cadalso con la cabeza descubierta. Una gorra de linó sin bridas, repasada por ella por la mañana, ocul-

ta al pueblo los cabellos que la revolución le ha vuelto blancos. La reina está pálida; la sangre enrojece sus pómulos y sus ojos, las pestañas están tiesas y rígidas, su cabeza erguida y su mirada se pasea indiferente sobre los guardias nacionales en hilera, las caras de los que están en las ventanas, las banderolas tricolores y los letreros de las casas.

La carreta avanza por la calle Saint-Honoré. El pueblo hace retirar á los hombres que están en las ventanas. Casi enfrente del Oratorio, un niño levantado en los brazos de su madre, envía un beso á la reina con sus deditos... Ese fué el único momento en que la reina temió llorar.

En el Palacio-Igualdad, la mirada de la reina relampagueó un instante, y no se le escapó la inscripción de la puerta.

Al pasar la reina, algunos baten las manos; otros gritan.

El caballo va al paso. La carreta avanza lentamente. Es preciso que la reina saboree largo tiempo la muerte.

Delante de San Roque, la carreta se detiene en medio de los silbidos y de los rugidos. Mil injurias salen desde las gradas de la iglesia, saludando con obscenidades á esta reina que va á morir. Ella, no obstante, serena y majestuosa, perdonaba las injurias, no prescindiendo de ellas.

Por fin, la carreta vuelve á ponerse en camino, acompañada del clamoreo que corre delante de ella. La reina todavía no habló al cura Girard; sólo le indica de vez en cuando, con un movimiento, que los nudos de la cuerda que ata sus manos le hacen sufrir; y Girard, para aliviarla, apoya la mano sobre su brazo izquierdo. En el pasadizo de los Jacobinos, la reina

se inclina hacia él, y parece interrogarle sobre el letrero de la puerta, que no ha podido leer bien: *Taller de armas republicanas para derribar á los tiranos*. Girard levanta un pequeño Cristo de marfil, por toda contestación. En el mismo instante, el cómico Crammon, que caracolea alrededor de la carreta, alzándose sobre los estribos, levanta su espada, blandiéndola, y volviéndose hacia la reina, grita al pueblo: *¡Hela ahí, la infame Antonieta!... ¡Ella es f..., amigos míos!...*

Eran las doce. La guillotina y el pueblo aguardaban con impaciencia, cuando la carreta llegó á la Plaza de la Revolución. La viuda de Luis XVI bajó para morir donde había muerto su marido. La madre de Luis XVI volvió un momento los ojos hacia el lado de las Tullerías, y se puso más descolorida de lo que estaba antes. Después la reina de Francia subió al cadalso, y se precipitó á la muerte...

¡Viva la República!, gritó el pueblo. Era que Sansón mostraba al pueblo la cabeza de María Antonieta, en tanto que debajo de la guillotina el gendarme Mingault empapaba su pañuelo en la sangre de la mártir.

Por la noche, después de concluido su trabajo, un hombre escribía esta cuenta que las manos de la Historia no tocan sin estremecerse:

Cuenta de los gastos é inhumaciones hechas por Joly sepulturero de la Magdalena de la villa l'Evèque de las personas muertas por sentencia de dicho Tribunal:

A saber:

<i>Del 1.º de mes.....</i>	
<i>.....</i>	
<i>Del 25 de id.....</i>	
<i>La Viuda Capeto para el ataúd.....</i>	6 libras.
<i>Para la fosa y los sepultureros.....</i>	25 »

La muerte de María Antonieta ha calumniado á Francia.

La muerte de María Antonieta ha deshonrado á la revolución.

Pero hay crímenes y glorias que no ennoblecen ni comprometen solamente á una generación y á una nación. Glorias y crímenes que sobrepasan á su época y á su escena. La humanidad entera, asociada consigo misma en el tiempo y el espacio, reclama el beneficio ó lleva el duelo; y sucede que la muerte de una mujer aflige á esta alma universal, á esta justicia solitaria de los siglos y de los pueblos, que forma la conciencia humana, sucede que el remordimiento de una nación es útil á las naciones, y el horror de un día sirve de lección al porvenir.

Si; ese día, de que la posteridad no se consolará, grabará en la memoria de los hombres el inmortal ejemplo del Terror. El 16 de Octubre de 1793 enseñará lo que los trastornos de una revolución hacen de un pueblo que antes era la admiración del mundo. Enseñará cómo en un momento, una ciudad, un imperio, llegan á parecerse á aquel amigo de San Agustín que, arrastrado á las luchas del circo, tomó de pronto gusto á su furor, gozando con su barbarie.

El 16 de Octubre de 1793 hablará á las filosofías humanas. Se alzarán ante los corazones demasiado vehementes, ante los espíritus demasiado generosos, ante la hueste de esos Condorcets que mueren sin querer renegar del orgullo de sus ilusiones. Advertirá á los sistemas su vanidad, á los sueños su despertar. Mostrará el hecho á la idea, los apasionamientos á las doctrinas, á Salente el bosque de las Furias, á las utopías la imperfección humana.

Ese día, en fin, recordará á la Historia la modestia

de sus deberes. Le aconsejará un tono más prudente, un criterio más humilde. Le enseñará que no debe lisonjear la humanidad, tentarla, exasperar sus presunciones, soliviantar sus impaciencias, impeliéndola con la embriaguez de sus frases á las aventuras de un continuo progreso y de una perfección indefinida.

FIN

INDICE

Págs.

PRÓLOGO..... 6

LIBRO PRIMERO

(1755-1774)

- I.—Decadencia de Francia á la mitad del siglo XVIII.
—La política de Inglaterra.—Tratado de París.—
Nueva política francesa de M. Choiseul.—Alianza
de Francia con la casa de Austria.—Nacimiento de
María Antonieta.—Su educación francesa.—Corres-
pondencias diplomáticas y negociaciones matrimo-
niales.— Audiencia solemne del embajador de Fran-
cia.—Partida de Viena de la archiduquesa Anto-
nieta..... 7
- II.—El pabellón de entrega en una isla del Rhin.—
Retrato de la Delfina.—Fiestas en Strasburgo, en
Nancy, Chalons y Soissons.—Llegada á Compiègne.
Recibimiento hecho á la Delfina por el rey, el Del-
fín y la corte.—La Delfina en la Muette.— Ceremo-
nias de casamiento en Versalles.—Acontecimiento
en la plaza de Luis XV..... 15
- III.—La Delfina en Versalles.—Carta de la Delfina.—
Pugilato del Delfín y de Monsieur.—El rey encan-
tado con la Delfina.—Celos é intrigas de Mad. Du
Barry.—Disposición del espíritu de la familia real
para con la Delfina: Mesdames tías, Mad. Isabel, el
conde de Artois, el conde de Provençe.—El Delfín.

- Su ayo M. de la Vauguyón.—Su educación.—
M. de la Vauguyón despedido por la Delfina.—Re-
trato moral de la Delfina.—Su preceptor, el abate
de Vermond.—El clero y las mujeres del siglo XVIII.
—Mad. de Noailles y Mad. de Marsán..... 25
- IV.—Amistades de la Delfina.—Mad. de Picquigny.
Mad. de Saint-Megrin.—Mad. de Cossé.—Mad. de
Lamballe.—Entrada del Defín y la Delfina en su
buena villa de París.—Popularidad de la Delfina.—
Intrigas del *partido francés* contra la Delfina y la
alianza que representa.—M. de Aiguillón.—La Del-
fina llamada *la Austriaca* 42

LIBRO SEGUNDO

(1774-1789)

- I.—Muerte de Luis XV.—Valimiento de Mad. Adelai-
da, con Luis XVI.—Intrigas en el castillo de Choi-
sy.—M. de Maurepas en el ministerio.—Varietas
tentativas de la reina en favor de M. de Choiseul.—
Conducta de M. de Maurepas para con la reina.—
MM. de Vergennes y de Múy hostiles á la reina.—
Influencia de Mad. Adelaida.—Mad. Luisa, la car-
melita, y los comités de Saint-Denis.—Cuento de
Mad. Adelaida al rey contra la reina.—*La salida
de la Aurora*.—M. de Maurepas sepárase de Mesda-
mes tías.—Caridad de la reina.—Las prevenciones
del rey contra M. de Choiseul, sostenidas por M. de
Maurepas.—Desconfianza del rey..... 53
- II.—La reina y el rey.—El rey da á la reina el peque-
ño Trianón.—Obras de la reina en el pequeño Tri-
anón: M. de Caraman, el arquitecto Mique, Hubert
Robert.—Tiranía de la etiqueta: una mañana de la
reina en Versalles.—El libro de los trajes de la rei-
na.—Mad. de Lamballe.—Rompimiento de la reina
con Mad. de Cossé.—Mad. de Lamballe superinten-
dente de la casa de la reina.—La reina y la moda:
tocados, carreras en trineo, bailes.—Animosidades
de las mujeres de la antigua corte contra la reina. 73
- III.—Retrato físico de la reina.—Amor del rey.—La

- condesa Jules de Polignac.—Comienzos del favor de los Polignac. —Primer embarazo de la reina.—Nacimiento de María Teresa Carlota de Francia.—Los Polignac colmados de mercedes de la reina.—Sucesión de ministros contrarios á la reina: Necker, Turgot, el príncipe de Montbarrey y Sartines.—Supresiones en la servidumbre de la reina.—La reina niégase á la molestia de los asuntos.—La reina amenazada por el partido francés y obligada á defenderse.—Nombramiento de MM. de Castries y de Ségur.—Nacimiento del Delfín.—Mad. de Polignac, aya de los hijos de Francia.—Su salón en la gran sala de madera de Versalles..... 92
- IV.—Aburrimiento en Marly.—El pequeño Trianón.—La vida en el pequeño Trianón.—El palacio, las habitaciones, el mobiliario.—El jardín francés, la *sala de refrescos*.—El jardín inglés, el pabellón entoldado, la aldeíta, etc.—La sociedad de la reina en el pequeño Trianón.—El barón de Besenval, el conde de Vaudreuil, M. de Adhémar.—Las señoras.—Diana de Polignac.—Forma y carácter del talento de la reina.—Su protección á las letras y á las artes.—Su afición á la música y el teatro.—El teatro del pequeño Trianón..... 115
- V.—Exigencias de la sociedad Polignac.—Nombramiento de M. de Calonne impuesto á la reina.—La reina comprometida por sus amigos.—Quejas y tibiezas de los amigos de la reina.—Nacimiento del duque de Normandía.—Muerte del duque de Choiseul.—La reina vuelve á Mad. de Lamballe.—Movimiento de la opinión contra la reina.—Compra de Saint-Cloud.—Tristes presentimientos de la reina.. 138
- VI.—La calumnia y la reina.—Folletos, libelos, sátiras y coplas contra la reina.—Los testimonios contra el honor de la reina: M. de Besenval, M. de Lauzun, M. de Talleyrand.—Dictamen del príncipe de Ligne.—Relato del asunto del collar.—Arresto del cardenal de Rohán.—Defensa del cardenal.—Negativa de Mad. Lamotte.—Declaraciones de la d'Olive y de Retaux de Villette.—Examen de las pruebas y testimonios de acusación.—Sentencia del Parlamento.—Aplausos de los mercados al quedar absuelto el cardenal..... 149

- VII.—No exponen en el Louvre el retrato de la reina por temor á los insultos.—Desaliento de la reina; su retirada á Trianón.—El abate de Vermond consejero de la reina.—Planes políticos del abate Vermond y de su partido.—M. de Loménie de Brienne en el ministerio.—La reina es denunciada por los Parlamentos á la opinión pública.—Retirada de M. de Brienne.—Vuelta de M. Necker á los negocios públicos, sostenido por la reina.—Apertura de los Estados generales..... 179

LIBRO TERCERO

(1789-1793)

- I.—Situación de la reina al comenzar la revolución, cerca del rey, de Mad. Isabel, de Madame, de la condesa de Artois, Mesdames tías, Monsieur y el conde de Artois.—Los príncipes reales: el duque de Penthièvre, el príncipe de Condé, el duque de Borbón, el conde de la Marche.—El duque de Orleans.—La reina y los salones: el Temple, el Palacio Real, etc.—La reina y Europa.—Inglaterra.—Prusia.—Suecia.—España y Nápoles.—Saboya, etc.—Austria..... 187
- II.—Penas maternas de María Antonieta.—Muerte del Delfín.—Alejamiento de la reina del salón de Mad. de Polignac.—La condesa de Ossun.—Separación de la reina y de los Polignac, después de la toma de la Bastilla.—Correspondencia de la reina con Mad. de Polignac.—La revolución y la reina.—Plan de asesinato de la reina.—El 5 de Octubre.—El 6 de Octubre.—MM. de Miomandre y Du Repaire.—La reina en el balcón de Versalles.—Respuestas de la reina al comité de indagaciones y al Châtelet..... 201
- III.—La familia real en las Tullerías.—Las Tullerías.—La reina y sus hijos.—Instrucción de la reina para la educación del Delfín.—La reina toma parte en la política.—Mirabeau.—Negociaciones de M. de la

	<u>Págs.</u>
Marck cerca de la reina.—Entrevista de la reina y de Mirabeau en Saint-Cloud.....	215
IV.—El partido de los exclusivistas.—Varenes.—La partida.—La vuelta.—La vigilancia en las Tullerías.—Barnave y la reina.—La reina y el teatro.—Tumulto en la Comedia italiana. Insultos del <i>Ora- dor del pueblo</i> .—La servidumbre civil impuesta á la reina por la nueva Constitución. Palabras de la reina.—Ilusiones de Barnave.—El partido de los asesinos de la reina.—La reina separada de Mad. de Lamballe.—Correspondencia de la reina con Mad. de Lamballe.....	230
V.—María Antonieta estadista.—Su correspondencia con su hermano Leopoldo II.—Su plan, esperanzas é ilusiones.—Su correspondencia con el conde Artois.—Su oposición á los planes de la emigración.—Carácter de Mad. Isabel.—Su amistad con el conde de Artois.—Su correspondencia.—Su política.—Preocupación de María Antonieta de que el rey no sea capaz de salvar al reino.....	245
VI.—El 20 de Junio.—La reina sujeta por el poco carácter del rey.—La segunda confederación.—Pasos de M. de Lafayette y del general Dumouriez cerca de la reina.—Ultrajes é insultos en las Tullerías.—La noche del 9 al 10 de Agosto.—La reina en el 10 de Agosto.—La reina en la tribuna de los taquígrafos en los Feuillants.—Partida para el Temple.....	267
VII.—La reina en el segundo piso de la torre pequeña del Temple.—Separación de Mad. Lamballe.—El procurador de la Commune del 10 de Agosto, Manuel.—El espionaje en torno de la reina.—Sufrimientos de la reina en el Temple.—Ultrajes vergonzosos.—La reina es separada de su marido.—La reina en la torre grande.—Drouet y la reina.—Proceso del rey.—Ultima entrevista de la reina y el rey.—Noche del 20 al 21 de Enero de 1793.....	282
VIII.—Retrato de María Antonieta en el Temple.—Estado de su alma.—Las adhesiones en el Temple y sus alrededores: Turgy, Clery y los comisionados del Temple.—M. de Jarjayes.—Toulán.—Proyecto de evasión de la reina.—Esquelas de la reina.—El barón de Batz.—Su tentativa en el Temple.—María Antonieta separada de su hijo.....	301

- IX.—María Antonieta en la Conserjería.—El conserje Richart.—Impaciencia de la revolución.—Vanas pesquisas de piezas acusatorias contra la reina.—Esperanza del partido realista.—El clavel del caballero Rougeville.—El conserje Bault.—Discurso de Billaud-Verennes.—Carta de Fouquier-Tinville. 324
- X.—Primer interrogatorio de María Antonieta.—Sus defensores Chauveau Legarde y Tronçon-Ducoudray.—La reina ante el tribunal criminal extraordinario.—Acta de acusación.—Los testigos, las declaraciones, las preguntas del presidente y las contestaciones de la reina.—Respuesta de la reina á la acusación de Hébert.—Aniquilamiento físico de la reina.—Conclusión de los debates.—El proceso de la reina por el *Padre Duchêne*.—María Antonieta es sentenciada y llevada á la Conserjería..... 325
- XI.—Última carta de la reina á Mad. Isabel.—El cura Girard.—Sansón.—París el 16 de Octubre de 1793.—La reina en la carreta.—El camino de la Conserjería á la plaza de la Revolución.—La cuenta del enterrador Joly.—La muerte de María Antonieta y la conciencia humana..... 356

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas. — La Reforma integral de la legislación civil (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.

Alcufarado.—Cartas amoratorias, 3 pesetas.

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.

Andrino.—Académica, 7, 1 peseta.—Currita Albornoz, 1 peseta.

Antoine.—Curso de Economía social, dos volúmenes, 16 pesetas.

Araujo Sánchez.—Goya, 3 pesetas.

Arenal.—El Derecho de gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Arnó.—Las Servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 p.

Bagehot.—La Constitución inglesa, 7 pesetas.—Leyes científicas del desarrollo de las naciones, 4 pesetas.

Baldwin.—Elementos de Psicología, 8 ptas.

Boccardo.—Historia del comercio, de la industria y de la Economía política, 10 pesetas.

Boissier.—Cicerón y sus amigos: Estudio de la sociedad romana en tiempo de César, 8 ptas.—La Oposición bajo los Césares, 7 pesetas.

Bral.—Ensayo de semántica, 5 pesetas.

Brédir.—La elocuencia política en Grecia, 7.

Bret Harte.—Bloqueados por la nieve, 2 pts.

Buisson.—La educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.

Bunge.—La Educación, 12 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 pesetas.

Buylla, Neumann, Kleinwächter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pts.

Carlyle.—La Revolución francesa, 3 tomos, 24 pesetas.—Pasado y presente, 7 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Caro.—Filosofía de Goethe, 6 pesetas.

Champcommunal.—La Sucesión ab-intestato en Derecho internacional privado, 10 ptas.

Castro.—El Libro de los galicisimos, 3 ptas.

Colombery.—Historia anecdótica del duelo, 6.

Collins.—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, dos tomos, 15 pesetas.

Comte.—Principios de Filosofía política, 2 pts.

Couperus.—Su Majestad, 3 pesetas.

Darwin.—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.

Doellinger.—El Pontificado, 6 pesetas.

Dorado Montero.—Probemas jurídicos contemporáneos, 3 pts.—El Reformatorio de Elmira (Estudio de Derecho penal, 3 pesetas.

Dowden.—Historia de la literatura francesa, 9

Dumas.—Actes, 2 pesetas.

Eltzbacher.—El Anarquismo según sus más ínstres representantes, 7 pesetas.

Ellis Estevens.—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.

Emerson.—La ley de la vida, 5 ptas.—Hombres simbólicos, 4 ptas.—Ensayo sobre la naturaleza, 3,50 ptas.—Inglaterra y el carácter inglés, 4 ptas. Los veinte ensayos, 7 ps.

Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana.—La Regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.

Finot.—Filosofía de la longevidad, 5 pesetas.

Fitzmaurice Kelly.—Historia de la Literatura española, desde los orígenes hasta el año 1900, 10 pesetas.

Flint.—La Filosofía de la Historia en Alemania, 7 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho Alemania, Inglaterra y Francia, 7 peseta

—La Ciencia social contemporánea, 8 p

—Historia de la Filosofía, dos tomos, 12 p

—La Filosofía de Platón, dos tomos 12 p

Fournier.—El Ingenio en la Historia, 3 p

Framarino.—Lógica de las pruebas, dos tomos, 15 pesetas.

Gabba.—Derecho civil moderno, dos tomos

Garnett.—Historia de la literatura italiana

Garofalo.—La Criminología, 10 pesetas.—denunciación á las víctimas del delito, 4 setas.—La Superstición socialista, 5 pes

George.—Protección y librecambio, 9 pesetas.—Problemas sociales. 5 pesetas.

Giuriati.—Los Errores judiciales, 7 pesetas.

Giddings.—Principios de Sociología, 10 ptas —Sociología inductiva, 6 pesetas.

Gladstone.—Los grandes nombres, 5 ptas.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Gonblanc.—Historia general de la literatura, 6 pesetas.

Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6.—Las favoritas de Luis XV, 6.—La du Barry, 4.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Grave.—La Sociedad futura, 8 pesetas

Green.—Historia del pueblo inglés, cuatro tomos, 25 pesetas.

Gross.—Manual del Juez, 12 pesetas.

Gumplowicz.—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 pesetas.—Compendio de Sociología, 9 pesetas.

Guyau.—La Educación y la herencia, 8 ptas.—La Moral inglesa contemporánea, 12 ptas.

Hailman.—Historia de la pedagogía, 2 ptas.

Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.

Haussonville.—La Juventud de Lord Byron, 5

Heiberg.—Novelas danesas, 3 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Höffding.—Psicología experimental, 9 ptas.

Hume.—Historia del pueblo español, 9 ptas.—Historia de la España contemporánea (1788-1898), 8 pesetas.

Hunter.—Sumario de Derecho romano, 4 ptas.

Huxley.—La Educación y las ciencias naturales, 6 pesetas.

Ihering.—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

Janet.—La Familia, 5 pesetas.

Jitta.—Método de Derecho internacional privado, 9 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política 7 pesetas.

Kidd.—La Evolución social, 7 pesetas.

Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.

Korolenko.—El desierto de Sajalin, 2,50 pts.

Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres, 6 pts.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 pesetas.

Lange.—Luis Vives, 2,50 pesetas.

Larcher y P. J. Jullien.—Opiniones acerca del Matrimonio y del Celibato, 5 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.—El Socialismo contemporáneo, 8 pesetas.

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pts.

Leroy-Beaulieu.—Economía política, 8 ptas.

Lewis Pattee.—Historia de la Literatura de los Estados Unidos, 8 pesetas.

Liesse.—El Trabajo, 9 pesetas.

Lombroso.—Medicina legal, dos tomos, con multitud de grabados, 15 pesetas.

Lombroso, Ferri, Garofalo y Fioretti.—La Escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.

Lubbock.—El Empleo de la vida, 3 pesetas.

Macaulay.—La Educación, 7 pesetas.—Vida, memorias y cartas, dos tomos, 14 pesetas.—Estudios jurídicos, 6 pesetas.

Mac-Donald.—El criminal tipo, 3 pesetas.

Manduca.—El Procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

Martens.—Derecho Internacional, 4 tomos, 30.

Martin.—La Moral en China, 4 pesetas.

Max-Müller.—Origen y desarrollo de la religión.—Historia de las relaciones

B.P. de Soria



61163440
DR 430

Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.—Derecho penal romano, dos tomos, 18

- Mouton.**—El deber de castigar, 4 pesetas.
Murray.—Historia de la literatura clásica griega, 10 pesetas.
Nansen.—Hacia el polo, 6 pesetas.
Neera.—Terresa, 3 pesetas.
Neumann.—Derecho internacional público moderno, 6 pesetas.
Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pts.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—La Genealogía de la moral, 3 pts.—Humano, demasiado humano, 6 pts.—Aurora, 7 pts.—Últimos opúsculos, 5 pesetas.—La Gaiety, 6 pts.—El viajero y su sombra, 6.
Novicow.—Los Despilfarros de las sociedades modernas, 8 pesetas.—El Porvenir de la raza blanca, 4 pesetas.—Conciencia y voluntad sociales, 6 pesetas.
Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.
Potapenko.—La novela de un hombre sensato, 2 pesetas.
Prévost-Paradol.—Historia Universal, tres tomos, 16 pesetas.
Quinet.—El Espíritu nuevo, 5 pesetas.
Renán.—Estudios de Historia religiosa, 6 pts. Vida de los Santos, 6 pesetas.
Ribbing.—La Higiene sexual, 3 pesetas.
Ricci.—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 pesetas.—Derecho civil, doce tomos, 83 pts.
Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 Rod.—El Silencio, 3 pesetas.
Roguin.—Las Reglas jurídicas, 8 pesetas.
Roosevelt, New-York, 4 pesetas.
Rozan.—Locuciones, proverbios, dichos y frases, 3 pesetas.
Ruskin.—«Las Siete lámparas de la Arquitectura» (El Sacrificio, La Verdad, La Fuerza, La Belleza, La Vida, El Recuerdo, La Obediencia) y «La Corona de olivo Silvestre» (El Trabajo, El Comercio, La Guerra), 7 pesetas.—Obras escogidas, dos tomos, 13 pesetas.
Sainte-Beuve.—Estudio sobre Virgilio, 5 pts.
Samsonetti.—Derecho constitucional, 9 pts.
Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.
Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, tres tomos, 30 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.—Eudemonología (Tratado de mundología ó arte de bien vivir), 5 pesetas.—Estudios de Historia filosófica, 4 p.—Ensayos sobre Estética y Arqueología, 4 p.—La Nigromancia, 3 pesetas.
Sienkiewicz.—Orso. En vano, 2 pesetas.
Sieroszewski.—Yang Hun-Tsy, novela, 2 p.
Sighele.—El Delito de los, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complicidad, 5 pts.
Sombart.—El Socialismo y el movimiento social en el siglo XIX, 3 pesetas.
Spencer.—La Justicia, 7 pts.—La Moral, 7 pesetas.—La Beneficencia, 4 pts.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 pts.—Instituciones sociales, 7 pts.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 pts.—El Organismo social, 7 pts.—El Progreso, 7 pts.—Exceso de legislación, 7 pts.—De las leyes en general, 8 pts.—Ética de las prisiones, 10 pts.—Los Datos de la Sociología, dos tomos, 12 pesetas.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 pts.—Instituciones profesionales, 4 pts.—Instituciones industriales, 8 pts.
Sohm.—Derecho privado romano, 14 pts.
Stein.—El Gobierno de Nueva York, 3 pts.
Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
Starke.—La Familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.
Stirner.—El Único y su propiedad, 9 pesetas.
Stourm.—Los Presupuestos, 2 tomos, 15 pts.
Stuart Mill.—Estudios sobre la Religión, 4.
Sudermann.—El Deseo, 3,50 pesetas.
Summer-Maine.—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pts.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 pts.—Historia del Derecho, 8 pts.—Las Instituciones primitivas, 7 pts.
Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.
Suttner.—High-Life, 3 pesetas.
Taine.—Historia de la literatura inglesa: 5 vols. 34 pesetas.—Los Orígenes de la Francia contemporánea, dos tomos, 17 pesetas.—Los Filósofos del siglo XIX, 6 pesetas.—La Inglaterra, 7 pesetas.—Notas sobre París, 6 pts.
Tarde.—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El Duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.
Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 2 tomos, 15 pesetas.
Tschekhof.—Un duelo, 1 peseta.
Turgueneff.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.
Uraei.—Historia de Chile, 8 pesetas.
Varios autores.—(Aguanno, Alfamira, Aramburu, Arenal, Builla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez, Oliva, Posada, Saillas, Sanz y Escarín, Silió, Tarde, Torr-s Campo y Vida).—*La Nueva Ciencia jurídica*, dos tomos, 15 pesetas.—Contiene grabados.
Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bancs, Berito, Bustamante, Builla, Coats, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano Gumpłowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.)—*El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 pesetas.
Idem.—Novelas y caprichos, 3 pesetas.
Los grandes discursos de los máximos oradores ingleses modernos.—(Sullivan, Cockburn, Snell, Cobden, Morley, Chamberlain, Randolph Churchill, Beaconsfield, Macaulay, Brougham, O'Connell, Fox, Hardy, Eilenberoug, Bulver Lytton, Parnell, Bright, Conde de Russell, Bradlaugh, Gladstone, Cowen, M'Carthy, Lowe y Butt), 7 p.
Virgili.—Manual de estadística, 4 pesetas.
Vivante.—Derecho mercantil, 10 pesetas.
Vocke.—Principios fundamentales de Hacienda, 2 tomos, 10 pesetas.
Wallace. Rusia, 4 pesetas.
Witt.—Historia de Washington, 7 pesetas.
Waliszewsky.—Historia de la literatura rusa 9 pesetas.
Westermarck.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.
Whitman.—La Alemania imperial, 5 pts.
Willoughby.—La Legislación obrera en los Estados Unidos, 3 pesetas.
Wilson.—El Gobierno congresional; 5 pts.
Wolff.—La Literatura castelana y portuguesa, con notas de M. y Pelayo, dos vol., 15 pesetas.
Wundt.—Compendio de Psicología, 9 pesetas.—Hipnotismo y sugestión, 2 pesetas.

OBRAS RECÍEN PUBLICADAS por la Administración de LA ESPAÑA MODERNA

Max-Muller: La Mitología comparada, 7 pts.—**Emerson:** Los veinte ensayos, 6 pts.—**Green:** Historia del pueblo inglés, 4 tomos, 26 pts.—**Schopenhauer:** Estudios de historia filosófica 4 pts.—**Mac-Donald:** El criminal tipo, 3 pts.—**Ricci:** Derecho civil, 12 tomos, 83 pesetas.

LA ESPAÑA MODERNA

Esta Revista, escrita por los más eminentes publicistas, que cuenta veintidós años de existencia, ve la luz todos los meses en tomos de más de 200 páginas.

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN.—En España, seis meses, 10 pesetas; un año, 18 pesetas.—Fuera de España, un año, 24 francos. El número suelto en España, 1,75 pesetas, en el extranjero, dos francos. El importe puede enviarse en letras sobre Madrid, París ó Londres.—Todos los abonados deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después se les entregarán los números publicados. Se suscribe en la calle de López de Hoyos, 6, esquina á la de Serrano, Madrid.—**Director, J. LÁZARO.**

E. Y J. DE GONCOURT

HISTORIA

DE

MARIA ANTONIETA



PRECIO:

7 pesetas.

LA

ESPAÑA MODERNA

DR
430